

1998

LETRA

INTERNACIONAL

55

800 Ptas.

68
98

Treinta años después

Angela Y. Davis

Manuel Vázquez Montalbán

Nadia Fusini

Joaquín Leguina

Edgar Reitz

Mariano Antolín Rato

Luis González de Alba

Rosa Pereda

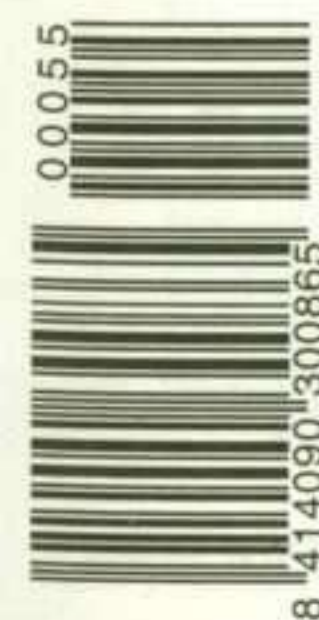
CULTURA Y RIESGO

Norman Mailer

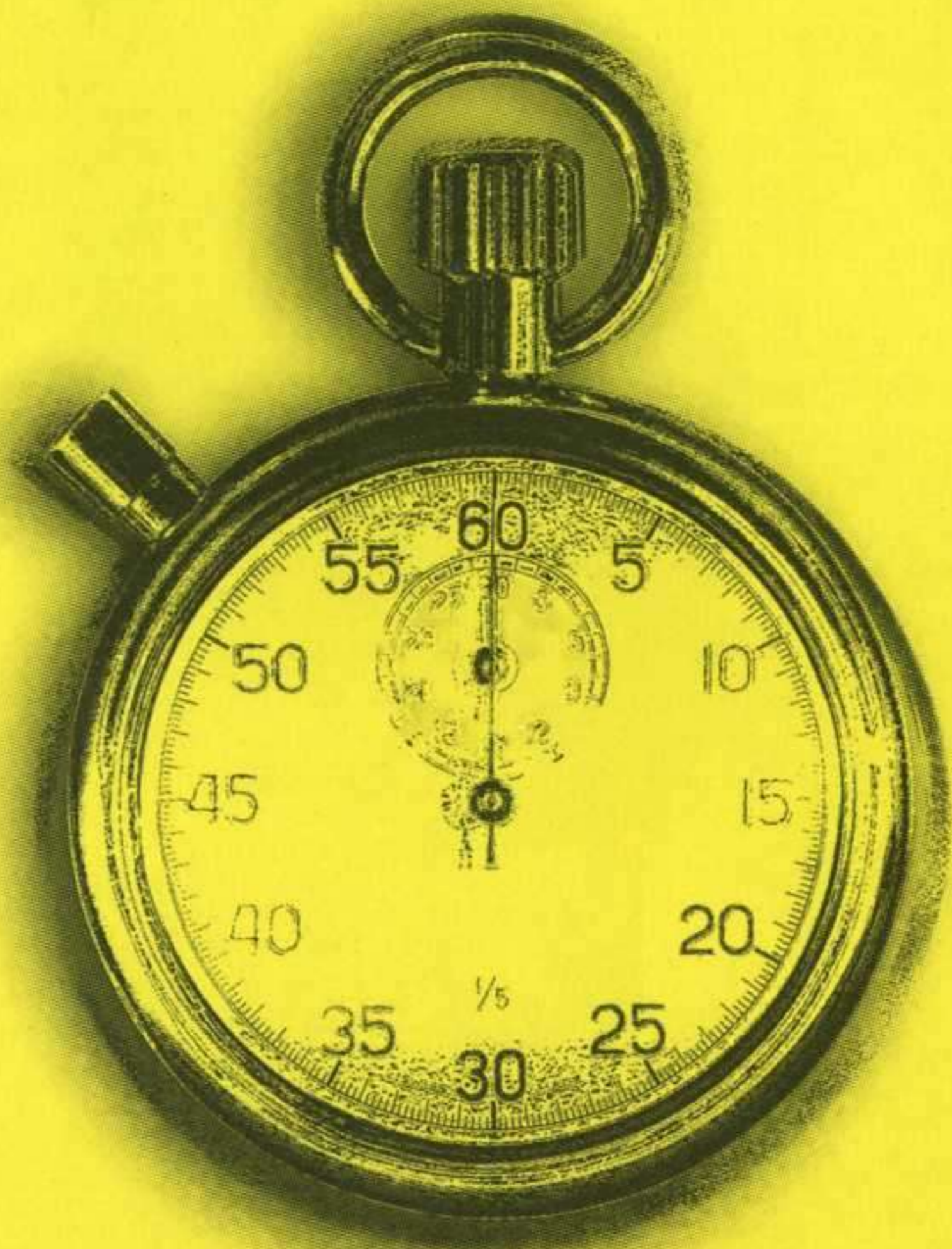
**CONTRA
JOGULADORES
OBLOQUENTES**

Dario Fo

Sergio Ramírez • L. A. de Villena • Manuel Rico • J. M. González
Francisco Solano • José Angel Juristo • Jorge Herralde
Wilhem Schmid • Florian Coulmas • Antonio Cascales



8 414090 300865



SÓLO CON RETEVISIÓN PAGAS POR LO QUE HABLAS. NI UN SEGUNDO MÁS.

RETEVISIÓN INTRODUCE EN ESPAÑA LA FACTURACIÓN POR SEGUNDOS.

Tú hablas lo que necesitas hablar. Y no siempre coincide con lo que dura un paso. Por eso en Retevisión facturamos por segundos. Queremos que pagues sólo lo que es justo.



retevisión

Por fin hay alguien al otro lado.

APÚNTATE GRATIS LLAMANDO AL 015

LETRA⁵⁵

INTERNACIONAL

DIRECTORES

Salvador Clotas y Antonin J. Liehm

SUBDIRECTOR

Manuel Ortuño Armas

COORDINADORA

Rosa Pereda

SECRETARIA DE REDACCION

Mercedes García Lenberg

CONSEJO DE REDACCION

Victoria Camps

Josep M. Carandell

Luis Goytisolo

Jon Juaristi

Ludolfo Paramio

Carlos Piera

Josep Ramoneda



LETRA INTERNACIONAL
ES MIEMBRO DE ARCE
ASOCIACION DE REVISTAS
CULTURALES DE ESPAÑA

DISEÑO Y MAQUETACION

Torre de Babel, S.A.

PUBLICIDAD

Arrando 4 Gestión

Teléf.: (91) 531 06 58

Fax: (91) 532 65 51

REALIZACION GRAFICA

Carácter, S.A.

LETRA INTERNACIONAL

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha.

28010 Madrid.

Teléf.: (91) 310 46 96 - (91) 310 47 98

Fax: (91) 319 45 85

En Internet:

<http://www.arce.es/Letra.html>

CIF n.º G-28667061

Depósito Legal: M-4655-1986

ISSN 0213-4721

MARZO-ABRIL 1998

INDICE

- **Página editorial** 2
- **Norman Mailer: «Por la cultura, merece la pena correr riesgos»** 4
Entrevista de Christopher Hitchens

- **Dario Fo** 14
Contra joguladores obloquents

68-98, TREINTA AÑOS DESPUÉS

- **Angela Y. Davis** 22
Política, moda y nostalgia
- **Manuel Vázquez Montalbán** 27
El año en el que empezamos a perder la guerra fría
- **Nadia Fusini** 29
Fragmentos de un espejo
- **Joaquín Leguina** 36
Los años de la esperanza
- **Edgar Reitz** 41
El 68 en carne y celuloide
- **Mariano Antolín Rato** 48
¿Mayo del 1968? Hace mucho, desde muy lejos
- **Luis González de Alba** 52
México: La fiesta y la tragedia
- **Rosa Pereda** 61
España 69

- **Sergio Ramírez** 66
Ya todo está en calma

LOS LIBROS

- **Luis Antonio de Villena** (Jorge Bayly); **Manuel Rico** (M. Vázquez Montalbán); **Juan Manuel González** (A. de Saint-Exupéry); **Francisco Solano** (Anxel Fole); **José Angel Juristo** (VV.AA.); **M. Antolín Rato** (Carlos G. Santa Cecilia) 70

CORRESPONDENCIA

- **Jorge Herralde, Wilhelm Schmid, Florian Coulmas, Antonio Cascales** 79

Se cumplen treinta años del Mayo Francés, de aquella revuelta que para algunos fue el gran hecho de su vida y que para toda una generación quedó como un símbolo agridulce de sueños y frustraciones, posibilidades casi al alcance de la mano, y una postrera y final vuelta a casa, de la que seguramente todavía no nos hemos curado ni los más escépticos. Efectivamente, después de «mayo», el Mayo por excelencia, el mundo no podía seguir igual. En la huelga general más larga de la historia, y en toda la red de revueltas y revoluciones que lo precedieron y siguieron, culminaba un proceso que ponía en cuestión las autoridades y las instituciones, y, sobre todo, daba por cerrado el largo proceso de la Segunda Guerra Mundial.

Sofocada la revuelta estudiantil, sofocada la lucha obrera en Francia, y apagados los intentos liberadores en el Este, se consolidaba la política de bloques que permitiría, paradójicamente, la construcción de una Europa del bienestar. De una Francia del bienestar. Y de una Alemania que, concluido su «milagro», podía prepararse a liderar, con la socialdemocracia a la cabeza, la Europa del desarrollo, de la Comunidad Económica con *numerus clausus*, mediadora independiente entre los dos colosos: el del Este, a quien ya se había pagado su parte en la campaña aliada, y a los Estados Unidos de América, a quien ya se había cobrado el plan Marshall. Un desarrollo insólito, una voluntad de democratización económica sin precedentes en sus posibilidades, un reforzamiento del Estado como mediador entre las clases sociales, constituyeron la base por la que la Europa de los sesenta cuajaba su revuelta, su renacimiento según muchos. Una generación nacida después de la Segunda Guerra Mundial reclamaba lo imposible, el ocio, el derecho a la pereza y la libertad. El final de la utopía, que había predicado un profesor refugiado en una universidad americana.

Efectivamente, desde ese foco de París, de toda Francia parada e «incomunicada» durante casi dos meses; desde la actividad febril de las acciones paralelas, de la cultura masiva en la calle, de la suelta de la imaginación al poder, de la solidaridad de la población en huelga, del terror casi físico de ese héroe de guerra que era el general presidente De Gaulle, las ideas igualitarias y revolucionarias del Mayo se contagiaron y entremezclaron con otras periféricas, con otros mundos que, como los de Eluard, están en éste; con las campañas de derechos civiles en Estados Unidos, con la solidaridad intelectual con Cuba, con las revueltas políticas contra los antisemitas en Alemania, con la lucha contra la dictadura en España, con los movimientos liberadores

en América Latina. Con el despertar antistalinista en Polonia y Checoslovaquia.

Hay que decir que el saldo fue terrible: los tanques de De Gaulle a las puertas de París —y su inmediata caída— sólo fueron una metáfora de lo que terminaría con la Primavera de Praga, de lo que pasaría en la Plaza de las Tres Culturas de México, del endurecimiento postrero de la represión en la dictadura española, una dictadura que murió matando —recordemos aquel editorial que precedió en tan poco tiempo a la voladura del diario *Madrid* y que se titulaba «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar»...—. Pero también, del recrudecimiento de la guerrilla en todo el Cono Sur de América, y su trágica secuela de dictaduras sangrientas, cuyo rastro aún sigue vivo y lacerante; o de la exaltación de la violencia que recorre un demasiado amplio espectro, desde Irlanda y el Ulster al País Vasco, desde el norte de África a cuanto sucedió en la antigua Mesopotamia.

Treinta años después, el análisis de los sucesos de Mayo del 68 sigue cargado de una emocionalidad que dificulta el análisis, porque la historia, tozuda, se empeña en continuar cambiando la faz del mundo, y con ella, la faz de las ideas. Pero precisamente por eso, parecería obligatorio un balance altamente crítico que analizara, desde una posición de izquierda independiente y plural, los logros, los errores, la herencia en fin de aquellos hechos emocionantes. Nuestra perspectiva, para lanzar este debate, más que celebratoria es «lateral»: en el conjunto de textos que propone este número de LETRA INTERNACIONAL, se acude a la época desde las miradas periféricas y evitando cuidadosamente la mirada francesa, la propiamente interna, aunque sí hay visiones de españoles en París. Se ven los sucesos de Alemania, tan rompedores como aquellos, los de México, los de Estados Unidos y... los de España, esa campaña en la que el Mayo Francés fue un acicate, una fuente de ideas y una siembra de ilusión. Nuestra propuesta está en analizar qué le debemos a aquella utopía; y hay propuestas para todos los gustos. Y es un debate abierto.

Contamos también, en otro orden de cosas, con una amplísima y completa entrevista con Norman Mailer, esa figura inclasificable y controvertida de la intelectualidad norteamericana, y el discurso de recepción del Premio Nobel por Dario Fo, el dramaturgo que, próximo a los presupuestos de Mayo, inspiró y tomó, se alimentó de una noción lúdica y ácrata de la cultura que llevaba el teatro a las fábricas y a la calle. □

Norman Mailer

«Por la cultura, merece la pena correr riesgos»

Entrevista de Christopher Hitchens

La política de Norman Mailer ha sido evaluada más como un registro personal del espíritu de los tiempos estadounidenses que como algo que está en deuda o tiene un deber para con la ideología. Si los dos grandes temas estadounidenses son el sexo y la violencia, Mailer ha buscado interrogarlos, así como los múltiples puntos en que se cruzan. Su tema favorito es la sobrecargada interpretación del tópico de un supuesto sueño nacional. Su Camelot contiene un Mordred, así como un Grial; su Marilyn Monroe no es una simple diosa del deseo neumático; sus pugilistas suben al ring mientras la mafia fija el azar. Sobre todo, ha buscado estar físicamente presente en los acontecimientos claves de la narración: ex soldado en el Pacífico, se encuentra en un furgón de policía con Noam Chomsky durante la Marcha al Pentágono; el cronista de las inquietudes privadas de Jackie Kennedy cubre el despegue del Apolo a la Luna y el combate de Mohamed Alí en Zaire.

Pero Mailer no es el simple funcionario en el evento principal que sus críticos a menudo han atacado. Hasta en su minoría de uno, siempre ha mantenido cierta idea de la izquierda. Cuando conoció al «trotskista» Jean Malquais en París en 1948, y se embarcó en su más duradera amistad intelectual, fue en compañía de Boris Souvarine. Cuando al año siguiente irrumpió en la Conferencia de Paz del Waldorf Astoria en Nueva York, denunciando al «capitalismo de Estado» soviético y descompuso a los bien pensantes compañeros de viaje académicos y de Hollywood congregados allí, lo hizo al servicio de un ideal marxista, por más idiosincrático que fuera. Su papel germinal en la fundación de las revistas Dissent y Village Voice siguió este hilo bastante tenue, así como su decisión de identificarse con las voces políticas y culturales más intransigentes de los sesenta.

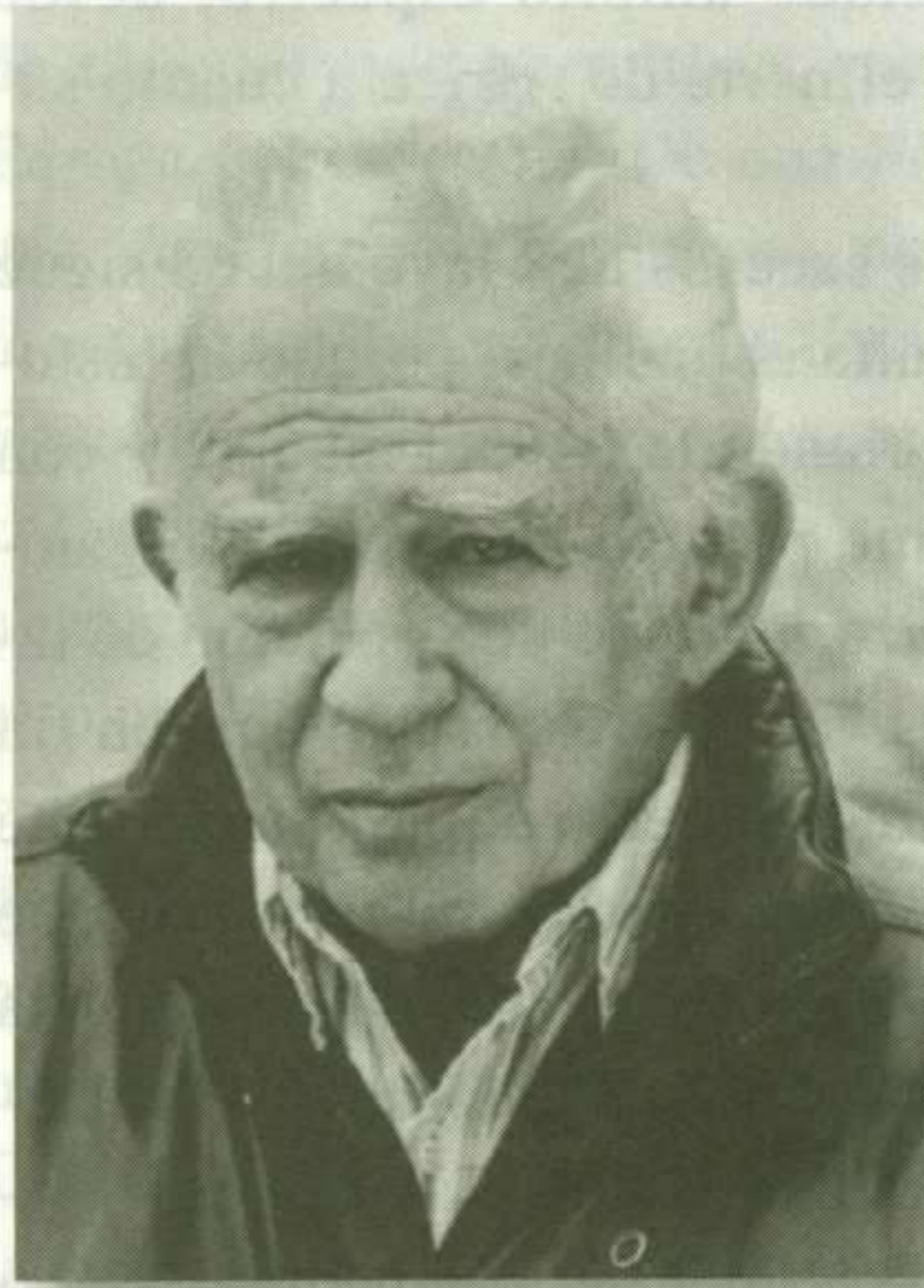
Para algunos, como el difunto Irving Howe, la identificación de Mailer con los bajos fondos y con las fuerzas marginales —hasta lumpen— sugería más de Céline que incluso Genet: una identificación indirecta y siniestra

con un lado oscuro. Su despiadado relato de la violencia en el gueto negro (publicada a disgusto de Howe en Dissent como «El negro blanco») alarmó a muchos, quienes sintieron que Mailer estaba atraído por lo irracional y lo atávico. Ciertos episodios de su vida privada hicieron poco para apaciguar esta preocupación. Pero también puede leerse fácilmente como una exploración comprometida, o como una resistencia al herbívoro semirretiro de tantos escritores e intelectuales estadounidenses. Si Los ejércitos de la noche ejemplificó y reforzó el espíritu antibelicista radical, La canción del verdugo expuso la profunda reserva de resentimiento popular que ha sido la desesperanza de los liberales y los radicales

desde entonces. Si su obra maestra El fantasma de Harlot subraya el penetrante y letal poder del «Estado de seguridad nacional», Oswald, un misterio americano fue una advertencia contra explicaciones reconfortantes de omnipotencia conspiratoria. Bastante acostumbrado a argumentar contra sí mismo, y además a darse publicidad, Mailer recientemente emergió como comprensivo cronista de la campaña de Pat Buchanan: otra rebelión (más fingida que auténtica, en opinión de este escritor) contra el plutocrático statu quo. Su novela de reciente aparición, The Gospel According to the Son («El Evangelio según el Hijo»), será una reescritura radical del

Nuevo Testamento narrado por su personaje central. Esto sin duda, no deleitará ni a los fundamentalistas ni a los materialistas, ni siquiera a aquellos críticos de Nueva York que han criticado desde hace mucho a Mailer por rehusar visitar Tierra Santa. (Una vez le pregunté sobre esta abstención, curiosa, tratándose del nieto de un rabino. Replicó que una visita a Israel muy probablemente lo haría «tirar todo el lastre que me queda»; un raro ejemplo de su rechazo al contacto directo y sin intermediarios con la experiencia.)

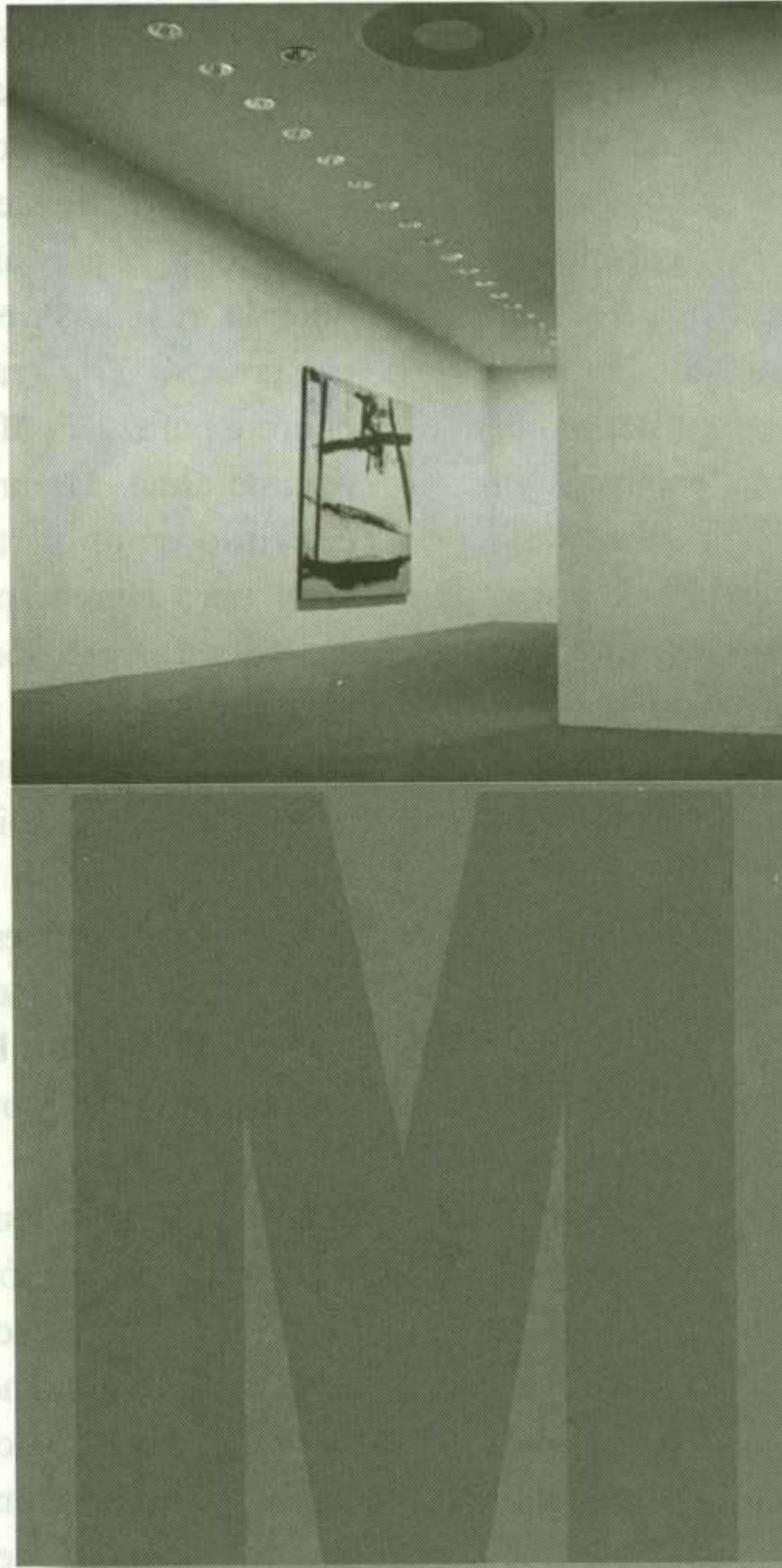
Una nota sobre la sesión de preguntas y respuestas que sigue: en el verano de 1994 yo estaba ayudando a



Norman Mailer.

hacer un documental para Producciones Bandung sobre la obsesión estadounidense por la pena capital. Con mi director Vania Del Brogo fui a Provincetown para entrevistar a Mailer sobre el tema. Decidimos a última hora examinar algunos temas relacionados en esa misma sesión de grabación. De ahí el énfasis en esa pena de muerte. El contexto era el reciente triunfo de las fuerzas de Newt Gingrich en el Congreso, el colapso aparente del consenso sobre el New Deal, la capitulación sin límites del clintonismo frente a la reacción, así como ciertas influencias «atmosféricas», tales como el largo drama en torno a O.J. Simpson en Los Angeles, la confrontación apocalíptica entre fuerzas federales y comunidades mesiánicas en Waco, Texas y la revelación de la existencia de una milicia clandestina después del bombarzo de Oklahoma. La frase «la cultura bien vale un cierto riesgo» fue pronunciada por Mailer a principios de los ochenta, después de que su protegido literario Jack Henry Abbot, autor de *In the Belly of the Beast* («En el vientre de la bestia»), fuera liberado de su condena sólo para matar de nuevo. Siempre pensé que ese enunciado era más importante que el calamitoso contexto en el que se pronunció.

La vida de Mailer, que incluye experiencias como la guerra en el Pacífico y las primeras luchas de la guerra fría, la generación beat y la revolución cubana, la era Vietnam y el rumor de la guerra de razas, es suficientemente completa como para hacerla ejemplar. Su estancia deliberadamente paradójica dentro del «conservadurismo de izquierda» se ofrece semibeligerante como un reto para aquellos que permanecen estancados en la ortodoxia o la corrección. Como alguna vez escribió Conor Cruise O'Brien (años antes de su propia y rotunda deserción) sobre Edmund Burke: «Las contradicciones en (su) postura enriquecen su elocuencia, extienden su alcance, profundizan su pathos, elevan su fantasía para hacer posible su extraño atractivo para los "hombres de temperamento liberal"... Para él las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución existen no sólo en el mundo en general, sino también dentro de él mismo».



Martín: M, 1998.

— Pienso en tí como alguien que siempre ha estado en la oposición, que ha sido siempre un disidente, no sólo en la sociedad en general, sino también en sus propios círculos. Te recuerdo diciéndome alguna vez que habías refinado tu disidencia, que podrías darle un nombre, y ahora eras un conservador de izquierda. Háblame sobre esto.

— Como podrás adivinar, es casi imposible hablar sobre ello, porque una de las leyes de la retórica es que no puedes profundizar sobre un oximoron. Y un conservador de izquierdas a la mayoría de la gente le cae como un golpe, simplemente dejan de pensar y te miran con cara de espanto. Hay una historia que contaba hace muchos años: si fuera un líder revolucionario y vinieran y me dijeran: «Tenemos un dilema, no sabemos si ejecutar a esos cinco hombres o cortar estos cinco árboles», yo diría: «Bueno, déjenme verlos». Y eso es lo más a lo que puedo llegar; el mundo está tan enrollado, es un desastre tan horrible. Hablan del derrumbe de los valores pero, de hecho, hay una colisión de valores, no un derrumbe. La gente se guía cada vez más por los valores, sólo que cuanto más insisten en ellos, menos hay. Esto significa que casi tienes que seleccionar y escoger, tienes que decidir si eres de izquierdas o eres conservador. Para mí se ha hecho relativamente simple, pero no le pediría a nadie más que sea un conservador de izquierdas. Puedes definirlo diciendo en contra de qué estás. Por un lado, podría decir que estoy contra las corporaciones. Creo que éstas han hecho tanto daño al mundo, o seguramente se lo habrán hecho cuando terminen, como los comunistas a la inteligencia de los rusos. De hecho, entre el corporativismo y el estalinismo hay muchas más similitudes que diferencias.

— Por otro lado, estoy completamente en contra de la corrección política. Creo que algo de valor incalculable se fue del mundo cuando los grupos étnicos dejaron de insultarse unos a otros. Y no es que lo promulgue, no es que los medios deban interesarse por el tema; el problema es que ha entrado en el discurso individual. Y, antaño, era un signo, sabías realmente por qué estabas dispuesto a pelear y por qué no. Si eras judío, como yo, tenías que mantener ciertas distinciones básicas desde muy temprana edad. ¿Pelearías

con alguien que te llamara perro judío, o no? Ahora sólo lo piensan. Pero no tienes que marcar tu límite. Y eso es parte de la pérdida de definición que se está dando en todo el mundo, como si nos dirigiéramos hacia una gran entropía.

— **¿Qué te hizo de izquierdas; qué era ser de izquierdas para ti; qué tipo de izquierdista eres?**

— Eso fue más fácil. Ser izquierdista era maravilloso porque bastaba con creer que el capitalismo era malo. No sabías si el socialismo estaba en lo correcto, y desde luego no sabías si el estalinismo estaba bien, porque oías tanto al respecto, de un lado y de otro. Me estoy refiriendo a los años posteriores a la guerra. Estuve en el ejército y sabía que era una pésima organización, manejada por mucha gente que no era muy brillante. Así que salí de allí con una gran desconfianza hacia el ejército y el gobierno. Y luego topé con un inmenso bombardeo de propaganda diciendo que los rusos, que habían sido nuestros héroes (no olvides que pasé por esa Segunda Guerra Mundial en la que los rusos eran nuestros amigos, nuestros hermanos, nuestros camaradas de armas, los que nos estaban ayudando a salvar al mundo del nazismo), ahora, de pronto, eran el enemigo. Así que desconfiaba totalmente de eso.

— **Recuerdo que en «Los desnudos y los muertos» hay un oficial que habla con melancolía, no sobre el final de la guerra en el Pacífico, sino sobre la próxima guerra, la gran guerra que se avecinaba con Rusia.**

— Sí, con Rusia. Bueno, lo podías sentir un poquito en el ejército por esa época. Y claro, yo estaba escribiendo en 1946 y 1947; esos fueron los dos años que estuve trabajando en *Los desnudos y los muertos*. Así que durante aquellos quince meses estuve inmerso en la guerra fría que se estaba preparando. Recuerda que Churchill pronunció su discurso en Fulton, Missouri, y acuñó la frase, «una guerra fría». Y fue sorprendente lo rápido que llegó el cambio. La gente quedó desconcertada cuando, al final de la guerra fría, no es que los rusos se hicieran nuestros amigos, sino que hasta cierto grado se convirtieron en nuestros vecinos interesantes; teníamos que cuidar de Rusia, no podíamos dejarla recaer en el comunismo o el fascismo, así que tuvimos que cuidar de su gangsterismo y apoyarlo. En ese sentido, en aquella época fue escandaloso lo rápido que se dio el cambio. Si tenías amigos en la izquierda, y muchos de mis primeros amigos de izquierdas estaban en el Partido Progresista y algunos eran comunistas, muchos eran compañeros de viaje o simplemente de izquierda, pero simpatizaban con la Unión Soviética. Dado todo eso, querías pensar lo mejor posible de Stalin y compañía. Y era difícil, uno no podía sacarse de la mente la idea del pacto nazi-soviético. Sabías que no se debía confiar en ellos totalmente, pero no creías la información que obtenías en los diarios estadounidenses. Por otro lado, ser izquierdista era entonces divertido, porque tenías la sensación de que te acechaba un gran enemigo e ibas a ser un soldado en una gue-

rra continua, en una guerra religiosa, y por eso tu vida era relativamente simple. No sabías si los rusos eran buenos o malos, pero estabas seguro de que lo que sucedía en Estados Unidos no estaba bien. Y la discriminación racial era un problema candente en aquellos días.

— **Cuando escribiste «Costa Bárbara» algunas personas comenzaron a llamarte cuando menos trotskista, y no lo negaste.**

— Bueno, eso es sólo historia personal. Lo que sucedió es que caí bajo la influencia de Jean Malaquais, que estaba dispuesto a matar a quien lo llamara trotskista porque era un marxista disidente. Había ido más allá del trotskismo y despreciaba a los troskistas. Odiaba a los estalinistas, eran el diablo, pero los trotskistas como poco estaban prodigiosamente mal dirigidos y eran canallas y malos. Y así todo. Jean Malaquais tenía una posición muy a la izquierda, realmente era un marxista ideológico. Y yo tomé esa posición con gran alivio porque era una isla y ofrecía enorme pureza. Podías estar en contra de todo pero con pureza de alma. Me uní al partido de Malaquais, lo que nos convirtió en un partido de dos. Se me solía llamar trotskista, pero siempre puedes medir la incapacidad de una sociedad para ver adónde va y saber qué está haciendo por las etiquetas que te pone. Eres sólo una pequeña parte de ella, pero puedes darte cuenta de que la parte que te pone mal la etiqueta también se la pone mal a todo lo demás.

— **La relación entre la violencia y la psique masculina, los hombres como hombres en combate, hombres en el «ring» de boxeo, hombres en la barra del bar recibiendo un botellazo en la cara, este tipo de cosas han sido una constante para ti, ¿no es cierto?**

— Sí, pero esto se debe a que quería reformar mi naturaleza. Pensaba que había venido al mundo demasiado blando. No fui un soldado muy bueno, sabes. Lo he dicho antes, pero en un escuadrón de doce hombres, sería el tercero o cuarto contando desde abajo; como mucho era mediocre. Era un mediocre bastante bueno, pero era a lo más que podía aspirar en el ejército. Así que salí de allí con muchas pequeñas heridas en el ego. Y luego *Los desnudos y los muertos* tuvo un éxito enorme y sentí que no me lo merecía. Así que era cuestión de reconstruir a partir de ahí —llegué a estas conclusiones bajo la poderosa influencia analítica de la marihuana—. Sabes, estoy orgulloso de dos cosas en mi vida, y una es que nunca he sido psicoanalizado. Considero esto un raro y gran orgullo. Tú puedes decir lo mismo.

— **Absolutamente.**

— Y la otra es que yo me analicé a mí mismo, con marihuana. Si eres ególatra, tienes que ser capaz de analizar a ti mismo o de otra forma es una enfermedad. Si puedes analizarte tú mismo, es una bendición. Así que llegué a comprender cómo reformar mi psique, que es por lo que la gente va a análisis.

— Muchos no estadounidenses piensan que los Estados Unidos son un poco así, un país inseguro que ha tenido suerte en la guerra, que siempre está tratando de probarse, que tiene un problema de machismo. Me desperté esta mañana pensando que quería preguntarte: si Estados Unidos fuera una persona, ¿sería mujer o varón?

— Creo que varón. Aquí hasta las mujeres, las feministas, actúan como hombres, como hombres antipáticos, hombres más bien desagradables, ya sabes, el tipo de hombre que dice que se opone a la violencia. Te desafían todo el tiempo pero con presunción, no de forma vigorosa, ni honorable. No, este es un país masculino, es un país inseguro pero eso es comprensible. Es que no tenemos la tradición cultural de los países europeos. Y además fuimos liberados de algunas de sus enfermedades hace 150 años. Y aquí tenemos esta enorme energía. Pero somos un país sin estándares, somos una especie de país... hay una palabra de seis letras que comienza con C que describe el tipo de país que somos.

— Comparando Estados Unidos con otros países, algo que sorprende a mucha gente es que aparentemente tiene esta sed por la pena de muerte, la pena capital, como si intentara probar algo sobre el crimen y sobre la sociedad. ¿Sería eso un ejemplo lo que tú estás buscando?

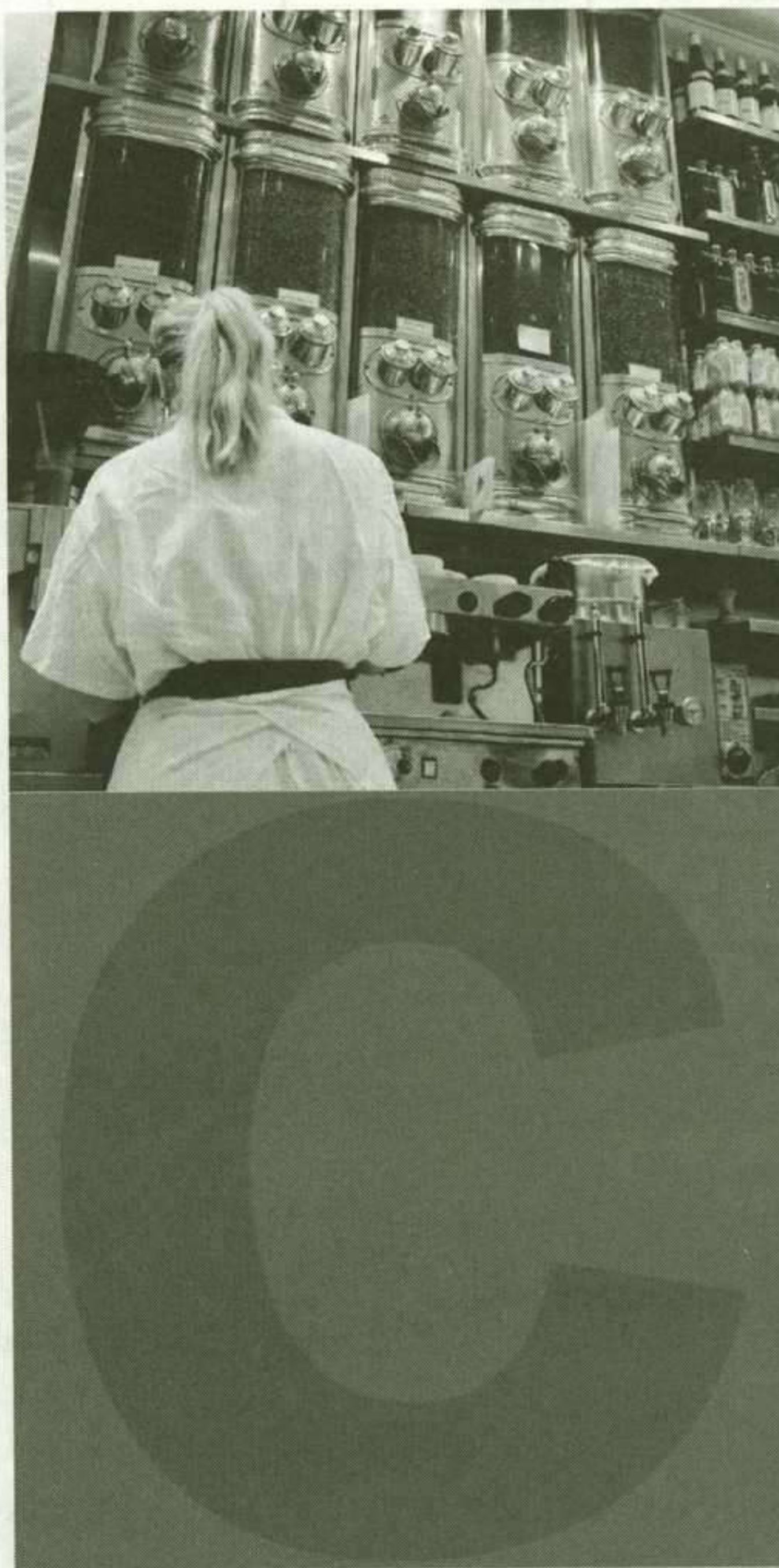
— No. Comenzaste diciendo que somos un país inseguro, que siempre intentamos probarnos. Yo diría que la mayoría de los estadounidenses no se da cuenta de que Estados Unidos ganó en la Segunda Guerra Mundial en un tercio y los rusos en los dos tercios restantes. No lo ven así. Piensan que ganamos la guerra. Siempre hemos pensado que ganamos la guerra. Todavía pensamos que ganamos la guerra de Vietnam y por eso es una herida abierta. Cuando terminó la guerra fría no había en Estados Unidos la honestidad suficiente como para decir que reconocías hasta cierto punto que no íbamos a empezar una guerra nuclear contra los rusos, y los rusos no iban a empezar una guerra nuclear contra nosotros; no obstante sentimos —ya sea correcta o erróneamente— que había un impulso tan

enorme para verlos como el enemigo que teníamos que derrotarlos. Así que entramos en una guerra de banqueros con ellos, y nosotros éramos el banco más grande, y decidimos dejarlos en bancarrota, y lo hicimos; por lo tanto la guerra fría terminó. Pero no dijimos eso. Dijimos que ganamos la guerra fría.

La inseguridad que subyace a la vida estadounidense no se debe a que pensemos que no merecíamos ganar esas guerras. Allí hay un enorme mal entendido. Como veíamos a los rusos como el *Imperio del Mal*, gracias a

Ronald Reagan, en una época en la que estaban comenzando a desmoronarse muy seriamente y no eran capaces de hacer nada en Afganistán, y mucho menos conquistar el mundo, como teníamos una visión totalmente equivocada de la naturaleza de Rusia y la veíamos como el imperio del mal quedamos, por lo tanto, impresionados cuando repentinamente terminó la guerra fría; nos dimos cuenta de que no era en absoluto como lo habíamos imaginado, que era un país que estaba en quiebra y era incapaz de funcionar. Nuestro problema no es que seamos inseguros en cuanto al hecho de ganar guerras, pensamos que somos excelentes cuando se habla de guerra. Y, de hecho, probablemente lo seamos, en cierta forma estúpida —siempre tenemos mucho material— aprendimos del general Grant el poder de la masacre en la guerra, y simplemente demolemos a la gente. Enterramos a la oposición en la arena.

El problema aquí, en Estados Unidos, es que nadie enfrenta nunca la más profunda contradicción en la vida estadounidense: que somos una nación cristiana. Dios mío, ¿puedes encontrar una nación más cristiana que Estados Unidos? Y somos los archipracticantes del capitalismo, *alias* codicia, aquello contra lo que Adam Smith trató de proteger al capitalismo, con esa adorable teoría de que las compañías felices fabricarían productos y el mejor producto ganaría. Eso está desapareciendo por completo. Ahora, la idea es comercializarlo todo. Como resultado, lo que comercializas y vendes, sea bueno o malo, es codicia. Quieres tener más dinero que el vecino, aunque no tengas ni idea de qué hacer con él.



Martín: C, 1998.

— Algunos dirían que también hay una contradicción entre cristianismo y pena capital, y la ética de vida. Especula sobre por qué hay esta aparente sed de pena de muerte.

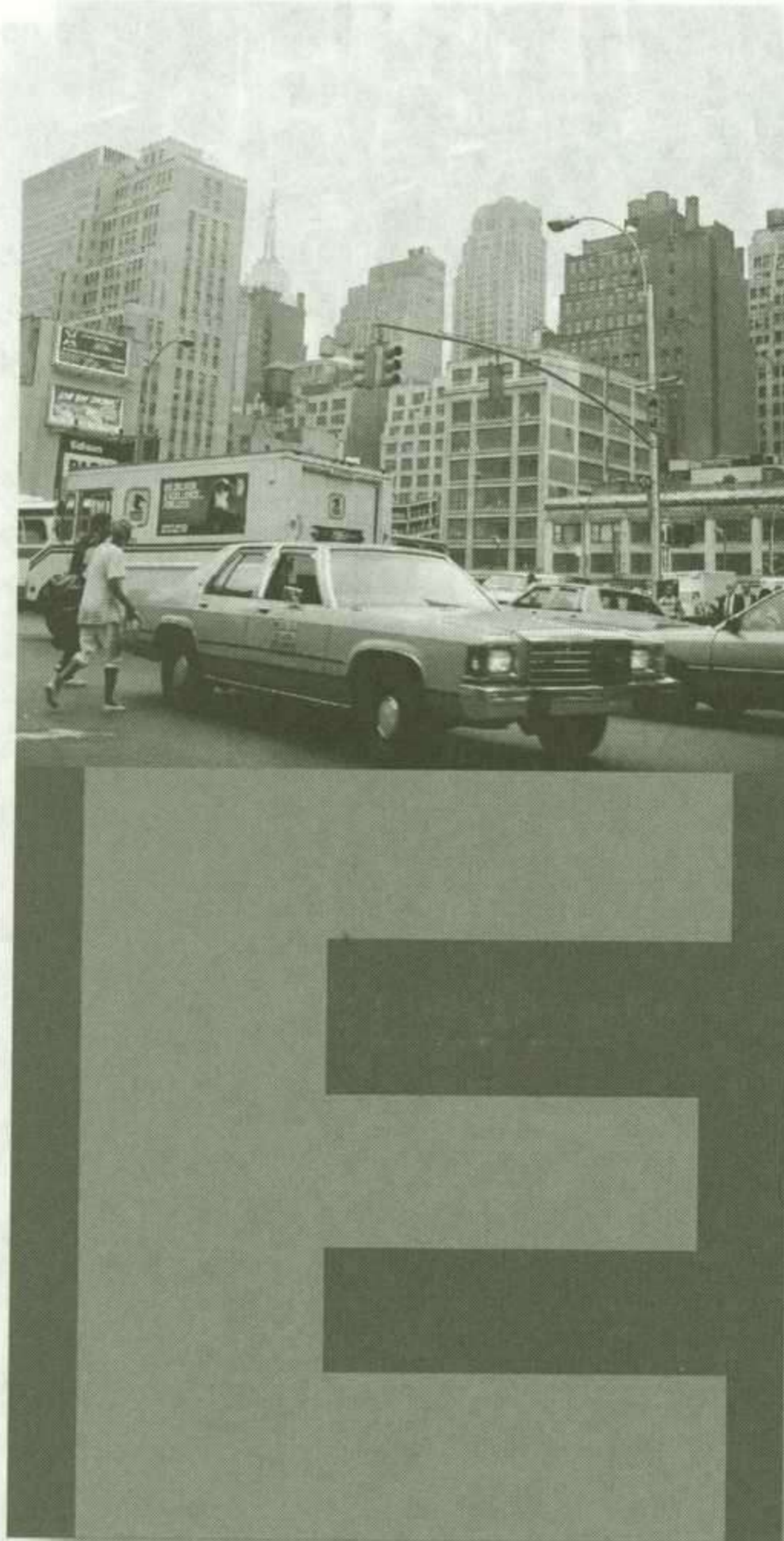
— Me metí en este enorme vericuetto porque lo que quería decir, para empezar, es que somos un país con una conciencia muy sucia. Por un lado tienes más cristianos devotos que en cualquier otro lugar del mundo, y creen que debes estar preparado para lavar los pies de los pobres. Y, por otro, estamos impregnados por la codicia. Así que este es un conflicto terrible e inmediato. Bueno, en cuanto a la pena de muerte nuestros caminos se separan, porque yo no me opongo totalmente a la pena de muerte; diría que me opongo al 95% o 99% de las ejecuciones. Creo que no puedes despojar a la sociedad del derecho de matar ocasionalmente a alguien —explicaré por qué pienso eso más adelante—. Pero de todas formas, ahora la pena de muerte es sólo parte de la rabia generalizada que reina en este país. Esta nación en los últimos treinta años ha pasado por las más horribles dislocaciones espirituales. Estuvo el asesinato de Jack Kennedy, luego los de Bobby Kennedy y Martin Luther King. Estuvo la guerra de Vietnam. Luego el *Watergate*. Y después tuvimos el *Imperio del Mal*, con Ronald Reagan, y una interpretación totalmente equivocada de lo que era la realidad. Y luego la guerra fría terminó, y repentinamente la gente sintió que de alguna manera había sido estafada, que la habían engañado. Había creído una serie de cosas que no eran verdad. Sobre todo, perdió toda la estructura protectora de la guerra fría que había creado un enorme campo magnético alrededor de Estados Unidos. Teníamos a nuestro enemigo, nuestro enemigo estaba allá afuera, y eran los rusos, los materialistas, el ateísmo y el comunismo... Y luego se dio el cambio. Y ahora las limaduras magnéticas apuntan todas en direcciones opuestas y están desperdigadas por todos lados, así que la rabia está en todas partes de Estados Unidos. Uno de los aspectos de esta rabia es que mucha gente quiere la pena capital.

Nunca había visto a los estadounidenses tan enfadados como ahora. De hecho, están tan enfadados que es-

toy muerto de miedo; de la misma forma que ciertas personas están en un estado precanceroso, estamos en un estado prefascista. Y esto lo siento desde hace mucho tiempo, desde que escribí *La canción del verdugo*, donde Gary Gilmore pone el dedo sobre la llaga cuando dice: «¿Qué van a hacer conmigo? Quiero ser ejecutado», lo que escandalizó a todo liberal. Los liberales en ese momento dejaron de pensar, ya no podían pensar, porque no sabían qué hacer con él. Pero lo que yo diría es esto: la pena de muerte en la forma en que se practica es increi-

blemente fea porque la mayoría de las personas que son ejecutadas nunca tuvieron una defensa legal decente. La mayoría de las personas que son ejecutadas son criminales negros, no criminales blancos. Y eliminando estos dos factores, ya eliminaríamos la mayoría de las penas de muerte. En otras palabras, la pena de muerte sólo se puede perdonar si realmente es un reflejo de la población que comete crímenes. Sea cual sea el porcentaje de blancos y negros, este es un caso en el cual se necesita discriminación positiva. No puede ser que el 90% de la gente que ejecutes sean negros porque eso es discriminación positiva negativa ejercida por blancos. Si el asesino medio no quiere ser ejecutado por su crimen sino pasar el resto de su vida en el trullo pues vale, allá el. Si su idea es permanecer vivo a cualquier precio, pues muy bien. Y de hecho, posiblemente algunos de ellos hasta alcanzarán cierto tipo de comprensión espiritual de lo que hicieron, suponiendo que fuera un horrible

asesinato. Muchos de esos asesinatos no son horribles; si te vas a los entresijos, el asesino es menos culpable que la víctima. Pero ocasionalmente, una de cada cien, una de cada mil veces, tienes un crimen que es tan ofensivo, tan profundamente espantoso, como el de Jeffrey Dahmer, que la fealdad que hace emerger en la gente al reaccionar frente a él es tan intensa que la sociedad en su conjunto está mucho mejor ejecutando a ese hombre o mujer que encerrándolo. Porque cuando no son ejecutados es como si el deseo fascista de tomar la sociedad y manejarla con autoridad total se intensificara, y no creo que valga la pena.



Martín: E, 1998.

— **¿Así que ves la pena de muerte como una especie de catarsis?**

— La veo como una sangría que es absolutamente necesaria. Si fuéramos mejores, si hubiera más en nosotros de seres humanos, entonces no necesitaríamos la pena de muerte para nada. Pero sí, hay casos en los que se necesita como catarsis, como catarsis definitiva, donde quizá una de entre cien personas de las que ahora son ejecutadas debería ser ejecutada.

— **Ha habido una propuesta, algunas personas dicen que es satírica o irónica, es una propuesta, de que las ejecuciones se hagan públicamente para edificar la moral.**

— Yo fui uno de los primeros en decir eso, creo. Solía decir, saquen a los convictos en televisión. Bueno ahora hasta cierto punto ya lo hacen. Pero también dije: filmen las ejecuciones, permitan al público ser testigo de ellas. Tengamos ahorcamientos públicos. Y decía eso cínicamente porque sabía que nunca sucedería. Algo con lo que podemos contar es con que nunca invitaremos al público a una ejecución. Aunque nos convirtamos en un Estado completamente fascista y totalitario, no invitaremos al público a las ejecuciones. Encontramos sustitutos para ello.

— **¿Era ésta la línea de tu propuesta al ejército de Estados Unidos de que en Vietnam se les obligara a comer todo sobre lo que dispararan?**

— Sí, sí. Viéndolo en retrospectiva, pienso en ello como en el juego de un tonto, porque yo lo disfrutaba más que cualquiera. Me encantaba mi propuesta pero, ¿a quién más?

— **¿La intención era, diríamos, swiftiana?**

— Sí. Bueno, una de las cosas que siempre he dicho es que cuando una nación rica lucha contra una pobre, lo primero que debería hacer es sentarse a negociar y a decidir qué significa igualdad de armas. Y si derrota a la nación pobre sin ventaja de armamento, entonces la nación pobre la escuchará. Porque respetarán la derrota que sufrieron. Pero no cuando se tiene ventaja sobre ellos.

— **El otro día Gore Vidal me contó una historia en la que hablaba bien de ti. ¿Tienes algunas buenas palabras que decir sobre él?**

— En 1961, cuando salí de prisión, después del espantoso incidente en el que apuñalé a mi esposa —había estado en prisión 17 días y se me liberó para el juicio— mucha gente sospechaba de mí. Pero Gore nos invitó a mí y a mi esposa, Adele, al campo, con mis hijos. Y fue algo bueno hacerlo en ese momento porque era su forma de decir, «no tengo miedo, eres en primer lugar un hombre de letras y en segundo una persona que tiene problemas con la ley», y eso fue sincero y decente. Si nuestra relación hubiera seguido así, todavía seríamos buenos amigos.

— **¿Qué opinas del hijo más famoso de Arkansas?**

— Clinton es muy brillante. Su corazón está tan a menudo en el lugar correcto como en el incorrecto. Pero

hay algo que es desesperanzador: no está preparado para morir por una idea política. Y no quiero decir con esto morir literalmente, en sangre y hueso, sino que nunca arruinaría su carrera política por una idea. No va a hacer eso, así que morirá por la ausencia de un ideal político. Y esa es su gran debilidad. Ya he dicho esto, pero si pudiera ser una niña campesina francesa de 16 años llamada Juana de Arco, iría a decirle: «Delfín, debes salvar a Estados Unidos». El no lo haría. Iría de un lado a otro, de un lado a otro. Todo lo que tiene de bueno queda arruinado por ese hecho: no tiene una idea de fondo que se le pudiera quitar.

— **¿No tiene una última trinchera?**

— No. Cuomo, por ejemplo, se oponía totalmente a la pena capital, lo que le costó muy caro políticamente pero la gente lo respetaba por ello. Sabía que al final este gobernador no era del todo un político. Si yo fuera —si alguno de mis hijos quisiera alguna vez ser— político diría: «Desengañad a la opinión pública demostrando que aunque seáis políticos os mantendréis firmes en ciertas ideas». Clinton no sabe eso. ¿Cómo pudo ser gobernador de Arkansas once años sin aprender eso?

— **Me impresionó mucho el tono de algo que dijiste sobre los Kennedy —«estuvo el asesinato de Jack Kennedy, y el de Bobby Kennedy»—. Es una forma bastante neutral de enunciarlo, ¿no es cierto? Este país quedó profundamente dividido mucho tiempo tratando de responder a la pregunta de si los miembros de esa familia eran asesinados por coincidencia, sobre si se le estaba haciendo algo a la familia real. Y en tu reciente libro has llegado a un veredicto abierto al respecto.**

— Quieres decir la idea de que fueron asesinados por intervención gubernamental. Todo lo que puedo hacer es responder sobre la base de mi experiencia limitada. Y eso me daría la sensación, a partir de lo poco que sé sobre los burócratas del gobierno, particularmente de la CIA, de que hacen unas cabriolas extraordinarias. Pero como esas cabriolas extraordinarias fallaron por 1961, cuando, dado el hecho de que cubanos anticastristas estaban en contacto muy directo con mucha gente descontenta de la CIA, había un clima en el que Kennedy podía haber sido asesinado por una conspiración. Me resulta muy difícil creer que esta conspiración fuera grande. Verás, es aquí donde no comparto la opinión de Oliver Stone en *JFK* —que fue una película maravillosa—, creo que fue una gran película, pero no por sus detalles. Fue una gran película en el nivel mítico, porque nos hizo darnos cuenta de lo que significa que un Presidente sea asesinado y nos daba una sensación del horror y la sospecha que se abatían sobre el país. Pero creo que los detalles son absurdos. No tienes a 250 o a 500 o a 1.000 personas en una conspiración. No funcionaría. No creo que hubiera ni cinco personas, una de ellas importante, en ella. Si fue una conspiración, creo que fue a nivel

muy bajo. Porque había un enorme odio hacia Kennedy y un gran deseo de matarlo entre quizá diez o quince mil personas. Pero que se hayan unido todas para matarle, es otra historia. No hay suficiente evidencia que lo corrobore.

— **Y también existe la duda de que si alguien quisiera hacerlo usaría una figura tan volátil como el personaje principal de una de tus novelas.**

— ¿Cómo Oswald? Oh, en cuanto a Oswald, no era muy difícil creer que alguien pudiera utilizar a Oswald. Aunque Oswald lo hubiera hecho, tenía que ser una conspiración muy pequeña o haberlo hecho él solo. Me inclino hacia lo último, porque él era así. Llegué a esa conclusión tristemente. Me hubiera gustado mucho más una conspiración. Soy, por temperamento, conspiracionista. Quiero decir, como novelista debes preferir la conspiración al protagonista solitario. Tienes mucho más sobre qué escribir. Pero no pude encontrarla. Ni siquiera pude encontrar la sospecha de que la hubiera. Sabes, hablaba con conspiracionistas y les preguntaba cosas como, ¿cómo llegó el rifle al piso superior si él no lo subió? Y no hay una respuesta a esas preguntas básicas.

— **Fuiste a Minsk siguiendo la pista de Oswald. ¿Fue ese tu primer viaje a Rusia?**

— No, había ido dos veces antes. Minsk era duro. Minsk era lento. Minsk era horrible. El sol no brillaba; una vez cada tres semanas podías tener una hora de luz del sol entrada la tarde, y era hermoso. De pronto, Minsk estaba hermoso. De hecho, era como ver a una mujer vieja y fea que de pronto estaba hermosa cuando sonreía y durante treinta segundos tenías una idea de lo que había en esa mujer. Minsk era muy duro. Pero fue agradable de una forma extraña. Porque vivía como un hombre pobre. Tenía un apartamentito nuevo. Iba a comer a restaurantes todas las noches, pero la comida era terrible, así que era como comer comida de pobre. De hecho, si comprabas comida barata y la llevabas a casa y la cocinabas, te iba mejor. Así que eso me dio una imagen de mí mismo, me di cuenta de que podía convertirme de pronto en un hombre pobre y salir adelante. No dependía del dinero.

— **¿Qué descubriste sobre Rusia?**

— Aprendí sobre Rusia que no había sido el *Imperio del Mal* durante los últimos treinta años. Qué quizá lo fuera bajo Stalin, aunque también lo dudo. Stalin era esencialmente un hombre a la defensiva, brutal, cruel, totalmente horrible, pero a la defensiva. No iba a conquistar el mundo con prisa. Pero en cualquier circunstancia, durante los últimos treinta años Rusia ha sido un país que, sin importar lo grande que fuera, estaba menguando sus recursos. Si haces pasar a Estados Unidos por lo que Rusia pasó, si veinte millones de personas hubieran muerto, si decenas

de millones hubieran sido aislados en campos de concentración, si hubiera habido hambrunas, si hubiera habido una horrible guerra y otra horrible guerra 25 años después, si muchas de tus mejores personas hubieran sido ejecutadas, si la gente que había fundado el país, sus héroes, fueran ejecutados en juicios de traición, si Estados Unidos hubiera pasado por todo ello y se diera cuenta setenta años después de ese horror que había sido manejada por un espantoso grupo de viejos graduados de West Point y de la mafia, que seguían creyéndose los más fuertes y decían que iban a conquistar el mundo, ¿qué hubieran hecho los estadounidenses? ¿Cómo reaccionarían? La actitud de los rusos para con sus líderes políticos era esa: si tienes que hacerlo, métete, pero si puedes, quédate fuera. «La política es caca», palabras de Marina Oswald, que fue la suma de su sabiduría sobre lo que era la vida política en Rusia.

— **Y compró cara esa sabiduría.**

— Sí, la compró cara, toda ella. Lo que pasa con los rusos, que es maravilloso, es que todo lo compran caro. Así que siempre tienes que escucharlos. Si dicen algo terriblemente simple es el resultado de 500 pensamientos sobre el tema, que terminan en estas oraciones de dos, tres o cuatro palabras.

— **Has pasado gran parte de tu vida literaria buscando pruebas de cosas no vistas, cosas en la atmósfera, pulsos que otras personas quizá no estén registrando. Me preguntaba si has pasado algún tiempo pensando en el milenio que se avecina.**

— No demasiado, todavía no. Siento cierto nerviosismo con respecto al milenio: el vaso se va a desbordar.



Martín: T, 1998.

Y ese no es mi caso, porque soy demasiado viejo; pero para la gente joven, para aquella que es demoniaca en su pensamiento, y no quiero decir con esto que sean malos, sino simplemente que están buscando varios tipos de apocalipsis, esa fecha será de gran importancia. Y mientras más nos acerquemos, más emocionante será. Estados Unidos, por ejemplo, está construido sobre la idea del disparo de salida. Así que mientras más nos acercamos al año 2000, más gente tiene que afirmarse, expresarse, dominar la existencia o buscar sucesos mágicos a los que pueda unirse. Pongo de esta forma: si fuéramos testigos de Jehová, yo diría que a lo que debemos apostar es a los últimos seis meses antes del año 2000. Si el mundo va a ser destruido, si va a haber alguna posibilidad de eso en algún momento —cosa que no creo, pero si la hubiera—, sucedería antes del año 2000.

— **Pero uniendo esto a la atmósfera bastante neurótica y vengativa que describías antes, ¿no podría presagiarse?**

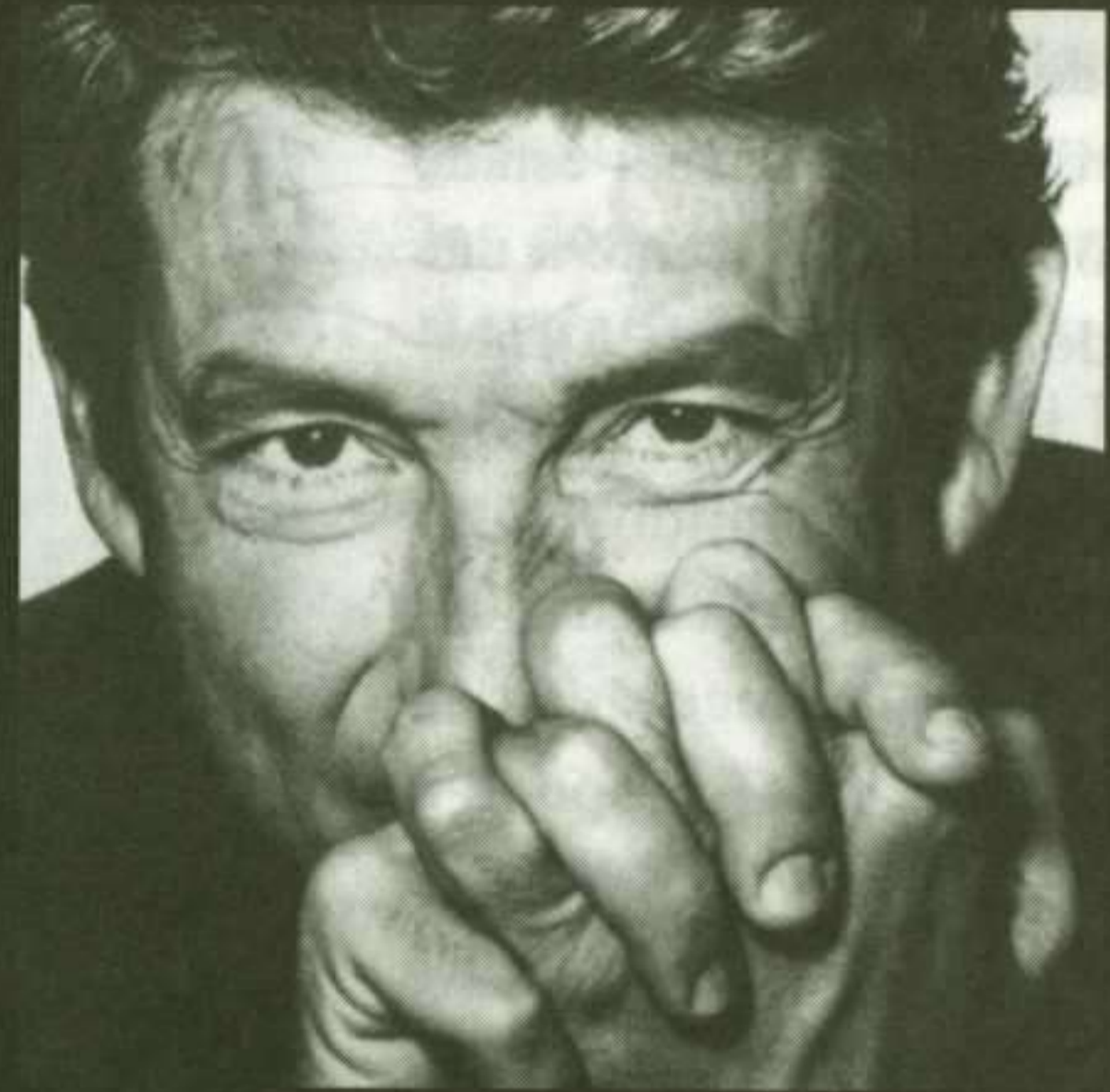
— Creo que hay mucho espacio para presagios. Hay muchas cosas que pueden ir muy mal. No puedo recordar una época en la que hubiera tantas amenazas desde tantas direcciones. Podría haber una pequeña potencia del Tercer Mundo que obtuviera armamento nuclear realmente rápido. Podría haber movimientos de derechas barriendo el mundo. Podrías hablar de horrores étnicos, como los que tienen en Bosnia. Hay tantas cosas que pueden ir mal. Podría ser que este país se dirigiera directamente a la derecha. No hay nada que lo detenga. Porque los liberales siempre se están estrangulando. El último intento de estrangularse es la corrección política y ya no hay grandes pensadores entre los liberales. Ninguno, y de la izquierda no se oye casi nada.

— **¿No hay nadie a quien respetes o admires en la izquierda?**

— En la izquierda hay gente que me gusta, pero como personas. No hay nadie a quien leería porque quiero aprender algo de él. Dios mío, mi cerebro a estas alturas ya está medio ido, y si todavía tengo que referirme a mi propio pensamiento para interpretar algo, el mundo es bastante triste... Cuando comienzas a escribir, tu error es pensar lo que va a suceder cuando la gente lea tu libro y venga para matarte. Eso es cuando eres joven. Es por lo que el caso de Salman Rushdie nos ha afectado tan profundamente: porque finalmente alguien ha escrito un libro y lo van a matar por ello. Eso tocó el nervio de todos los escritores. Pero lo que descubres muy rápido es que no, que nunca pasa nada. Escribes tus libros, dices cosas importantes en ellos, pero nunca tocan a tu puerta y dicen: «Eh, tengo que hablar contigo, tienes problemas. Sangrarás por esto». Nunca. Así que el segundo horror es que no importa lo que escribas. Es un horror mucho más grande. Después de todo, quizá lucharas por el primero.

Argumentos

ÓSCAR TUSQUETS BLANCA



Un libro apasionado y apasionante
Las opiniones contundentes de un gran
arquitecto, diseñador, pintor... y escritor

Óscar Tusquets Blanca



Todo es comparable

ANAGRAMA
Colección Argumentos

ANAGRAMA

Serías más heroico de lo que piensas. Pero el segundo es un desastre absoluto. No les importa. No importa realmente que yo escriba. Y tratas de no venirte abajo. Tratarás de no caer en ese mar de inanición muerto y putrefacto...

Por la cultura merece la pena correr enormes, enormes riesgos. Sin cultura todos somos bestias totalitarias. Llegaría a decir que es lo único que nos impide ser totalitarios, dado el nuevo mundo de la tecnología, que nos inspira a ser totalitarios. Después de todo, lo que la tecnología promete es que podemos ser fanáticos del control. Que el mundo es nuestro para dominarlo. El hecho de que nuestros sentidos se agoten después de haber estado trabajando seis horas frente a una computadora con pantalla fluorescente, son gajes del oficio. Renunciaré a mis sentidos, simplemente déjame tener control sobre mi entorno, parece decir la gente. Lo único que se opone a ello es la cultura. Y la cultura es más que poder acceder a un CD-Rom. La cultura es ir a la biblioteca y encontrar un libro viejo en un estante viejo, y abrirlo y ver que tiene la pátina del pasado y que quizá no haya sido sacado en cinco años, y ésa es parte de su virtud en ese momento. Hay una pequeña comunión que tiene lugar entre el libro y tú, y eso es lo que está desapareciendo.

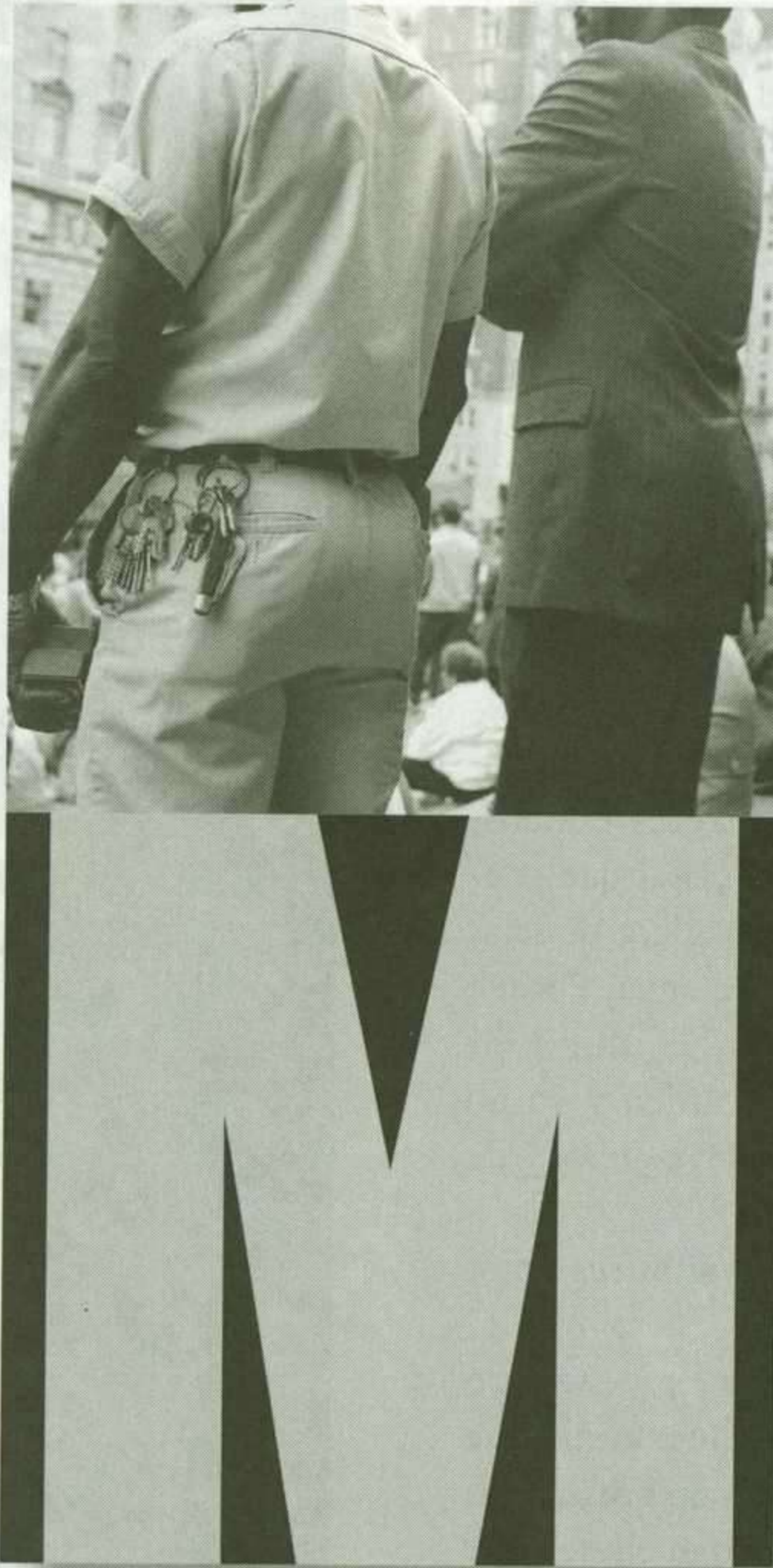
— **Hablemos sobre Koresh y el incidente de Waco. Has escrito mucho sobre lo que alguna vez llamaste el «barranco del cáncer», un área de Estados Unidos en donde todo es «escalofriante» (otra palabra que has usado) y mediocre. Un área de vida humana en la que la gente es básicamente cobarde y conformista. Pero todo lo que actúe contra esto, aunque sea extremo, aunque sea desesperado, es mejor que llevar una vida de plástico. ¿Crees que esto puede ser un buen testamento?**

— Creo que antes de que podamos pensar positiva y optimistamente sobre el futuro, debemos crear una línea de defensa. Si Estados Unidos deriva hacia el fascismo, lo que fácilmente podría suceder dado el terrible estado de las relaciones entre negros y blancos, entonces estoy preocupado por el destino del mundo. No estoy seguro, pero

me parece que el resto del mundo también se hará fascista, o al menos los superpoderes tendrán dificultades para no caer en modelos igualmente autoritarios de gobierno. Y entonces, dada la nueva superautopista de la información, Dios mío, estaremos sojuzgados. Podríamos estar así un siglo. Así que creo que la primera línea de defensa es detener el fascismo. Lanzar de nuevo ese viejo grito de 1930: detengan la llegada del fascismo a Estados Unidos. Si evitamos una depresión, probablemente seamos capaces de evitar el fascismo. Pero si no evitamos

esa depresión, no sé qué va a evitarlo. Creo que la izquierda debe hacer una limpieza total. Quiero decir, volviendo a la noción de la pena capital, en la izquierda tenemos que cambiar nuestra idea de la naturaleza humana. Tenemos que reconocer que somos mucho más sanguinarios, oscuros, complejos y contradictorios de lo que haya comprendido la izquierda nunca. A pesar del conservadurismo, que ve la naturaleza humana como algo feo y se alimenta de eso, tenemos que encontrar una forma de decir que la naturaleza humana es tanto fea como bella, y tenemos que lidiar con ambas. Tenemos que vivir con la convicción de que todas las esperanzas que tenemos pueden ser destruidas por el hecho de que son humanos quienes están realizando estas esperanzas, y que ensangrentamos todo lo que está a la vista y lo revolvemos todo. Y una vez que el liberalismo adquiere cierta modestia y deje de pensar que porque uno está bien educado puede dominar la existencia con su cerebro, una vez

que el liberalismo pierda esta noción de que un fanático del control es el mejor producto jamás desarrollado por la humanidad, entonces quizá la izquierda pueda regenerarse. Pero por ahora todo lo que podemos ver es lo que está mal en la oposición, y nunca nos hemos examinado bien a nosotros mismos. Somos de mente estrecha y futil, y la derecha en este país simplemente nos ha hecho pedazos. Y lo que necesitamos es que surjan un par de grandes teóricos. Oh, que Marx se levantara entre nosotros, uno nuevo. No quiero decir que tengan que estar en lo correcto. Simplemente darnos sangre, algún entusiasmo y alguna vida.



Martín: M, 1998.

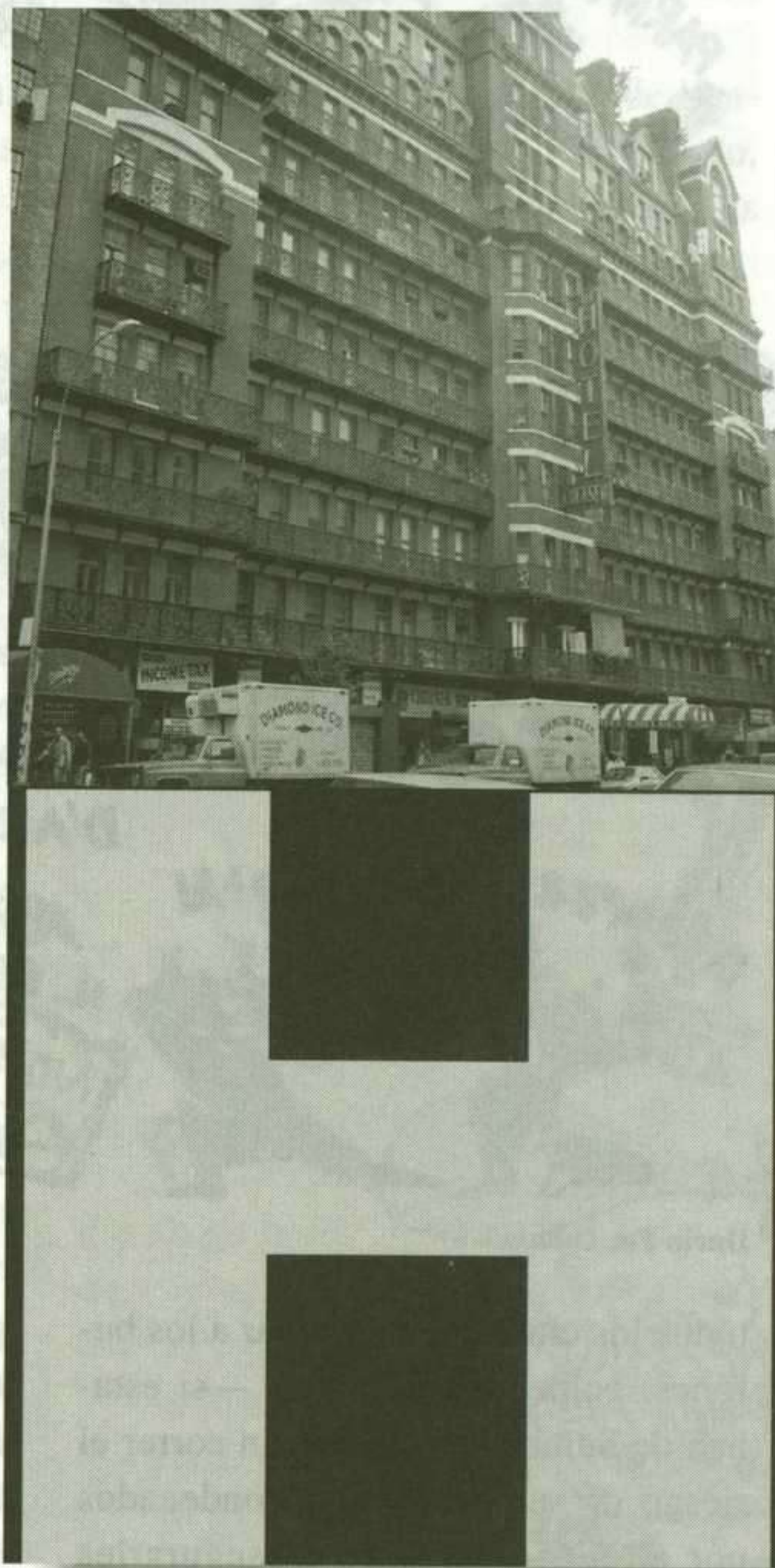
— Antes de que este asunto de la rabia estuviera en boca de todos, recuerdo a tu amigo James Baldwin diciendo, de hecho con bastante calma y consideración, que ser una persona negra en Estados Unidos era estar en un estado de rabia casi permanente. Y eso fue antes del movimiento de derechos civiles. Antes de que la gente comenzara a pensar que todo iba a ponerse mejor. Y ahora parece que el estado de cosas en cuanto a las relaciones raciales en Estados Unidos es bastante siniestro.

— Creo que James Baldwin estaba intentando decirnos, decir a los blancos, porque él tenía muchos amigos entre la gente blanca: «No es como piensas». Yo, James Baldwin, no soy tan dulce ni tan amistoso como creen, y todos esos negros que conocen y aman no son tampoco tan amigables. Hemos estado llenos de rabia. Métanselo en la cabeza, estamos llenos de rabia. Y hemos sido capaces de medir esa rabia en los últimos treinta años. Es la rabia de la esclavitud, es la rabia de ser arrancado del propio país. Quiero decir, al menos los otros estadounidenses llegaron aquí voluntariamente. Los negros fueron arrancados de su tierra. Fueron traicionados por sus propios líderes y vendidos como esclavos. Así que tienen esa rabia que quizá no puedan enfrentar bien, junto con todas las otras grandes rabias por lo que se les hizo aquí una vez que llegaron. Y eso se acumuló, y se hizo enorme. Y cuando casi todos los blancos liberales y hasta la mitad de los blancos reaccionarios de Estados Unidos finalmente estuvieron listos para aceptar que los negros entraran a la sociedad, y teníamos esta hermosa idea de igualdad entre negros y blancos, etcétera, los negros estaban tan llenos de rabia contra los blancos que parte del retroceso de ahora se debe al hecho de que comenzaron a expresarse. Esa expresión estaba llena de furia asesina. Si quieres medir el cambio en estos treinta años puedes guiarte por la música que tocaban Miles Davis, o Sony Rolins o Thelonious Monk, esa música maravillosa e intrincada que hablaba de la complejidad de la vida humana, y de su belleza, y su dificultad, y de cómo consigues tu orgasmo, y todo lo maravilloso del jazz; compárala con el rap callejero, que es tan intenso y,

está tan lleno de odio como las peores páginas del *Antiguo Testamento*. Especialmente cuando habla sobre mujeres. Compara esas dos músicas y podrás ver lo que ha pasado.

Parte del problema real es que, antes de que pueda haber mejores relaciones entre blancos y negros, los negros tienen que reconocer que son responsables a medias de todo lo malo que ha sucedido. Porque han provocado a los blancos. Los han atacado. Nos han hecho creer que no hay nada bueno en nosotros. No puedes hacerle eso a un pueblo. Ellos saben mejor que nadie que no puedes hacerle eso a la gente, porque a ellos se lo hemos hecho. Y entonces, antes de que puedan mejorar las relaciones entre blancos y negros, tiene que reconocerse que los dos ejércitos de sentimientos tienen que encontrarse en un punto intermedio. Y si los negros no están dispuestos a ello... No estoy seguro de que quieran; quizá su sentimiento más profundo de momento sea un odio tan intenso y tan profundo que prefieran ser exterminados, demonio, antes que dar un paso hacia los blancos. Porque ese paso hacia los blancos en su mente es un paso odioso, desagradable y repugnante.

Ahora, si eso es verdad, si ese es el verdadero estado de las relaciones en el corazón del reino negro, entonces estamos estancados. Tendremos fascismo y los negros serán las primeras víctimas de ese fascismo. Porque tal como vendrá, si tenemos una depresión en este país, de lo único que podremos estar seguros es de que los guetos serán los primeros en sufrir. Y si hay motines en los guetos, comparables a los de Los Angeles, tendrá que haber policía militar, especialmente si maneja este país un gobierno conservador de derechas. Y después de la policía militar habrá campos de concentración con alambre de espino. Y después habrá que presionar a la prensa y finalmente cerrarla o reducirla, y entonces tendremos un totalitarismo *de facto*. No habrá uniformes, no lo llamarán fascismo, pero será un Estado opresivo y totalitario. Y entonces, quizá, los uniformes y la música vengan también. Pero depende tanto de los negros como de los blancos salvar este país, Estados Unidos, ahora. Y si no quieren, estamos sentenciados. □



Martín: H, 1998.

□

Contra jogulatores obloquentes

Dario Fo

*Discurso de aceptación
del Premio Nobel de Literatura*

Los dibujos que les estoy enseñando son míos. Se les han repartido copias de los mismos, ligeramente reducidos.

Durante cierto tiempo tuve la costumbre de utilizar imágenes cuando preparaba algún discurso: en lugar de escribirlo, lo ilustro. Esto me permite improvisar, ejercitar mi imaginación, y obligarles a ustedes a utilizar la suya.

A medida que avance, les indicaré de cuando en cuando dónde estamos en el manuscrito. De ese modo no perderán el hilo. Les será de especial ayuda a los que no entiendan ni el italiano ni el sueco. Los que hablan inglés tendrán una enorme ventaja sobre el resto, ya que imaginarán cosas que yo no he dicho ni pensado jamás. Desde luego, tendremos el problema de las dos risas: los que entiendan el italiano se reirán de inmediato, los que no, tendrán que esperar la traducción al sueco de Anna Barsotti. Y luego están los que no sabrán si reír en la primera ocasión o en la segunda. De cualquier modo; empecemos.

Señoras y señores, el título que he elegido para esta pequeña charla es «contra jogulatores obloquentes», que todos ustedes reconocerán como latín, latín medieval, para ser exactos. Es el título de una ley promulgada en 1221 en Sicilia por el emperador Federico II de Suabia, un emperador «ungido por Dios» al que en la escuela se nos enseñó a ver como un soberano extraordinariamente ilustrado, un liberal. «Jogulatores obloquentes» significa «bufones que insultan y difaman». La ley en cuestión permitía a



Dario Fo: Dibujo.

todos los ciudadanos insultar a los bufones, golpearles e incluso —si estaban de humor— matarles sin correr el riesgo de ser juzgados y condenados por ello. Me apresuro a asegurarles que esta ley ya no está en vigor, por lo que puedo proseguir sin peligro.

Señoras y señores, algunos amigos míos, distinguidos hombres de letras, han declarado en diversas entrevistas a la radio o a la televisión: «Sin duda, el mayor premio lo merecen los miembros de la Academia Sueca por tener el coraje de conceder este año el Premio Nobel a un bufón». Estoy de acuerdo. El suyo ha sido un acto de valentía que raya la provocación.

Basta pasar revista al alboroto que ha provocado: sublimes poetas y es-

critores que normalmente ocupan las esferas más encumbradas y que rara vez se interesan por aquellos que viven y se afanan en planos más humildes, se han visto sacudidos por una suerte de torbellino.

Como ya he dicho, aplaudo y coincido con mis amigos.

Estos poetas habían alcanzado ya alturas parnasianas cuando ustedes, con su insolencia, les hacen caer tambaleándose a tierra, donde se dan de bruces con el lodo de la normalidad.

Insultos y exabruptos se lanzan ahora contra la Academia Sueca, contra sus miembros y sus parientes hasta la séptima

generación. Los más enardecidos claman: «¡Abajo el rey... de Noruega!». Parece que, en su obcecación, confunden una dinastía con otra.

Hay quien aterrizó de mala manera, magullándose sus partes bajas. Hay informes que atestiguan que los nervios y el hígado de ciertos poetas han sufrido terriblemente. Durante un par de días, no había farmacia en toda Italia que pudiera proporcionar un tranquilizante.

Pero, queridos miembros de la Academia, es hora de admitir que esta vez se han pasado. Quiero decir, venga ya, primero le dan el premio a un negro, luego a un escritor judío, y ahora a un payaso. ¿Qué pasa? Como dicen en Nápoles: *¿pazziàmme?*

¿Han perdido el seso?

También la alta clerecía ha sufrido sus momentos de locura. Diversos potentados —importantes partidarios del Papa, obispos, cardenales y prelados del Opus Dei— se han subido por las paredes hasta el punto de solicitar la habilitación de la ley que permitía quemar en la hoguera a los bufones. A fuego lento.

Por otra parte, les puedo decir que hay un gran número de personas que se regocijan conmigo de su decisión. Y por ello quiero darles las gracias más festivas en nombre de una multitud de mimos, bufones, payasos, volatineros y cuentistas.

Y, hablando de cuentistas, no debo olvidar los de la pequeña ciudad junto al lago Maggiore donde nací y me crié, una ciudad con una rica tradición oral.

Estaban los viejos cuentistas, los maestros vidrieros que nos enseñaron a mí y a otros niños el oficio, el arte de tejer fantásticas tramas. Les escuchábamos estallando en carcajadas, carcajadas que se helaban en nuestras gargantas cuando comprendíamos la trágica alusión que se escondía tras cada sarcasmo. Aún recuerdo la historia de la Roca de Caldé.

«Hace muchos años», comenzó a relatar el viejo vidriero, «allá arriba, en la cumbre de ese escarpado acantilado que se eleva sobre el lago, había una ciudad llamada Caldé. Resultó que esa ciudad se encontraba sobre un espigón suelto de roca que lentamente, día tras día, se deslizaba hacia el precipicio. Era una ciudad espléndida, con su campanario, una torre fortificada en el punto más alto y un racimo de casas, una junto a otra. Es una ciudad que una vez estuvo allí y que ahora no está. Desapareció en el siglo XV.

«Eeh», gritaban a sus habitantes los campesinos y pescadores que vivían en el valle. “Os estáis resbalando, os vais a caer.”

»Pero los habitantes del risco no les escuchaban, incluso había quien se reía y se burlaba de ellos. “Os creéis

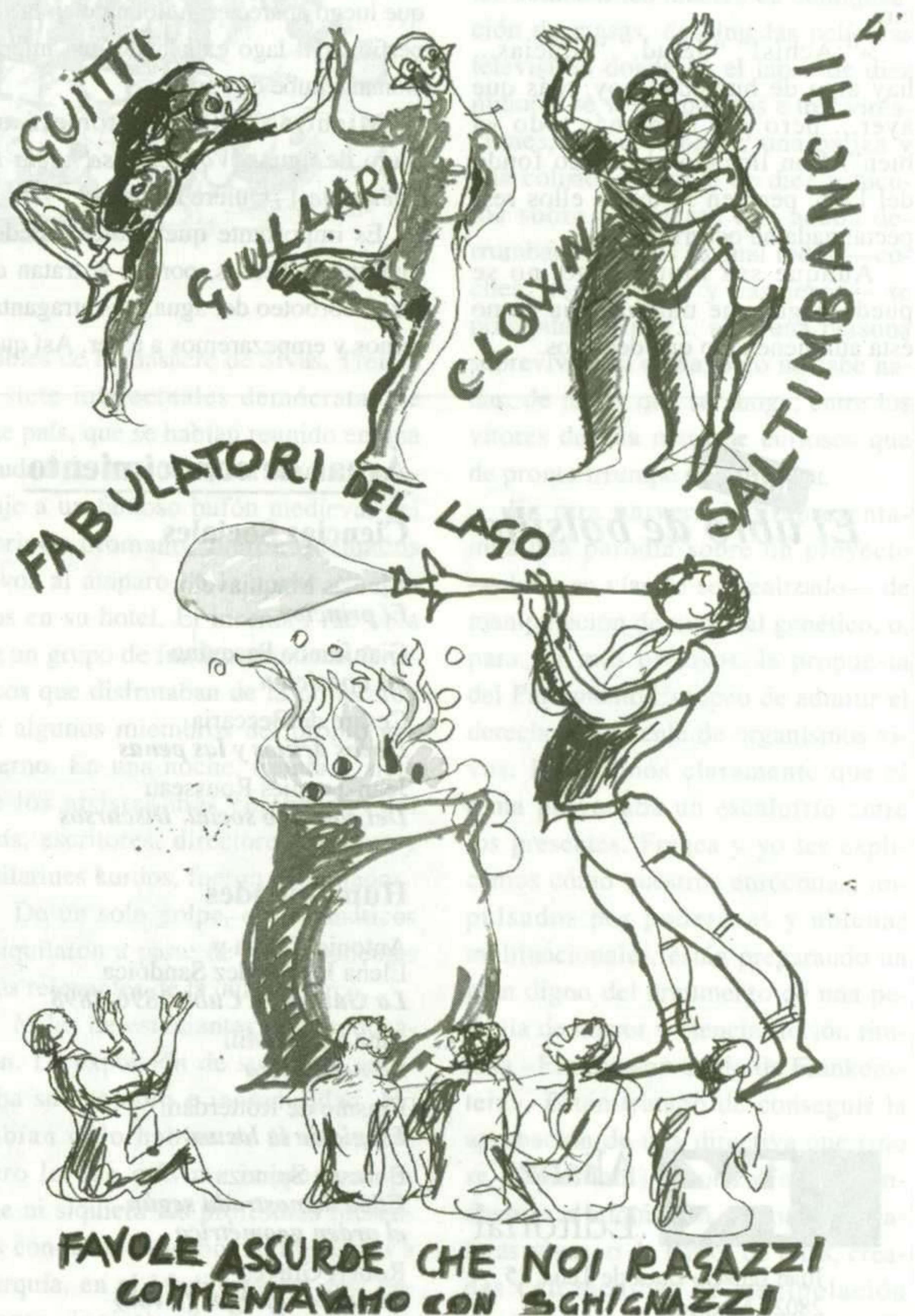
muy listos tratando de asustarnos para que salgamos corriendo de nuestras casas y de nuestra tierra, y haceros con ellas. Pero no somos tan tontos.”

»De modo que siguieron cuidando sus viñedos, arando sus campos, casándose y haciendo el amor. Iban a misa. Notaban que la roca cedía bajo sus casas, pero no le daban importancia. “La roca, que busca su sitio. Es normal”, decían tranquilizándose unos a otros.

»Y la roca estaba a punto de hundirse en el lago. “Cuidado, cuidado, ya tenéis el agua por los tobillos”, les

gritaba la gente desde la orilla. “Tonterías, son los manantiales subterráneos; es que hay un poco de humedad”, decía la gente de la ciudad y, así, sin prisa pero sin pausa, la ciudad entera fue engullida por el lago.

»Glu... glu... plaf... se hunden... casas, hombres, mujeres, dos caballos, tres burros... ¡iiiiiaaaa!... glu. Impertérrito, el sacerdote escuchaba la confesión de una monja: “Te absolvi... animus... santi...glu... Aame... glu...”. La torre desapareció, el campanario se hundió con campanas y todo: Ding... dong... pam... plof...



Dario Fo: Dibujo.

»Incluso hoy, prosiguió el viejo vidriero, si miras al agua desde ese saliente, y si en ese mismo momento estalla una tormenta y los rayos iluminan el fondo del lago, podrás ver —¡por increíble que parezca!— la ciudad sumergida con sus calles intactas, e incluso a sus habitantes caminando de un lado a otro y repitiéndose a borbotones: “No ha pasado nada”. Los peces se pasean delante de sus narices, incluso se les meten en los oídos. Pero ellos simplemente los apartan: “No hay nada de que preocuparse. No es más que algún tipo raro de pez que ha aprendido a nadar en el aire.”

»«¡Achís!” “Salud.” “Gracias... hay algo de humedad hoy, más que ayer... pero por lo demás todo va bien”. Han llegado al mismo fondo del lago, pero en lo que a ellos respecta, nada ha ocurrido».

Aunque sea inquietante, no se puede negar que una historia como ésta aún tiene algo que decirnos.

Les repito, les debo mucho a estos vidrieros míos, y ellos —se lo aseguro— les están enormemente agradecidos a ustedes, miembros de esta Academia, por el reconocimiento de uno de sus discípulos.

Y expresan su gratitud con una exuberancia explosiva. En mi ciudad natal la gente asegura que la noche en que llegó la noticia de que uno de sus cuentistas había recibido el Premio Nobel, un horno que había permanecido inactivo durante cincuenta años estalló de pronto en un arco iris de llamas, lanzando al aire —cual traca final— una miríada de astillas de vidrio de colores que luego aparecieron flotando en la superficie del lago exhalando una impresionante nube de vapor.

Mientras aplauden tomaré un trago de agua. [*Volviéndose hacia la intérprete:*] ¿Quiere un poco?

Es importante que hablen ustedes mientras bebemos, porque si tratan de oír el borboteo del agua, nos atragantaremos y empezaremos a toser. Así que,

en lugar de eso, pueden ustedes intercambiarse lindezas como «Oh, qué tarde más agradable, ¿no le parece?».

Fin de la interrupción: pasemos a la siguiente página, pero no se preocupen, a partir de ahora iré más rápido.

Más que otros, esta tarde son ustedes acreedores del solemne y expresivo agradecimiento de un extraordinario maestro de la escena poco conocido, no sólo en Francia, en Noruega o en Finlandia, sino incluso en Italia. Y, sin embargo, hasta Shakespeare fue sin duda el mejor dramaturgo de la Europa del Renacimiento. Me refiero a Ruzzante Beolco, mi mayor maestro junto con Molière: ambos actores y dramaturgos, ambos destinatarios del escarnio de los hombres de letras de su época. Sobre todo, se les despreciaba por llevar a la escena la vida cotidiana, las alegrías y la desesperación de la gente común; la hipocresía y la arrogancia de los ricos y los poderosos; y la in-

nuevo

El libro de bolsillo

Áreas de conocimiento

Ciencias Sociales

Nicolás Maquiavelo
El príncipe

Gianfranco Pasquino
La oposición

Cesare de Beccaria
De los delitos y las penas

Jean-Jacques Rousseau
Del contrato social. Discursos

Humanidades

Antonio Elorza y
Elena Hernández Sandoica
La Guerra de Cuba 1896-1898

John Stuart Mill
La naturaleza

Erasmus de Rotterdam
Elogio de la locura

Barusch Spinoza
*Ética demostrada según
el orden geométrico*

Robert Graves
Los mitos griegos (2 vol.)

Bibliotecas temáticas

Biblioteca de Clásicos de Grecia y Roma

Virgilio
Eneida

Platón
Fedón, Fedro

Esopo
Fábulas

Aristóteles
Política

Aristóteles
Retórica

Ovidio
Metamorfosis

Plutarco

*Vidas paralelas
Alcibiades-Corolano. Sertorio-Eumenes*

Y en Libros Singulares

Alberto Manguel
Una historia de la lectura

Juan Pan-Montojo (coord.)
Más se perdió en Cuba
España, 1898 y la crisis de fin de siglo



Alianza
Editorial

Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

justicia incesante. Y lo que no les podían perdonar era que, al contar estas cosas, hacían reír a la gente. La risa no agrada a los poderosos.

Ruzzante, el verdadero padre de la *commedia dell'arte*, también creó un lenguaje propio, un lenguaje por y para el teatro basado en una variedad de lenguas: los dialectos del valle del Po, expresiones en latín, español, e incluso alemán, mezclados con sonidos onomatopéyicos de su propia invención. Es de él, de Beolco Ruzzante, de quien aprendí a liberarme de la escritura literaria convencional y a expresarme con palabras masticables, con sonidos inusuales, con diversas técnicas de ritmo y respiración, e incluso con el habla absurda y laberíntica del *grammelot*.

Permítanme que le dedique una parte de este prestigioso premio a Ruzzante.

Hace unos días, un joven actor de gran talento me dijo: «Maestro, debería tratar de proyectar su energía, su entusiasmo, a la gente joven. Tiene que entregarles el relevo. Tiene que compartir su experiencia y sus conocimientos con ellos». Franca —mi mujer— y yo nos miramos y dijimos: «Tiene razón». Pero, si enseñamos a otros nuestro arte y compartimos esta carga de fantasía, ¿de qué servirá? ¿A dónde conducirá?

En los últimos meses, Franca y yo hemos visitado varias universidades para dirigir una serie de talleres y seminarios con jóvenes. Nos ha sorprendido —por no decir inquietado— descubrir su ignorancia de los tiempos que vivimos. Les referimos los juicios en curso en estos momentos en Turquía contra los supuestos cul-



Dario Fo: Dibujo.

pables de la masacre de Sivas. Treinta y siete intelectuales demócratas de ese país, que se habían reunido en una ciudad de Anatolia para rendir homenaje a un famoso bufón medieval del periodo otomano, fueron quemados vivos al amparo de la noche, atrapados en su hotel. El incendio fue obra de un grupo de fundamentalistas fanáticos que disfrutaban de la protección de algunos miembros del propio gobierno. En una noche, treinta y siete de los artistas más celebrados del país, escritores, directores, actores y bailarines kurdos, fueron aniquilados.

De un solo golpe, estos fanáticos aniquilaron a parte de los exponentes más relevantes de la cultura turca.

Miles de estudiantes nos escuchaban. La expresión de sus caras revelaba su asombro e incredulidad. No habían oído hablar de la masacre. Pero lo que más me impresionó es que ni siquiera los profesores presentes conocían el hecho. Ahí tenemos a Turquía, en el Mediterráneo, casi enfrente, insistiendo en unirse a la Comunidad Europea y, sin embargo

nadie había oído hablar de la masacre. Salvini, conocido demócrata italiano, tenía razón cuando observó: «La extendida ignorancia de lo que ocurre es el mayor bastión de la injusticia». Pero este desconocimiento de los jóvenes les ha sido insuflado por los que tienen la obligación de educarles e informarles: entre los ignorantes y los inconscientes, los maestros de escuela y otros educadores merecen mención de honor.

Los jóvenes sucumben fácilmente al bombardeo de banalidades y obscenidades gratuitas a que diariamente los someten los medios de comunicación de masas: desalmadas películas televisivas donde en el lapso de diez minutos se ven expuestos a tres violaciones, dos asesinatos, una paliza y una colisión múltiple de diez vehículos sobre un puente que acaba derrumbándose, tras lo cual todos —coches, conductores y pasajeros— se precipitan al mar... sólo una persona sobrevive a la caída, pero no sabe nadar, de modo que se ahoga, entre los vítores de una masa de curiosos que de pronto irrumpe en la escena.

En otra universidad representamos una parodia sobre un proyecto —ahora en vías de ser realizado— de manipulación de material genético, o, para ser más precisos, la propuesta del Parlamento Europeo de admitir el derecho de patente de organismos vivos. Percibimos claramente que el tema provocaba un escalofrío entre los presentes. Franca y yo les explicamos cómo nuestros eurócratas, impulsados por poderosas y ubicuas multinacionales, están preparando un plan digno del argumento de una película de horror y ciencia ficción titulada «El hermano cerdo de Frankenstein». Están tratando de conseguir la aprobación de una directiva que (¡no se lo pierdan!) autorizaría a las industrias a adquirir la patente de criaturas vivas, o de partes de ellas, creadas con técnicas de manipulación genética que parecen sacadas de *El aprendiz de brujo*.

El procedimiento es el siguiente: manipulando la información genética de un cerdo, un científico logra humanizar en cierto modo al cerdo. De este modo resulta mucho más fácil extraer del cerdo el órgano elegido —un hígado, un riñón— y trasplantarlo al hombre. Pero para asegurarse de que los órganos del cerdo no son rechazados, es necesario transferir al hombre ciertas partes de la información genética de dicho cerdo. El resultado: un cerdo humano (muchos de ustedes dirán que ya hay muchos).

Y cada parte de esta nueva criatura, de este cerdo humanizado, está sujeta a nuevas leyes de patentes, y quien desee una parte de él tendrá que pagar los derechos de *copyright* a la empresa que lo «inventó». Las enfermedades derivadas del trasplante, monstruosas deformaciones, infecciones... todo ello constituyen opciones incluidas en el precio...

El Papa ha condenado rotundamente esta monstruosa hechicería ge-

nética. La ha tachado de ofensa contra la humanidad, contra la dignidad del hombre, y se ha molestado en subrayar la ausencia total e irrefutable de valor moral del proyecto.

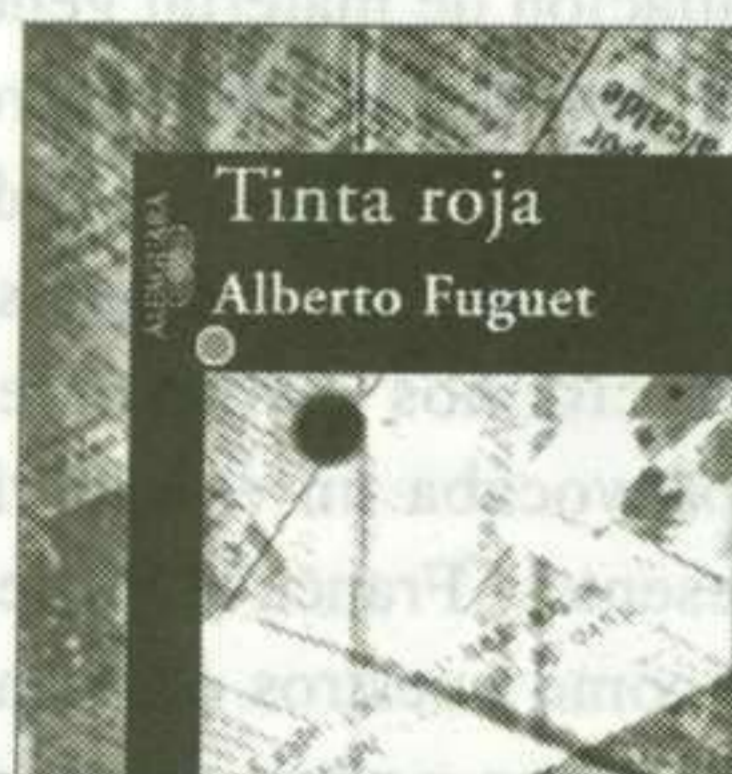
Lo sorprendente del caso es que, mientras esto ocurre, un científico americano, un mago notable —seguramente habrán sabido de él por los periódicos— ha logrado trasplantar la cabeza de un mandril. Les cortó la cabeza a dos mandriles y las intercambió. No puede decirse que los mandriles estuvieran en su mejor momento después de la operación. De hecho, les dejó paralizados, y ambos murieron poco después, pero el experimento funcionó, lo que es una gran cosa.

Pero, y aquí está la dificultad: este Frankenstein de nuestros días, un tal profesor White, ha sido distinguido entretanto con el título de miembro de la Academia Vaticana de las Ciencias. Alguien debería advertir al Papa.

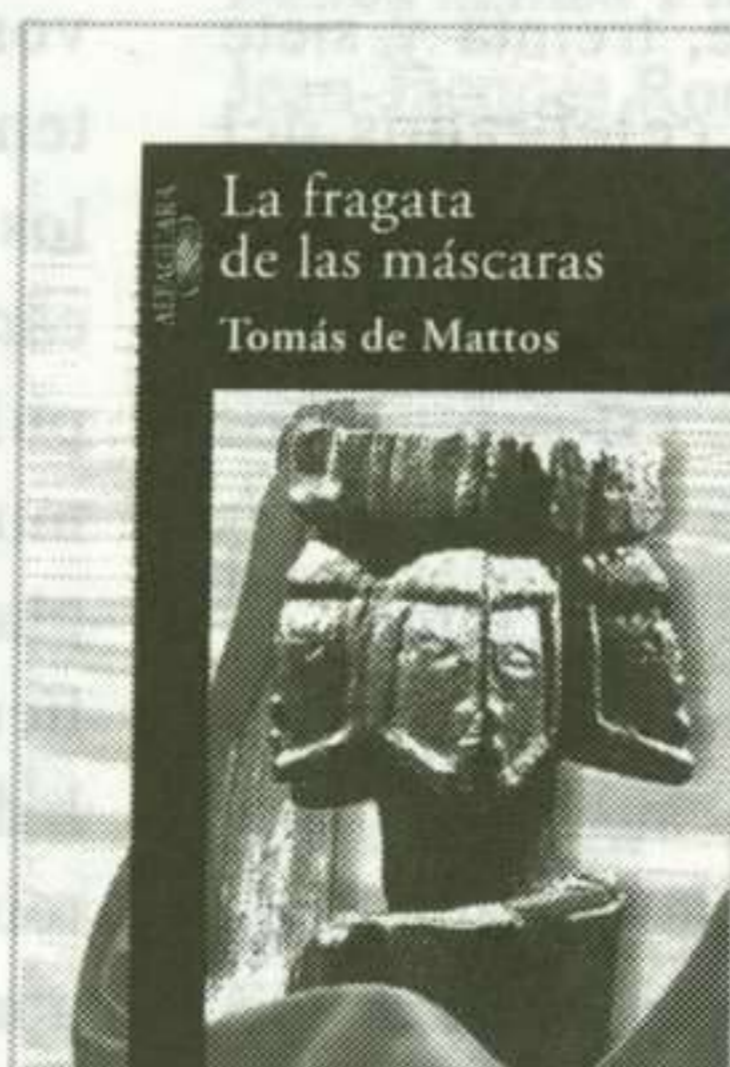
Así que representamos estas farsas criminales ante los chicos de las universidades y se desternillaron de risa. Decían de nosotros: «Son la monda, se inventan las historias más fantásticas». Ni por un momento intuyeron siquiera que las historias que les contábamos eran ciertas.

Estos encuentros han fortalecido nuestra convicción de que nuestra tarea es —coincidiendo con la exhortación del gran poeta italiano Savinio— «contar nuestra historia». Nuestra misión como intelectuales, como personas que se suben a un estrado o a un escenario y que, lo que es aún más importante, se dirigen a la gente joven, nuestra misión no es simplemente enseñarles un método, cómo usar los brazos, cómo controlar la respiración, cómo usar el estómago, la voz, el falsete, el *contracampo*. No basta con enseñar una técnica o un estilo: tenemos que enseñarles lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Tienen que ser ca-

LA GRAN LITERATURA EN LENGUA ESPAÑOLA



«Una magnífica novela sobre esas catacumbas donde el hampa y el periodismo se confunden.»
Mario Vargas Llosa



Hay una gran literatura latinoamericana nueva. Y **Tomás de Mattos** lo demuestra.



La vida y la muerte de una gran poetisa apasionada. Una novela fulgurante.



El triunfo del verbo, de lo precioso sobre lo confuso, de la forma sobre la lengua.

ALFAGUARA



paces de contar su propia historia. Un teatro, una literatura, una expresión artística que no hable de su propio tiempo no tiene relevancia.

Hace poco participé con muchas otras personas en una conferencia donde intenté explicar, especialmente a los participantes más jóvenes, los entresijos de un caso judicial italiano particular. El caso original ha dado lugar a siete juicios distintos, cuyo resultado ha sido la condena de tres políticos italianos de izquierda a veintiún años de prisión cada uno, acusados de haber asesinado a un jefe de policía. He estudiado los documentos del juicio —

como hice cuando preparaba la *Muerte accidental de un anarquista*— y en la conferencia relaté los hechos pertinentes, que en realidad son bastante absurdos, incluso grotescos. Pero en cierto momento me di cuenta de que estaba hablando en el vacío, por la sencilla razón de que mi audiencia ignoraba no sólo el caso, sino lo que había ocurrido cinco años antes, diez años antes: la violencia, el terrorismo. No sabían nada de las masacres perpetradas en Italia, de los trenes volados, las bombas en las plazas o los grotescos juicios que se han celebrado desde entonces.

Lo que resulta terriblemente difícil es que, para hablar de lo que está ocurriendo hoy, tengo que empezar por lo que pasó hace treinta años y luego ir avanzando. No basta con hablar del presente. Y, fíjense bien, esto no ocurre sólo en Italia: lo mismo ocurre en todas partes, en toda Europa. Lo he intentado en España y me he encontrado con la misma dificultad; lo he intentado en Francia, en Alemania; aún tengo que intentarlo en Suecia, pero lo haré.



Dario Fo: Dibujo.

Para concluir, déjenme compartir esta medalla con Franca.

Franca Rame, mi compañera en la vida y en el arte, que ustedes, miembros de la Academia, citan en su razonamiento de la concesión del premio como actriz y autora, ha intervenido en muchos de los textos de nuestro teatro.

En estos momentos, Franca está actuando en un teatro en Italia, pero se reunirá conmigo pasado mañana. Su vuelo llega a mediodía; si quieren, podemos ir todos a recibirla al aeropuerto.

Franca tiene un agudo sentido del humor, se lo aseguro. Un periodista le hizo hace unos días la siguiente pregunta: «Bien, ¿qué siente al ser la esposa de un Premio Nobel? ¿Qué siente al tener un monumento en su casa?». A lo que respondió: «No me preocupa, ni lo considero una desventaja en absoluto; llevo mucho tiempo ensayando. Cada mañana hago mis ejercicios: me pongo a gatas, y así me voy acostumbrando a ser el pedestal de un monumento. ¡Y soy bastante buena!».

Como les he dicho, tiene un agudo sentido del humor. A veces incluso dirige su ironía contra sí misma.

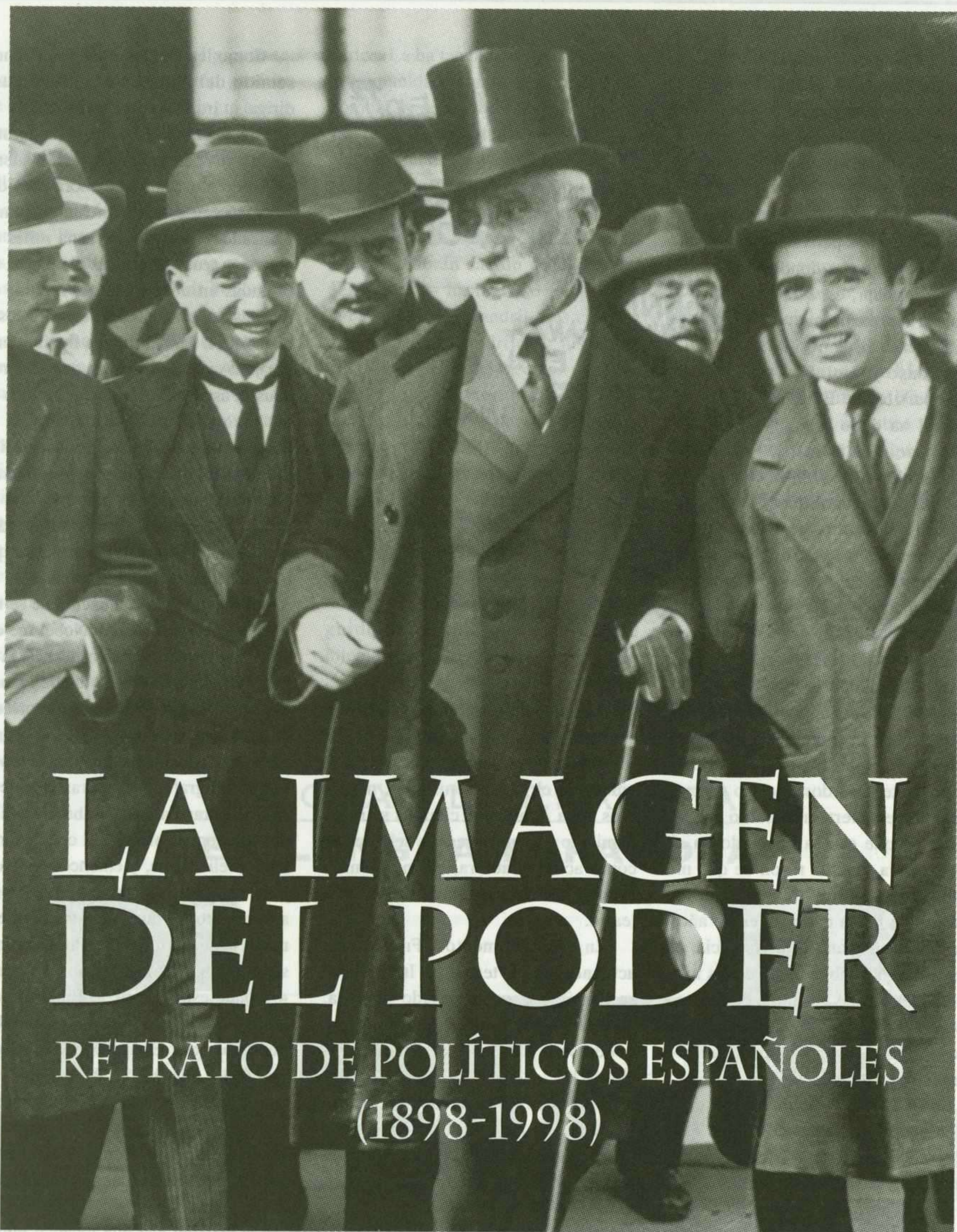
Sin ella a mi lado, donde ha permanecido ya toda una vida, jamás habría realizado el trabajo que ahora consideran digno de este honor. Juntos hemos planeado y puesto en escena miles de obras, en teatros, fábricas ocupadas, en sentadas en universidades, incluso en iglesias no consagradas, en cárceles y en parques, bajo el sol y la lluvia, siempre juntos. Hemos tenido que soportar abusos, asaltos de la policía, insultos de los bienpensantes y violencia. Y es Franca la que ha padecido la agresión más atroz. Ha tenido que pagar más caro que ninguno de nosotros, con su propia integridad física, la solidaridad con los humildes y los derrotados que ha sido siempre nuestra premisa.

El día en que se anunció que se me iba a conceder el Premio Nobel me encontraba frente al teatro de la Via di Porta Romana, de Milán, donde Franca, junto con Giorgio Albertazzi, representaba *El demonio con tetas*. De pronto me vi rodeado de un enjambre de reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión. Un tranvía que pasaba por ahí se detuvo inopinadamente, el conductor se bajó a felicitarme, y entonces los pasajeros hicieron lo mismo y se pusieron a aplaudir; todos querían estrecharme la mano y felicitarme... cuando, de pronto, se pararon y, al unísono, gritaron: «¿Dónde está Franca?». Empezaron a aullar «Francaaaa», hasta que, poco después, apareció. Estupefacta y con lágrimas en los ojos, bajó a abrazarme.

En ese momento, como caía del cielo, apareció una banda tocando sólo instrumentos de viento y tambores. Estaba formada por chiquillos de todos los rincones de la ciudad, y resultó que era la primera vez que tocaban juntos. Tocaron *Porta Romana bella, Porta Romana* a ritmo de samba. Jamás he oído nada más desafinado, pero fue la música más hermosa que Franca y yo hayamos escuchado nunca.

Créanme, este premio es para los dos. □

DEL 25 DE FEBRERO AL 3 DE MAYO DE 1998



LA IMAGEN DEL PODER

RETRATO DE POLÍTICOS ESPAÑOLES
(1898-1998)

FUNDACIÓN ARTE Y TECNOLOGÍA

Madrid, C/ Fuencarral, 3. Martes a viernes de 10 a 14 h. y de 17 a 20 h.

Sábados, domingos y festivos de 10 a 14 h.

Entrada gratuita, previa exhibición del D.N.I.

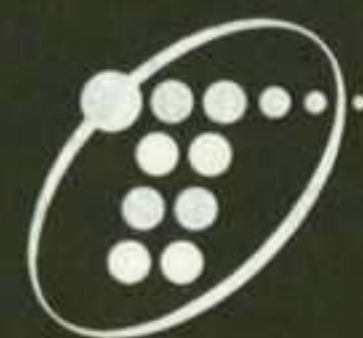
Internet: <http://www.telefonica.es/fat/>

InfoVía: telefonica.inf/fat/

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



FUNDACION
ARTE Y TECNOLOGIA



Telefónica



68 98

Treinta años después

Las chicas quemaron el sostén como una metáfora de la represión y de la naturalidad con que vivirían su cuerpo y su sexo. Los artistas salieron a la calle para renegar de su individualidad, de su torre de marfil, y extraer del cuerpo social la potencia creadora e imaginativa. Los obreros, hartos e impacientes, tiraron a las patas de los caballos no sólo a los aparatos liberales y burgueses, sino a los partidos de la izquierda tradicional. Los estudiantes hicieron los eslóganes que constituyeron la estética de aquella ética: Sed realistas, pedid lo imposible.

Treinta años después, el recuerdo de los «sucesos» de Mayo del 68 sigue cargado de una emocionalidad que dificulta el análisis, porque la historia, tozuda, se empeña en continuar cambiando la faz del mundo, y con ella, la faz de las ideas. Algo de los logros, los errores, la herencia en fin de aquellos hechos emocionantes está en el Cuaderno que presentamos, que no puede evitar estar cargado de sentimiento, de autobiografía, de ese esfuerzo doloroso por separar los intentos de los resultados... y la irremediable necesidad de no obviar éstos últimos. Porque nuestra lectura del 68 está hecha expresamente desde treinta años después, y desde la periferia del «Mayo Francés».

Angela Y. Davis

Política, moda y nostalgia

Hace no mucho tiempo asistí en San Francisco a una *performance* organizada por mujeres que estaban o habían estado recluidas en la prisión del condado, en colaboración con mujeres artistas de la Bahía. Al terminar el acto me dirigí al «salón verde», situado detrás del escenario, donde un grupo de reclusas, custodiadas por policías apostados en la puerta, celebraban el acontecimiento con sus familiares y amigos. Como había trabajado en la cárcel con algunas de aquellas mujeres, quise felicitarlas por el espectáculo. Una mujer me presentó a su hermano, que en un primer momento respondió a mi nombre con absoluta indiferencia. La mujer lo amonestó: «¿Es que no sabes quién es Angela Davis? Debería darte vergüenza». El rostro del muchacho se iluminó de pronto y dijo: «Ah, sí... Angela Davis: la del *afro*».

Este tipo de respuestas no son en absoluto excepcionales, y resulta humillante y vejatorio descubrir que no habiendo transcurrido más que una generación desde el momento en que tuvieron lugar los acontecimientos que me convirtieron en un personaje público, el recuerdo que de mí se tiene es el de un peinado. Es humillante porque reduce una política de liberación a una política de moda; y es vejatorio porque semejantes encuentros con personas de la generación inmediatamente posterior ponen de manifiesto la fragilidad y mutabilidad de las imágenes históricas, especialmente de aquellas relacionadas con la historia afroamericana. Este encuentro con el joven que me identificó como «la del *afro*» me trajo a la memoria un artículo recientemente publicado por la *New York Times Magazine*, en el que mi nombre figuraba entre las cincuenta personas más influyentes en el mundo de la moda (léase: del peinado) durante el último siglo. Sigue pareciéndome irónico que se me atribuya el mérito de haber popularizado el estilo *afro* cuando, en el momento en que comencé a lucir mi pelo al natural, a finales de los años sesenta, yo no hacía sino imitar a un montón de mujeres —tanto figuras públicas como mujeres con las que me relacionaba en mi vida cotidiana—.

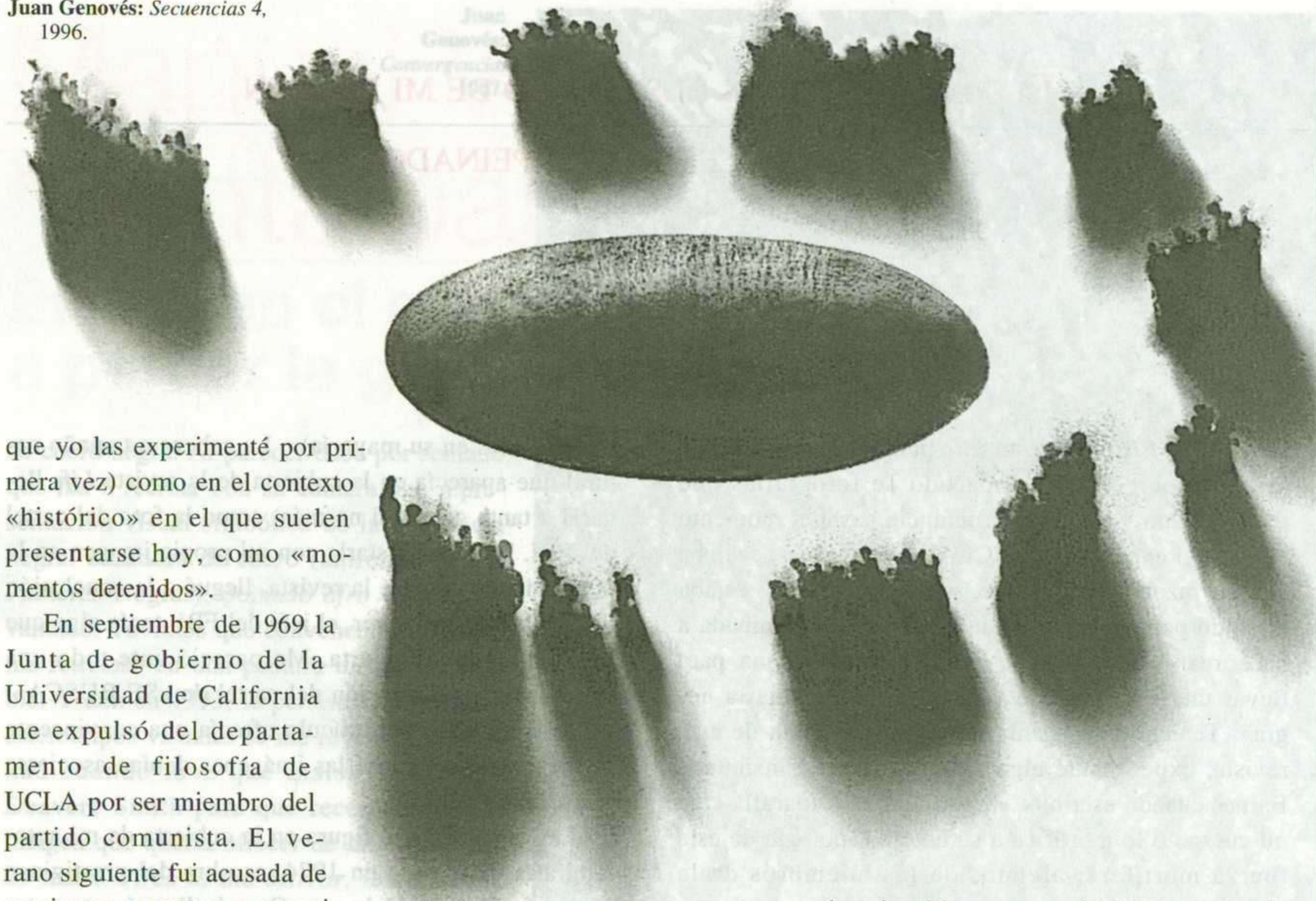
Pero no es sólo la reducción de la historia política a moda de la época lo que me irrita. Lo que más me desconcierta es que el hecho de que se me conozca como «la del *afro*» es en gran medida resultado de una

particular escasez de imágenes periodísticas, y de que la mía sea una de las relativamente pocas que ha logrado sobrevivir a lo largo de las dos últimas décadas. O quizá el hecho de que los tintes discriminatorios de esas imágenes hicieron que la mía entrase en la cultura periodística de la época precisamente en virtud de mi presunta «criminalidad». Lo cierto es que ha sobrevivido, aunque desvinculada del contexto histórico en el que surgió como moda. La mayoría de los jóvenes afroamericanos para los que mi nombre y la imagen que yo tenía a los veinticinco años son familiares, la han visto en miles de imágenes en el cine y principalmente en los videoclips de grupos musicales, así como en algunos libros y revistas sobre la historia de la raza negra. En el contexto interpretativo en el cual aprenden a situar estas fotografías, el elemento más destacado de la imagen es el peinado, entendido no tanto como declaración política sino como moda.

La abundancia sin precedentes de imágenes fotográficas y fílmicas de personas afroamericanas que observamos hoy en día tiene múltiples y contradictorias implicaciones. Por un lado, preserva la memoria visual de generaciones anteriores o ya desaparecidas, tanto de gente famosa como de gente que no ha alcanzado relevancia pública. Sin embargo, se corre también el peligro de que esta memoria histórica pueda tornarse ahistórica y apolítica. «Las fotografías son reliquias del pasado», afirma John Berger. Son «pruebas de lo que ha ocurrido. Si los vivos asumieran ese pasado, si el pasado fuera parte integrante del proceso de construcción de la historia individual, entonces todas las fotografías se insertarían en un contexto vivo, continuarían existiendo en el tiempo, en lugar de detenerse en determinados momentos».

En épocas pasadas siempre me mostré reacia a reflexionar, salvo de manera superficial, sobre el poder de las imágenes visuales mediante las cuales se me representó durante el tiempo que duró mi proceso. Quizá porque me niego a admitir que estas imágenes pudieran estructurar en cierto modo mis experiencias de aquella época. El reciente proceso de reciclaje de algunas de estas imágenes en contextos que reivindican la moda *afro* —el encanto revolucionario— me ha llevado a reconsiderarlas tanto en su contexto histórico original (en el

Juan Genovés: *Secuencias 4*,
1996.



que yo las experimenté por primera vez) como en el contexto «histórico» en el que suelen presentarse hoy, como «momentos detenidos».

En septiembre de 1969 la Junta de gobierno de la Universidad de California me expulsó del departamento de filosofía de UCLA por ser miembro del partido comunista. El verano siguiente fui acusada de asesinato, secuestro y conspiración en relación con mis actividades en defensa de George Jackson y los hermanos Soledad. La difusión de diversas fotografías mías —tomadas por periodistas, policías de paisano y activistas del movimiento— desempeñó una función esencial tanto en la movilización de la opinión pública en contra de mi persona como en el desarrollo de la campaña que en última instancia determinó mi absolución.

Hoy, transcurridos veinticinco años, muchas de estas fotografías están siendo recicladas y recontextualizadas de maneras que resultan a un tiempo apasionantes y perturbadoras. Cuando comenzaron a circular públicamente mis fotografías, fui plenamente consciente del poder invasor y transformador de la cámara y de la contextualización ideológica de mis imágenes, lo que me dejó con escaso o nulo margen de maniobras. Por un lado se me representaba como a un monstruo comunista (es decir, antiamericano) cuyo indisciplinado peinado natural simbolizaba la militancia negra (es decir, antiblanca). Algunas de las primeras cartas, llenas de odio, que recibí entonces tenían como objetivo la aniquilación de «Rusia» y de «Africa». Me decían que «volviese a Rusia» y a menudo en la misma frase (en alusión a mi pelo) «que volviese a Africa». Por otro lado, las descripciones benévolas tendían a interpretar la imagen —siempre una en la que tengo la boca muy abierta— como la de una revolucionaria carismática y arrolladora, dispuesta a liderar la lucha de las masas. Puesto que no me considero ni

monstruosa ni carismática, me sentí básicamente traicionada por ambas visiones: insultada por la primera y sobrevalorada por la segunda.

En 1969, cuando fui expulsada de la universidad, diversos periódicos y revistas, así como la televisión, difundieron algunas de estas fotografías. Sin embargo, cuando se presentaron cargos penales contra mí en relación con el asesinato de Mary County, las fotografías se convirtieron realmente en lo que Susan Sontag ha llamado parte del «mobiliario general del entorno». Y en este sentido comenzaron a asustarme sinceramente. El ciclo del terror se inició cuando el FBI decidió incluirme entre los diez criminales más buscados del condado. Y como estuve un mes escondida antes de ver la foto que el FBI escogió para sus carteles, tuve que imaginarme cómo habían decidido presentarme, al tiempo que intentaba forjar para mí misma una imagen totalmente distinta de aquella que me definía como armada y peligrosa. Recurrí a una peluca de pelo negro y liso, me puse pestañas postizas y más sombra de ojos, más perfilador y más colorete del que jamás me hubiera imaginado que pudiera llevar en público. Sin haberme propuesto nunca presentarme como una mujer encantadora, me pareció entonces que el encanto era la única imagen que podría borrar definitivamente la otra de revolucionaria. En ningún momento se me pasó por la cabeza que esa imagen «revolucionaria» que yo intentaba camuflar regresaría, una generación más tarde, envuelta en encanto y nostalgia.

Después de que el cartel del FBI apareciese en oficinas de correos, edificios oficiales y en el programa


EL ELEMENTO MÁS DESTACADO DE MI IMAGEN

DE ENTONCES ERA EL PEINADO

de TV *The FBI*, la revista *Life* publicó un provocador artículo sobre mí. Acompañado de fotografías que ilustraban mi vida desde la infancia hasta el momento en que fui expulsada de UCLA, el artículo especulaba con las razones por las que, supuestamente, yo estaba echando por tierra mi sólida trayectoria encaminada a hacer realidad el sueño de clase media americana, para llevar una imprevisible vida de «revolucionaria negra». Teniendo en cuenta la enorme difusión de esta revista, experimenté algo similar a lo que insinuaba Barnes cuando escribió: «Siento que la fotografía crea mi cuerpo o lo mortifica a su antojo (apología de esta fuerza mortífera: algunos de los miembros de la Comuna de París pagaron con su vida el consentimiento o incluso el anhelo de posar en las barricadas: derrotados, fueron reconocidos por la policía de Thiers

y asesinados en su mayoría)». La cabeza a tamaño natural que aparecía en la cubierta de la revista *Life* llegaría a tanta gente (si no más) como la foto del cartel del FBI. Tras contrastarla con mi propia imagen en la tienda donde compré la revista, llegué a la conclusión de que J. Edgar Hoover, el jefe del FBI, tenía algo que ver con aquella cubierta. Me pareció ante todo una ampliación y elaboración del cartel de «SE BUSCA». Además, el texto del artículo ofrecía una convincente explicación de por qué las imágenes debían asociarse con armas y peligro.

La fotografía que figura en la cubierta de mi autobiografía, publicada en 1974, es obra del prestigioso fotógrafo Phillippe Halsman. Cuando llegué a su estudio con Toni Morrison, que era mi editora, lo primero que nos preguntó fue si habíamos llevado la cazadora




CAMBRIDGE UNIVERSITY PRESS

LEA EN
HOLLYWOOD CENSURADO

TODO SOBRE
LO QUE NO
PUDO VER EN
SUS PELÍCULAS
FAVORITAS

Manténgase informado sobre las últimas e interesantes novedades en español de Cambridge University Press en los temas de su interés.



Una época, una moral, una sociedad y su influencia en el Séptimo Arte, analizadas de forma exhaustiva y amena en este libro del Dr. Black.

El libro estudia cómo cientos de películas fueron mutiladas bajo las normas de *código Hays*. Se analizan tanto los documentos originales de las películas como los archivos de la *Legión de Decencia Católica*.

Fundamental para todo cinéfilo que quiera conocer esta época oscura de la historia del cine.

Por sólo **1.995 ptas.**

INFORMACIÓN

Nombre

Dirección

Ciudad

Provincia C.P.

Tel.: Fax:

E-mail

Sí, deseo recibir información periódica sobre los temas siguientes:

<input type="checkbox"/> Literatura	<input type="checkbox"/> Ciencia
<input type="checkbox"/> Lingüística	<input type="checkbox"/> Psicología
<input type="checkbox"/> Didáctica de Lenguas	<input type="checkbox"/> Religiones y Mitos
<input type="checkbox"/> Historia	<input type="checkbox"/> Otros: <input type="text"/>

C/ Ruiz de Alarcón, 13 • 28014 Madrid
Tel.: (91) 360 45 65 • fax: (91) 360 45 70

Manuel Montalbán

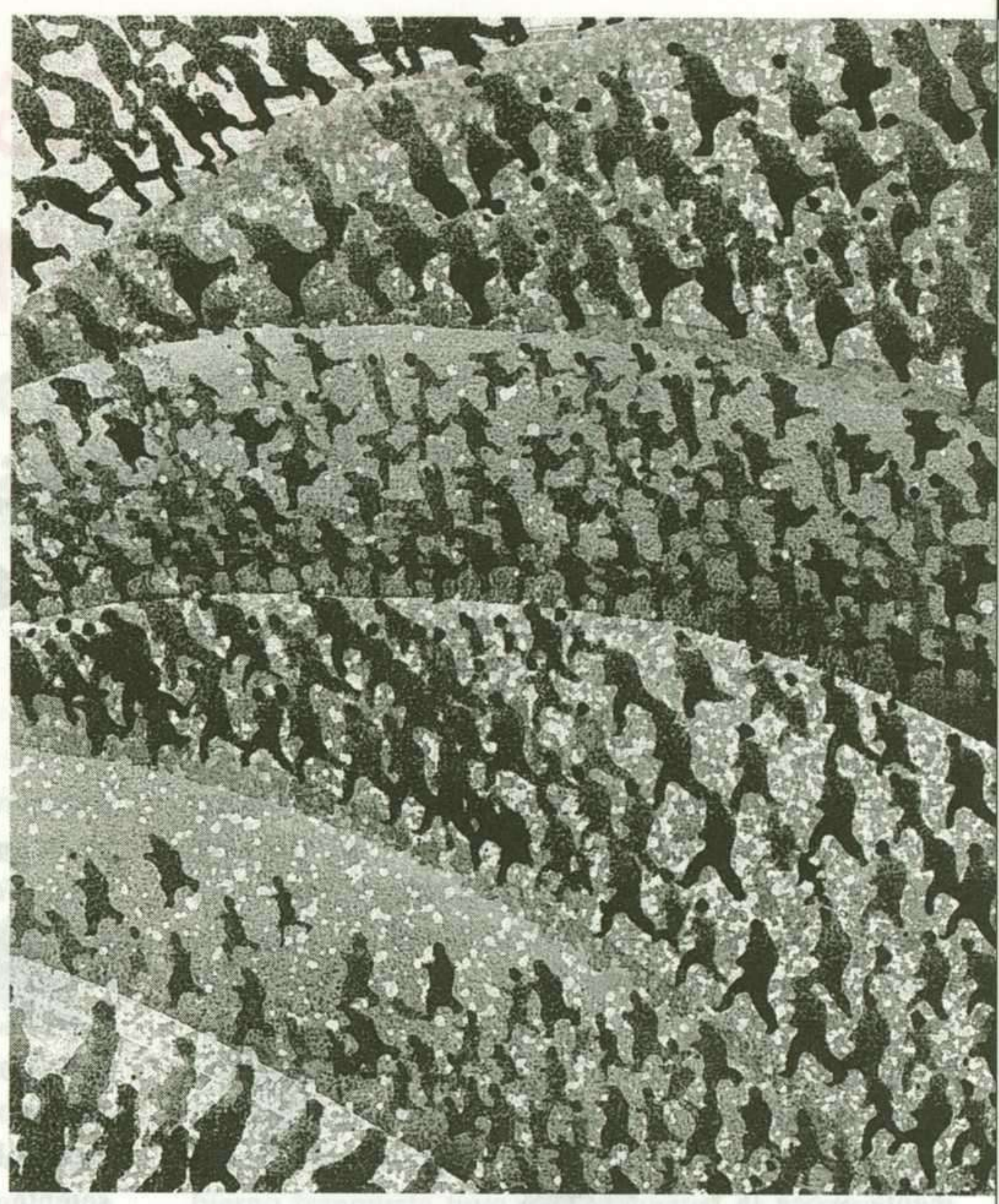
Juan Genovés:
Convergencia,
1967.

El año en el que
a perder la guerra

de cuero negra. Al parecer daba por sentado que iba a recrear con su cámara una representación visual simbólica de la militancia negra: cazadora de cuero (uniforme de los Panteras Negras), peinado *afro* y puño levantado. Tuvimos que convencerlo para que me retratase en una postura menos previsible. Y aún en 1993, la persistencia de estos estereotipos visuales se me reveló con claridad cuando tuve que insistirle a Anna Deavere Smith para que reconsiderase la imagen que quería ofrecer de mí en su obra de teatro *Fires in the Mirror*, inicialmente basada en una cazadora de cuero negra como atributo esencial.

Hasta aquí me he centrado principalmente en mis respuestas ante aquellas imágenes fotográficas, lo que tal vez no sea el modo más interesante o productivo de acercarse a ellas. Si bien la prueba más evidente de su fuerza fue la importante función que desempeñaron a la hora de modelar las opiniones de la gente sobre mi persona como «fugitiva» y presa política, otro de sus efectos, más amplio y sutil, fue su capacidad de actuar como imágenes genéricas de mujeres negras que lucían un peinado «natural». A partir del interminable flujo de historias que he tenido ocasión de oír en los últimos veinticuatro años (y que aún sigo oyendo), deduzco que cientos, acaso miles de mujeres negras con peinado *afro* fueron extorsionadas, acosadas y detenidas por la policía, el FBI y los agentes de inmigración durante los dos meses que yo pasé escondida. La mujer que me dijo que esperaba servir como «cebo» por su piel clara y su pelo natural, era sin duda consciente de cómo las fotografías —que circulaban en un contexto cargado de prejuicios raciales— construían representaciones genéricas de las jóvenes negras. En consecuencia, las fotografías convirtieron a un amplísimo número de mis coetáneas negras de aspecto natural (ya tuviesen la piel clara u oscura) en blancos de la represión. Este es el contenido histórico oculto que acecha tras la pertinaz asociación de mi nombre con el estilo *afro*.

Una antigua alumna mía lleva el pelo a lo *afro* desde hace algunos meses. Dice que no ha pasado un



sólo día sin que personas totalmente desconocidas la hayan saludado al grito de «Angela Davis». Además, durante los meses anteriores a la redacción de este artículo, recibí un sorprendente número de peticiones de entrevistas por parte de periodistas que trabajaban en artículos sobre «el resurgimiento de lo *afro*». Una de las últimas surgió al hilo de una doble página aparecida en la sección de moda de la revista *Vibe*, publicado en marzo de 1994 bajo el título de «Libertad para Angela: la actriz Cynda Williams convertida en Angela Davis, una revolucionaria de la moda». La doble página en cuestión consta de ocho fotografías en color de Cynda Williams (conocida por su papel de cantante en la película de Spike Lee *Mo' Better Blues*) en diversas poses que parodian mis fotografías de principios de los setenta. Este trabajo de la estilista Patty Wilson se presenta con el nombre «documoda», por su uso de la indumentaria moderna como «remedo del aspecto que Angela Davis tenía en los años setenta».

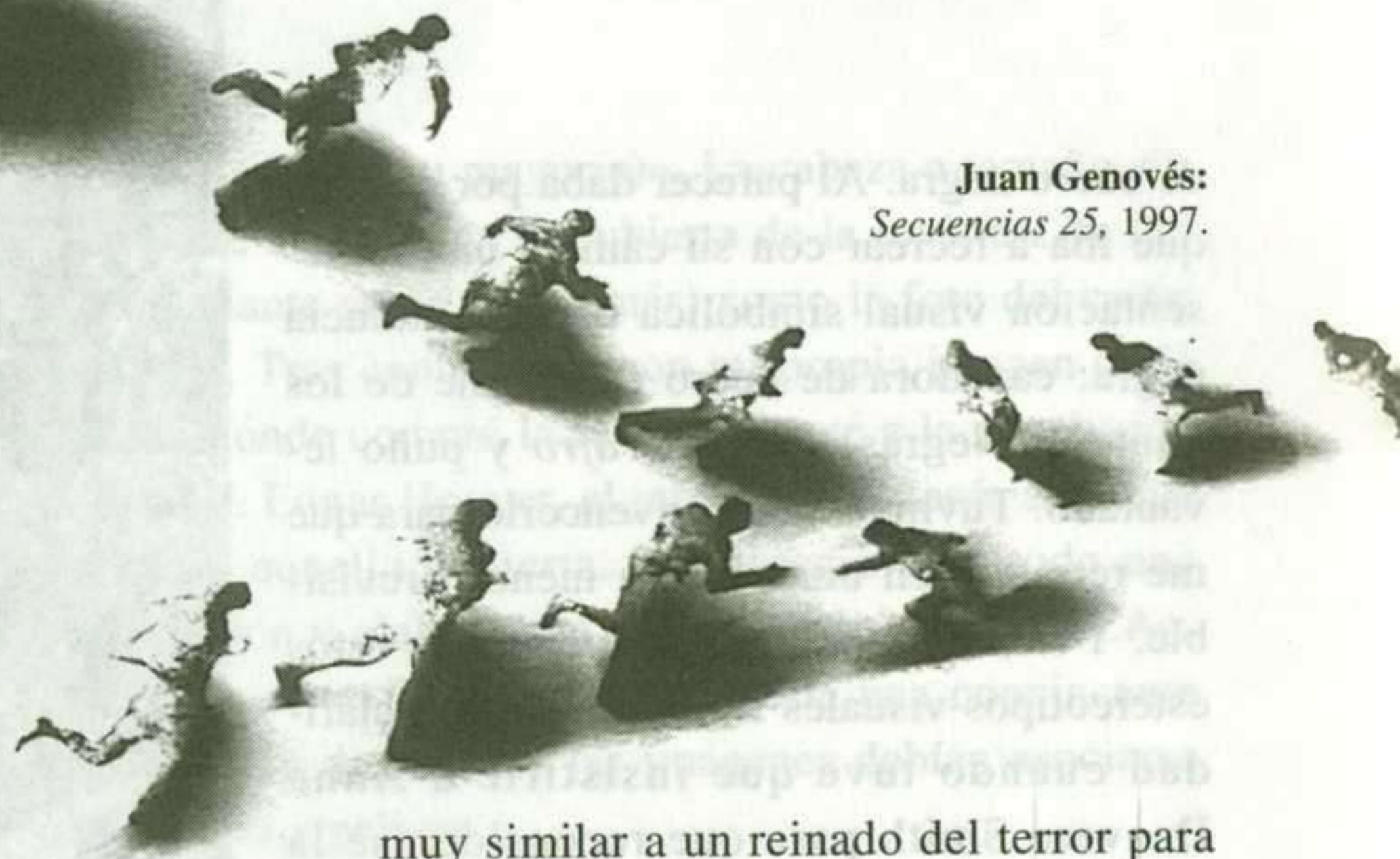
Algunas de las fotografías incluidas en este reportaje son claros intentos de recrear las fotos de prensa realizadas en el momento de mi detención, durante el juicio y tras mi liberación. Otras pueden calificarse directamente de pastiche, y toman ciertos elementos — como imágenes de hombres negros con cazadoras de cuero negras— de los estereotipos de la militancia negra correspondientes a las décadas de los sesenta y los setenta. Se incluye, por ejemplo, una escena de detención, con la modelo entre dos policías uniformados y



vestida con una blusa de raso negra (que evoca el *top* que yo llevaba el día en que fui detenida). Y al igual que ocurre con su pelo, las gafas que anuncia la modelo son muy parecidas a las que yo usaba en aquella época. Hay también dos escenas en el tribunal en las que Williams aparece con una enorme peluca *afro* y un vestido cortísimo y transparente; en una de ellas esposada. Otra de las imágenes se articula en torno a un hombre que está fumando un puro, con barba, traje militar y una pistola en la cintura, que evidentemente evoca la figura de Ernesto Che Guevara.

(Hasta los trajes militares pueden comprarse en algunas tiendas). No hay en estas fotografías el menor atisbo de sutileza. Y como la intención del documento es representar la ropa vinculada con los movimientos revolucionarios de principios de los años setenta como moda revolucionaria en los noventa, el logotipo del LX aniversario del partido comunista ha sido retocado en una de las fotos hasta convertirse en «1919-1971» (en lugar de 1979). El vestido que aparece como telón de fondo del logotipo está adornado con insignias que llevan inscrito el siguiente lema: «Libertad para todos los presos políticos».

Las fotografías que me parecen más inquietantes, sin embargo, son dos pequeños primeros planos de Williams con una enorme peluca *afro*, idénticas al cartel difundido por el FBI, con la salvedad de que aquí aparecen las palabras «LIBERTAD PARA ANGELA» impresas en letras rojas al pie de la página. Pese al hecho de que las fotos inusualmente pequeñas no permiten ver la indumentaria de Williams, los *tops* y las gafas (también muy similares a los que yo llevaba en las dos fotografías aquí imitadas) se reseñan como artículos disponibles. Este es el ejemplo más llamativo de cómo la historia particular de mi caso legal es completamente vaciada de contenido hasta quedar convertida en material de uso publicitario. El modo en que este reportaje proporcionaba un pretexto histórico a algo



Juan Genovés:
Secuencias 25, 1997.

muy similar a un reinado del terror para innumerables jóvenes negras, queda eficazmente anulado al utilizarse como reclamo para la venta de ropa y la invitación a la nostalgia por la moda de los setenta. Lo que también se pierde en este nostálgico sucedáneo de la memoria histórica —en estos «momentos detenidos», en palabras de John Berger— es la participación activa de un vasto número de mujeres negras en movimientos actualmente representados con perfiles aún más masculinos de los que en realidad mostraron en su momento.

Sin entrar en la polémica suscitada por el artículo de Frederic Jameson «Postmodernism and Consumer Society», quisiera señalar que su análisis de «películas nostálgicas» y sus contrapartidas literarias, que son «novelas históricas sólo en apariencia», podría proporcionarnos un excelente punto de partida para la interpretación de este género publicitario llamado «documoda», puesto que «estamos condenados a buscar el pasado histórico», dice Jameson, «en las propias imágenes y en los propios estereotipos populares de un pasado que en sí mismo se nos escapa eternamente.» Quizá aceptando el llamamiento de John Berger a una «fotografía alternativa» podríamos desarrollar estrategias para conseguir imágenes tan sugerentes como éstas a las que aquí me he referido, con la intención de transformar de manera activa sus contextos interpretativos en el terreno de la educación, de la cultura popular, de los medios de comunicación y de la organización social, entre otros. Necesitamos, especialmente en lo que a imágenes históricas afroamericanas se refiere, encontrar modos de incorporarlas a la «memoria política y social, en lugar de usarlas como un sucedáneo que estimula la atrofia de esta memoria». □

Manuel Vázquez Montalbán

El año en el que empezamos a perder la guerra fría

Pregunta a Marcuse en el transcurso de un debate sobre El final de la utopía: «¿En qué medida ve usted el movimiento pop inglés un arranque positivo para una conducta estético-erótica?»

«...Los grupos a los que ha aludido usted son característicos de la desintegración del sistema que como fenómeno no tienen ninguna fuerza transformadora, pero acaso algún día, junto con otras fuerzas objetivas mucho más potentes, puedan tener su función.»

DE LA GRABACIÓN REALIZADA DURANTE LOS DÍAS 10, 11, 12 Y 13 DE JULIO DE 1967, EN LA UNIVERSIDAD LIBRE DE BERLÍN.

Suelo referirme al talante cultural de los floridos mayos de 1968 utilizando la metáfora de *Marat Sade* y *los locos de Charenton* de Peter Weiss. Marat representaba el compromiso desde la perspectiva sociologista y el *nosotros* como sujeto histórico. Sade, la reivindicación del derecho del individuo a realizarse por encima de los otros como obstáculo, incluso utilizando a los otros como meros instrumentos de realización del yo. El discurso de la izquierda europea más abierta empezaba a cuestionar a finales de los sesenta la hegemonía exclusiva de lo histórico y a reivindicar lo cotidiano, o bien una síntesis de lo histórico y lo cotidiano, y a la cotidianeidad se dedicaban preclaros cerebros marxistas que estaban inaugurando el postmarxismo, tal vez sin saberlo, como Henri Lefebvre o Agnes Heller, la discípula de Lukacs. En España, las izquierdas también accedían a ese debate de fondo entre vida e historia, que tuvo en el Mayo Francés la propuesta síntesis poética de *cambiar la historia como pedía Marx, cambiar la vida como pedía Rimbaud*. Pero España aún era diferente en mayo, en todos los mayos que hubo en 1968, porque Franco y las fuerzas reaccionarias que representaba, marcaban la diferencia subrayada por un póster turístico patrocinado

por el ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne: *Spain is different*. Marx y Rimbaud, sometidos por Franco en el cogote, Marat, Sade y Franco como carabina, un *menáge a trois* a la española.

En los países donde el capitalismo avanzado había sublimado democracias, 1968 iba a ser un año de prueba para el democratismo y para la capacidad de asalto al poder de las izquierdas teóricamente revolucionarias. España era diferente. Aquí no se trataba de *asaltar la tradición fundamental*, es decir, el capitalismo según el *argot* maoísta. Aquí aún había que *asaltar la contradicción de primer plano*, Don Francisco Franco Bahamonde, y todos sus cómplices económicos, políticos, sociales y culturales. En 1968 el gobierno franquista tuvo la desfachatez de sumarse a la celebración mundial del Año de los Derechos Humanos, cuando ni siquiera se reconocía el estatuto de preso político a los presos políticos, la tortura era práctica habitual de la Brigada Político Social y de la Guardia Civil, y la persecución de las nuevas vanguardias del movimiento obrero, universitario y profesional empezaba a ser noticia tacañamente publicada. Había costado veinticinco años superar las condiciones de precaria resistencia, condicionadas por la mortandad de la guerra civil y la dura represión de la posguerra, por el exterminio de las resistencias, el exilio o la auto-ocultación de las vanguardias del movimiento obrero y de la cultura. Pero ya mediados los años sesenta aparece con cierta pujanza Comisiones Obreras, se vertebraba y estabiliza el movimiento estudiantil y los nuevos profesionales van creando redes de influencia política en los Colegios Profesionales.

La sociedad española había cambiado, pero las superestructuras políticas y jurídicas, los aparatos ideológicos de Estado, como pedían Poulantzas y Marta Harnecker que se llamara a los instrumentos de inculcación de conciencia social, seguían administrando la victoria de la guerra civil. La democracia, esa era nuestra utopía, cuando en Europa ya a empezaba a revisarse, o tal vez fuera una deconstrucción, la utopía revolucionaria. El mundo democrático enseñó en 1968 la dialéctica interiorizada entre el apacible Dr. Jeckyll y el siniestro Mr. Hyde y así las democracias más avanzadas, asustadas por la extensión y pluralidad de

la insumisión, incluido tal vez el *rock*, defendieron su modelo de sociedad. En 1968, en los Estados Unidos se eliminan aquellos ruidos ya excesivamente molestos y en un mismo año matan a estudiantes negros en Carolina del Norte, asesinan a Martin Luther King y a Robert Kennedy, precandidato a la presidencia, y se desarticulan a los *Black Panthers* por los procedimientos más expeditivos, incluida la aplicación de la Ley de Fugas. Al sur del Río Grande el sistema se defiende ametrallando a los estudiantes mexicanos en la Plaza de las Tres Culturas para celebrar los Juegos Olímpicos en paz y hacer posible la metáfora de la competición deportiva como sucedáneo de la bélica, mientras la policía machaca con recursos legales y paralegales a los embriones ideológicos y organizativos de las guerrillas urbanas futuras en Alemania e Italia, y en Francia, la patria del mayo más florido y más de opereta, el general De Gaulle se sacaba los tanques del general Masau de la bragueta.

El sistema capitalista tenía conciencia del pulso decisivo con el bloque socialista, porque Cuba y el castro-guevarismo exportaban revoluciones armadas a América y África, la guerra del sudeste asiático se complicaba y ahora, en la retaguardia, aparecía una incómoda quintacolumna vanguardista compuesta por herederos de la teoría crítica, defensores de los derechos civiles, pacifistas, *hippies* de variada naturaleza; una juventud concupiscente, héroes y heroínas del *rock*, incluso nietzscheanos anticapitalistas, el anarco-marxismo como el aliado objeto del marxismo más disciplinado, variantes de extrema izquierda impulsada por jóvenes marxistizados y vanguardistas que consideraban demasiado contemporizadores los planteamientos del comunismo convencional y los adjetivan a la espera de que de uno de estos brotes se desarrolle una sustantividad más revolucionaria. El mayo, el Mayo Francés y la frustrada Primavera de Praga, la invasión de Checoslovaquia a cargo de las tropas soviéticas, la parálisis revolucionaria de los partidos comunistas occidentales definitivamente parlamentarizados, será coartada para que cualquiera con una rápida lectura de *Pour lire Marx*, veinte duros de ideología, cincuenta de estrategia y la euforia libertaria de los años de la minifalda, la píldora anticonceptiva y las revoluciones con *rock*, flores

y sexo, rompa con las ortodoxias marxistas y se establezca por su cuenta. Las sucesivas derrotas de las izquierdas en todos los mayos del mundo permitieron el empantanamiento de los años setenta y un poderoso movimiento de reflujo reaccionario que veinte años después había dado la vuelta a todas las expectativas revolucionarias de los sesenta, incluida la sexual, arruinada por el tándem sida-Juan Pablo II. El *élan revolucionario* se agostaba en una crisis económica que eliminó los excedentes que habían permitido tanta contracultura y tanto mayo, y en la promulgación del *grado cero del desarrollo* se encuentran por primera vez en la historia el pesimismo burgués y el marxista, hasta abocar en la evidencia de la finitud de la idea de progreso. Los pensadores piensan una vez más sobre lo obvio y Foucault, Deleuze y Derrida, al revisar la función del pasado y de lo histórico, abren las puertas, que nunca quisieron abrir, a la coartada lógica de la deshistorificación y de un presente sin culpables. En cuanto a los marxistas críticos, incluso disidentes, que utilizaron los mayos del 68 como prueba de la esclerosis de los marxismos ortodoxos, vivieron diez años de esplendor en la hierba a la espera de utopías de rostro humano, antes de ser arrasados por la misma cadena de supermercados que se llevó por delante al socialismo real y al irreal.

Con todo, treinta años después la peor consecuencia de aquellos mayos son los postmayistas intelectuales, insoportable plaga de *I have been* que se ha limitado a cumplir disciplinadamente la regla popular de que quien a los veinte años no es un revolucionario es que no tiene corazón, y quien a los cuarenta sigue siéndolo, no tiene cerebro. Se han pasado casi todos a Popper y otros neoliberales incluso más groseros y sectarios, y hasta defienden la privatización de los ministerios del Interior, la policía y las cárceles. Del mesianismo mayista al mesianismo democratista y neoliberal, los mayos del 68 nos ha legado una colección completa de intelectuales bonsais, modelo Malraux achicado y multiplicado según las servidumbres del minimalismo y la producción *prêt a porter* de la posmodernidad. □

Juan Genovés:
Secuencias 26, 1997.



Nadia Fusini

Fragmentos de un espejo

De los dos actos necesarios para vivir —olvidar, recordar—, confieso que no por elección, sino por naturaleza, diría, me inclino más por el primero. Sí, yo olvido. No recuerdo. A lo mejor soy realmente un mal «sujeto»; quiero decir, no un «genuino» sujeto cartesiano, diestro en el entendimiento y en la voluntad, y por tanto capaz del fundamental acto de espacialización temporal del yo. Oscilo entre el despojamiento y la rememoración, gestos que para mí son, en el fondo, involuntarios... El recuerdo ya desaparece, ya vuelve a la escena, pero la memoria unas veces se enciende y otras se nubla. Sin embargo, aunque se encienda le resulta difícil desplazarse por los planos temporales con certidumbre. El 68 comenzó para mí antes de 1968, y todavía no ha acabado; para mí, el 68 está encarnado en una criatura viva y vital, hermosa, inteligente, complicada, tierna y cruel: en mi hija.

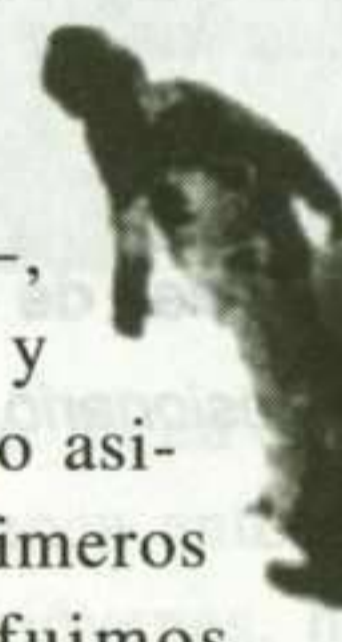
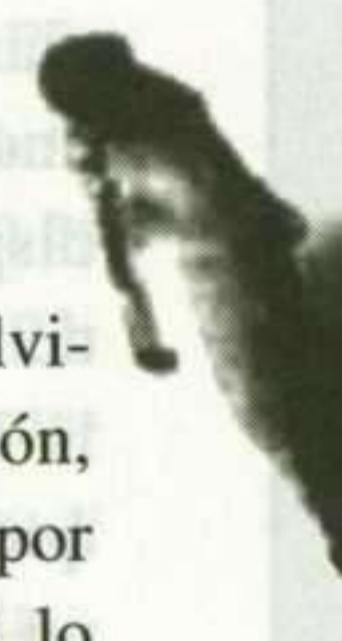
Sí, porque al tiempo que era, como todo el mundo, presa de aquel ataque de atroz conformismo que, entre otras cosas, fue el 68, y por consiguiente estaba atareadísima en ocupaciones, sentadas, manifestaciones, asambleas, octavillas, etcétera, etcétera, etcétera... decidí tener a mi hija y con ella en el cuerpo ocupar, manifestarme, preparar octavillas... Hasta que, después de Valle Giulia —por el miedo, tal vez—, la criatura decidió adelantar su nacimiento. Y, una vez fuera de mí, no dejé de llevarla a todos los sitios a los que iba en los años posteriores al 68 —que sin embargo todavía forman parte del 68—, los años de *Servire il popolo*, los años del feminismo.

En ningún caso soy una arrepentida: ya es agua pasada, y a lo hecho, pecho... Pero si reconsidero, como procede que haga, aquellos años y trato de recuperar una sensación de ese pasado, a través de escombros, restos, fragmentos, recupero una sensación de enorme, abrumadora infelicidad. Me rodeaba por doquier esa

infelicidad: no estaba dentro de mí. En mi interior estaba mi hija. En cambio, a mi alrededor, y alrededor de quien como yo tenía entonces veinte años, había un mundo infeliz. Los estudiantes que veía en la universidad eran —aunque menos que ahora, porque las cosas, en vez de mejorar, han empeorado—, eran, decía, extraños y ajenos a ese espacio, no asimilados. Quizás los primeros «extracomunitarios» fuimos nosotros: nos movíamos por esos pasillos y esas aulas como por un exótico laberinto, aunque nunca llegásemos a topar con el Minotauro. Los «profesores» se veían entonces muy poco; era más usual ver a sus esclavos. Guardo el recuerdo —un mero rastro mnemónico, casi un olor— de espacios vacíos, de masificaciones repentinas en aulas desoladas para examinarte, y luego, otra vez, la sensación de ausencia.

A lo mejor por eso ocupamos la universidad, para habitarla, para hacerla nuestra, para contrarrestar la espantosa sensación de hielo y vacío, para llenar ese vacío. Nadie nos esperaba; quiero decir, nadie esperaba que fuésemos. Y nadie nos atendía, nadie se preocupaba por nuestras exigencias, nadie se interesaba por nosotros. Entonces nos pusimos a gritar que estábamos allí.

Cabe que a la universidad fuésemos sin motivo, al menos sin un motivo explícito. Sin embargo, de forma más o menos consciente queríamos aprender, queríamos, tal vez, que alguien nos preparase para entrar en el mundo —¿cómo se decía?— laboral... Digo tal vez porque personalmente no sabía qué hacía allí, en





Príncipe de Vergara, 78 - 2.º D
28006 Madrid
Telfs.: (91) 562 37 23 - 561 77 48
Telefax: (91) 561 58 19

NOVEDADES

Mujeres en el exilio

Mahnaz Afkhami

Lecturas de Historia de las Matemáticas

Hans Wussing

Tratado de metodología de las Ciencias Sociales

Narciso Pizarro

Arte poética del romancero oral. Vol. 2: Memoria, invención, artificio

Diego Catalán Menéndez-Pidal

TÍTULOS DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN

Cambio cultural en la sociedad del Siglo de Oro.

Cataluña y Castilla, ss. XVI-XVII

Henry Kamen

Manual de violencia familiar

Enrique Echeburúa y Paz de Corral

Sexualidad en el confesionario. Un sacramento profanado

Steven Haliczer

Autobiografía

Giambattista Vico

Edición de M. González García y J. Martínez

El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española, 1973-1993

Teresa Vilarós

Productores disciplinados y minorías subversivas.

Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista

Carme Molinero y Pere Ysàs

El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la Época Moderna

José Miguel López García (dir.)

Absolutismo y comunidad. Los orígenes sociales de la guerra de los comuneros en Castilla

Pablo Sánchez León

Pedidos:

Distribuidora Literaria de Siglo XXI, S. A.

Polígono El Malvar

Camino Boca Alta, naves 8 y 9

28500 Arganda del Rey (Madrid)

Telfs.: (91) 871 93 72 - 871 93 79

Telefax: (91) 871 94 08

Letras, en la Sapienza de Roma, que ni siquiera era mi ciudad, mis padres querían que fuese a Pisa... Matricularse en Letras no era señal de tener ideas muy claras. Pero me gustaban el griego, la literatura, era una chica francamente normal, francamente romántica, dispuesta a darme en cuerpo y alma al conocimiento de todo cuanto mereciese ser conocido en el ámbito de la verdad y la belleza. No pensaba en el momento en que lo aprendido pudiera proporcionarme un trabajo, un empleo: y no porque tuviese recursos o rentas... Pero confianza, esperanza, sí que tenía. A los veinte años uno es así. O al menos yo era así.

Dicho de otra manera: yo, y conmigo muchos que conocí entonces, nos considerábamos el futuro. Creíamos que se nos necesitaba. Aquella maquinaria, la universidad (y, en un sentido más amplio, toda la maquinaria social), nos aguarda, nos quiere, nos necesita: porque gracias a nosotros el presente cobra vida, nosotros lo dotamos de nuestro apremio y de nuestra vitalidad y lo convertimos en patrimonio histórico de la convivencia social. El patrimonio no invertido se convierte en trabajo muerto, inutilizable. Las máquinas se quedarían paradas sin nosotros. Ya no se produciría nada especialmente útil, razonablemente necesario.

Pensábamos: el aparato social no puede dejar inerte una fuerza de vida y trabajo (¡los jóvenes, los estudiantes, *nosotras*, las mujeres!) poseedora de semejante potencialidad. Si lo hiciese, pondría en peligro su propia existencia.

Eramos una generación nacida *después* de la guerra. Creo que la circunstancia es clave para entender por qué actuamos como lo hicimos. Habíamos nacido para dar futuro a quien en la guerra corrió el riesgo de perderlo. De toda existencia se da una genealogía, una descendencia, un lugar de origen, una motivación original. La motivación para existir, generalmente, yace en la existencia previa; el hijo es criatura del deseo, venimos al mundo porque alguien lo ha deseado. Es deseo de un padre y de una madre que nazca un hijo. O lo que es lo mismo: el pasado siempre es motivación del presente, es el presente pasado a motivación, o el pasado que se presenta motivado.

Pero, como dice Fausto: «Lo que has heredado de los padres, reconquistalo si lo quieres poseer». Había

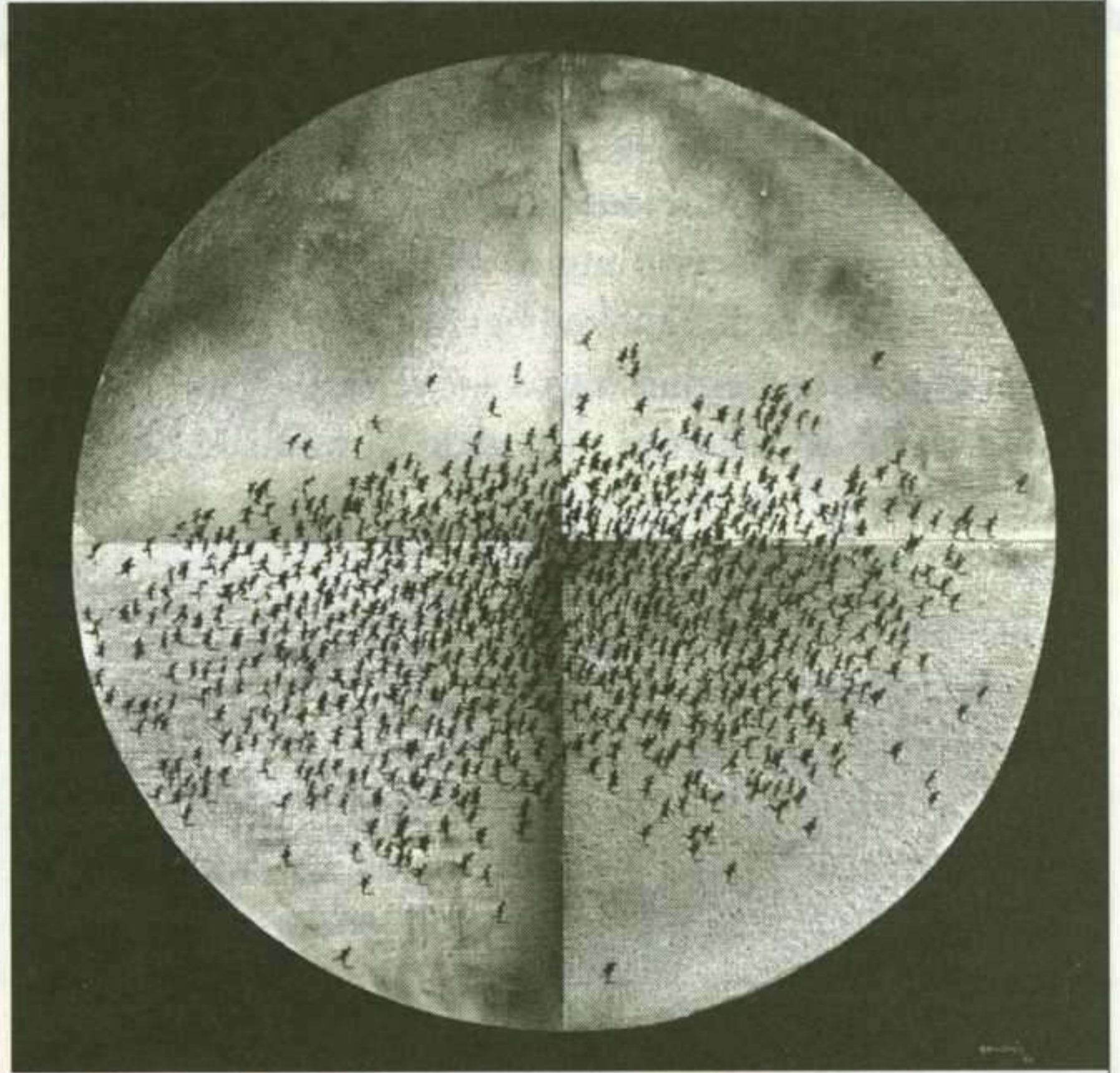
QUERÍAMOS QUE LA VIDA, LO QUE HACÍAMOS,

LO QUE NOS PASABA, SIGNIFICASE ALGO

que actuar así. La relación con el pasado es relación con un patrimonio ya existente, incluso de sueños; de esa herencia teníamos que apoderarnos por algún lado. Ese asidero yo lo tenía en mi nombre, el nombre que mi padre comunista y *partigiano* me había puesto, *Nadia*, el nombre de la mujer de Lenin, un nombre que en ruso es el principio de la palabra esperanza. El nombre *del* padre me adjudicaba un destino, o por lo menos un cometido. Tenía que llevar al futuro *aquel* deseo (paterno y materno) de una vida mejor, más igualitaria, más justa.

Me hice «maoísta». Hay muchas formas de explicarlo, formas que a veces no son razones, sino simples casualidades. Pero las fuerzas que constituyen la existencia de cada uno de nosotros son fuerzas oscuras, parsimoniosas, que ponen en funcionamiento órganos entre los que no se cuenta necesariamente el cerebro, y facultades que no coinciden con el libre albedrío. Sea como fuere, todo se desarrolló con perfecta necesidad, de manera irrevocable. «Debía» luchar contra mi padre, si quería obedecerle. El conflicto con él me causó un enorme dolor; no entendía por qué aquella hija se mostraba tan contraria a sus ideas políticas, tan radical, tan extremista. Yo odiaba las frases hechas, odiaba la necedad política tan prolífica en aquellos años. De todo lo cual, por lo demás, me daba perfecta cuenta, pero sentía como un morboso interés por ver dónde terminaría tanto delirio. Predominaba también el gusto por la paradoja. Y, en mi caso, un extraño gusto por defender aquello que yo misma despreciaba: como una forma extrema de autoaniquilamiento que en los meses que estuve en *Servire il popolo* adoptó la forma cruel, y en el fondo esnob, mística, de la autoflagelación. ¿Pensaba realmente así? Entonces debía ser justo al revés. ¿El intelecto me encauzaba por determinados análisis y consideraciones? Entonces debía arrancármelos del cerebro con el luterano ardor de quien cree con firmeza que *de todas formas* la voluntad y el intelecto están corrompidos. El enemigo anidaba precisamente allí, en el intelecto de ese vulgar individuo burgués por definición, o pequeñoburgués, que éramos todos; lograría salvarse tan sólo la gran mente del partido que pensaba por nosotros, mientras que todos nosotros debíamos hacer autocrítica. La autocrítica era el método que permitía limpiar la mente,

Juan Genovés:
Rebosando el límite, 1966.



o tal vez hacer tabla rasa. Y, en efecto, la ecología desembocaba, más que nunca antes, en una especie de lobotomía. Recuerdo a jóvenes, hombres y mujeres, que, humillados y abatidos, salían de esas sesiones sadoomasoquistas con rostro beatífico y de mártires bobalicones.

Con todo, tenía interés autocriticarse, tanto como autocontradecirse, autoacusarse, autocastigarse... Culpas teníamos todas las que queríamos... La primera, la rebelión contra quien al procrearnos nos había prometido la vida, una vida rica, feliz, válida para acciones útiles y nobles, para ideales reconstrucciones de un mundo que la guerra había amenazado. Pues sí, nosotros éramos «afortunados»: no habíamos conocido el fascismo, el nazismo, no conoceríamos nunca la guerra, como no fuera por televisión... Pero nos lo habían dicho tantas veces que al final queríamos hacer nuestra propia guerra.

Y encima estaba la desilusión. Me decía: mi vida, ciertamente, se me presenta como el fruto de una esperanza, que en cuanto tal me sitúa en un cosmos ordenado, por lo menos desde el punto de vista de los tiempos y de las predisposiciones verbales. Era así. Indudablemente. Si hubiese respetado la relación de obediencia y armonía que se me ofrecía y en la que

SI RECONSIDERO AQUELLOS AÑOS, RECUPERO UNA SENSACIÓN DE ABRUMADORA INFELICIDAD

había una gran esperanza, una solidaridad en las grandes «cadenas del ser», habría podido ser feliz. O por lo menos bien acogida, lo que es ya un buen arranque en el camino de la felicidad. No habría escrito jamás, no habría podido hacerlo nunca —si he de ser sincera— en los muros de la facultad ocupada lo que escribieron casi diez años después otros «jóvenes»: «No es el 68, sino el 77, no tenemos ni pasado ni futuro, la historia nos mata». Yo no pensaba, ni lo habría pensado nunca, que no había sitio en la vida para *mi* vida. Que no había esperanza para mí en la tierra.

Sin embargo, había desilusión. Una desilusión que, contemplada desde el ahora, era tal vez el signo de nuestro privilegio. Aquel pacto entre pasado, presente y futuro existía aún, se manifestaba en la voluntad positiva de la sociedad de que nos integrásemos. Es inconcebible que la integración del joven, su socialización, no constituya el núcleo de todo proyecto de construcción de la sociedad: ya se trate del *Emile* de Rousseau, de *Ike MacCaslins* de Faulkner o de mi compañero de clase o de mí misma (que mientras tanto redactaba una tesis sobre el tema de la iniciación en la literatura norteamericana del siglo XX, con la que me licencié años más tarde, después de renunciar a mis antiguos amores clásicos por la urgencia con que la voluntad me pedía que conociese al enemigo político —número uno—, Estados Unidos, la falsa democracia, el capitalismo...), el joven accede a la vida social a través de una alianza que pide una fianza, cuyo importe devuelve. Descubrí que el orden de la ley comportaba un sacrificio: no hay sociedad que no inscriba su ley en la piel del *socio*. Ahora bien, para que se produzca una relación de alianza y solidaridad ha de haber una «devolución» en moneda contante y sonante. Los bienes que queríamos nosotros no eran cosas, objetos, honores, prebendas; ya lo he dicho: habíamos sido, en gran parte, paridos por un deseo de paz, bienestar, libertad y reconstrucción... Queríamos más sentido: queríamos que la vida, lo que hacíamos, lo que nos pasaba, significase algo.

Se puede luchar por muchas razones; la más seria para mí es el sentido: el sentido que dar a las cosas, a los hechos, a los comportamientos. Nosotros descubrimos de pronto que el pacto al que estábamos abocados había perdido vigencia; ya no captábamos el sentido, o

nos parecía insuficiente. Incumbía a pocos, dejaba fuera a la mayoría. Y además nos habían contado un montón de mentiras. Las mentiras de la política reventaron para nosotros como revienta una cañería a causa del hielo; el hielo de esas mentiras nos hizo revolucionarios. Durante una breve temporada.

El primer mecanismo que dirige la ceremonia de integración del joven en la sociedad es la escuela. No es casual que fuesen los colegios, los institutos, las universidades —en cuanto lugares sociales de asimilación— los primeros en estallar. Acudimos, allí estábamos, presentes, pero —descubrimos— el futuro era inaceptable. A decir verdad, en nuestro ánimo no estaba destruir la maquinaria social, como luego se nos acusó. Nosotros (los del 68) no éramos nada ludistas. Eramos «idealistas», pero prácticos: más que ideales, teníamos *razones* que vender, unas razones tampoco demasiado críticas, ni, repito, demasiado radicales, sino bastante razonables. Queríamos sumarnos a un pacto para el que estábamos preparados, pero la otra parte, según descubrimos, no estaba en condiciones de mantener sus promesas; por ejemplo, la de que hubiese un tránsito indoloro de la fábrica-familia a la fábrica-universidad, a la fábrica-sociedad. Que en la ciudad productiva pudiésemos vivir todos justa e igualitariamente.

Y sin embargo nos encontramos con un tiempo de vida que ya no sabíamos cómo invertir. Si empezamos a lanzar *mólotovs* y piedras fue por eso. Desplazados a los márgenes del proceso productivo, nos convertimos en «hombres vacíos», como diría Eliot; perdimos memoria incluso de nuestras obligaciones. Porque la memoria es tiempo inserto, incorporado en lo social, y se da como promesa de futuro, en un pacto que se conjuga en los tiempos del tiempo.

De maneras distintas para cada cual, pero todos, unos más y otros menos, al final acabamos siendo «socios» de aquello que habíamos transformado rechazando. Al cabo nos vimos como agentes de una transformación, reformistas más que revolucionarios. Y, cerca de diez años después, volvía como profesora a la universidad que había ocupado. Ahora yo daba clases en esa universidad y otros jóvenes acudían no para aprender, sino para protestar a gritos contra su males-

HAY FORMAS DE ALIMENTAR EL INTELLECTO QUE NO TENEMOS.

* Una buena sopa de pasta supone un gran aporte de hierro y fósforo (buenos para el intelecto). Pero lo sentimos mucho, en Crisol no vendemos sopa...

En libros
tenemos de todo.
Y lo que no tenemos
pídelo y te lo buscamos.
Si te gusta leer, pero
de verdad, ven a Crisol.

Crisol

LIBROS - DISCOS - VIDEOS
MULTIMEDIA - PAPELERIA

En Madrid: Juan Bravo, 38 - Serrano, 24 - Pº Castellana, 154 - Dr. Esquerdo, 70 - López de Hoyos, 141 - Goya, 18
Marqués de Casa Riera, 2 (Círculo de Bellas Artes) - Pº de la Habana, 5 - Galileo, 110.

En Barcelona: Consell de Cent, 341 - Rambla de Catalunya, 81. En Valencia: Burriana, 2

LA VIOLENCIA QUE VI DESPUÉS, EN 1977,

SÍ ERA LA VIOLENCIA QUE ROMPÍA EL PACTO SOCIAL

tar. Los cuerpos que encontraba, para mí fantasmas de una escena ya vista y vivida, no podían recordar aquello que no habían vivido, y no había manera de recordárselo. Ellos ponían «en escena»; aguardaba a otros la elaboración.

Yo trataba de comprender y, junto con una sensación de repetición, se abría también paso en mí la inquietante sensación de una diferencia. Nosotros (los del 68) habíamos escenificado un rechazo que era *nuestro*: nosotros habíamos rechazado determinadas reglas y leyes, reclamado la renovación del contrato social de una forma que fuese más ventajoso para nosotros o más acorde con nuestros deseos y nuestras necesidades. Habíamos sido, a lo sumo, una «generación perdida» con el privilegio de una pérdida que nos había abierto a nuevos horizontes y valores y formas de vida; una generación que en sus mejores momentos había rechazado el estado de cosas en aras de un mundo venidero distinto, mejor.

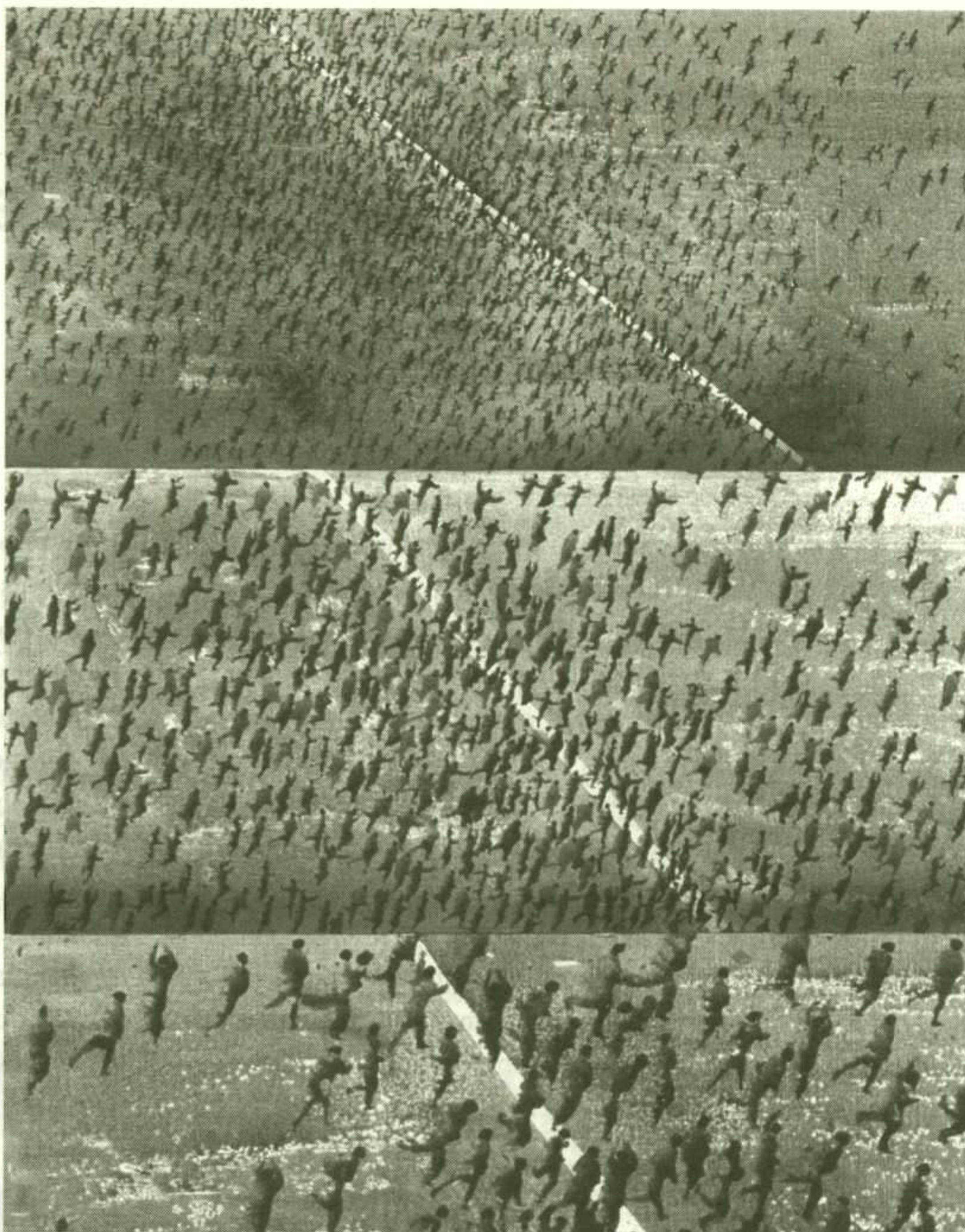
Los que ahora atestaban las aulas de una universidad quizás no mucho, pero sí un poco más abierta que la de antes, y también más flexible, actuaban como intrusos. Habíamos abierto las puertas a todo el mundo, absolutamente a todo el mundo, a las masas. La universidad era ahora libre, y casi gratuita. Y ellos habían acudido. Pero al llegar se daban cuenta de que no se les ofrecía mucho. Si rechazaban era porque se veían rechazados. El desapego que interpretaban era un rechazo a la inversa. En su forma inversa el rechazo mostraba lo que realmente era: un mecanismo de integración obstaculizado. Ese resto de humanidad no aprovechable, intrusa, era el rechazo (*trash*) producido por un mecanismo social completamente bloqueado. Como tal, el mecanismo no se hacía cargo de la existencia pasada. La alianza se había roto. La deuda ya no se le reconocía al acreedor.

Entendí que no hay pasado que valga para quien no tiene espacio. En efecto: esos chicos y esas chicas habían llegado a las aulas donde debía escenificarse su iniciación... Pero ¿a qué? Además, ¿qué importancia puede tener la tradición, el pasado, cuando éste es un patrimonio privado de futuro? El pasado estaba ahí para esos jóvenes como lucha por el presente oprimido. El pasado estaba aquí y ahora en la forma de una

opresión y una marginación contra las que había que luchar. «Yo vengo de los suburbios», decían. En esa frase estaba todo el pasado que el joven podía llevar consigo; que en aquel lugar, sin embargo, donde ahora yo impartía clases (y por lo tanto cumplía la función de maestro de ceremonias), no iba a salvarse con ningún ritual, porque aun dándoles un título (única ceremonia que podíamos, con un mínimo de seriedad, celebrar en aquel sitio), no se consumaría ninguna integración. «No tengo presente, no tengo futuro, la historia me mata»: ese eslogan era el puñal que asestaba la diferencia entre los jóvenes del 68 y los del 77. El 77 liberaba así una diferencia que servía para captar el significado de ambas experiencias, de aquella y de ésta. Ahora el presente no se aprehendía en su relación filial con el pasado, el presente era una parálisis.

La dialéctica del reconocimiento, me dije, no vale para aquel al que se le niega todo. El reconocimiento se transforma entonces en la forma megalómana de la reivindicación desenfrenada: si no puedes elegir tu propio destino, si las posibilidades de vida están casi todas y en todas partes cerradas, y un estado de constricción vegetativa es lo que queda a la mayoría, entonces la reivindicación se hará mucho más radical: será reivindicación de todo. Si la existencia queda parada en la sola presencia, la voluntad de vida no puede sino entregarse al delirio de la desposesión («no sentirme es la nada») o en la agresión coprófila («los barones hacen caca»). El mecanismo obstaculizado produce delirio, esquizofrenia, perversión. La acumulación de tensión debida al impedimento del desahogo produce neurosis de infarto; la necesidad insatisfecha se vuelve gangrena y envenena la fuente misma de la energía; el imperativo a la pulsión trava una lucha para su satisfacción y, derrotado, se convierte en presente iterativo, en una coacción a repetir la tensión constante de la necesidad originaria depuesta. La emisión de energía necesaria para sustentar la deposición absorbe y se lleva la vida improductivamente. Es preferible suspender el suministro de energía, o bien convertir ésta en agresión al exterior, arrojar la libido en la violencia autónoma, encarnarse en la brutalidad, animalizarse en vez de humanizarse en el *socio*, al que encima todo se le niega.

Juan
Genovés:
Aproximación,
1966.



«Liberemos a los animales del zoológico», «Caguémonos en Malfatti», «Méate en Colletti», «Baña a Lama»: pintadas así aparecían en los muros en el 77. El deseo se hacía acción malévola, actividad maligna, hasta mezquina: no la violencia por la violencia, la voluntad de *faire le mal pour le plaisir de le faire*, que se compensaría sola recreando una solidaridad social (un mandato y un derecho a la crueldad), sino un gran berrinche, una vacía voluntad de la nada, que nace de la forzosa tortura de uno mismo.

La violencia que vi en aquellos días era la violencia que rompía el pacto social, incluso en sus versiones más progresistas, en sus más avanzadas formas ideológicas. La ofensa se revelaba abiertamente en el lenguaje: era la ofensa *del* lenguaje hecho puro ruido, desarticulado balbuceo: ofensa *con* el lenguaje, *por medio* del lenguaje de todo residuo, humanista pensamiento de continuidad con el tiempo. Los del 77 descubrían toda la arbitrariedad y la necesidad de las leyes, todo el dolor de las iniciaciones, todo el aparato perverso de la represión y de la educación, porque los hierros candentes y los procedimientos atroces de la integración ya no tienen efectivamente objeto, no sirven para nada, son tan sólo atroces, si no establecen ninguna alianza. La alienación de sí mismo a favor de la colectividad, acto demandado siempre por cualquier pacto o contrato de civilización, tiene también que constituirse como deudas; si no, ¿qué sentido tendría? Ha de haber un beneficio, es imprescindible que quepa imaginar una ventaja. Una sociedad no puede pedir a su socio un acto antieconómico, el puro sacrificio de sí mismo.

En comparación, me dije, qué distintos éramos los del 68. Ellos, me dije, son, comparados con nosotros, bárbaros que derriban los modos temporales. El sentimiento del pasado generaba en ellos intolerancia; el pasado era para ellos un área extraña en el tiempo y en el espacio. Intolerantes con la trama continua que elabora la *Bildung*, aquellos nuevos sujetos operaban con jirones, con encendimientos súbitos, con el furor instantáneo y los oscuros haces de una energía de violen-

cia. La discontinuidad era su modo, un modo que no tenía tiempo sino cuando ocurría, en el instante: del tiempo, en efecto, se querían liberar en el automatismo de la repetición del mismo gesto fijado en el instante y no proyectado, ni proyectable, o en la descarga que no retiene y de la que no se quiere guardar memoria.

Sí, los del 68 habíamos sido más afortunados. Habíamos, entre mil descontentos y mil tonterías, entre ridículos actos y ridículas impresiones, escenificado un drama que seguía poseyendo reglas de unidad, habíamos escrito un fragmento de historia en el fondo todavía tradicional en su trama y desarrollo... Nuestra vida podía aún representarse según los modos y las categorías de una novela moderna, por muy experimental y vanguardista que fuese. Habíamos descubierto en nosotros la crisis del héroe y del sujeto, la inverosimilitud para nuestra vida de una trama clásica en los tiempos, nuestra conciencia había trascendido los modos ordenados por la razón clásica, siguiendo los recorridos laberínticos del flujo de la conciencia... Sí, éramos una generación nacida de la gran modernidad literaria... En nosotros, como en James Joyce, Virginia Woolfo, T.S. Eliot, la tradición se había perpetuado, después de todo: yo me veía todavía en el pasado. Como me veía en mi hija, que entretanto seguía creciendo, más allá del 68 y el 77, y con su futuro abría, como debe ser, mi existencia a la idea de la inmortalidad. □

Joaquín Leguina

Los años de la esperanza

Para la generación (en sentido orteguiano) nacida en los negros tiempos de la posguerra española, los siete años que separan 1968 de 1975 fueron, sin duda, los del tránsito hacia la madurez. Ellos marcaron «el porvenir de una ilusión», y en España el paso hacia la realidad democrática que la muerte de Franco (noviembre de 1975) anunció.

El inicio de la crisis definitiva del comunismo. El final de un mundo y de un siglo, simbolizado en la caída del muro berlinés en 1989, no pueden explicarse sin tener en cuenta la invasión de Checoslovaquia en 1968 y el final de la guerra vietnamita en 1973. La caída de Nixon (1974) con la desaparición previa de Hoover, que dio origen al escándalo Watergate. La muerte del Che (1967), el golpe chileno (1973) y la masacre que los militares argentinos perpetraron contra su propio pueblo.

En las revueltas del 68: Francia, Italia, EE.UU., México... se mezclaron, sin duda, muchos impulsos, causas diversas, que hacen imposible una lectura histórica simple y lineal. Una revolución sin objetivos claros, sin armas, universitaria y profundamente libertaria, que se entremezcló entre los dos bloques en «guerra fría» salidos de la Segunda Guerra Mundial, que convivió y apoyó a la pretensión de extender las revoluciones anticolonialistas o liberadoras de los años sesenta (Argelia, Cuba, Vietnam...) a todo el mundo («crear dos, tres, muchos Vietnam»). Tantas componentes ideológicas dispersas no podían sino conducir a una suma confusa.

El comunismo soviético fue rechazado desde el inicio por los revolucionarios del Mayo parisino, lo que no les impidió decantarse, a algunos de entre ellos, hacia el «comunismo puro», imaginariamente representado por Trotski o por Mao. Para estos neocomunistas, que reivindicaban los «buenos orígenes», el fracaso soviético se debía a un mal uso de buenas ideas. El mal estaba en Stalin (los trotkistas) o en las deformaciones burocráticas soviéticas (los maoístas), pero nada tenían contra el pensamiento de Lenin ni contra las tácticas que prefiguraban la forma de tomar el poder. Para ellos, la democracia era un sistema de clase y la «democracia obrera» una inconcreción. Empero, el movimiento en su conjunto, anticapitalista y literario, dirigió certeramente sus críticas contra una democracia que

mostraba por doquier sus insuficiencias, contra un mundo donde países y hasta continentes enteros vivían en la miseria física y moral, contra unos gobiernos que justificaban una forma torcida de ejercer el poder exclusivamente en función del enemigo externo (el comunismo), contra un modelo político que no tenía palabras para justificar, por ejemplo, la inalterable permanencia de la Democracia Cristiana en Italia, un gaullismo que amenazaba, a sus ojos, con eternizarse, unos derechos civiles que no acababan por imponerse en EE.UU., tras el asesinato de Kennedy (1963). Un país, EE.UU., metido de hoz y coz en una guerra mortífera, la de Vietnam, que nadie entendía ni podía justificar. Una falsa democracia en México. Un imperio, el norteamericano, condescendiente con las dictaduras de derechas en Europa (España, Portugal y Grecia) y apoyando con descaro las dictaduras latinoamericanas.

En el contexto mundial, la socialdemocracia se nos aparecía no sólo como reformista, «integrada en el sistema» decíamos entonces, también como cómplice del imperialismo, cuando no como activa participante en actividades que nos parecían intolerables. Por ejemplo en 1956, doce años antes de la primavera que comentamos, un gobierno presidido por un socialista en Francia se había aliado con el gobierno inglés para, nada menos, bombardear Egipto cuando Nasser nacionalizó el Canal de Suez. La SFIO, y su líder Guy Mollet, había participado o tolerado desde el gobierno unas prácticas detestables en Argelia cuando allí se inició la actividad independentista liderada por el FLN.

Los jóvenes del 68, probablemente no tenían claro lo que querían. Es más, unos querían una cosa y otros otra, y los más no sabían lo que querían. Simple, pero contundentemente, se rebelaban contra la realidad existente. Querían asaltar los cielos, encontrar los paraísos perdidos.

Creyeron que era posible crear «el hombre nuevo» y todo ello resultó imposible, pero sus críticas fueron eficaces tanto en Europa como en los EE.UU. Las caídas de las dictaduras europeas (Grecia, Portugal y España) estuvieron preñadas del 68. La ampliación de

las libertades, que las nuevas constituciones trajeron, se inscriben en la mejor tradición liberal. Fue ese espíritu el que permitió un universal consenso en contra de la invasión soviética de Checoslovaquia aquel mismo verano del 68.

El izquierdismo de aquellos jóvenes, algunos con un talento superior, era proclive a la ingenuidad hasta el punto de caer en la admiración por movimien-

tos lejanos en el tiempo (la revolución rusa) y en el espacio (la revolución china) que, de haber conocido con algún detalle sus resultados, hubieran espantado a las conciencias. Su capacidad crítica, su imaginación brillante para con la realidad que les rodeaba y cuyos defectos detestaban con muchas y buenas razones, no era capaz de aplicarse a los acontecimientos sucedidos unos años antes o unos miles de kilómetros más allá de París o de Roma.

La revolución argelina, que en 1968 se había convertido ya en un Estado totalitario, la China comunista, y su revolución cultural por entonces en marcha, donde se pisoteaban las libertades y las vidas de tantos, el desastre hacia el que iba el proceso descolonizador de Africa, la reciente guerra de los seis días (1967) en Medio Oriente y tantas otras catástrofes que estaban ocurriendo, o habían ocurrido, eran despachadas con una falsilla sectaria, anti-intelectual y acrítica que reducía el mundo a la dicotomía de *buenos* y *malos*. O, por mejor decir, de *malos*. Siendo éstos exclusivamente el capitalismo, el imperialismo norteamericano y sus aliados. Por exclusión, quienes se oponían a ellos eran los *buenos*. Semejante reduccionismo es de difícil entendimiento hoy, transcurridos treinta años, pero entonces era tomado como natural por quienes, de una forma u otra, comulgábamos, en general, con aquellas ideas.

Para explicar tales dislates acrílicos es preciso intentar ver las cosas como las veíamos entonces.

Aproximación, sin duda, complicada pues no cuenta la historia, como disciplina para entender el tiempo ya ido, con mecanismos capaces de reproducir la realidad, la situación ya pasada, con un mínimo de complejidad que explique los sentimientos y la selección cerebral de información e ideas, como ahora se dice, en tiempo real. Pero intentémoslo por un momento.

En un lejano y desconocido país, en Indochina, el Viet-Minh, con su líder Ho-Chi-Min al frente, luchaba por liberarse del colonialismo francés. La batalla de Dien-Bien-Phu concluyó con la victoria del Viet-Minh y su general Giap el 7 de mayo de 1954. Los franceses habían perdido la guerra. En los acuerdos de Ginebra el

país quedó dividido en dos mitades: Vietnam del Norte, con un gobierno comunista presidido precisamente por Ho-Chi-Min, y Vietnam

Juan
Genovés:
Secuencias 15,
1996.

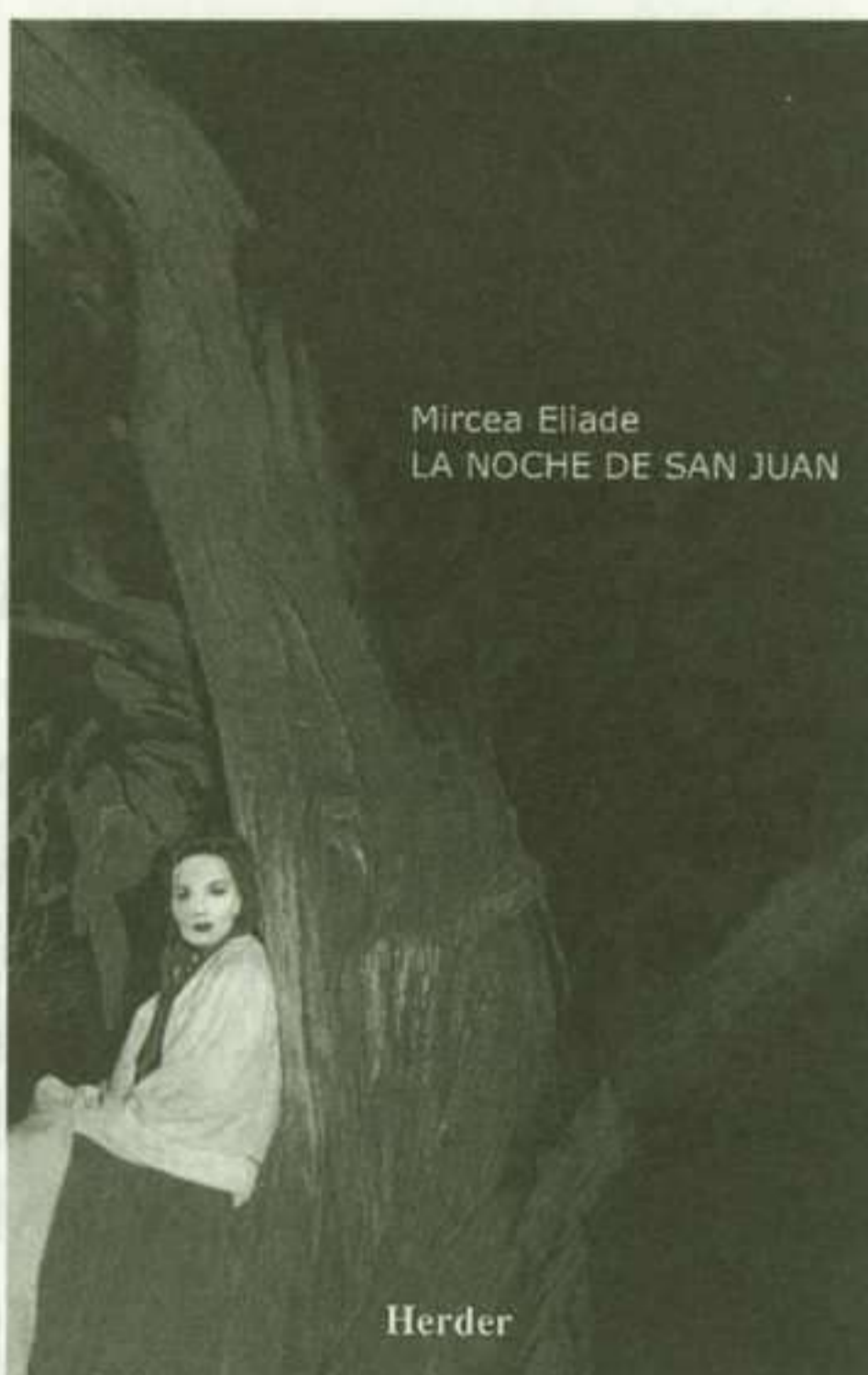
del Sur, con un gobierno capitalista, apoyado por los norteamericanos, que pronto fue acusado de corrupto y miserable. Pocos años después, ante el levantamiento del Vietcong, incapaz el gobierno del Sur de mantenerse por sí mismo, el Gobierno norteamericano había comenzado a enviar tropas, primero con medida y luego masivamente, hasta convertir aquello en una guerra desigual. El general Westmoreland, jefe de las tropas expedicionarias norteamericanas, convencido de que los guerrilleros del Vietcong no subsistirían sin la ayuda del gobierno de Ho-Chi-Min, prometió, ya avanzada la guerra, un bombardeo sistemático del Norte y en especial de su capital, Hanoi. «Devolveré Vietnam del Norte a la edad de piedra», anunció Westmoreland. «Poco importa» —contestó Ho-Chi-Min—, «no estamos tan lejos de la edad de piedra».

El napalm y los productos desfoliadores amenazaban con destruirlo todo. Las masacres, las muertes de

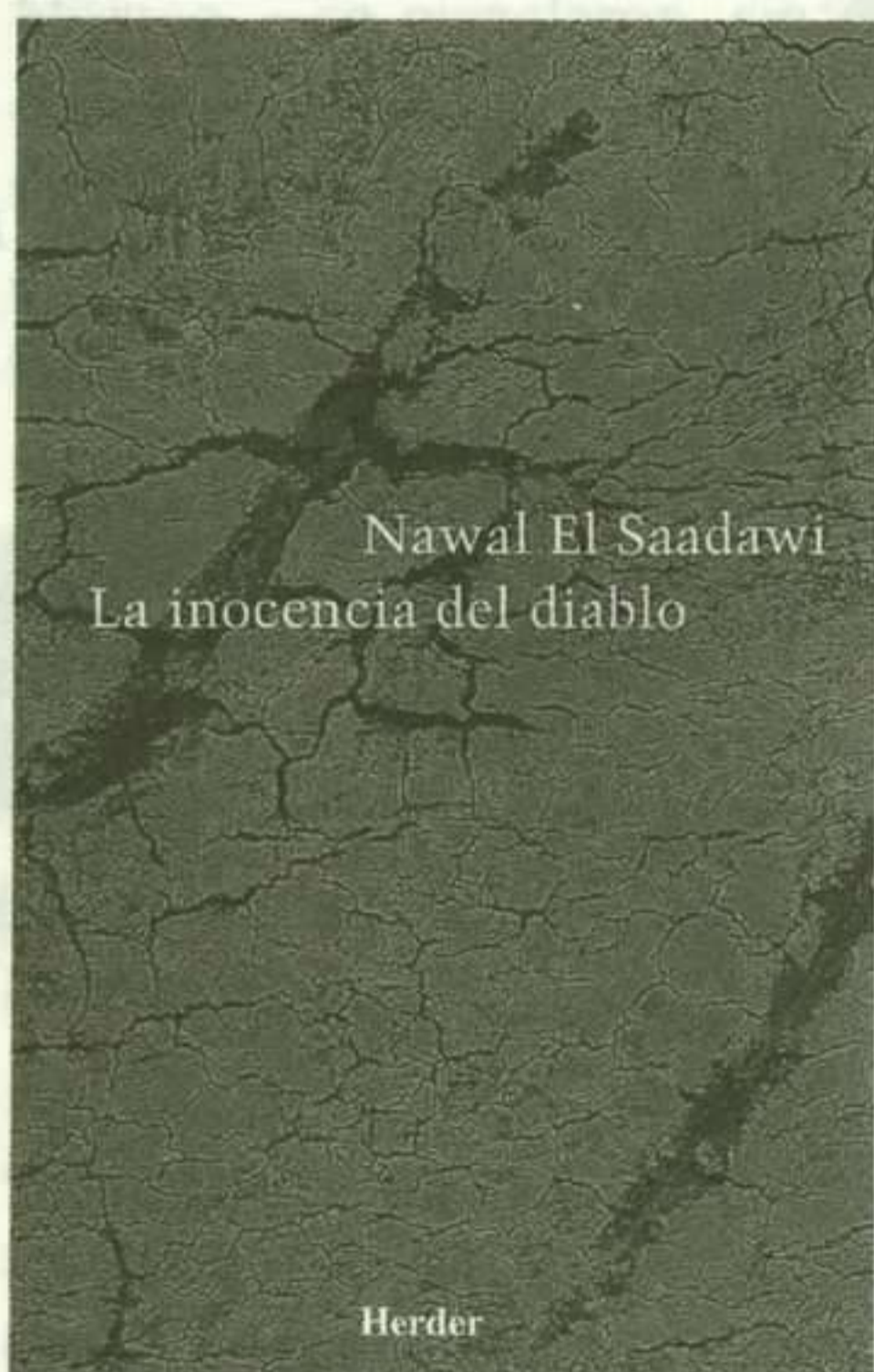
Novedades Herder

Mircea Eliade **LA NOCHE DE SAN JUAN**

En el transcurso del amor imposible entre Stefan e Ileana, la novela más importante de Mircea Eliade evoca el drama vivido por la Europa del Este en el período de entreguerras y en su posterior degradación política y social.



616 páginas



192 páginas

Nawal El Saadawi **LA INOCENCIA DEL DIABLO**

Apadrinada por Doris Lessing, Nawal El Saadawi, la principal escritora y activista política de Egipto, es la autora de esta novela sensual sobre las vidas entrelazadas de dos jóvenes mujeres que luchan contra una sociedad opresiva.

Empresa Editorial Herder S.A.

Provenza, 388 - 08025 Barcelona

Tel.: 93/457 77 00 - Fax 93/207 34 48

E-mail: editorialherder@herder-sa.com

http://www.herder-sa.com

los combatientes y de la población civil, entraban cada día en todas las casas occidentales a través de la televisión y de la prensa. Una niña vietnamita corre desnuda sobre un fondo en llamas, atacada por el napalm. Un oficial del Sur dispara su revólver sobre la cabeza de un guerrillero... Esas eran las imágenes que nos llegaban. ¿Cómo detenerse a sopesar serenamente la situación? No había duda. Los perseguidos, los agredidos, los machacados tenían toda la razón. Cualquier persona decente lo hubiera pensado, y nosotros teníamos entonces veinte años y creíamos que nuestra obligación era oponernos a aquella barbarie perpetrada contra los pobres de la tierra. Oponernos con toda el alma.

Hoy, cuando la niña que corría desnuda huyendo del napalm es ya una mujer que vive, además, en los EE.UU.; hoy, que el régimen de aquél Vietnam, ya reunificado, no ha construido sino una dictadura; hoy, es fácil ponerse a cavilar y hasta a acusarnos a nosotros mismos de ingenuidad y de sectarismo. Hoy, es posible y hasta conveniente hacerlo, pero entonces hubiera sido inmoral.

Muerto el Che, meses antes de aquel agosto de 1968, durante el cual la URSS invadió Checoslovaquia, el apoyo que Fidel Castro aportó a la invasión soviética, al aplastamiento de la «Primavera de Praga», aplaudido desde La Habana, hizo añicos el crédito que la revolución cubana tenía entre la juventud europea. Crédito que ya no recobraría, aunque en el inmediato pasado había sido mucho.

Y vuelvo a decir lo de antes: para entender la devoción de buena parte de aquella generación del 68 por la revolución cubana, por Fidel Castro y por el Che Guevara, es preciso intentar vernos a nosotros mismos, aunque sea aproximadamente, en aquellas circunstancias. Castro era una china en el zapato que le había salido a EE.UU. en su propia costa. Castro y sus barbudos habían derrotado a un dictador, llamado Fulgencio Batista, que contaba con la anuencia y el apoyo del gobierno norteamericano. Cuba era un país en donde buena parte de la producción estaba en manos de los yanquis, de los terratenientes y de la oligarquía local. Una ciudad, La Habana, que se había convertido en el lugar de recreo (juego, prostitución) de los norteamericanos ricos y cuyos bienes (hoteles, casinos, salas de

Edgar Reitz

DESCUBRIMOS LOS DISPARATES Y LA OPRESIÓN DE LA

El 68 en DICTADURA EN NUESTRAS PROPIAS CARNES

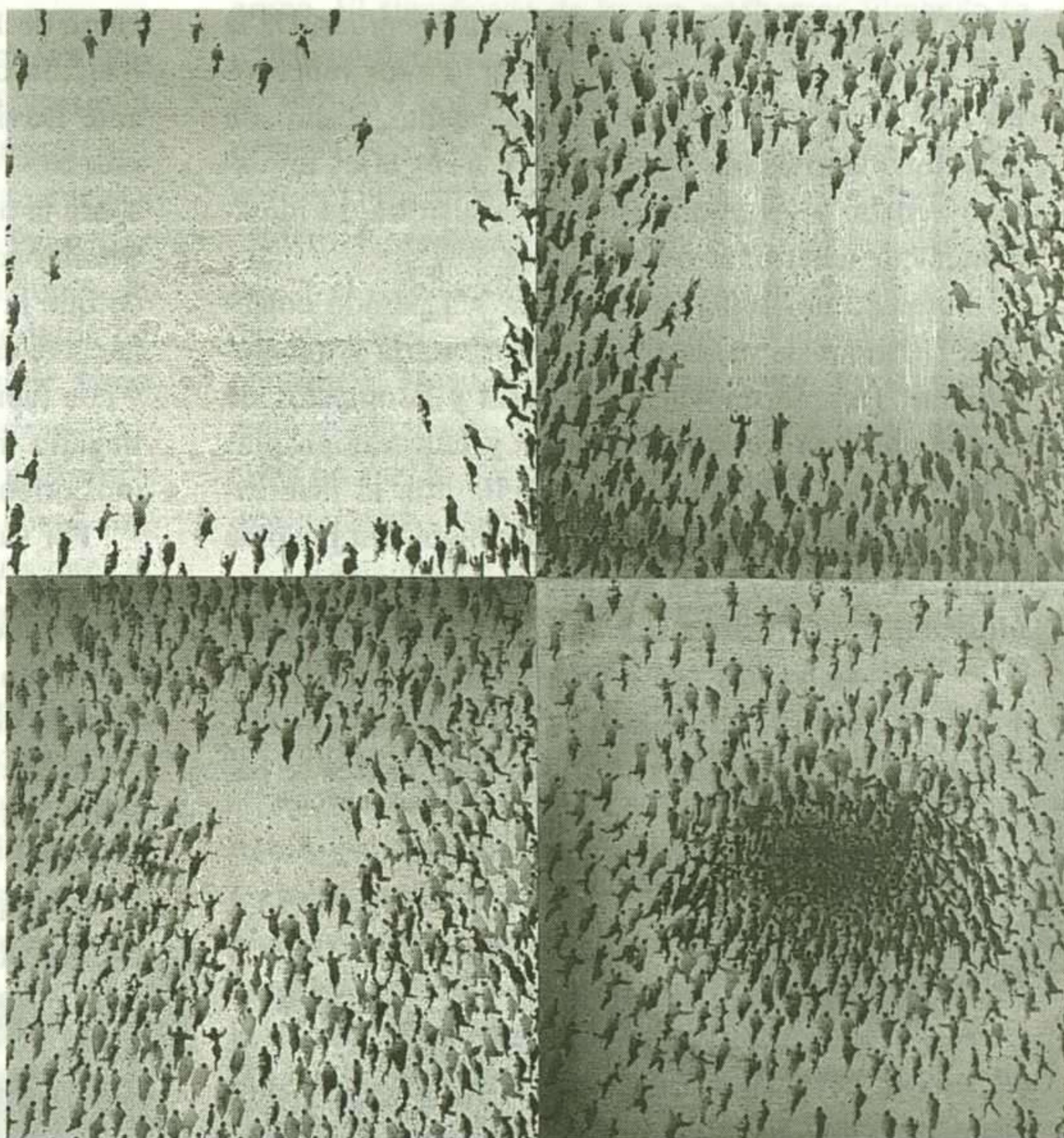
Juan Genovés:
Agrupamiento,
1966.

fiesta) estaban en manos de la mafia neoyorquina. Los cubanos ponían los camareros, las putas y la corrupción gubernamental, todo lo demás era *yanqui*.

Castro y sus guerrilleros habían acabado con aquel estado de cosas. Habían hecho la reforma agraria, habían alfabetizado a toda la población, niños, jóvenes, maduros y viejos. Habían echado a los terratenientes y a la mafia *yanquis* y, en respuesta, la CIA había intentado invadir Cuba desembarcando en la bahía de los Cochinos. Un buen nombre. Eso era así, aunque también lo era que la reforma agraria acabó por convertir al Estado en propietario de toda la tierra cultivable. Que no se celebraron las elecciones prometidas. Que en Cuba los rusos estaban sustituyendo a los norteamericanos. Que la prensa libre desapareció. Que el Movimiento 26 de Julio acabó por convertirse en el Partido Comunista, único partido tolerado en la isla. Vamos, que Fidel Castro era un caudillo e iba para dictador.

Pero todo eso se ve con claridad ahora; entonces, los intelectuales europeos y americanos del Norte y del Sur eran pro-castristas y los exiliados cubanos en Miami o en España, y muchos de ellos habían combatido contra Batista, eran todos *gusanos*. ¿Teníamos que ser nosotros, los jóvenes de entonces, más perspicaces e inteligentes que Sartre?

En Francia, dispersos los efectivos que lideraron la revuelta, la revolución inconclusa de mayo quedó condenada a no tener ni siquiera nombres («*les événements de mai*»). Refugiados en grupúsculos tan izquierdistas como crepusculares, algunos, integrados en sus vidas particulares, los más, explicándose a sí mismos e intentando explicar lo que sucedió en múltiples libros, otros... El efecto de mayo, sin embargo, caló lentamente y estuvo, sin duda, en el origen de la caída de De Gaulle, víctima de un referéndum transformado en plebiscito sobre su persona, y también en la recomposición del socialismo francés y en general de una izquierda dispuesta a abrir nuevos cauces, aportar nuevo oxígeno a la democracia.



Algunos grupúsculos, producto de la diáspora, del *big-bang* sesentaiochista, acabaron por tomar las armas del terrorismo. Las Brigadas Rojas en Italia, la Baader-Meinhof en Alemania, fueron producto de aquel espejismo. ETA también asesinó por primera vez en aquellos días. La democracia tardó años en acabar con aquel cáncer en Italia y en Alemania, y en el caso español aún sigue luchando contra un terrorismo más caracterizado hoy por su nacionalismo radical que por su originario izquierdismo.

En España, las cosas se veían y se vivían, si cabe, con más sencillez, con menos matices que en el resto de Europa. Aquí vivíamos bajo una dictadura nacida de una guerra civil.

Para la generación de la que hablo, que es la mía, recuperar la civilidad representó un esfuerzo enorme. Contra una generación, la anterior, la de nuestros padres, que había sufrido en su carne, a un lado y otro de las trincheras, la tragedia de una guerra que ni los unos

Alfreda Elvira
LA NOCHE
DE SAN JUAN

En el transcurso

ni los otros querían revivir y muchos ni recordar. De la cual a los vencidos les costaba hablar, y a los vencedores explicarla. La guerra civil, lógicamente, acabó con la racionalidad de unos y de otros y a sus hijos les estuvo vedado el entendimiento de la historia, la inmediatamente anterior a su nacimiento.

Fuimos unos niños sin historia, sin pasado colectivo. Hubimos de reconstruirlo fragmentaria y trabajosamente. Descubrimos los disparates y la opresión de la dictadura en nuestro alrededor y nuestras propias carnes, y nos rebelamos contra ella con el primitivismo de quien sufre el ataque sin ningún complejo de culpa. Fuimos agredidos sin ningún motivo real o imaginario que justificara o explicara esa agresión. Franco y sus gentes nos torcieron la niñez y nos jugaron la juventud con un único argumento, según el cual nuestros padres se ha-

bían enzarzado en una guerra y era preciso evitarnos una repetición de aquella catástrofe. El régimen franquista se erigía así en el «gran vacunador» contra los futuros enfrentamientos civiles que, de no existir semejante vacuna, nosotros, los hijos de la guerra, hubiéramos inexorablemente perpetrado.

No es de extrañar, por tanto, que si Franco era antidemócrata, nosotros fuéramos prodemócratas. Si los capitalistas apoyaban al régimen, nosotros éramos anticapitalistas. Si Franco, el «centinela de Occidente», era proyanqui, nosotros fuéramos antiyanquis. Si ellos eran anticomunistas, los comunistas nos parecían respetables y hasta heroicos.

Para nosotros, la democracia sólo podía llegar mediante una revolución. Una revolución democrática, sí, pero también anticapitalista. A nadie ha de extrañar que la entrada de los guerrilleros en La Habana (1 de

enero de 1959) representara en nuestras cabezas la realización de un sueño: un dictador caía, como Goliat ante David. La revolución argelina también fue para nosotros, espectadores lejanos, el triunfo de la razón sobre la opresión. Que los débiles pudieran rebelarse y triunfar sobre los fuertes constituía la inequívoca señal de que la historia de la humanidad tenía un sentido y hacia él caminaba, que el viento de la historia soplaba, y con fuerza, en la dirección de la emancipación y ésta llegaría más temprano que tarde a poco que supiéramos orientar las velas y manejar el timón.

Por supuesto que en los años sesenta nunca pensamos que la democracia llegaría a España en la forma en que luego lo hizo. Las huelgas que estallaron en el Norte (en Asturias y Vizcaya básicamente) en al primavera de 1962 nos convencieron de que, en efecto, como decían los libros marxistas, la clase obrera encerraba dentro de sí la fuerza liberadora que permitiría acceder a una sociedad libre y sin clases.

En general, no éramos tan ciegos como para no ver los defectos del régimen soviético, la falta de libertad

de la que adolecían los países comunistas, pero nosotros lo haríamos mejor. Creíamos, con una fe digna de buena causa, que la naturaleza humana dependía de las relaciones de producción, que el egoísmo, por ejemplo, era el resultado de un sistema, el capitalista, que lo insuflaba en las conciencias de las gentes, y no al revés.

La caída de Franco y con ella la del capitalismo traería, como aparece el sol tras la lluvia, un hombre nuevo. Solidario e inteligente. Generoso y bueno. En efecto, era una ingenuidad, pero no era nueva. Los redactores de la primera Constitución en Cádiz habían puesto, negro sobre blanco, cosas parejas en el texto de la carta magna que redactaron siglo y medio antes. □

Edgar Reitz

El 68 en carne y celuloide

Viví el 68 en Berlín. Hacía unos meses que me había trasladado a vivir allí y estaba rodando *Cardillac*. En aquel momento Berlín era el verdadero centro de la que seguimos llamando revolución estudiantil. Prácticamente todos los días se producían manifestaciones, se vivía en comunas, se buscaban nuevos modelos de vida. Fue una euforia que no he vuelto a vivir. Creo que para mi generación fue un momento de despertar. La vida estaba orientada hacia el futuro, un futuro mejor. Es natural que hoy veamos muchas cosas con una óptica completamente distinta y las visiones y conceptos de entonces nos parezcan ahora bastante ingenuos.

La revolución penetró también en mi equipo de rodaje. En aquel periodo habían surgido discusiones sobre la obra de arte, criticada en cuanto acto dictatorial de un único individuo. Se debía replantear el papel del director y evaluar, dado el caso, si era necesario pedir su dimisión, debiendo ser sustituido por un colec-

tivo. Y al mismo tiempo que se producían estas discusiones, sucedía algo crucial.

Ulrike Meinhof, que entonces trabajaba como periodista y vivía en Hamburgo, se había separado de su marido y trasladado a Berlín con sus hijos. En mi equipo había una íntima amiga suya y así es como Ulrike apareció un día entre nosotros y comenzó a frecuentar el rodaje. Al comienzo sólo debíamos ayudarla a encontrar un alojamiento, pero es evidente que fue ella quien introdujo este tipo de discusiones en el

grupo. El significado de lo que estábamos filmando se replanteó por completo. Estábamos a la mitad de nuestro trabajo y nos preguntamos: «¿Por qué hacemos esta película?», «¿Qué contenido tiene?», «¿De qué manera se relaciona con la euforia que estamos viviendo?»

Ulrike Meinhof tomó parte activa en las discusiones, y el resultado fue que, al cabo de dos días, el rodaje se detuvo. El equipo mismo fue quien se negó a continuar. Hoy en día, algo así sería inimaginable, pues se trataba de todo un equipo profesional, que recibía un sueldo por su trabajo. Decían: «Paremos unos días hasta que encontremos un nuevo concepto...»

Lo interesante es que también Ulrike Meinhof había comenzado a rodar un documental, *Bambule*. Y así, mientras nuestro equipo discutía, ella tomó prestada nuestra cámara y otros elementos técnicos, y partió a filmar su documental...

El festival de Venecia —donde el año anterior yo había sido premiado por mi película *Mahlzeiten* («Horas de comida»)— coincidía con ese momento de parón y, por lo tanto, me resultó útil la invitación para formar parte del jurado del festival; de esta manera, a la espera de conocer el resultado de las discusiones que se producían en el equipo, podía dejar Berlín. En realidad, en Venecia ocurría lo mismo que entre nosotros. Comenzaron las mismas discusiones, las mismas protestas, pero mientras en mi equipo eran los técnicos los que se afanaban por encontrar nuevos contenidos, en Venecia fuimos nosotros los que dejamos el jurado en busca de nuevos contenidos para el festival. Por ejemplo, se trataba de los premios y de la competencia despiadada que colocaba a los artistas unos contra otros, haciendo que el trabajo artístico se convirtiera en poco más que un objeto de mercado.

Juan Genovés:
Secuencias 11, 1996.

MI IDEAL ERA DEFINIR LA LIBERTAD

DE LA CINEMATOGRAFÍA ALEMANA

Conmigo estaba también Pasolini. No participé, sin embargo, en la ocupación del Palacio del Cine, porque tuve que volver a toda prisa a Berlín. El resultado de las discusiones de mi equipo consistió en introducir esas mismas discusiones en la película. Parecía una elección democrática.

Cuando se hace referencia al 68 en Alemania, se cita siempre el asesinato del estudiante Benno Ohnesorg por la policía durante una manifestación contra la visita del Sha a Berlín el 2 de junio de 1967. Siempre sucede así: si hay un muerto, este se convierte inmediatamente en el símbolo del movimiento. En realidad, el 68 en Alemania había comenzado mucho antes y ya en los inicios de los años sesenta existía un creciente sentido de rebeldía en los jóvenes. Esto también se podía ver muy claramente en el cine alemán. En el año 62 se produjo el *Manifiesto de Oberhausen*, en el que participé. En él se encuentran, obviamente, las proclamas del 68, que al principio tuvieron una gran impronta intelectual: no se trataba de salir de inmediato a la calle y se evitaba toda forma de activismo voluntarista. Se apoyaba la existencia de una oposición extraparlamentaria en virtud de una mayoría potencial de los trabajadores, una especie de democracia de base, pero la realidad no era así. Estaba completamente claro que la clase obrera no quería saber nada de esta revolución. Lo que se decía de los obreros no era más que una idea romántica, que no se sostenía en pie y no existía en la realidad. Era una discusión meramente intelectual que se mantuvo durante años, y que entre el 67 y 68 culminó en los encuentros en la plaza pública.

Pensemos en un personaje como Rudi Dutschke; ya en los inicios de los años sesenta formaba parte de *Spur*, uno de aquellos grupos artísticos existentes, por ejemplo, en Múnich, y que en sus discusiones intelectuales lo había previsto y anticipado prácticamente todo.

En realidad, el motivo más profundo de la rebelión en Alemania era que todas estas personas habían nacido al final de la guerra; eran hijos de la generación nazi y en ese momento habían alcanzado la edad de ir a la universidad. Esta generación debía echar cuentas con sus padres. Para la historia alemana este era un punto importantísimo. El 68 en Alemania tuvo otro énfasis, comparado con cómo fue vivido en Francia o

en Italia. Para los alemanes era verdaderamente necesario el nacimiento de una juventud democrática que declarase que ya no era hija del nazismo.

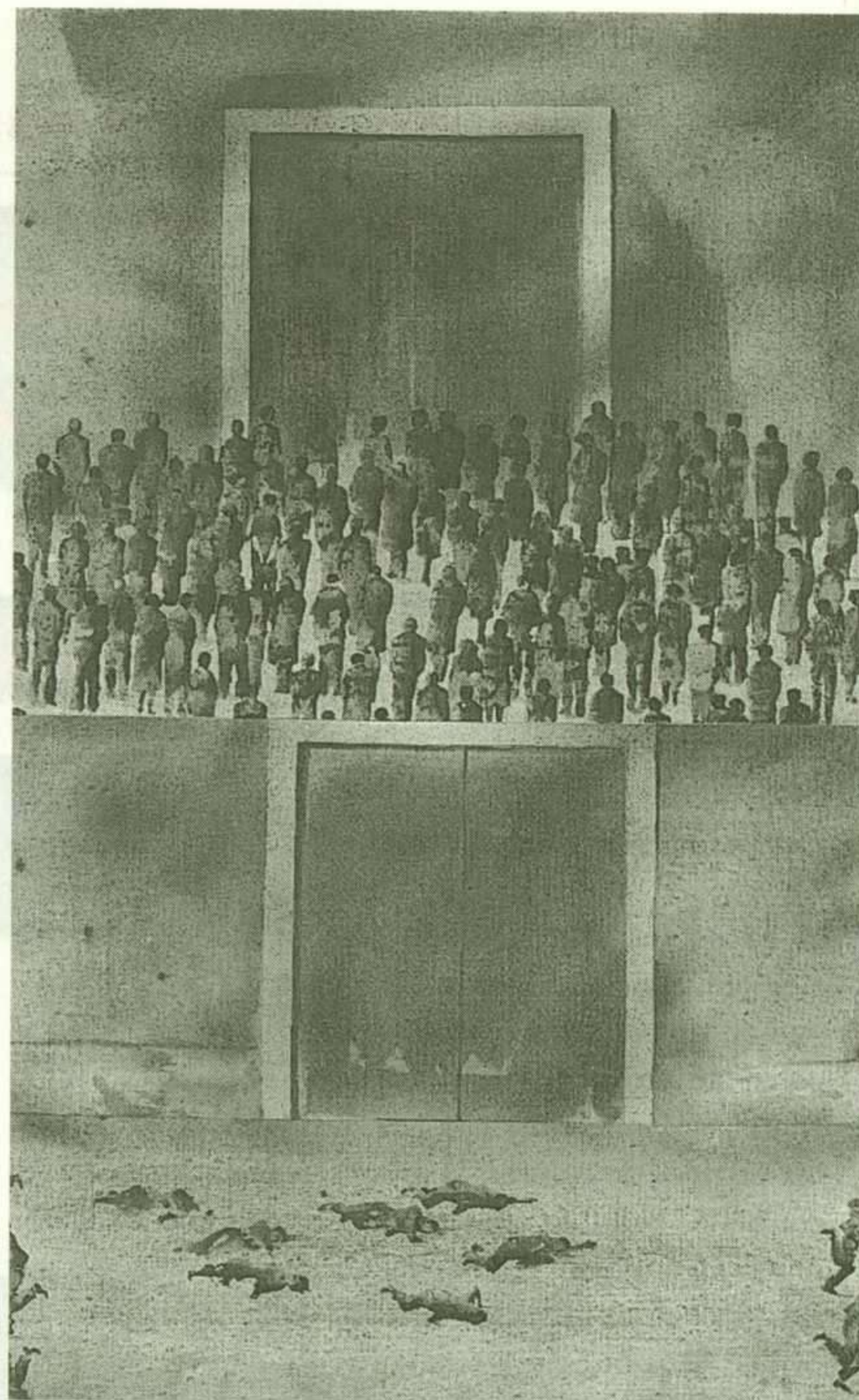
Y aún ahora es así. En Internet se han planteado muchas preguntas *web* sobre *Heimat* («Patria»). Y el primer puesto siempre lo ocupa una cuestión de fondo: nuestro problema con esta película es que es alemana.

En aquel tiempo se publicó un libro muy importante, cuyo título era *Die Unfähigkeit zu trauern* («La incapacidad de estar de duelo»), de Alexander Mitscherlich. Este libro mostraba por primera vez lo que les sucedía a los alemanes. Creo que se trataba de muchas cosas juntas. Por ejemplo, los padres que, una vez de regreso de la guerra —a veces después de muchos años y tras haber estado prisioneros, sobre todo, en Rusia—, durante largo tiempo no hablaron de la guerra. Todas las preguntas de los hijos quedaban sin respuesta.

El silencio sobre los grandes temas de la vida es un fenómeno muy difundido entre las familias alemanas de la posguerra. Habían hecho una guerra creyendo que lo hacían por una causa justa y por un deber nacional y, muy al contrario, a través del triste epílogo, terminaban por saber que había sido una guerra criminal y habían trabajado y muerto por un sistema criminal. En alemán existe una hermosa palabra, *Sprachlosigkeit*. *Sprachlos* quiere decir que no se puede hablar, que algo en nosotros mismos constituye un bloqueo que nos impide hablar. En las familias alemanas millones de personas habían muerto. Dichas víctimas, sin embargo, eran víctimas sin sentido. Habían muerto en el frente como soldados o eran civiles que habían perdido la vida a causa de los bombardeos, pero nadie podía sostener que se tratara de una injusticia. Todos debían decir: nos lo merecíamos porque hemos sido un pueblo malo. Y ningún alemán, aunque hubiera perdido a su madre, a su padre, a su hermano y su casa, podía estar de luto, por una cuestión moral.

Digámoslo una vez más: el peso de la culpabilidad de los alemanes no es equiparable con ningún otro. No lo será nunca. Queremos que nunca se olvide y que la barbarie no vuelva a repetirse jamás. La energía vital que en aquella cuestión moral se encontraba completamente privada de sentido, se canalizaba ahora en la economía. La economía es *schuldfrei*, está exenta de

Juan Genovés:
La puerta, 1966.



culpa. Todo lo que hacemos en el campo económico está exento de culpa, no necesita de una moral: los negocios, la industria. No necesitan una moral. Es importante volver la vista al pasado para comprender la relación que los alemanes tienen con el sentido de la culpa.

En el 68, en Alemania la fase del silencio había sido superada y, tras ella, era llegado el tiempo de las palabras. Pero lo contrario del silencio debería ser también reír, abrazarse, vivir juntos, hacer un viaje con alguien. Sin embargo, llegaron sólo las palabras.

Contra la generación de la UFA

En el cine era importante para mí crear una cultura cinematográfica que fuese independiente del modelo comercial americano. Y al hacer eso buscaba obtener una subvención pública, pero sin sufrir interferencias del Estado, ni en sentido estético ni económico.

Este era mi ideal: definir la libertad de la cinematografía alemana, y por ello he luchado y trabajado personalmente. Ya en 1966 había fundado mi productora. Nunca quise ser un hombre de negocios; he tenido que serlo porque los productores alemanes en aquella época pertenecían todavía a la generación de la UFA, la Universum Film AG. La UFA era un vejestorio, había sido fundada mucho antes del Tercer Reich y, durante el periodo de Hitler, había agrupado a todos los profesionales del cine. Después de la guerra, estas mismas personas había creado productoras privadas. No debemos olvidar que el Tercer Reich duró sólo doce años. Doce años no son muchos, por eso la gente que entonces era joven, en los años sesenta era todavía relativamente joven, tenía 40 o 45 años. Les llamábamos «los viejos» pero eran tremendamente vitales: querían por fin realizar sus sueños, todo aquello que no les había sido posible realizar durante la guerra. Pero en este contexto no estaba prevista nuestra presencia, la de los jóvenes, no había ninguna oportunidad para nosotros. Los directores de mi generación escribíamos guión tras guión, yo mismo en aquel periodo escribí unos 10, 12 o 13, y siempre recibí la misma respuesta negativa. Por tanto, un buen día me dije: fundo una productora, y así no tengo relación con la gente de la generación de mi padre.

Esta era también la motivación que estaba en la base del *Manifiesto de Oberhausen*: el lema «*Papas Kino ist tot*» («El cine de papá ha muerto») era una provocación contra esa generación, contra el «cine de ingredientes», como lo llamábamos Alexander Kluge y yo, es decir, el cine en el que se pone todo aquello que pide la receta.

Y desde siempre, y por el mismo motivo, me sentía muy atraído por las novedades tecnológicas. Ya en los años sesenta comencé con los primeros aparatos de vídeo. Era la nueva frontera de una posible democratización de la producción. Todos podríamos estar preparados en pocos meses para hacer nuestra propia película, si se nos educaba para hacerlo. Por ello luché desde el principio por la introducción del arte cinematográfico como materia de enseñanza y en el 68 desarrollé un modelo y lo presenté en una escuela, como puede verse en mi documental *Filmstunde* («Clase de cine»).

En Francia, la *nouvelle vague* nos influía poderosamente y para nosotros, para mi generación, aquella atmósfera de fermento representaba un fenómeno importantísimo. Godard fue naturalmente el portavoz absoluto del cine intelectual, pero nos sentíamos fascinados también por otras personas que conseguían representar el espíritu del tiempo, como Antonioni. Las películas de Antonioni sabían recrear la atmósfera me-

EL PESO DE LA CULPABILIDAD DE LOS ALEMANES

NO ES COMPARABLE CON NINGÚN OTRO

lancólica de aquel adiós, de los finales de ciertas estructuras de la vida en común, esa sensación de entrar en un mundo nuevo sin saber cómo podría ser verdaderamente.

Las pesadas lentes de la teoría

El 68 no fue un fenómeno homogéneo. Estaba, por ejemplo, el movimiento *hippy*, que venía de América y que en un primer momento era apolítico. Era principalmente provocativo, «*make love, not war*»..., junto con el movimiento por la paz, las sonrisas, las flores, los vestidos de colores, la promiscuidad sexual. Y esto era bello, bello de contemplar. Y cada uno intentaba imitar algo de este fenómeno, quizás sólo un poco, por ejemplo, en el modo de vestir o en la sexualidad. La izquierda política era relativamente púdica. Nosotros éramos artistas, pertenecíamos a ambos mundos. No puedo, como ejemplo, dejar de recordar aquí que participé en el festival de cine experimental de Knokke, en el 68-69, tras Navidad y Nochevieja; el fin del año 68. También allí formaba parte del jurado. En la entrada había una gran bolsa de plástico transparente con una mujer desnuda: era Yoko Ono, que de noche se manifestaba en favor del amor libre...

En el festival, a cada momento, se producía una manifestación política, a la que inmediatamente después seguía una contramanifestación de los *hippies*... Por ejemplo, recuerdo a seis personas que, sosteniendo en las manos unas cuartillas, leyeron en el escenario un manifiesto político. Pasados unos minutos, se abrió la puerta y entraron diez personas desnudas que se pusieron delante de aquellos seis. No se entendía nada: la gente comenzó a dar gritos; algunos entre el público gritaban que debía irse el primer grupo, otros sin embargo querían que se marchase el segundo. Era una atmósfera fantástica. Para mí estas son imágenes muy importantes del 68.

En realidad, todo es menos bello de lo que parece. No siempre tengo en cuenta, por ejemplo, hasta qué punto el clima se hacía cada vez más opresor; demasiado cargado de problemas morales e intelectuales. En aquel tiempo el tema «arte» era tabú. Es éste, en general, un problema de la izquierda, que está dispuesta a

reconocer la importancia del arte en la sociedad, pero que no ha sabido realizar nunca una política cultural eficaz. Y en eso baso hoy mi crítica. En *Die zweite Heimat* («La segunda patria»), la muerte de Reinhard en el lago Ammer, durante los preparativos de una película, representa seguramente la muerte de un artista en un mundo en el que sus proyectos se discutían hasta el último extremo. El representa el «cadáver» de las discusiones. Pero es también, sin embargo, algo más: es una muerte romántica. La muerte precoz de alguien que ha alcanzado una meta es casi un tópico: se suele decir que un talento extraordinario que llega a alcanzar cierto punto en su desarrollo como creador debe fatalmente morir joven, como Fassbinder.

En aquellos años, no se reía. Eramos increíblemente serios. Entre los jóvenes, todas las discusiones estaban llenas de fanatismo. En toda discusión había alguien que había leído un libro más que los demás y por ello se sentía superior. Y quien podía citar algo que los otros no habían leído, obtenía enseguida cierto crédito. Reíamos todos muy poco en aquel tiempo y mi película *Die Reise nach Wien* («El viaje a Viena»), fue mal acogida porque —demasiado melancólica— era sin embargo una comedia sobre la pequeña burguesía, cuna del nazismo...

Primero venía la teoría y después la vida. Se veía la vida a través de las lentes de la teoría. Los del 68 creíamos comprender la vida, pero no la comprendíamos, sobre todo no comprendimos que había muchas cosas que marchaban bien. En la cultura alemana existe una tradición en la literatura, en la historia del arte, en la protesta, que es la búsqueda de nuevos conceptos. Esto es típico de la cultura alemana. Y la mayor parte de los movimientos de este siglo han nacido aquí. Por ejemplo, la nueva música, o el movimiento de la Bauhaus. Aquí en Múnich se creó el movimiento *Der blaue Reiter* («El jinete azul») con artistas como Kandisky o Klee. Teníamos todas estas cosas, pero en el 68 nos comportábamos como si debiéramos comenzar de cero.

En el 68 se interrumpió dicha tradición. A partir del 68 comenzamos a olvidar nuestra espléndida tradición cultural. Quizás por ello quise que Renate, que en *Die zweite Heimat* encarna el 68, hablase sólo en dialecto suizo. Los dialectos en Alemania son caracterís-



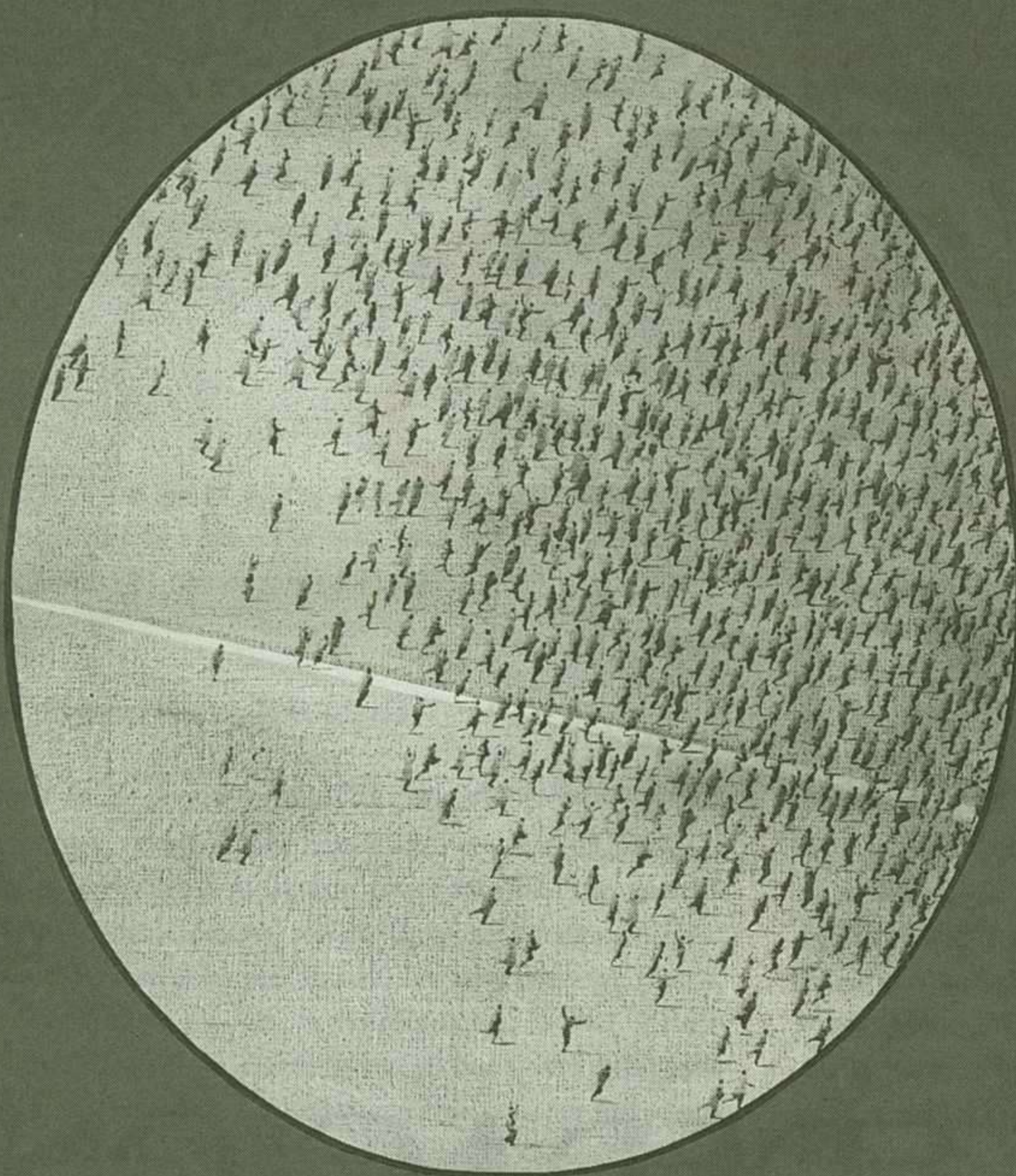
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE FUNDACIONES

SERVICIO PERMANENTE A LAS FUNDACIONES

Ortega y Gasset, 20 - 3º 28006 MADRID

Tel.: 578 25 85 Fax.: 578 36 23





Juan
Genovés:
Punto de mira II,
1966.

ticos. No hay una sola región en la que se hable sólo *Hochdeutsch*, el alemán estándar. Todos los alemanes hablan los dialectos y estos dialectos dan otro color, otro aroma a las palabras. Y en dialecto se consiguen decir cosas que en la lengua oficial no es posible expresar, porque no está hecha para ello. Lo mismo ocurre con las emociones: las palabras con las que una madre acuesta a su hijo y con las que le mima cuando está enfermo, las dice en dialecto. Y Renate se siente guiada hasta tal punto por las emociones, que sólo puede hablar de este modo.

El otoño de Alemania y el fin de la solidaridad

En 1970, Andreas Baader, líder de la Fracción del Ejército Rojo, es liberado de la cárcel por Ulrike Meinhof. Comienza así un nuevo capítulo de la historia alemana. Comienza la historia del terrorismo alemán, comienza la historia de la caza, del «Estado contra el *underground*», que culmina en el 77 con el secuestro de Schleyer, con los sucesos de Mogasdiccio y Stammheim.

Toda esta historia no es ya nuestra historia. Yo nunca he querido tener nada que ver con ello. En aquellos años habíamos empezado a retirarnos poco a

poco. Por un lado, el Estado se disponía a la caza de todo lo que provenía de la izquierda, y, por otro, nosotros, los de la *Aufbruchgeneration*, la generación de la posguerra, nos retiramos a realizar nuestros proyectos individuales privados. Este paso significa el fin del 68 en Alemania. Con el secuestro de Schleyer, todos comprendimos que se estaba perdiendo un grado importante de democracia en nuestro país. Fue una gran tragedia. Naturalmente, ninguno de nosotros justificaba el terrorismo, pero era muy preocupante la forma en la que el Estado reaccionaba y mediante

la cual volvíamos a las viejas costumbres, formas de reacción por así decir fascistoides. El clima había cambiado de golpe. Desde entonces ya no hubo relación feliz entre Estado y cultura. Todo el sector cultural fue gravemente sospechoso de terrorismo. A este propósito es interesante citar el papel de Heinrich Böll. Era un pensador, un humanista, un demócrata. Era sospechoso de simpatizar con el terrorismo y, cuando murió, a sus funerales no asistió prácticamente nadie, sólo la policía: en cada ventana de la ciudad de Colonia había un policía. Sólo un pequeñísimo grupo de amigos e intelectuales seguía en verdad a Böll. Su muerte se comparó con la de Jean-Paul Sartre: a éste, un millón de franceses le siguieron hasta el cementerio, y ese día se declaró luto nacional. Y en el fondo resulta triste observar como el estado de emergencia en el que se encontraba el Estado estuvo instrumentalizado hasta tal punto que se consideraba a todo intelectual sospechoso de ser enemigo del Estado.

En la actualidad, todavía es así. Por tanto, con Fassbinder, Schlöndorff, Kluge y otros, decidimos hacer aquella película colectiva, *Deutschland im Herbst* («Alemania en otoño»), porque sabíamos que, a partir de aquel día, el cine alemán ya no iba a gozar de buena salud. En adelante, íbamos a ir cuesta abajo, y sabíamos

ERAMOS INCREÍBLEMENTE SERIOS, VEÍAMOS LA VIDA

A TRAVÉS DE LAS LENTES DE LA TEORÍA

que cada día sería peor. Después de *Alemania en otoño* viene *Der Schneider von Ulm* («El sastre de Ulm»), que es mi última película para el cine. Me dije a mí mismo: no lo volveré a hacer, no intentaré hacer como los demás cada año una película estándar de 100 minutos para las salas, porque no veo ninguna posibilidad de desarrollo para este género. La producción comercial de Hollywood impone productos que llegan al mercado cada vez más refinados, cada vez más caros, con medios cada vez más espectaculares y nadie en el mundo puede competir con ellos. Todos nos convertiremos en epígonos de Hollywood, o hermanastros que obtendremos sólo un pequeño trozo de la tarta, o en todo caso seremos maltratados. Me dije: se acabó la película pensada para las salas, quiero crear un género completamente mío, que pueda ser también popular, pero que sea capaz de crearse su propio espacio al no ser parangonable al cine americano. Y comencé a hacer algo que estaba fuera de esta competencia sin esperanza.

Y sigue sin haber motivo alguno para que dé marcha atrás. Por otro lado, no alcanzo a ver por ninguna parte un renacimiento del cine europeo; es cierto que hay personas de talento, pero es probable que los mejores necesiten emigrar a América para emerger.

Yo represento una excepción entre los directores alemanes. Decidí muy tarde hacer mis películas importantes yo solo. Únicamente en el momento en el que no parecían existir posibilidades de hacer películas con los demás, comencé a hacer las mías más largas. *Heimat* es una respuesta particular a mis exigencias y es la razón por la cual no se puede clasificar: *Heimat* no es una película para la televisión, no es una película para las salas, es ambas cosas a la vez, pero ninguna de las dos. Y en todo el mundo se presenta como una excepción. En *Die zweite Heimat* dicha característica está todavía más acentuada, es la excepción por excelencia.

Lo que echo en falta de aquel periodo vital no es el aire eufórico, sino más bien la solidaridad con los colegas. Había en el cine alemán una extraordinaria solidaridad entre al menos toda una generación, quizás dos, de cineastas, y esta solidaridad generacional ya no existe. Me parece triste. Encontrar hoy a los amigos y a los colegas de entonces provoca un poco de melan-

colía y representa el signo de una pérdida de fuerza común. Si en la actualidad se volvieran a encontrar de nuevo juntos, todavía podrían desarrollar una gran fuerza productiva porque siguen siendo jóvenes, todos tienen en torno a los 50-55 años. Tienen una edad en la que podrían aún realizar sus mejores películas, pero no lo hacen. Y esta unión, esta proximidad la echo mucho de menos. Cuando les encuentro en los festivales, o casualmente en la calle, siempre me digo: Dios mío, qué imbéciles somos, hemos perdido esa energía común que poseímos una vez. Ya no la usamos y todos dicen: sí, tienes razón, pero después cada cual se va por su lado y no sucede nada. Desgraciadamente lo mismo ocurre en Italia, en Francia, en toda Europa. No hay una energía común. Y es un pecado.

Es una situación muy difundida: los alemanes tradicionalmente cultivan su esfera privada; se recluyen en sus casas, no dejan que los demás les vean, pero al mismo tiempo, por lo que se refiere a sus relaciones con el Estado, se han dejado siempre influir profundamente por la monarquía, por el Imperio, por Hitler y por el Tercer Reich, por el Estado autoritario que hemos tenido. Durante un momento, en el 68, todo esto cambió. De pronto, se concatenó todo: la vida privada y el trabajo iban juntos; en la época de mis inicios como cineasta no existía ningún tipo de frontera entre el trabajo y las discusiones políticas, todo formaba parte de lo mismo. Todo tenía que ver con todo. Si dejaba mi familia o vivía con otra mujer era un acto «político», exactamente igual que rodar una película o participar en una manifestación. Todo ello comportaba un cambio total de la mirada. Caminar por la calle significaba observar de antemano lo que se quería y decirse: podemos cambiarlo, si queremos... No se consideraba definitivo nada de lo que se veía...

Para algunas cosas no se puede dar marcha atrás, pero muchas otras siguen siendo como antes. Hoy los alemanes son de nuevo el «pueblo de la autoridad», también a causa de la Alemania del Este. Los alemanes del Este no vivieron aquella revuelta. Vienen directamente desde Hitler a una nueva dictadura —quizás económica, quién sabe...— y hoy se encuentran completamente desarraigados, no poseen un sentido auténtico de pertenencia. □

Mariano Antolín Rato

¿Mayo de 1968?

Hace mucho, desde muy lejos

A veces, y son muchas —qué se le va a hacer—, más allá de cualquier duda razonable, el ya de por sí reducido espacio vital, acorrala. Deja sin aire que respirar con sus resistentes verdades producto de concepciones de un mundo cerca de la parálisis con aspecto de transmisión perenne. Y a base de los principios de una supuesta economía global, datos sobre los repuntes de precios, niveles de competencia sectoriales, expectativas de crecimiento, flexibilización de las posturas sindicales, salarios a la baja, abate cualquier estado de ánimo poco predispuesto a la resistencia.

A fines del siglo XX las cosas eran así, ¿no? Bien, pues será mejor no entrar en más detalles. Cuestión de evitar nuevos desalientos.

El hábitat que acogota, un subproducto destacado de los estímulos externos, por su parte sobrevive desde hace tiempo —cosas de la edad, lo más probable— con graves problemas de circulación. La sobrecarga de informaciones, la mayoría redundantes —ya se sabe—, lo tienen en alerta roja. Constantes atascos del tráfico de impulsos nerviosos desgastados también contribuyen a enrarecer el ambiente. La situación ha llegado a la frontera con el reino de la histeria colectiva disfrazada de intercambio de mercancías y mensajes. Varias zonas del espacio vital están severamente dañadas —puede comprobarse sin excesivo esfuerzo—, y ya deberían haber ido al basurero de la historia. Y sin embargo, siguen emitiendo descargas paralizantes en un empeño, normalmente efectivo, de dar forma a un cuerpo que, otras veces, las menos —cuesta un poco dispersarse sin aparentes límites—, es un haz de pulsiones acosadas por la progresiva dureza ambiente en lucha constante por darles forma de cuerpo fijo.

¡Afirmativo! ¡Exactamente!

El futuro ya no es lo que era. Y además mengua de modo alarmante. De aquí —no se dude—, nadie sale vivo. Datos fiables señalan que el porcentaje de muertos por siglo se mantiene en el cien por cien. Por si eso fuera poco, hay que pasar la vida —o gran parte de ella, en el mejor de los casos—, en compañía del tipo de gente que no gusta nada de nada.

Total, que conviene enterarse —ya era hora—, de que aparte de marchitarse, poco pueden hacer las flores.

Sí, como les pasa a los humanos.

¡Un momento! ¡No seguir por ese camino hasta el final!

Resulta que las mismas cosas que provocan ansiedad a una persona, pueden hacer que otra viva en un tiempo elástico.

De acuerdo. Concedido. ¿Y qué más?

Siempre que la persona se arriesgue —por ejemplo— a dejarse ir con el tiempo a solas y en lugar tan apartado que hasta las cuestiones individuales llegan pasadas de fecha. Y allí, en un fondo del espacio que no es negro ni está vacío, sin predicar a conversos sobre supuestos cambios históricos, entregada al instante que nunca pasa porque nunca llega, esa persona trata de molestar lo menos posible —camino de la única calma— cuando decide conseguir algo. También mientras recorre la autopista —no se crea—, preferentemente vacía de indicaciones que distraigan. Ya escribió Martin Heidegger, nada menos que en 1921: «No sé si yo también voy a encontrar el camino hacia lo libre; deseo por lo menos llevarme y mantenerme a mí mismo hasta el punto de que pueda caminar».

Fue entonces cuando se iniciaron las interferencias.

Al principio pareció que sólo era un problema de sintonización. Que lo emitido se percibía entre una maraña de insolentes parásitos ideológicos. Los datos concretos y las elucubraciones sobre esos mismos datos quedaban mezclados en los sistemas receptores con radicaciones de carga sentimental. Todo procedente de una época donde ciertos individuos —el que se expresa a base de recuerdos y sensaciones un tanto revenidas, sin irnos más lejos—, tenían gran capacidad para disfrutar del melodrama y de las frases rebuscadas y grandilocuentes.

Se sucedieron imágenes y reacciones que tal vez estaban enquistadas en una memoria y unos terminales sensitivos que entonces, debido a circunstancias no computadas, soltaban presa. Se detectó la presencia de humanos combinación de ángel en gracia y perro rabioso. Seguían frases lapidarias del tipo: «Estamos al borde de una nueva frontera llena de oportunidades y peligros desconocidos». Sobre ellas una molesta estática chirriante que dificultaba la lectura de los mensajes, difundía consignas y descripciones de los mecanis-

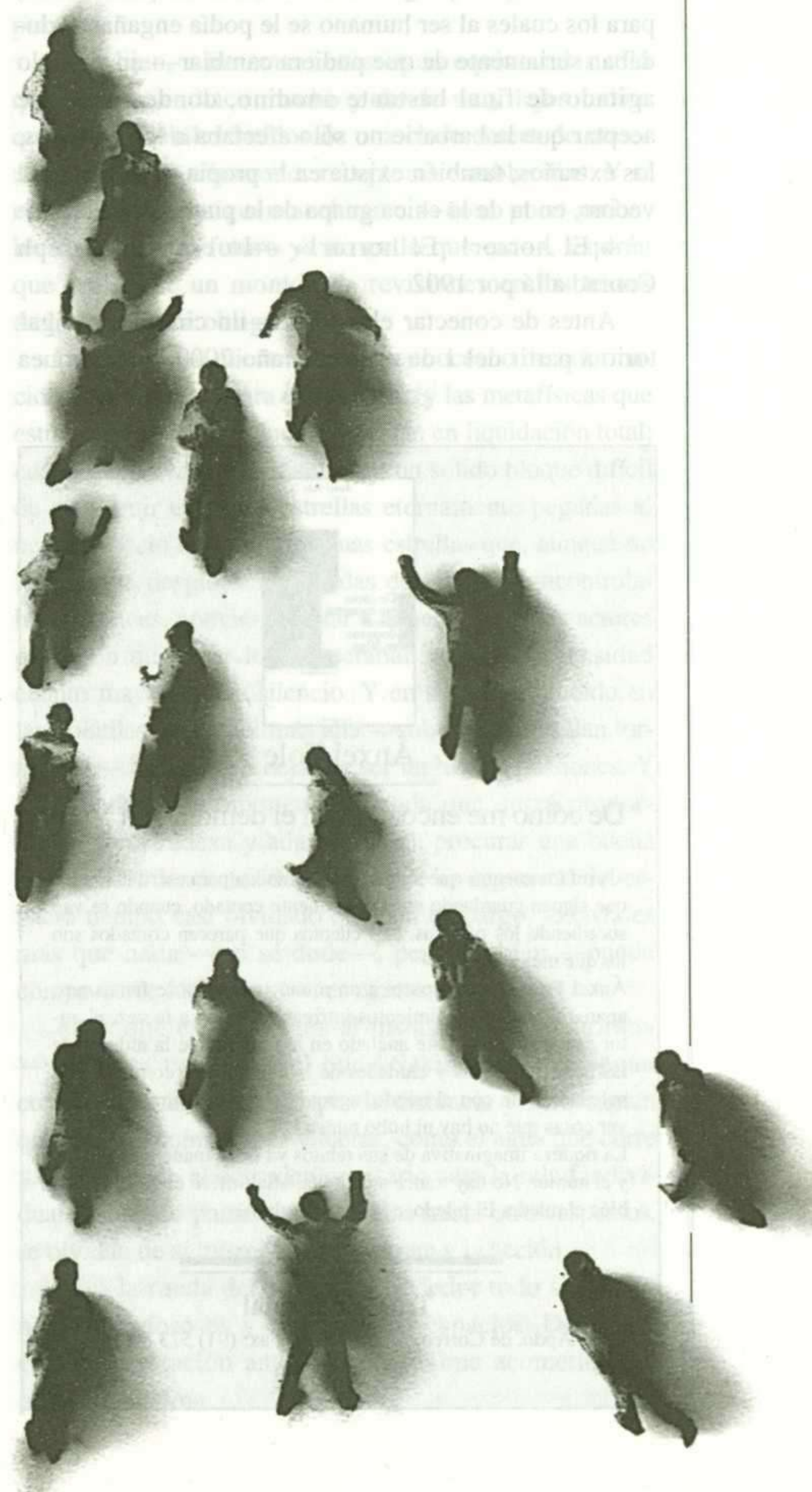
mos de unas estructuras históricas cuyo final era feliz en un mundo con sentido. La continuación consistía en condenas al individualismo aislado y al miércoles de ceniza del idealismo hegeliano. Y propuestas de reeducaciones emitidas por rostros que miraron con gesto de superioridad a seres muy lejanos. Tanto, que se llegaba a dudar de que tuvieran identidad, e incluso entidad. Unos seres —eso mismo, muy bien—, capaces de imaginar un final del mundo que acompañaría a su descontento por como eran las cosas. Un mundo —se repite el procedimiento—, a punto de ebullición para que se evaporara el espíritu. Y como música de fondo, que dificultaba aún más la correcta recepción, una voz cantaba: «No tengo ninguna esperanza para el futuro. Sólo espero tener suficientes botas para cambiármelas.»

Desde luego, la emisión resultaba lo suficientemente compleja como para necesitar un observador razonablemente atento. Más allá de los eslóganes, las purgas, los exterminios de razas en serie, las supuestas mutaciones —que no revoluciones—; más allá de huellas en la Luna, *capuchinadas*, relevancia de la praxis, las primaveras de Praga, los «patria o muerte, venceremos»; de liberaciones de la sexualidad para el despliegue del organismo humano, de funciones del orgasmo y hombres unidimensionales; más allá, muy lejos, empezaban a captarse fenómenos con la marca registrada «Mayo del 68».

Sin duda. Pasados los anillos de basura espacial constituida fundamentalmente por noticias que orbitaban en torno a esos fenómenos o estertores de la izquierda, los sistema de captación —con muchas dificultades, dado el volumen de acontecimientos mediáticos, ¿a qué negarlo?—, intentaban no verse afectados, e incluso averiados definitivamente, por la avalancha de atrocidades entre las que destacaban tan poco aquellos *événements*.

«Prohibido prohibir», «Pedir lo imposible», «Revolución cotidiana», «Las utopías matan despacio, pero no importa, no tenemos prisa», eran algunos de los eslóganes de unas emisiones de tipo generalista que amenazaban con imponerse a todo lo demás. Por ejemplo, a unas fuerzas policiales dedicadas a torturar, o a lo que suele hacer la policía en esos casos. También a las mentiras de los que se entregan a la erótica del po-

Juan
Genovés:
Secuencias
20,
1997.



EL FUTURO YA NO ES LO QUE ERA. Y ADEMÁS MENGUA DE MODO ALARMANTE. DE AQUÍ NADIE SALE VIVO

der y, sin distinguir entre hacer márketing de sí mismos y expresarse, proclaman que aquella algarabía publicitaria procedía de unos tipos y unas tipas que luchaban por causas inútiles e incluso contraproducentes para la marcha de su mundo. Las mentiras de unos pobres mandamases —oficialmente servidores públicos—, para los cuales al ser humano se le podía engañar —dudaban seriamente de que pudiera cambiar— en un siglo agitado de final bastante anodino, donde hubo que aceptar que la barbarie no sólo afectaba a los bárbaros, los extraños; también existía en la propia casa, en la del vecino, en la de la chica guapa de la puerta de al lado.

«¡El horror! ¡El horror!» —lo escribió Joseph Conrad allá por 1902.

Antes de conectar el *V-chip* —un circuito, obligatorio a partir del 1 de enero del año 2000, que bloquea

imágenes de sexo y muerte—, las oleadas de violencia borran cualquier otra posible percepción del escenario social. Durante cierto tiempo indeterminado —excesivo en cualquier caso—, los humanos padecen torturas insoportables, del cielo llueven virus antisexuales, mientras un *statu quo* sólo satisfactorio para quienes lo imponen origina sacudidas poco presentables en el tejido individual. La sangre amenaza con anegar todos los sistemas receptores. Detrás de la policía y los ejércitos que producen la inundación de coágulos —rojos, se sabe, aunque se perciban en blanco y negro—, asoman rostros de asesinos con nombre y apellido que trataron de pasar a la historia como salvapatrias. Muchos aún se recuerdan —inevitable, por ello, proteger a los circuitos de la memoria del miedo cervical—, pero con objeto de evitar daños mayores, es conveniente no mencionar a esos centinelas de Occidente, presidentes que iniciaron la era atómica, generales decididos a mandar a una nación entera a la Edad de Piedra, superhombres con bigotes para los que el Reich duraría Mil Años si se exterminaba a las razas inferiores, timoneles de Extremo Oriente que obligaban a dar grandes saltos hacia delante, creyentes que violan y asesinan a la mujer del pueblo más cercano porque es diferente.

«Las cosas que hemos visto, sir John» —dijo Orson Welles en aquella película shakespeariana de 1965.

Aceptado que la gente dejó de creer que la guerra era la historia del condicionamiento de los hombres para que maten, para que superen su resistencia innata a liquidar a seres humanos semejantes a ellos, hay una pausa. Aprovecharla para limpiarse la sal de las lágrimas producto de los bostezos que se han secado en los parpados. O quizá para intentar recomponer la cabeza que, como ocurrió con la de aquel *bodisatva* budista, se dividió en diez partes ante el pesar producido por la conciencia del número de seres vivos que todavía quedaban por salvar.

Durante el respiro se suceden consideraciones referidas a que quizá no sean las emisiones las que llegan confusas. Pudiera tratarse simplemente de que fallan los mecanismos de recepción. Algo que explicaría el que, de pronto, las ondas cerebrales queden enturbiadas por la asombrosa belleza de Grace Kelly y, sobre



Ánxel Fole

De cómo me encontré con el demonio en Vigo

«A mí los cuentos que más se me acomodan para escribir son los que siguen guardando mucho de cuento contado, cuando se van sucediendo los párrafos. Los cuentos que parecen contados son los que mejor me van.»

Ánxel Fole nos transporta a un mundo preñado de fantasmas, aparecidos y acontecimientos intrigantes. Pero, a la vez, el autor está profundamente anclado en la realidad de la aldea y de las pequeñas villas y ciudades de la Galicia que conoció: «La soledad, junto con el miedo, agrandan las sensaciones y hacen ver cosas que no hay ni hubo nunca.»

La riqueza imaginativa de sus relatos va de la mano de la ironía y el humor. No hay trance sin vuelta: «Salutífero el vino, y también el miedo. El miedo, a veces, da salud».

Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605. Tfno/Fax: (91) 573 80 48
28080 Madrid

DEJARSE IR CON LA RESPIRACIÓN ANTES DE LA PRÓXIMA

ACOMETIDA DEL PRESENTE. CALMA

todo, por la idea intrascendente, pero muy efectiva en el plano sentimental, de que su proceso normal de envejecimiento fue una auténtica tragedia, y no sólo para ella, sino para todos los que se miraron en ella. Y junto a eso, la proliferación de imágenes amarillentas de hechos que se consideraron de gran relevancia histórica y, según los especialistas, dieron sentido a la centuria.

«Las modernas sociedades occidentales, bajo un disfraz pseudodemocrático, esconden una estructura totalitaria» —es la teoría de Herbert Marcuse que se comentó mucho allá por ese «Mayo de 1968» tan difícil de fijar.

Porque habían leído libros, además de fabricar eslóganes, los que no se contentaron con tirar flores a la policía, y se lanzaron a las barricadas. No estaban fichados, no aparecían en los registros del Ministerio de Defensa, en los de los servicios del contraespionaje, ni tampoco en los de la Mosad. También había mujeres que dejaron de ser elementos que permitían interpretaciones vaginales de la historia. Y todos se desgañitaban diciendo, como resumía un grito lanzado por unos músicos de California: «¡Queremos el mundo! ¡Y lo queremos ahora!».

Luego, los voceros de turno hablaron de que aquello fue el culmen y el ocaso de las ilusiones de un cambio revolucionario. Y el ruido de la historia se impuso. Las protestas de unos días que, para los pocos que los vivieron, conmovieron a parte del mundo, resultan difíciles de aislar en el devenir de ese lejano planeta conocido desde hace siglos por Sol-3. De aquella época, de aquel lugar, sólo llega un sonido chirriante. El de una productividad en lento progreso que ha suprimido cualquier posibilidad de pasar los años viendo nevar y viendo florecer los cerezos; oyendo la caída de la hoja y el rumor de los arroyos, admirando el rocío en la hierba o la espuma en el agua.

¡Que no cunda el pánico!

Bueno, a pesar de las interferencias, del medio hostil que se capta con tantos problemas desde aquí, en ocasiones, y no son muchas —qué se le va a hacer—, las estructuras cerebrales establecen contactos fugaces con algo tan etéreo e infravalorado como los sentimientos. Y mirando con un tubo de bambú una esquina del universo —los receptores más complejos im-

piden percepciones no previstas—, cree adivinarse una borrosa galaxia en ruinas.

Sí, ya se sabe, los físicos han calculado cuál debe ser la masa total de ese universo. Y la cifra, dicen, es unas diez veces mayor de lo que han conseguido descubrir. Y en esa cifra, no existe lugar para pulsiones no previstas.

Pues bien, o las ecuaciones están equivocadas o lo que se adivina hace mucho y desde muy lejos indica que llegan débiles latidos de una clase entera de materia que escapa a las redes receptoras establecidas. Y si esos latidos consiguen acelerarse —cosa poco probable dado que el futuro ya no es lo que era—, tendrán que realizarse un montón de revisiones en los textos de la enseñanza obligatoria.

De momento, mientras acogota el océano de informaciones irrelevantes para el despertar, y las metafísicas que estuvieron a precio reducido ya están en liquidación total; cuando el horizonte se resume en un sólido bloque difícil de distinguir entre las estrellas eternamente pegadas al negro espacio de la noche, unas estrellas que, aunque no lo parezca, despiden llamaradas de violencia incontrolable; entonces, conviene imitar a aquellos grandes actores de Japón que todo lo proyectaban con más intensidad cuanto mayor era su silencio. Y en silencio, hundido en las volátiles aguas del más allá —sobre ellas estallan tormentas—, resistirse a dejar de ser un haz de pulsiones. Y cultivando un componente nómada que quizá proporcione cierta rudeza y adaptabilidad, procurar una buena sintonía con los restos degradados de un segmento del espacio tiempo casi olvidado que, sin embargo, todavía es más que nada —no se dude—, pero también —puede comprobarse fácilmente—, es menos que algo.

«Los que están atentos al instante nunca morirán» —son unas palabras del buda Sakiamuni que llegan como un sonido apagado por la distancia y sólo captan quienes son como nubes viajeras, como el agua que corre y, preservando el desorden necesario para la salud individual, habiendo partido vagabundos hacia otros aspectos, se olvidan de sí mismos porque pasan a la acción.

Gira la rueda del tiempo. Alrededor todo se desvanece en ardorosos y evanescentes espacios. Dejarse ir con la respiración antes de la próxima acometida del presente. Calma. □

Luis González de Alba

México: La fiesta y la tragedia

Durante los últimos años se ha elaborado un sistema de creencias y explicaciones en torno a los sucesos conocidos como Movimiento Estudiantil del 68 en México. Es ahora indiscutible la feroz represión ejercida por el gobierno de julio a octubre contra ciudadanos que demandaban bien poco, y que la responsabilidad en el criminal remate del 2 de octubre fue toda del gobierno, como lo reconoció el propio presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, en su informe de gobierno. Es también indiscutible el cambio profundo ocurrido en todos los niveles a partir de aquellas jornadas. Vivimos ahora otro México, aunque resulte positivo para obtener clientela política afirmar que estamos peor.

Otros aspectos de ese sistema de creencias no son tan indiscutibles.

En estos años los dirigentes del movimiento estudiantil de 1968 hemos hablado muy bien de nosotros mismos, y con razón: modificamos el país, hemos hecho partidos, sindicatos, publicaciones, leyes, cambios sociales y políticos. México es otro... el parteaguas... la épica del 68... la tragedia. No pudimos levantar un monumento a las víctimas, pero lo hemos levantado a nosotros mismos; nunca nos dejamos estafar, fuimos la imagen de la castidad y la pureza: la honestidad juvenil contra la torva maldad del gobierno.

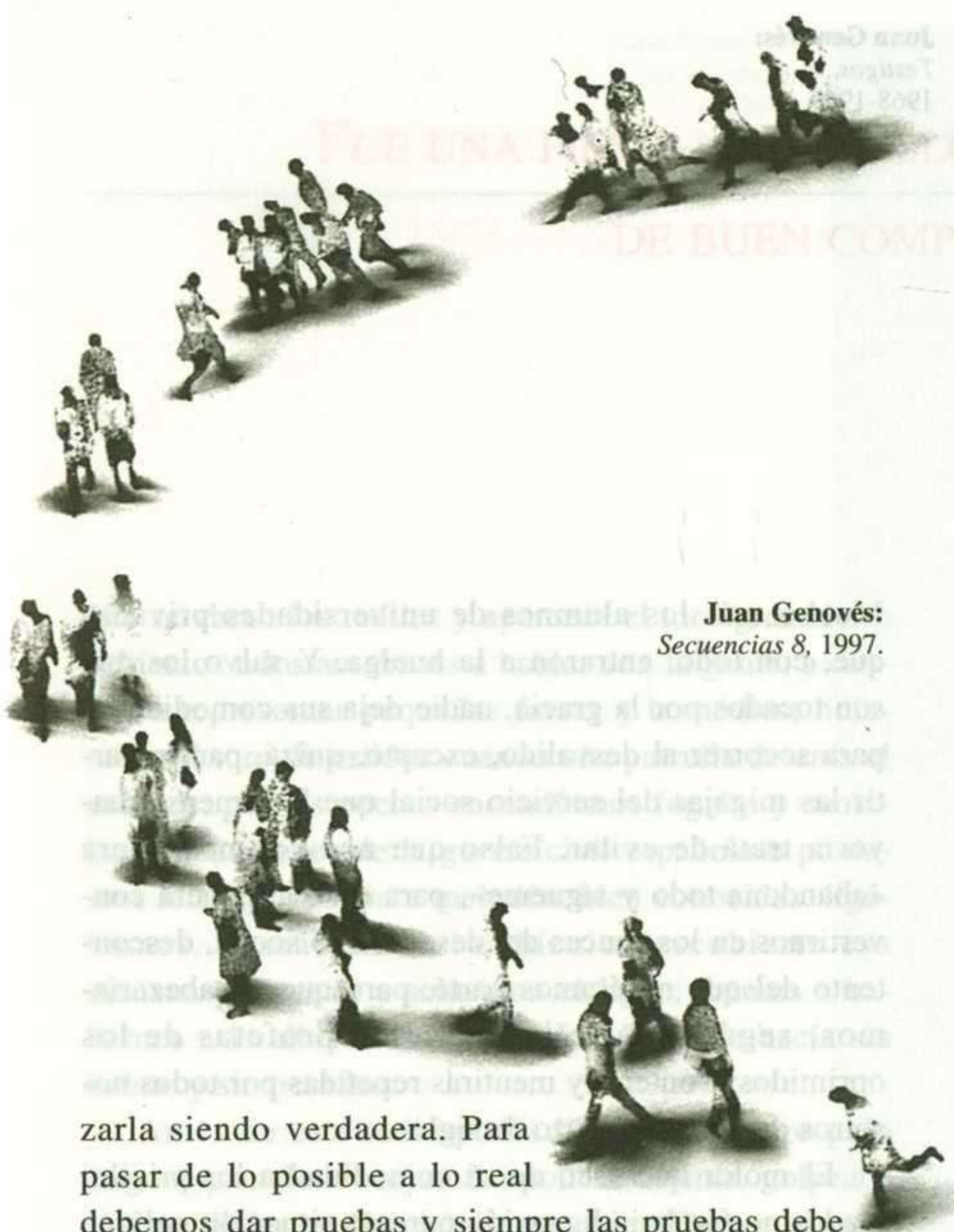
Mucho hay de cierto y mucho de falso. Cambiamos el país, ciertamente. Pero el precio pagado, los centenares de víctimas caídas por la criminal intransigencia del gobierno, quizá, sólo quizá, lo pudimos haber ahorrado. El movimiento de 68 no fue una tragedia en la cual los héroes, nosotros, avanzan hacia el abismo a pesar de sí mismos, como Edipo que mientras más busca evitar el destino predicho, más se hunde en él; no estábamos en un callejón sin salida levantado por los malvados. Ni nuestra pureza intocada por las acechanzas de la negociación debió pagarse al precio de la sangre derramada en esos dos meses.

Comenzamos a elaborar nuestras convicciones en las largas tardes de ocio que da la cárcel. Sin datos, sin investigación, sin entrevistas a los contrarios, sin el trabajo detectivesco e histórico que los hechos merecían, llegamos a conclusiones similares dentro y fuera de la cárcel: por razones inefables el gobierno había mon-

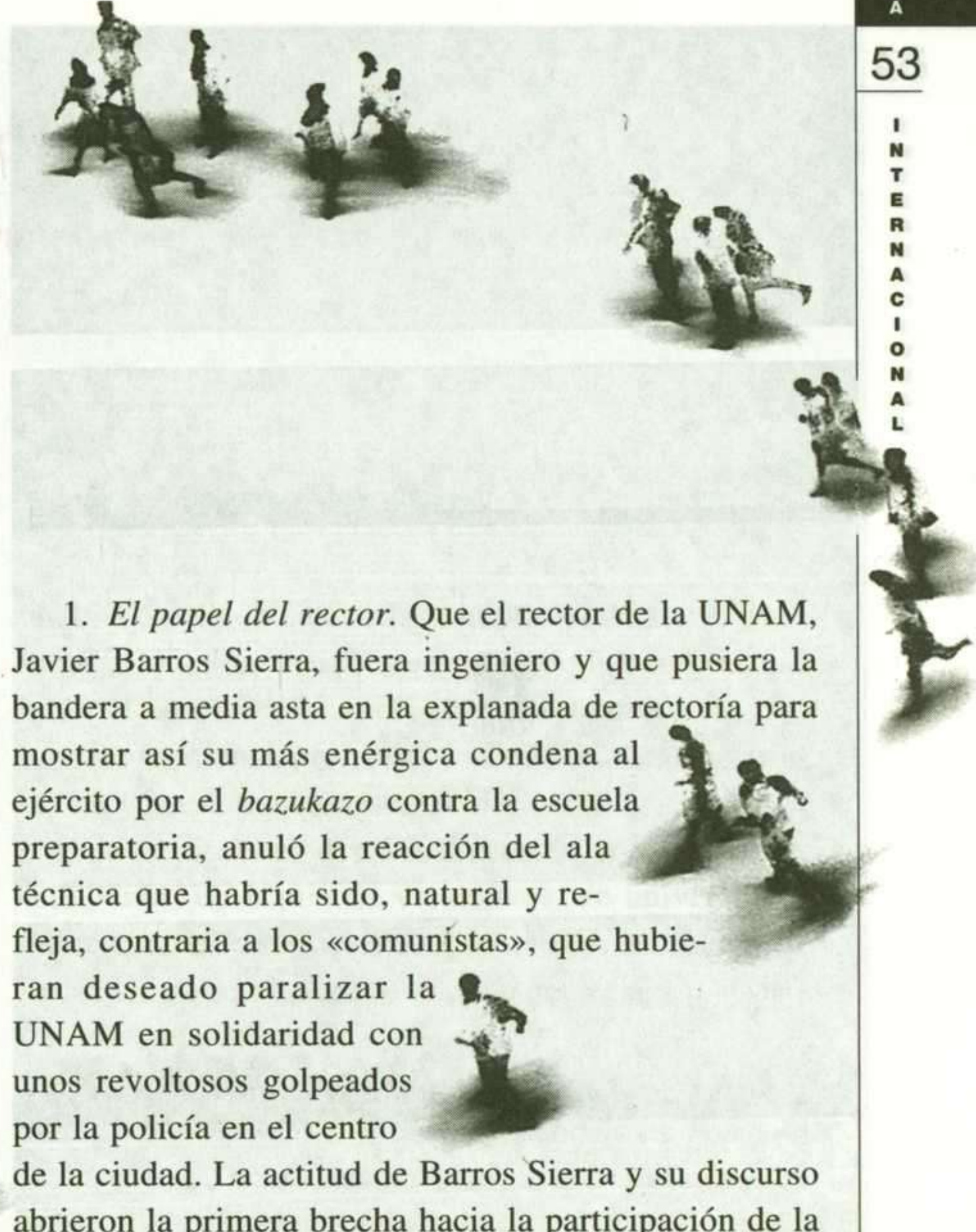
tado una gran provocación a partir del 26 de julio. Como toda provocación tiene un objetivo y los largos cafés carcelarios sueltan la imaginación, aceptada sin mucho discutir la hipótesis de la provocación, sólo faltaba encontrar el objetivo. Estos podían ser tantos como participantes del café. Cuando llegaba algún militante del partido comunista la discusión giraba en torno a que «obviamente» se había tratado de aniquilar a la vanguardia de la clase obrera... ellos; si el invitado era un trotskista el rumbo era similar, sólo que el obvio objetivo había sido la vanguardia constituida por ellos.

Teníamos un dato para probar la hipótesis de la provocación: alguien había visto piedras en los botes de basura durante las manifestaciones del 26 de julio, con las que podemos fechar el inicio del movimiento si todos estamos de acuerdo. Pero puede haber piedras en uno o varios botes de basura por muchas razones y no sólo porque intencionalmente fueran descargadas allí con el fin premeditado de lanzarlas contra la manifestación de esa tarde, que, por si fuera poco, no debía pasar por Cinco de Mayo, avenida donde alguien dice que vio las piedras. La hipótesis es, cuando menos, poco parsimoniosa, lo cual quiere decir que podemos encontrar otras explicaciones más sencillas. Pues bien, a varios años de distancia todavía no podemos presentar el chofer del camión que por la madrugada acarreó las piedras, al dueño de la cantera que las vendió, a los barrenderos que recibieron la instrucción de emplearlas contra los estudiantes, al funcionario que pagó las piedras, la nota de venta dirigida al funcionario que las encargó, las declaraciones de quienes recibieron esas instrucciones del regente de la ciudad, Alfonso Corona del Rosal o de algún otro. Son supuestos de celda ociosa, como hace treinta años, sin dato alguno, sin novedad alguna, sin investigación alguna, sin prueba alguna. El típico acto de fe de la izquierda, la española frase: «Vamos, que te lo digo yo». Y como te lo digo yo, si no me crees eres sospechoso de simpatía con los represores.

Pero también es cierto que no dar pruebas de una hipótesis no significa, necesariamente, que ésta sea falsa. Aunque también se puede señalar, con igual razón, que lo posible, y la provocación fue posible, no necesariamente es real. En estadística se llaman errores alfa y beta: aceptar la hipótesis siendo falsa, rechazarla siendo verdadera.



Juan Genovés:
Secuencias 8, 1997.



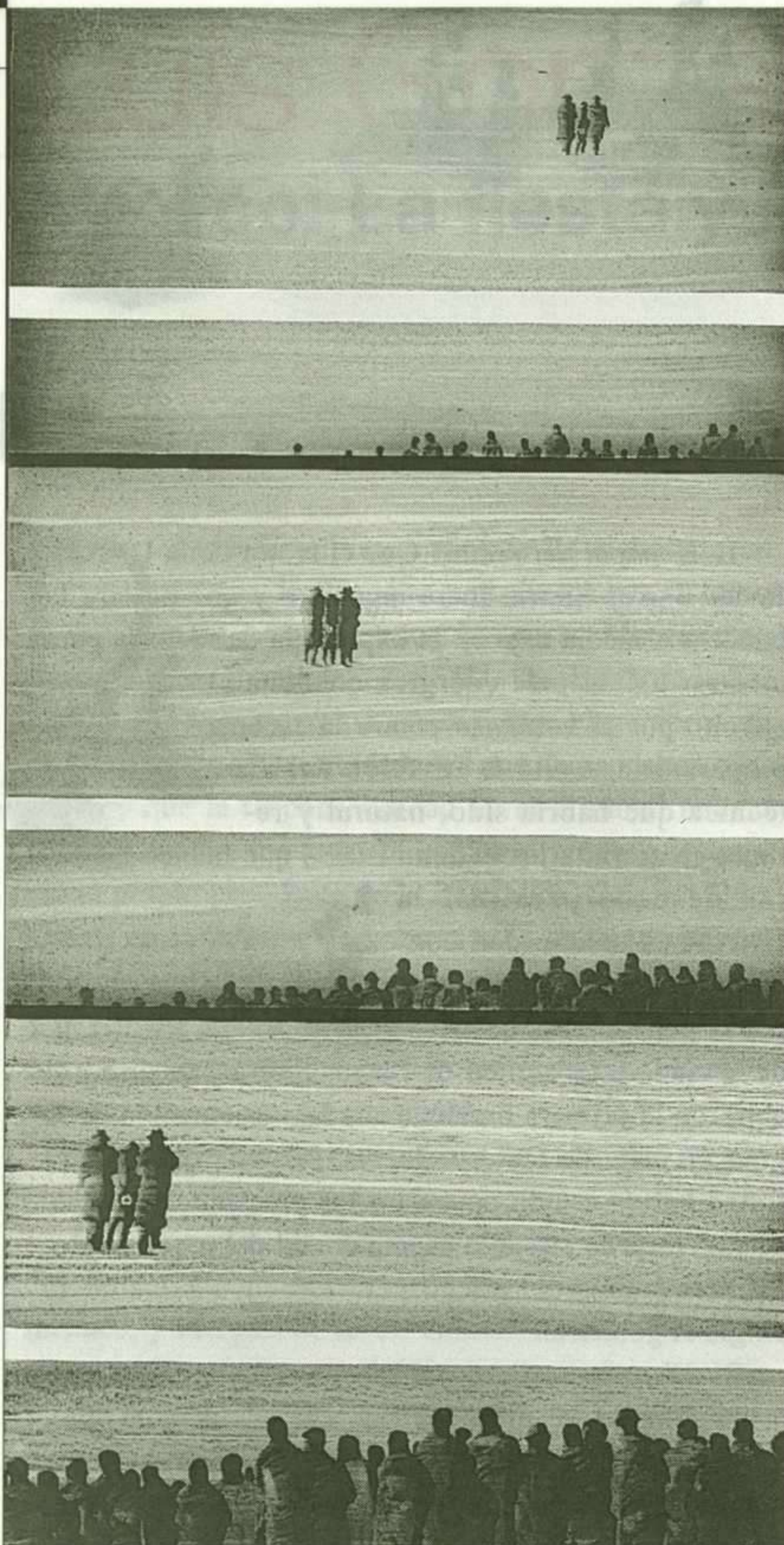
zarla siendo verdadera. Para pasar de lo posible a lo real debemos dar pruebas y siempre las pruebas debe proporcionarlas el que afirma, ya sea la existencia de la reencarnación, de platillos voladores o de una provocación montada contra... ¿contra quién?

Llevamos años señalando que la causa esencial del movimiento estudiantil de 1968 fue el amplio descontento existente por entonces. Diez años antes los ferroviarios habían sido encarcelados, tres antes había llegado el turno represivo a los médicos, dos antes a la Universidad de Michoacán...

¿Y por eso, queridos amigos, los tradicionales estudiantes de Ingeniería, Química y otras escuelas, incluida Filosofía, que no habían oído jamás los nombres de los presos políticos de entonces, se lanzaron a huelgas y manifestaciones callejeras donde se jugaban la libertad y hasta, lo supimos después, la vida? ¿Lo creemos realmente o es parte de un discurso oficial, el nuestro? Las huelgas de los *chavos* de la Ibero y de los niños ricos del Tecnológico de Monterrey, ¿a qué se debieron? Habría unos veinte estudiantes en Filosofía, cincuenta en Economía y cincuenta en Ciencias Políticas que sabían quién era Demetrio Vallejo. Quizá ni uno solo en la Universidad Iberoamericana, en la del Valle de México, y menos en *el Tec*, dominio absoluto de la reacción. Pero se movilizaron centenares de miles que, en la práctica, en las brigadas y mítines, aprendieron ése y otros nombres. ¿Por qué entonces comenzó tal movilización? Dos elementos la facilitaron, pero no la produjeron: la digna postura del rector, Javier Barros Sierra, y la obiedad de cuatro de las seis demandas.

1. *El papel del rector.* Que el rector de la UNAM, Javier Barros Sierra, fuera ingeniero y que pusiera la bandera a media asta en la explanada de rectoría para mostrar así su más enérgica condena al ejército por el *bazukazo* contra la escuela preparatoria, anuló la reacción del ala técnica que habría sido, natural y refleja, contraria a los «comunistas», que hubieran deseado paralizar la UNAM en solidaridad con unos revoltosos golpeados por la policía en el centro de la ciudad. La actitud de Barros Sierra y su discurso abrieron la primera brecha hacia la participación de la gran mayoría de los estudiantes, mayoría que de otra forma habría estado opuesta a los planteamientos que se enderezaron como la espina dorsal del movimiento: los seis puntos del pliego petitorio cuya solución se exigía al gobierno.

2. *El pragmatismo del pliego.* Las demandas se acumularon en los primeros días y eran, cuatro de ellas, simples respuestas a las agresiones policiacas: si los granaderos golpearon a estudiantes y a otras personas, que se disuelva ese cuerpo; si hubo heridos, que los indemnicen; si hubo jefes de policía que dieron las órdenes causantes de los heridos, que sean destituidos; si hubo detenidos, que los suelten. Sencillas y elementales respuestas, pero nadie, como no fueran los grupos políticos comunistas, esto es 200 estudiantes en toda la UNAM, habría puesto un pie en la calle por eso. La Universidad Iberoamericana y el Tecnológico de Monterrey habrían marchado en las calles por la razón exactamente contraria: porque los presos, todos ellos aglomerados bajo el adjetivo de comunistas, quedaran refundidos de por vida. La izquierda universitaria y politécnica añadió dos demandas más, éstas de tipo político: libertad a los presos políticos y derogación del artículo 145. Los dirigentes tuvimos que explicar a las asambleas qué decía ese artículo y por qué se debía derogar; pero primero nos lo tuvieron que explicar a nosotros. De 350 representantes ante el órgano de dirección del movimiento, el Consejo Nacional de Huelga, formado con dos representantes de cada escuela en huelga, no había diez que hubieran oído el nombre de Valentín



Campa y pudieran explicar su relación con el mencionado artículo. Así éramos la inmensa mayoría de los universitarios y los del Politécnico estaban peor, y muchísimo peor los alumnos de universidades privadas.

¿Por qué entonces tomábamos esos riesgos? ¿Por qué marchaban centenares de miles a pesar de las advertencias policiacas y hasta familiares y paternas? ¿Por qué dejaban sus clases quienes poco antes nos sacaban a pedradas de sus escuelas cuando tratábamos de explicarles la execrable guerra de Vietnam, el asesinato de Jaramillo y su familia, las injusticias cotidianas de México?

Durante 25 años hemos venido dando una explicación *quasi-religiosa*: porque el Espíritu Santo de la conciencia social descendió súbitamente sobre los estudiantes en renovado Pentecostés y éstos hicieron suyas las demandas de la sociedad.

Mentira. Los estudiantes entonces, como ahora, éramos una clase privilegiada. Lo pasábamos bien.

Juan Genovés:

Testigos,
1968-1969.

Mucho más los alumnos de universidades privadas que, con todo, entraron a la huelga. Y salvo los que son tocados por la gracia, nadie deja sus comodidades para socorrer al desvalido, excepto, quizá, para repartir las migajas del servicio social que la inmensa mayoría trata de evitar. Falso que una voz nos dijera «abandona todo y sígueme», para de esa manera convertirnos en los cauces del descontento social, descontento del que no éramos parte, pero que encabezaríamos, según esta religión, como profetas de los oprimidos. Tontería y mentiras repetidas por todos nosotros durante un cuarto de siglo.

El motor que sacó de su comodidad a los privilegiados no fue la indignación por una situación política que sólo unos cuantos, en los grupos de izquierda, consideraban intolerable. Fue el desafío contra normas sociales que no estaban ni siquiera implícitamente señaladas en nuestras seis demandas. No fue la caridad por el prójimo, cuyos problemas el estudiante común ni conocía ni le interesaban mucho en caso de conocerlos. No fue eso, ni el cristianismo ni el socialismo, quienes produjeron las movilizaciones del 68. Fue la fiesta, el carnaval contra la cuaresma obligada de México durante los últimos 50 años, contra el mural que nos pintaba una sociedad estática mientras el mundo se transformaba.

Entre los méritos que nos atribuimos los participantes del 68 están algunos reales: el mundo de la política, el sindicalismo y las publicaciones es hoy día radicalmente distinto y en todos estos ámbitos hemos participado de manera destacada. Pero si algo hicimos fue alentar la fiesta que movilizó a los grandes contingentes y que produjo después los cambios sociales que ahora vemos en los jóvenes.

Una gran pintada en la Facultad de Ciencias, hasta el 68 imperio de la ultraderecha representada por el grupo llamado MURO, nos da una imagen plástica, condensada, de los anhelos de aquellos jóvenes: «Y nos levantaremos cuando nos dé la gana». En las escuelas usábamos los cubículos alfombrados de los profesores, muy distintos a los de ahora; dormíamos en los sillones de piel del director, desayunábamos en cafeterías hechas nuestras y sin pagar, íbamos a los mítines callejeros con el corazón de un torero antes de

Juan Genovés
Una historia,
1965.

FUE UNA FIESTA, UNA EXPLOSIÓN LUEGO DE 50 AÑOS

LA FIESTA DE BUEN COMPORTAMIENTO

que se abran los rediles y aparezca el toro-granadero; subíamos a los autobuses a hablar con la gente, a cantar, a representar pequeñas farsas y comedias; huíamos del toro divertidos cuando una patrulla detenía el autobús; por las noches encendíamos fogatas y cantábamos canciones de la guerra civil española o poníamos letra procubana a melodías bien conocidas, ligábamos, buscábamos el cubículo descubierto esa mañana para estar a solas con el ligue, íbamos a bañarnos a la alberca sin credencial. Todo se hacía sin boleto y sin permiso.

Antes de eso nadie podía llevar sin riesgo pelo largo o pantalones rojos. La policía detenía, golpeaba y trasquilaba en Guadalajara a quien llevara el pelo apenas tan largo como luego lo usó el presidente López Portillo. Hubo quienes perdieron un pedazo de oreja defendiéndose de los tijeretazos, aventados contra una patrulla porque les gustaba llevar el pelo suelto. Las camisetas sin manga, los *shorts* y bermudas de ahora resultaban entonces inimaginables en la calle. Nadie decía palabrotas ni aparecían escritas en lugar alguno. Todo eran puntos suspensivos para indicar «puta»... Los diálogos de películas extranjeras se suavizaban. Nadie hubiera imaginado un personaje de caricatura llamada *la Tetona* y mucho menos la palabra «puñeta» escrita.

Y un día mandamos todo al carajo. No por Marx, sino por Reich. Fue una fiesta, una explosión luego de 50 años de buen comportamiento. De Vallejo y Campa apenas ayer habíamos oído hablar, pero qué divertida era la fiesta, las calles hechas nuestras, el carnaval, la pereza, el tráfico detenido, el desmadre, la súbita hermandad entre desconocidos, la siempre ajena ciudad ahora apropiada, la seguridad y la protección cálida proporcionada por la solidaridad que nos envolvía. Algo así volvió a ocurrir tras el temblor del 85: todos éramos uno, que es el sentimiento oceánico y orgiástico de la fiesta en su sentido religioso, del carnaval y de la unión sin límite entre el yo y el mundo exterior, unión que es precisamente la función del orgasmo. Nos encontramos súbitamente ante una irrupción del inconsciente, una caída de las corazas caracterológicas que son la fuente interna y psicológica del fascismo. Fue un retorno al placer, a «la bola», el término que

tan bien supieron acunar las multitudes de 1910; un retorno al ritual colectivo, que va desde la peregrinación hasta el concierto de *rock*, entonces también severa y terminantemente prohibidos. Todo eso entra en «la bola», y las revoluciones también.

Ese sentimiento que jamás habían probado, unió a estudiantes de izquierda y católicos, de universidades pobres y del Tecnológico de Monterrey, priístas inconformes y castristas, técnicos de ingeniería y marxistas de economía. Los unió el placer.

Pero en las sesiones del Consejo Nacional de Huelga (CNH) todo era serio. Se hablaba de la posible fecha y ruta de una nueva manifestación durante horas y los allí presentes sabíamos lo divertida que a esa hora estaba nuestra escuela, pero no lográbamos hacer que las sesiones concluyeran pronto. Nos perdíamos la fiesta nocturna. Ni modo. Ya vendría el carnaval diurno otra vez.

Conforme el tono festivo creció y la ciudad cayó por completo en nuestras manos, este tono logró transmitirse al CNH, donde siempre, invariablemente, fue reprimido con enérgicos llamados de «concretito» quien divagara sobre la sexualidad, las novedades en las costumbres de otros países, los colores entonces llamados psicodélicos, el pelo largo, los Beatles, de nuevo el desmadre, pues por definición esas tonterías no interesan a los serios, los seriecísimos obreros y por lo tanto tampoco a los estudiantes serios, a los militantes serios. Y en la manifestación del 27 de agosto —en la que ya se habían colado Jung y Reich, las bromas, los albures, la sexualidad reprimida, la ruptura, el «y nos levantaremos cuando nos dé la gana»—, el personal de orden, o sea nosotros mismos, pasó a recoger y destruir toda pancarta poco seria o que no planteara las consabidas demandas.

Fue este fermento social, más que las demandas políticas, lo que resultó en los cambios que ahora vivimos en los usos y costumbres de los jóvenes y los ya no tan jóvenes: la liberalidad en el lenguaje, el comportamiento, la vestimenta, la sexualidad, las ideas, la religión, y en la política, surgió de allí; de la fiesta y el carnaval que nosotros los dirigentes no logramos detener, por suerte. Se dio a nuestro pesar y en contra de nuestra opinión prematuramente avejentada.

ERA 1968, EN ESOS MESES SE ESTABA DECIDIENDO

EL CANDIDATO A LA PRESIDENCIA POR EL PRI

De que nuestra actitud era ésa da ejemplo lo siguiente: ya libres, luego de casi tres años de cárcel, en 1971, los cuatro más importantes dirigentes del CNH abandonaron, indignados, la exhibición de *Teorema*, de Pasolini, luego de media hora de risas y gritos al «pinche puto» en la pantalla.

Para librarnos de toda culpa en el trágico resultado final, los dirigentes hemos señalado durante años el callejón sin salida que creó el gobierno y que concluyó con la gran masacre del 2 de octubre de Tlatelolco. Puesto que era inevitable no tenemos culpa alguna. Es verdad que el gobierno se cerró como no lo había hecho antes ni lo haría después; pero antes de que lo hiciera, algunos de sus miembros dieron indicios de buscar solución. Los dirigentes nos aferramos entonces a una demanda que garantizaba nuestra imagen ante la

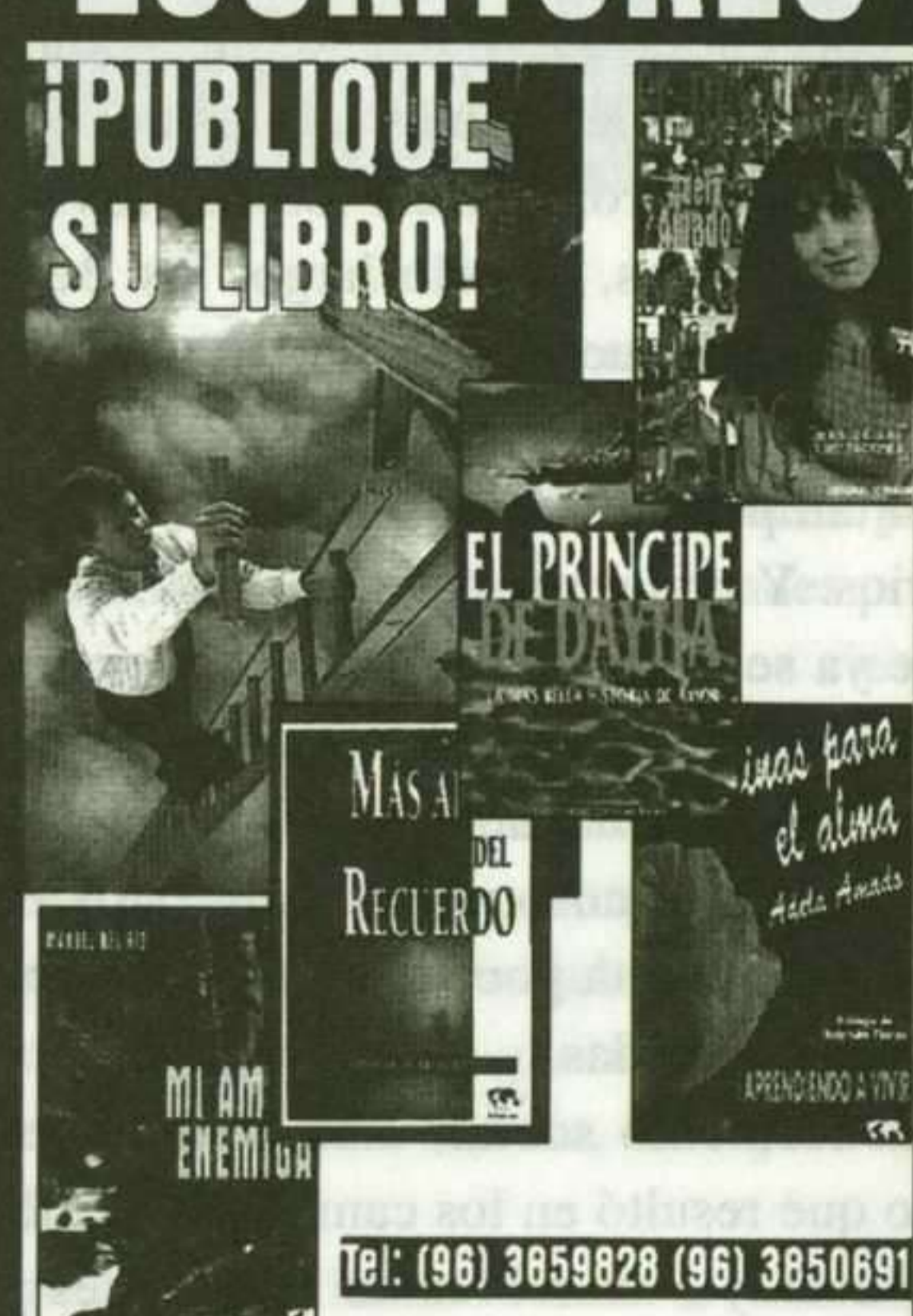
posterioridad: la solución debería alcanzarse con un diálogo público. Pero jamás definimos qué entendíamos por tal expresión y por eso convertimos una demanda correcta en obstáculo insalvable por vago, una camisa de fuerza que nadie sabía cómo desatar porque sus diseñadores no le habíamos puesto botones. El gobierno, cerrado, hizo mofa: queríamos una conversación en la plaza de toros, un circo romano. No teníamos tal idea (algunos quizá sí), pero no decíamos cuál era el mecanismo explícito que aceptaríamos. Así llegó la tontería de Sócrates Campos, que preguntó a la multitud reunida en el Zócalo si deseaba que el diálogo fuera allí, y el clamor fue un rotundo sí. ¿Podría haber respondido otra cosa cualquier otra multitud? El «concretito» que tanto nos recetábamos en las sesiones del CNH jamás lo empleamos para plantear una propuesta «concretita».

Era 1968, año previo al destape. En esos meses se estaba decidiendo el candidato a la presidencia por el PRI, o sea, en la práctica, el nombre del nuevo presidente. Quien desenredara la cada vez más enredada madeja del conflicto estudiantil, sería un buen desenredador... y presidente de México. Muchos funcionarios llamaron, buscaron citas con dirigentes del CNH. Algunos quizá por oportunismo, pero no podemos descartar que hubiera casos de buena fe, de interés real en resolver el conflicto, pues ningún gobierno es monolítico y personas bien intencionadas las hay donde quiera. Pudo ser o no, si no lo sabemos es porque nunca fuimos a comprobarlo: a todos les regresamos un rotundo no, no asistiré, no transigiré. No pensamos que la solución de nuestras peticiones pudiera venir con una negociación, y menos en que toda negociación implica ceder por ambas partes.

Nuestras peticiones eran justas, y por lo tanto debían ser simplemente cumplidas, era nuestra lógica simple y justa, pero no adecuada cuando se desea una solución. Menos aún cuando al menos una de nuestras justas demandas era inalcanzable, aquí o en Suecia: la desaparición del cuerpo de granaderos. Levantábamos esa demanda porque era el órgano represivo evidente, pero con la misma lógica podíamos haber exigido la desaparición del ejército, responsable del *bazukazo* contra la preparatoria, acto de barbarie que dio inicio a

ESCRITORES

¡PUBLIQUE SU LIBRO!



EL PRINCIPE DE DAYA

MAS AL DEL RECUERDO

MI AM ENEMIGO

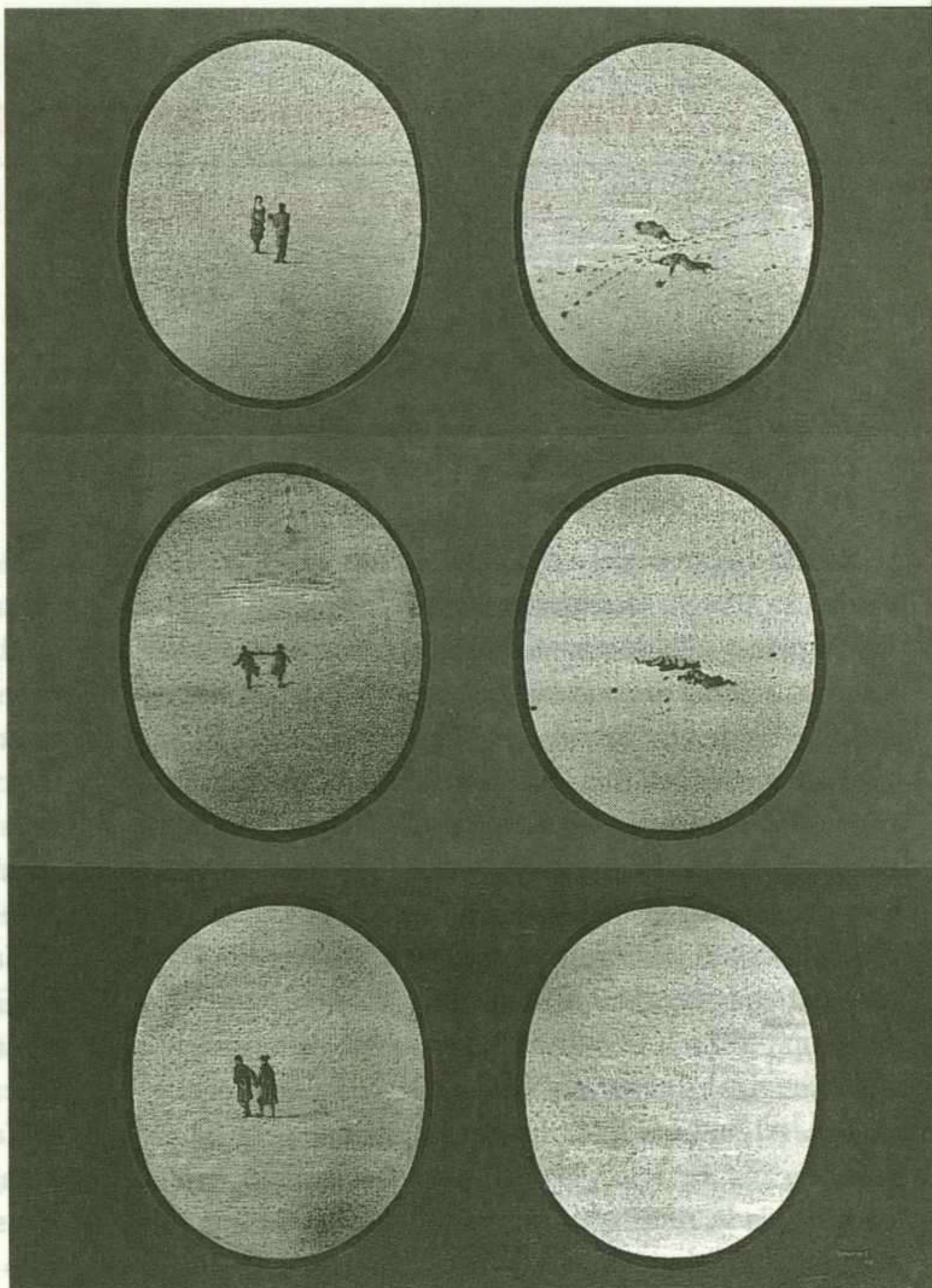
APRENDIENDO A VIVIR

Tel: (96) 3859828 (96) 3850691

LA EDITORIAL LE PUBLICARÁ Y DISTRIBUIRÁ A PRECIO DE COSTE SU LIBRO

AHORA TIENE LA OPORTUNIDAD DE PUBLICAR SU LIBRO Y GANAR PRESTIGIO Y DINERO

Juan Genovés:
Tres historias,
1966.



las protestas conocidas bajo el rubro genérico de «movimiento del 68». No quisimos ser dirigentes. Fuimos representantes. El dirigente sabe qué pedir, cuándo negociar, cuándo estirar el hilo y cuándo está a punto de romperse. No apuesta a «todo o nada». Nuestra torpeza no exime de responsabilidad al gobierno, sólo explica que hayamos perdido algunas oportunidades para modificar el curso de los acontecimientos. Pero nuestra pureza estuvo siempre en primer término. Que se hubiera conocido la realización de una de esas citas, informalmente ofrecidas, pero ofrecidas al fin y al cabo, habría sido un gran desprestigio para el dirigente involucrado. Todos presumíamos ante los demás con los nombres de nuestros convocantes... y seguíamos en la fiesta.

Dijimos no hasta a la televisión. Alguna vez, entrando al zócalo, una representante de Jorge Saldaña buscaba dirigentes conocidos que desearan asistir a una mesa redonda en la que, sin censura, nos aseguraba, y en vivo para no editar, podríamos exponer nuestras demandas. Dijimos que no porque... porque... no sé por qué, pero estaba mal ir.

Finalmente llegó una llamada de Gobernación, del propio secretario, que nos invitaba a dialogar sin agenda ni temario previo. Lo hicimos público en un desplegado y anunciamos que asistiríamos, pero esa noche el CNH superó a Bizancio: si allí, hace mil años, se preguntaban el número de ángeles que caben en la punta de un alfiler, mientras los turcos avanzaban sobre la capital del imperio, nosotros nos preguntamos en una memorable sesión de siete horas si una llamada telefónica era pública o no... mientras el gobierno avanzaba en su cerrazón. Pero a un terco, terco y medio, y respondimos que no iríamos porque una votación había decidido que una llamada telefónica no era pública. El gobierno quedó convencido de que no deseábamos la solución de las demandas, que sus sospechas eran ciertas en cuanto a los fines aviesos que nos movían.

Y en efecto, algunos dirigentes, en particular los de humanidades, ya no veíamos con interés la solución del pliego. Pensábamos que los dirigentes del *Poli* y Ciencias ya habían claudicado. Nos lo confirmaba un

compañero que los había escuchado hablar muy significativamente. «Pero qué decían», preguntamos algunos. «No eran las palabras, era su tono; no sé, se sentía que ya tenían todo resuelto y me hablaron con mucho desprecio, como a quien ya quedó fuera de la jugada». Entonces la izquierda, esto es unos treinta miembros de grupos políticos pertenecientes a las facultades de Filosofía y Letras, Economía y Ciencias Políticas, más algún otro desbalagado, integramos el Bloque Socialista, bajo la guía teórica de José Revueltas. Una noche nos dijo el muy simpático y no tan lúcido Pepe, que la revolución cubana había comenzado con mucho menos. De allí por supuesto nos fuimos a Paracho a comprar unas metralletas calibre 22 y de resorte. Mientras revisaba una de aquellas «anchetas», como las llamaba Pepe, saltó un resorte que nunca le logré colocar y así de las tres anchetas quedaron dos que nunca aprendimos a usar.

Para seguir con nuestra línea cubana, era preciso incorporar a obreros y campesinos, pues nunca se había visto una revolución sin ellos. Así que el Bloque Socialista preparó, bajo la dirección de Carlos Sevilla, una larga lista de demandas que debían enarbolar, a juicio de Carlos y Pepe Revueltas, nuestros futuros socios proletarios. José Revueltas a su vez produjo un largo y confuso ensayo sobre algo que llamaba la «de-

LA MUERTE DE CENTENARES DE PERSONAS EN TLATELOLCO

FUE UNA TORPEZA CRIMINAL EL PRI

mocracia cognoscitiva», que era otro de nuestros regalos a los obreros. Una noche intentó leérselo al CNH y fue bajado a silbidos: nadie sabía quién carajo era ese viejillo, a pesar del nombre que a otros nos conocía, ni de qué hablaba.

Las demandas que nosotros les habíamos preparado a los obreros (pues éramos su conciencia crítica), debíamos presentárselas en un acto que no podría ser una manifestación en el zócalo, pues esto era caer en el presidencialismo y el centralismo que hace del zócalo un lugar importante, sino en barrios obreros, y así fue como llevamos al CNH la propuesta de varias manifestaciones simultáneas que confluyeran no recuerdo dónde. Algunos politécnicos, que deben ir al Norte para llegar a sus escuelas, nos hicieron ver que habíamos señalado rutas que, sin bien cruzaban lo que llamábamos románticamente barrios obreros, para llegar de uno a otro debían cruzar kilómetros y kilómetros... ¡de milpas! Las rutas eran creación de quienes no somos de la Ciudad de México y no habíamos pasado nunca del norte de la Alameda, pero sabíamos que por allí había obreros. Desde entonces el autor de este escrito le perdió toda simpatía a Revueltas, que había sido el alma entequilada de aquella propuesta ridícula y ofensiva para quienes padecen sin romanticismo estudiantil su condición real de obreros, no de jovencitos bien, deslumbrados por un escritor famoso.

En septiembre el ejército ocupó Ciudad Universitaria y las escuelas politécnicas ubicadas en el Casco de Santo Tomás. No fue sino hasta el día siguiente a que el ejército dejara la UNAM cuando decidimos aceptar, por primera vez, una negociación. Reunido el CNH el primero de octubre en la Facultad de Ciencias, aceptamos encontrarnos con dos representantes presidenciales, Andrés Caso y Jorge de la Vega Domínguez. Llegamos la mañana del 2 de octubre a la cita los tres representantes elegidos por el CNH para informarles de que allí no negociaríamos el pliego, sino únicamente las condiciones de la negociación: la forma concreta que podía adquirir el diálogo público exigido como precondition. La camisa de fuerza autoimpuesta —el indefinido diálogo público— volvía a aparecer, pero informábamos que nos la podíamos quitar bajo ciertas circunstancias. Los representantes del

gobierno tenían poco o ningún interés en nuestras sutilezas y conflictos morales. De la Vega dijo que no estaba allí para perder el tiempo en tonterías. Uno de nosotros tres, Gilberto Guevara, respondió que entonces no teníamos nada más que hablar. Durezas mutuas. Caso suavizó la situación. Quienes ya estaban de pie volvieron a sentarse. El único acuerdo concreto al final de la reunión fue volverse a ver al día siguiente, 3 de octubre. Esa tarde no podíamos continuar porque debíamos asistir a un mitin... en Tlatelolco.

El envío de los negociadores no fue una trampa, como desean ver quienes tejen demasiado fino. No era necesaria. Las tres trampas reales en torno al mitin ya habían sido planeadas. Era más bien parte de una estrategia del gobierno: negociar con fuerza porque al día siguiente la dirección ya estaría aprehendida y todo mitin cancelado. Nadie calculaba la magnitud de la represión.

Y así, entre una bonita fiesta que no supimos concluir cuando era posible, baños de pureza, competencias con Bizancio, listas de demandas que los obreros debían hacer suyas e incredulidad sobre los extremos represivos que el gobierno podía alcanzar, llegó la tarde de un mitin en Tlatelolco. La noche anterior decidimos que no asistiría ningún miembro del CNH para seguridad de la dirección, salvo los pocos oradores. Asistimos todos.

La muerte de centenares de personas la tarde del 2 de octubre, en Tlatelolco, fue una torpeza criminal y no un acto friamente calculado. Hubo desorganización y falta de comunicación en los mandos militares y policiacos, pánico entre los asistentes al mitin y entre los soldados, sorpresa en los cuerpos de élite, desesperación en la multitud. El resultado fue un incierto número de muertos y heridos que no hemos logrado enlistar nunca.

Hubo tres cercos cuya finalidad era aprehender al CNH y a los estudiantes más involucrados con el movimiento. El primer cerco, del centro hacia fuera, estuvo a cargo de un cuerpo de élite, el Batallón Olimpia, creado meses antes para proteger los Juegos Olímpicos, próximos a celebrarse en la Ciudad de México. Rodeaba al edificio Chihuahua, en cuyo tercer piso habíamos colocado la tribuna del mitin. Iban de civil y se

NUNCA SABREMOS SI FUE POSIBLE OTRA SOLUCIÓN

QUE NO FUERA LA PEOR, LA QUE VIVIMOS

Rosa Pareda
España 69

identificaban entre sí por un guante blanco en una mano. El segundo cerco lo constituían tropas regulares en torno a la Plaza de las Tres Culturas. El tercero, alrededor de la unidad habitacional, también lo integraban tropas regulares. La policía tenía sus propios mandos y se repartía en los tres cercos.

Un helicóptero dejó caer dos bengalas. A esa señal, el Batallón Olimpia subió al tercer piso, detuvo a los asistentes, nos ordenó tirarnos al piso y efectuó los primeros disparos contra la multitud para dispersar el mitin. El segundo cerco, las tropas regulares, avanzaba sobre la plaza y fue sorprendido por los disparos. En seguida respondieron al fuego. Pero el cerco era eso: circular, así que los soldados que pasaban en ese momento bajo el edificio Chihuahua fueron recibidos por el nutrido fuego de los que venían al frente y que res-

pondían a los disparos del Olimpia. Los miembros de este batallón no esperaban respuesta alguna porque su función era atemorizar a una multitud desarmada y detener dirigentes. Ellos podían ver que quien respondía era el ejército regular. Este, en cambio, no sabía quién le disparaba desde el tercer piso del Chihuahua, pero veía que eran civiles pues el guante blanco ni se distinguía, ni significaba nada para un soldado. El Batallón Olimpia, dominado por el fuego de las tropas, se tiró al piso entre los detenidos. Carecía de medio alguno para comunicarse con el ejército. No habían previsto ni siquiera un *walky-talky*. Nada. Desesperados porque el fuego arreciaba, pensaron la más elemental de las respuestas: gritar a todo pulmón «¡Batallón Olimpia, no dis-pa-ren!» Pero el segundo cerco se disparaba ya entre sí... con la multitud de por medio,

DOMINE SU LENGUAJE
EDITORIAL PLAYOR, S. A.

1475 PTS. CADA UNO IVA INCLUIDO

POR SÓLO 7.375 PTS.

5 LIBROS PEDIDO MÍNIMO

UN LIBRO GRATIS CON EL PEDIDO MÍNIMO

OTRO LIBRO GRATIS SI PIDE 10 LIBROS

AUMENTE SU MEMORIA 160 pág.

José Escarpanter
CUADERNO DE EJERCICIOS ORTOGRÁFICOS
200 pág.

SÍ, DESEO RECIBIR CONTRA REEMBOLSO LOS LIBROS QUE MARCO A CONTINUACIÓN: **FORMATO: 16,5 x 23,5 cm**

- CÓMO DOMINAR LA ORTOGRAFÍA MODERNA / 256 pág.
- CÓMO HABLAR CORRECTAMENTE EN PÚBLICO / 208 pág.
- CÓMO ESCRIBIR CORRECTAMENTE / 184 pág.
- CÓMO AUMENTAR SU VOCABULARIO 1 / 174 pág.
- CÓMO AUMENTAR SU VOCABULARIO 2 / 168 pág.
- CÓMO LEER, ESTUDIAR Y MEMORIZAR RÁPIDAMENTE / 216 p.
- CÓMO DOMINAR LA REDACCIÓN / 160 pág.
- CÓMO ELIMINAR ERRORES Y DUDAS DEL LENGUAJE / 232 p.
- CÓMO DOMINAR LA LECTURA ACTIVA / 168 pág.
- CÓMO ESCRIBIR CARTAS EFICACES / 156 pág.
- CÓMO DOMINAR EL ANÁLISIS GRAMATICAL BÁSICO / 224 p.

CENTRO O COLEGIO		
NOMBRE Y APELLIDO		
DIRECCIÓN		
CÓDIGO POSTAL	POBLACIÓN	PROVINCIA
TELÉFONO	NIF/CIF	NO ATENDEMOS PEDIDOS A LOS QUE FALTEN DATOS

Ref: Revista **LETRA INTERNACIONAL**

ENVÍE ESTE CUPÓN A:
EDITORIAL PLAYOR
Alberto Bosch, 10
28014 Madrid

91 - 369 0652
PEDIDOS URGENTES AL FAX 91 - 369 4441

MODO DE ENVÍO (ESCOJA SÓLO UNO)

CORREO NORMAL: 300 pta + tasas *

SERVICIO URGENTE A DOMICILIO: 750 pta

* Las tasas suponen unas 350 pta

y era imposible que oyeran los gritos de sus colegas. Los muertos y heridos comenzaban a caer sobre la plaza, incluidos algunos soldados.

Luego los médicos forenses se sorprenderían de que todas las heridas hubieran sido causadas por armas reglamentarias y la conclusión del ministerio público sería redonda: habíamos estado armados, los estudiantes, con armas sólo permitidas al ejército. Las víctimas culpadas de matarse entre sí y un primer delito para los detenidos: homicidio de centenares.

Por si algo faltara, el comandante en jefe de la operación, general José Hernández Toledo, fue herido en los primeros minutos de la balacera... ¿Extraordinaria casualidad? ¿Torvo plan? Podemos elaborar un guión de intriga política, como aquellas espléndidas películas italianas de los años setenta, pero será eso: un guión más o menos imaginativo. Lo cierto es que no hemos tenido, tampoco en este caso, la investigación reporteril que ponga al descubierto nuestro *Bloodgate*.

En derecho existe la figura «negligencia criminal». Lo ocurrido esa tarde fue peor, y sin embargo tampoco fue una operación planeada, precisa, cuyo fin fuera el obtenido. En uno y otro caso los hechos son idénticos; no así la moralidad de los hechos.

Los dirigentes probamos con el crimen del 2 de octubre lo que veníamos diciendo: que el gobierno era incapaz de responder como no fuera reprimiendo. En parte era verdad, en parte fue lo que en psicología social se llama «la profecía que se cumple a sí misma», sólo que no esperábamos que se cumpliera con tal nivel de horror. Creo que tampoco ellos, ni el ejército ni el gobierno.

El 2 de octubre nos dió la razón en todos los sentidos. Y el ser víctimas, no triunfadores, nos alineó con los héroes más puros, no con los sospechosos por la sombra del triunfo... y las renuncias en que quizá hayan incurrido para alcanzarlo. Puros hasta la muerte. Sólo que no lo consultamos con la multitud que sería sacrificada.

Quien no aprende de la historia está condenado a repetirla, es la conocida sentencia que jamás atendemos. Ahora la mayoría de aquellos dirigentes estudiantiles está en la oposición y, desde allí, en ubicaciones de mayor poder que en 1968. Los sindicatos,

partidos, grupos políticos y medios conducidos por nosotros se encuentran con frecuencia ante alternativas similares y las respuestas son en ocasiones similares: patria o muerte, en donde «patria» soy yo. Exigimos fe en nosotros sin que hayamos demostrado todavía nuestra mayor calidad. Quizá seamos mejores gobernantes, quizá no. El país no lo sabe. Estamos también plagados de figuras autoritarias, de locos empistolados, de necios y tercios y saltimbanquis de la política. Tenemos también demócratas dispuestos a perder o ganar sin arrebatos.

Pero el llamado de la sangre sigue presente. La gran virtud de perder para así demostrar las tesis propias sobre la perversidad del contrario, sigue asomando su cabeza de Medusa petrificadora y la tentación del martirio se levanta contra la solución incompleta, el triunfo a medias o la derrota parcial, según se desee ver. Seguimos incrementando el número de los tráfugas con cada dirigente que recupera de lo perdido lo que aparezca.

Nadie podría haber adivinado entonces los extremos represivos a los que el gobierno llegaría, unos premeditados y otros acrecentados por las circunstancias. Nunca sabremos si fue posible otra solución que no fuera la peor, la que vivimos; pero quizá pudo ser posible, de no haber estado cegado el gobierno por sus propios razonamientos, su búsqueda sofisticada a los tres pies de nuestros actos simples, y de no haber estado nosotros prenamorados de la leyenda juvenil que estábamos construyendo, como el primer movimiento popular no traicionado por sus dirigentes —en donde «traición» era todo arreglo que no fuera la solución inmediata de nuestras exigencias—. Pero si tuviéramos la opción de retroceder a los momentos en que algunos funcionarios nos llamaban, por las razones que tuvieran; si pudiéramos elegir entre la tragedia plena de gloria y la solución mediocre que fue posible en agosto, la única respuesta moral habría sido la vida: salvar las vidas perdidas en esos meses, en esa tarde. Se dirá que el sólo planteamiento es absurdo, retórico, pues no hay máquinas del tiempo. Es verdad con respecto al pasado que conocemos, pero no sobre recordarlo cuando seguimos mostrando inclinación por la rendición absoluta del adversario y por el atractivo histórico de la tragedia. □

Rosa Pereda

España 69

tad de costumbres que los antibióticos y los anticonceptivos hacían posible.

Bueno, en España fue todo un poco distinto.

Para empezar por el final, el cambio de costumbres resultó ser más traumático, por más abismal. Se intentaba salir a los márgenes de un país que iba a misa con velo, que imponía largos lutos, que conocía la televisión hacía cuatro o cinco años, y que comenzaba su revolución blanca.

La de los electrodomésticos. Las lavadoras eran de tracción animal, y las neveras y el teléfono auténticas rarezas. El humor nacional todavía era el del 600 dominguero, y ese

se conseguía —quien lo conseguía— tras un largo turno que pasaba, como todo, por el certificado de buena conducta. Se empezaban a erradicar enfermedades

como la poliomielitis o la viruela, y males como el hambre: todavía la «geografía del hambre», de Josué de Castro, dibujaba bolsas de desnutrición en amplias zonas de España.

Los dentistas eran artículo de lujo, los niños lucían dientes cocosos, la ortodoncia y los parches y gafitas, tan raros una como los otros, producían hilaridad en los colegios: a la salida del rosario diario, que era obligatorio y se transmitía por la radio, como el Angelus a las doce en punto del mediodía. La píldora llegó, pero estaba prohibida, o mejor, no era de venta libre, y los ginecólogos se planteaban como problema de conciencia recetarla. Podían advertir, como uno muy célebre a una señora casada y con varios hijos, si sabía que tomarla era cometer pecado mortal. Los movimientos migratorios eran constantes, del campo a la ciudad —todavía, pese a las migraciones de los cincuenta, había un tercio de la población en el trabajo rural, y llamar trabajo a eso es algo un poco exagerado: es el célebre paro histórico— y, con un pasaporte en regla, de la ciudad a Alemania, Suiza o Francia. Pese a que el

Juan Genovés:
Secuencias 24, 1997.

En España, el 68 ocurrió después, en el 69, aunque, como en el resto del mundo, venía pasando desde los primeros sesenta. Sólo que aquí tenía unas características un poco especiales según mi recuerdo.

En primer lugar, tanto en Francia como en el resto de Europa —los alemanes de Rudy *El Rojo*, los ingleses del *swinging London*— la contestación era a Estados democráticos y en algún caso, socialdemócratas. En segundo lugar, se contestaba a los retos liberales en favor del que más tarde se conocería como el «Estado del bienestar», es decir, se exigía la presencia redistribuidora e igualadora del Estado, propiciada por un inusual desarrollo económico. Por fin, había que tirar el puritanismo de los cincuenta e imponer esa liber-

EN ESPAÑA SE VIVÍA UNA DICTADURA, Y ESO MARCÓ

LA ENORME DIFERENCIA ENTRE SU 68 Y NUESTRO 69

pasaporte era un arma más de represión política, se superaron los dos millones de emigrantes en el extranjero. Pero nos los compensaban los turistas: los benditos turistas, en aquellos años en que una España exótica se ponía de moda.

Así estaban las cosas, dicho sea muy deprisa. Y en otro orden de cosas, aún peor. La censura, la policía política, el control obsesivo, el «parte» en cadena a las dos y media de la tarde. Es que a diferencia de los países europeos, en España se vivía una dictadura y eso marcó la enorme distancia entre su 68 y nuestro 69.

El 69 fue un año de extrema violencia. Se masticaba la violencia, y una generación nueva, la de los nacidos después de la guerra civil, incluso los que nacimos después de la Segunda Guerra Mundial y de la primera posguerra española, los que empezábamos a

considerar «batallitas» las historias de guerra y nos enteramos por el *runrun* de las cartillas de racionamiento, esa generación, nosotros, empezamos a sufrir en nuestras carnes, a contar con ellas, la represión y la violencia. Durante el 69 hubo «estado de excepción» en toda España, y en el país vasco, más. El «estado de excepción» significaba que las pocas garantías cívicas concedidas por la dictadura eran suspendidas. Básicamente, la inviolabilidad de domicilio y correspondencia, porque las libertades que ahora nos parecen normales, cotidianas, como la libertad de reunión, de manifestación o de expresión, estaban penadas con un número de años que oscilaba entre los dos y los veinte. También cambiaba la incomunicación en comisaría, para los detenidos por cualquier supuesto de estos, que podían ser interrogados —sin derecho al *ha-*

Premios Literarios Jaén 1998

Novela, Poesía, Narrativa Infantil y Juvenil.



XIV Edición. Los premios literarios JAÉN 1998 se convocan en las siguientes especialidades:

Premio Jaén de Novela. La extensión de los trabajos será de un mínimo de 200 folios y de un máximo de 300, a dos espacios. Tema libre.

Dotación: 4.000.000 de pesetas. Edición con Editorial DEBATE.

Premio Jaén de Poesía. Para trabajos con libertad de rima, medida y tema, con una extensión mínima de 500 versos y máxima de 1.000.

Dotación: 2.000.000 de pesetas. Edición con Editorial HIPERIÓN.

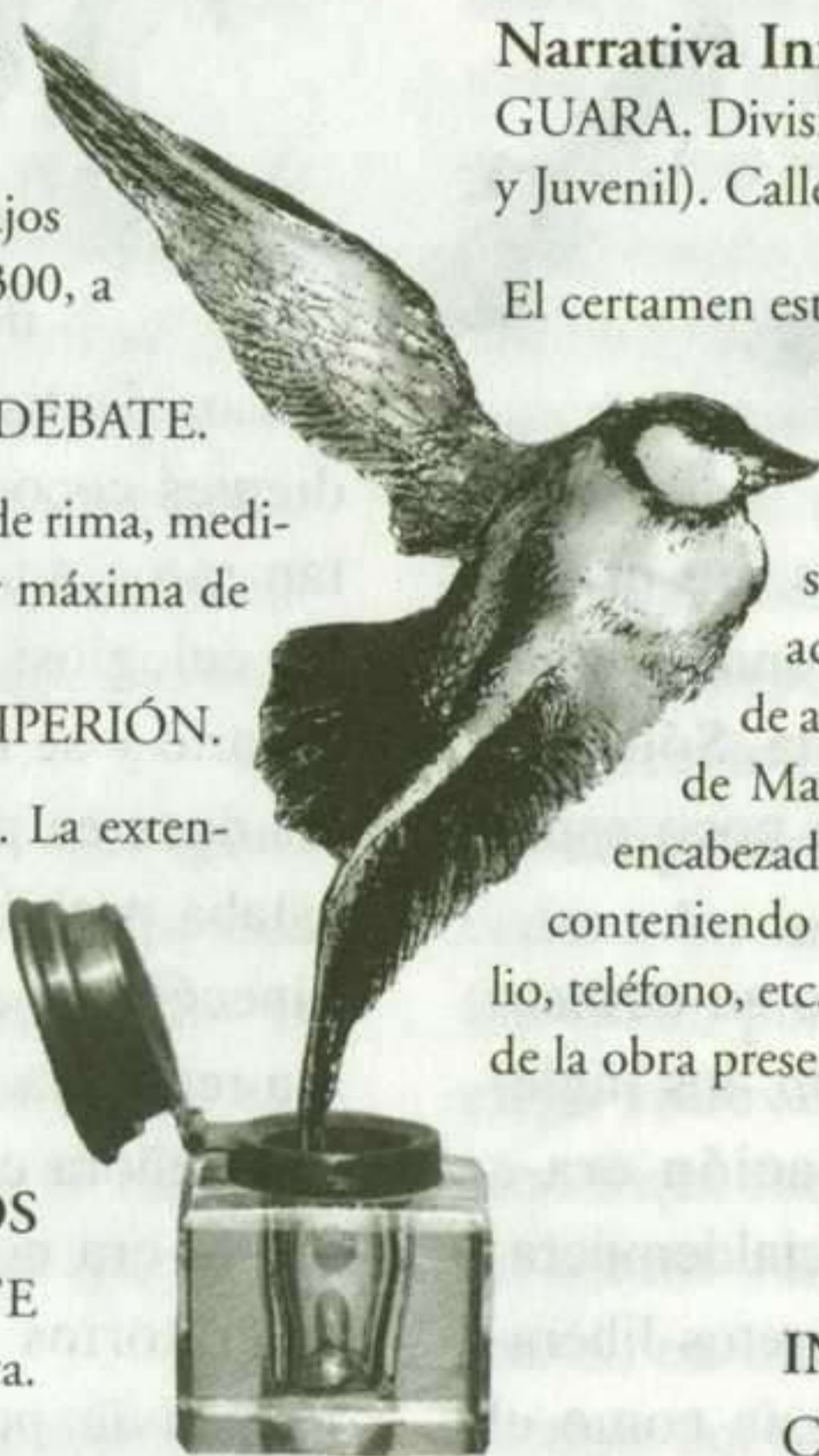
Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil. La extensión de los trabajos será de un mínimo de 80 folios y de un máximo de 150, a dos espacios. Tema libre.

Dotación: 2.000.000 de pesetas. Edición con Editorial ALFAGUARA.

ENVÍOS

Novela. Se enviarán a EDITORIAL DEBATE (Premio Jaén de Novela). Calle O'Donnell, 19, 1ª planta. 28009 Madrid.

Poesía. Se enviarán a EDITORIAL HIPERIÓN (Premio Jaén de Poesía). Calle Salustiano Olózaga, 14. 28001 Madrid.



Narrativa Infantil y Juvenil. Se enviarán a EDITORIAL ALFAGUARA. División Infantil y Juvenil (Premio Jaén de Narrativa Infantil y Juvenil). Calle Torrelaguna, 60. 28043 Madrid.

El certamen está abierto a la participación de escritores en lengua castellana con obras originales e inéditas. Las obras, que deberán ser presentadas por duplicado, en tamaño Din A4, mecanografiadas a doble espacio y por una sola cara, se enviarán a las direcciones indicadas de acuerdo con la especialidad a que se opte. El plazo de admisión de originales se cerrará a las 15 horas del día 22 de Mayo de 1998. Los originales presentados habrán de ser encabezados con un título, e irán acompañados de plica cerrada conteniendo los datos del concursante (nombre y apellidos, domicilio, teléfono, etc.). En el exterior de la plica figurará igualmente el título de la obra presentada.

INFORMACIÓN Y BASES

Caja General de Ahorros de Granada

Obra Social y Cultural

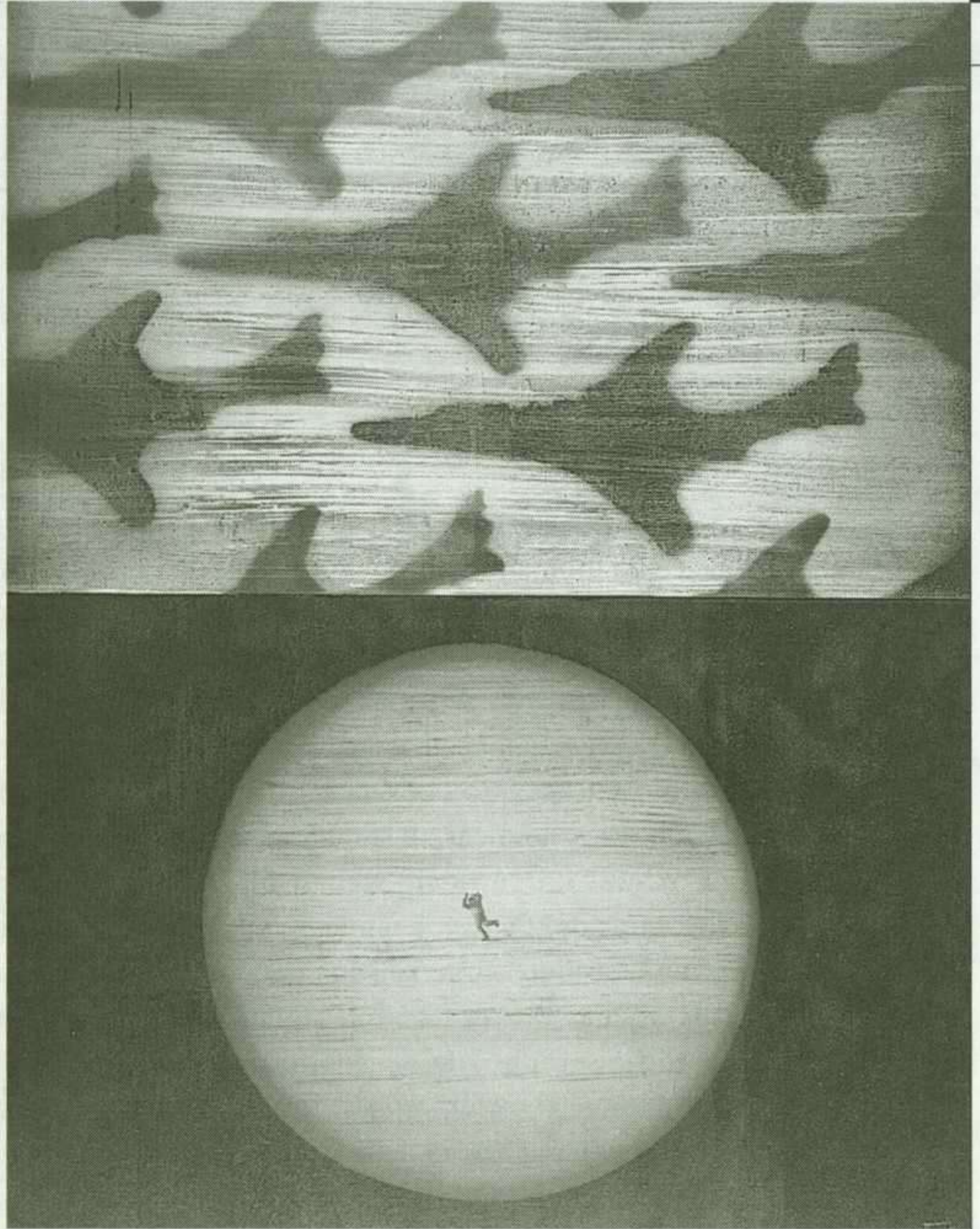
C/ Reyes Católicos, 51-2º. 18001 Granada.

Tlfs.: (958) 22 54 59 y 24 44 04. Fax: (958) 244621.



CAJA de GRANADA

Juan
Genovés:
El hombre,
1968.



beas corpus— más de las 72 horas del ritual. Hubo detenciones, carreras, torturas, muertos. El tristemente célebre Tribunal de Orden Público hizo su agosto, y las galerías de presos políticos estaban a rebosar.

Obreros y estudiantes, fundamentalmente, aunque las cifras que circulaban por la universidad aquellos años decían que en las escasas y controladísimas universidades españolas, sólo un 4% de los estudiantes eran hijos de obreros. Pero los padres iban por su lado, y de eso hablaré más tarde.

Fue el año que mataron a Ruano. Yo creo que Ruano fue, con Txavi Etxebarrieta, el primer mártir de la burguesía y de la generación a manos del franquismo. La diferencia entre Txavi y Ruano es muy importante. Ruano era un estudiante del sindicato libre, muy reivindicado por los grupos «frentistas», el Frente de Liberación Popular y sus plataformas, y seguramente, muy activo. A Bilbao, que era donde yo estudiaba, llegaron una pareja de amigos —los recuerdo bien porque se quedaron a vivir en nuestro piso, y nos hemos visto bastante a menudo: los dos son personajes públicos— a contarlo. Las versiones publicadas eran calumniosas y exculpadoras para la policía, particularmente la del *ABC*. Conozco a más de uno, y me incluyo, que desde entonces no lo lee. No puede. Se montó un buen número, la indignación creció y se extendió. En aquel chaval arrojado por la ventana de su piso de Madrid; veíamos de una manera demasiado cercana lo que el entorno, incluso en Bilbao, negaba. Porque éramos pocos los de aquella revuelta, muy pocos, muchos menos que los que luego han celebrado las efemérides. Si no, habríamos ganado. Y no ganamos.

Lo de Txavi Etxebarrieta fue otra cosa. Lo conocí a finales del 67, en una reunión de estudiantes en la que hacíamos de anfitriones los de la JEC, Juventud Estudiante de Acción Católica. Recuerdo que afeó la conducta a uno de los que estaban en aquella reunión interfacultades, sede episcopal, porque se refirió de modo despectivo a un policía. «También son personas», dijo. El retrato que hace Jon Juaristi en su magnífico *El bucle melancólico* es perfectamente ajustado, y

coincide con Ruano —y con muchos de los chavales de entonces— en que llevaba en el bolsillo un manojito de versos. Poco después se fue a la clandestinidad, y al final de aquel mismo año, en el verano del 68, era abatido por las fuerzas del orden. Después de haber matado. Pero en aquel curso 68-69, la muerte de Txavi, el secuestro de su cadáver, las elucubraciones en torno a su camisa quemada por la pólvora, eran tema continuo, que calentaba la idea de una resistencia armada al franquismo. Incluso los que criticábamos a ETA por «blanquista», recibimos con emoción, meses después, el asesinato de Manzanos, el comisario torturador. Y había calentado lo bastante el ambiente como para que, cuando en enero asesinaron a Ruano, aquella juventud consciente del peso de la represión —léase con ironía, por favor— supiera que no era sólo una cuestión de nacionalismo perseguido. Estaba claro que vivíamos en un Estado policial, bajo una represión generalizada.

Eramos pocos y nos conocíamos casi todos. Era casi un asunto de familia. Se notaba mucho, lo de los estudiantes, porque a la dictadura, tan previsora en estas cuestiones, le había cogido un poco por sorpresa. Teníamos el ejemplo francés, que había hecho la huelga general más larga de la historia y de París una fiesta de libertad. Nosotros esperábamos hacer lo mismo, y hubo tomas de facultades y «saltos», manifestaciones fantasmas que volvían loca a la policía, recién importadas, con los libros clandestinos, del país de al lado.

LO MEJOR DE AQUELLAS POSICIONES Y DE AQUELLOS AÑOS

FUE LA RADICALIDAD INTELECTUAL DEL 69

Poco a poco se fue dibujando un nuevo mapa político, y hay que hablar del movimiento obrero. El 68 fue un año muy «conflictivo». Hablo de memoria, pero hubo huelgas sonadas, en Asturias, en Cataluña, hasta en Valladolid, y por supuesto en la margen izquierda del Nervión, y todo esto continuaba en el 69. A las reivindicaciones económicas se sumaban las sindicales, contra el sindicato vertical. Se consolidaron las Comisiones Obreras del PCE, y cuando de sus propias tripas o de nuevo cuño surgieron los grupos de extrema izquierda, todos ellos destacaron algunos militantes en las comisiones, que, desde dentro o desde fuera del aparato sindical fascista, empezaron a copar literalmente las direcciones obreras. El PCE era hegemónico, y siempre hablo de minorías muy, muy minoritarias. En la universidad, y en ese año de gracia, no. En la universidad, en Madrid, en Barcelona, incluso en Bilbao donde competían con el nacionalismo, los «hegemónicos» eran los frentistas.

Los frentistas tenían dos ventajas respecto a los comunistas, que les volvían más atractivos para los jóvenes de extracción burguesa. Primero, eran menos dogmáticos: bajo un paraguas ideológico muy amplio, antidictatorial, revolucionario, no entraban en disquisiciones metafísicas como la negación de la metafísica, por ejemplo. Primaba la acción, y por la unidad de acción, en ese frente liberador había gente de muy distintos orígenes, los cristianos, sobre todo, sin necesidad de apostatar. Segundo, estaban mucho más atentos a los cambios políticos internacionales, y los hacían entrar en sus análisis, así que la descolonización de África, la guerra de los seis días, el fenómeno cubano, el tema polaco y la revolución china entraron en nuestra vida como elefantes en una cacharrería. Sin olvidar el Mayo Francés, que había dejado en ridículo a la izquierda clásica, particularmente al PCF. Debo decir que, además, el anticomunismo heredado por los chicos y chicas de familia burguesa nos hacía infinitamente más fácil ingresar en estos otros grupos, y no digamos cuando los hechos —o mejor, los tanques— nos volvieron absolutamente repugnante el estalinismo.

Del cuarto FLP —que es el que conocí yo— surgieron, en el verano del 69, dos «organizaciones»: una

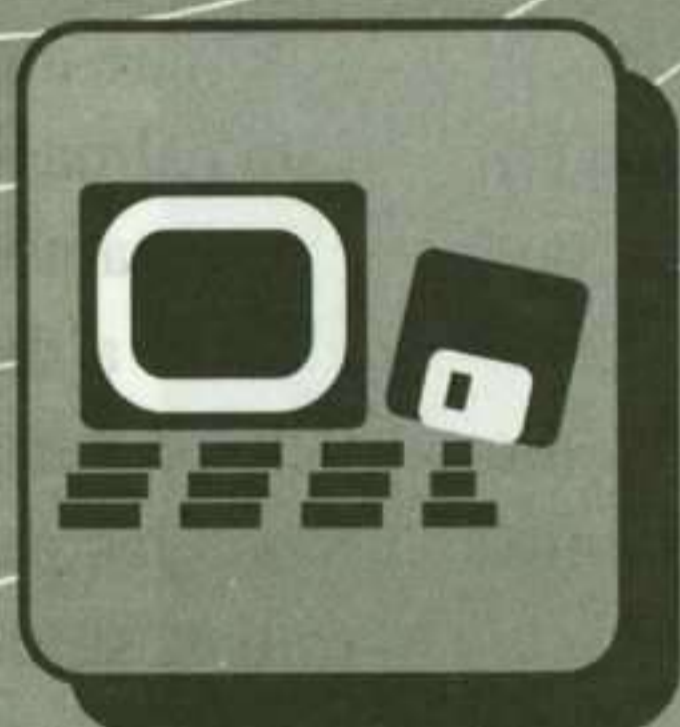
trotskista y otra maoísta, que se uniría a los grupos escindidos del PCE, y que convivían con los residuos pasionales del anarquismo español, y la memoria del socialismo, y que creaban el caldo de cultivo de lo que ha venido después. Tengo la impresión de que estos grupos ya nacían contra corriente, venidos de la «insatisfacción de la acción», de la necesidad de una fundamentación teórica de unos presupuestos excesivamente amplios entonces. Tuvimos nuestro sarampión revolucionario, y, a nivel teórico, recuerdo el año siguiente, ya en el Grupo Comunismo o en la primera Liga Comunista Revolucionaria, como un año apasionante.

Porque seguramente lo mejor de aquellas posiciones y de aquellos años era la radicalidad intelectual. Esas lecturas farragosas, aquellos textos teóricos imposibles e insoportables seguramente, abrieron nuestras cabezas a la reflexión e incluso consiguieron, mucho más que la disciplina académica, darnos una costumbre y unos métodos de trabajo intelectual. Nos sería fácil, después de eso, asumir el discurso estructuralista, el freudiano, en fin: todo nos llegaba junto. Aquel cine lento e imposible de las salas de arte y ensayo, aquellas *performances* y *happenings* que habían cuajado en los Encuentros de Pamplona, pero que en Bilbao vivíamos en torno a la galería Grises, aquellas discusiones duras y estimulantes, hasta el amanecer. Conocer en un mismo día la música espesa de John Coltrane, la pintura matemática de Mondrian y la poesía de Octavio Paz, y leer las tres cosas como un disfrute igualmente abstracto del intelecto. Sin todo eso, la generación del 68 no sería lo que es.

¿Lo que es? Hemos pasado por treinta años más. El dictador murió en la cama. Alguno de los nuestros también ha muerto. El tardofranquismo fue divertido, y la movida más. La democracia nos ilusionó, nos desilusionó, nos volvió a ilusionar. Hemos hecho una profesión. Algunos detentan el poder político y otros el social. La violencia, a la que criticábamos pero no temíamos, nos ha seguido golpeando. El mapa político, para bien y/o para mal, no tiene nada que ver: ahora es público y legal, casi siempre. En lo que ha habido, hemos tenido algo que ver. Hay cosas que no se olvidan, y muchas que sí. A este país, a aquel país, no lo reconocería ni su madre. □

III Sal3n do Ensino, a Cultura e o Deporte

3mbito Galaico-Portugu3s

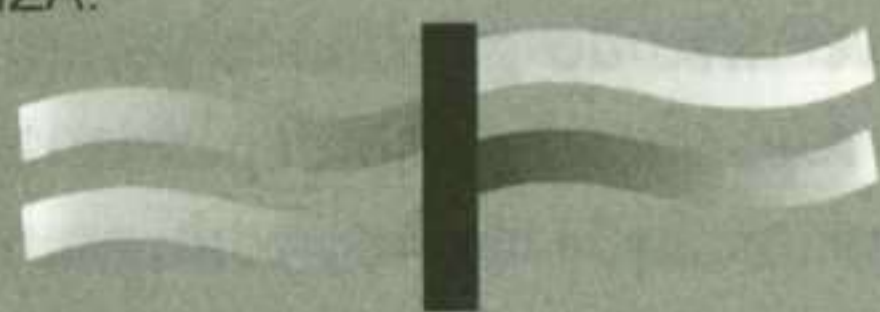


FORUM ENSINO

Expourense
recinto ferial

ourense, del 20 al 25 de abril de 1998

ORGANIZA:



FUNDACION FEIRAS E EXPOSICIONS
OURENSE

Fechas de celebraci3n: 20 al 25 de abril de 1998

Orientaci3n: Profesional y P3blica.

Horario: Días 20, 21, 22 y 23, de 10 a 18 h.

Días 24 y 25, de 10 a 20 h.

Lugar: Finca Sevilla - Ourense. Telf. (988) 36 60 30. Fax (988) 36 62 04

<http://www.aica.es/expourense> E-mail: expourense@aica.es

Colegios y grupos: Entrada gratuita, previa acreditaci3n en Feria.

COLABORAN



CONSELLERIA DE EDUCACION
E ORDENACION UNIVERSITARIA

CONSELLERIA DE CULTURA
COMUNICACION SOCIAL E TURISMO



Ya todo está en calma

Sergio Ramírez

Ahora que los acontecimientos han transcurrido hasta su final, y ya todo está en calma, me siento con la serenidad suficiente para presentar un relato desapasionado de los mismos. A mi saber y entender, las cosas se desarrollaron de la siguiente manera:

Aquella noche, cuando se anunciaba sobre Managua un aguacero que al final no llegó, llamé a mi hermana, que vive hace años en Granada. Tenía dos meses de no verla, desde que nos despedimos en el cementerio al final del entierro, nosotros dos y mi hija, los últimos en irnos.

Como la noté apurada, quise saber si no la estaba perturbando. «Estoy viendo lo de la muerte de Diana», me respondió. «¿Qué? ¿Quién?», le pregunté. «Sí, Diana, murió, lo están pasando en la televisión». No lo creía. Colgué rápidamente y corrí a encender el televisor. En efecto, allí estaba Jorge Ramos, de Univisión, confirmando la noticia. No podía ser. Pero era. Fue.

Todos en mi callejón guardaban silencio metidos en sus casas, escuchando con tensa atención los últimos informes. Después de unos minutos frente a la pantalla, y una vez asimilado el trágico e imposible hecho, pensé en el esposo. Hay quienes afirman que los ingleses de alcurnia carecen de sentimientos, y que si acaso los tienen, están educados desde muy tierna edad para no demostrarlo. Sobre todo si se es príncipe de Gales. Pero yo estaba seguro de que en esos momentos, él no sólo se debatía en el más profundo dolor, sino que no se preocupaba de esconderlo.

El hecho había conmovido al mundo y las cadenas de televisión se

esforzaban al máximo, ofreciendo programas especiales para mantener a la gente al tanto, mientras llegaba la fecha de los funerales solemnes en la abadía de Westminster. Fueron días cruciales. Tuve que fingirme enfermo para faltar a mi trabajo, y cuando el microbús de la empresa pasó pitando en la madrugada desde el extremo del callejón, mandé la primera vez a mi hija, que estaba ya lista para irse al colegio, a que avisara de mi supuesta enfermedad al chófer. «Papá, es malo mentir», me dijo; pero fue, porque es obediente. Sólo somos los dos en la casa.

En la abadía de Westminster están enterrados diecisiete reyes y reinas, junto con doce cónyuges de soberanos y varios de sus hijos. Isabel I, que murió en 1603, fue la última monarca a quien se le construyó una tumba ex profeso, pero otros seis fueron sepultados en los subterráneos de las capillas. La princesa de Diana no descansará allí. Una vez terminados los servicios fúnebres que congregaron a dos mil dignatarios y celebridades de todo el mundo, su cadáver fue llevado a una pequeña isla, en la propiedad familiar de Althorp. La isla fue escogida en lugar del panteón donde reposa su padre, para que ni turistas ni curiosos perturben su sueño.

Una ventaja tuvo para mí la muerte de la princesa Diana, la princesa que quería vivir, como la llamó el célebre escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, recordando aquella película en que Audrey Hepburn interpreta el papel de otra princesa igualmente desgraciada. Y esa ventaja ha sido que por fingirme enfermo pude pasarme todo el día dentro de la casa, en *shorts* y en chinelas, bañarme

tarde según mi gusto, y cuando no me encontraba frente al televisor, oír a los locutores desde la cocina mientras preparaba mi almuerzo, o contemplar el resplandor de la pantalla desde la puerta abierta del servicio mientras hacía mis necesidades. Era como un eterno domingo. Todavía continúa, sólo que ahora dentro de la más absoluta calma.

Vi también las entrevistas tomadas al azar a distintas personas en las calles de varias capitales del mundo. A todos les parecía mentira. Todos mostraban su consternación, y no escatimaban elogios para la princesa fallecida. Por el contrario, la inmensa mayoría de las opiniones se inclinaba en contra del esposo, acusado de insensible. Ya expresé que no estoy de acuerdo con este criterio. Es cierto que en la televisión apareció después muy tranquilo, el pelo bien compuesto, muy bien trajeado, saliendo del hospital de París donde la llevaron ya moribunda. «¿Cómo puede concebirse semejante ogro?», se cruzó a decirme mi vecina Conny, que también mantenía encendido su televisor sin necesidad de faltar a su trabajo, porque su salón de belleza está instalado en su propia casa, en la otra acera del callejón. «A alguien que le avisan de que su esposa murió, aunque estén separados, corre a verla como esté, no va a vestirse de gala, ni a peinarse». Yo le repliqué que eso depende de las circunstancias. Unos corren como están; otros, si son príncipes, deben vestirse bien primero, porque saben que los van a filmar y fotografiar. «Es que esa gente vive sólo para salir retratada, papá», dijo entonces mi hija mientras se servía agua en la refrige-

radora; y agregó: «Papá, ¿cuándo vas a ir a trabajar?». Tiene apenas doce años.

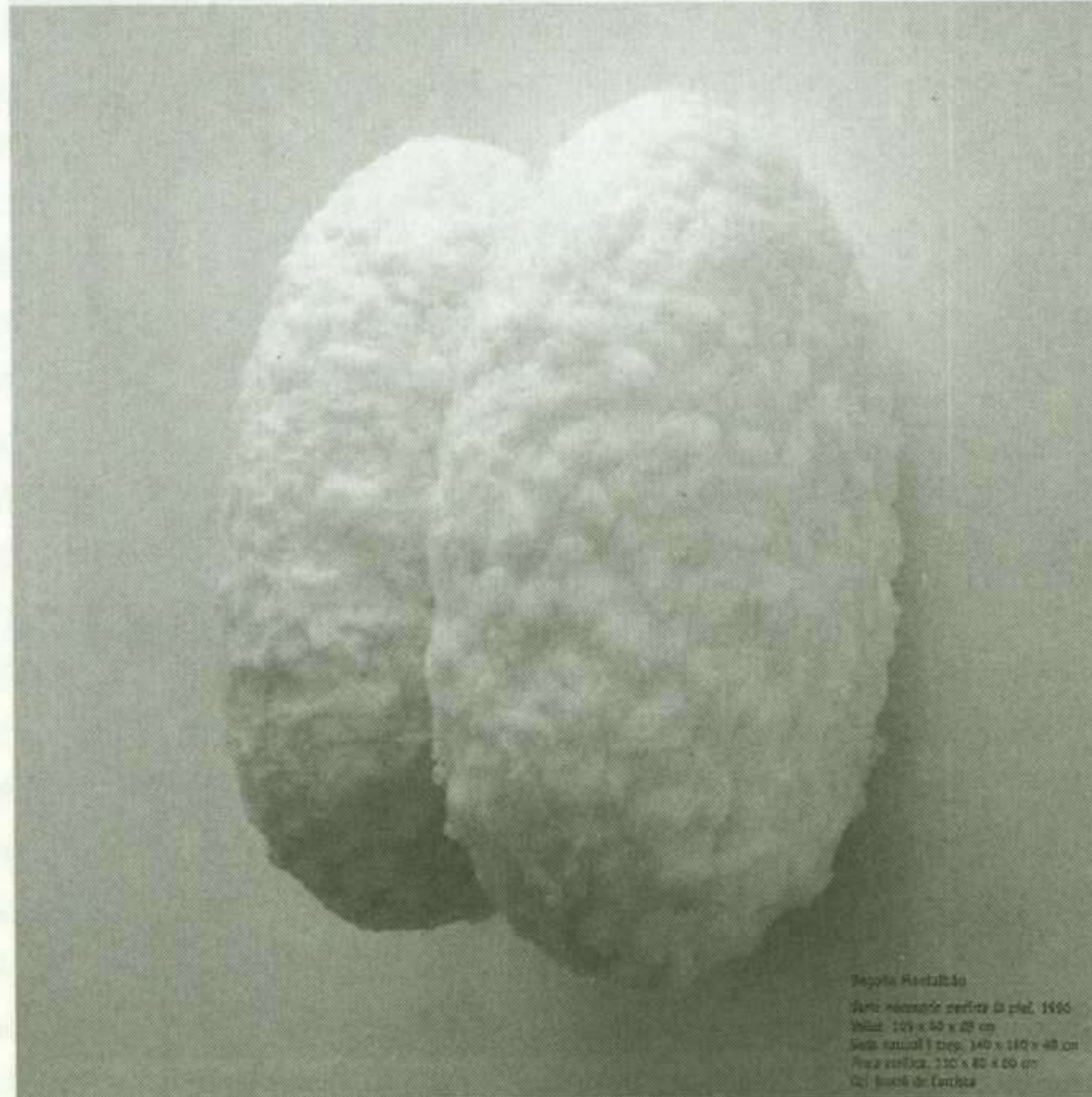
Yo también me separé de mi esposa. Un día me llegaron con el cuento de que la habían visto almorzando en El Eskimo con un superior de su oficina; me ofusqué, y esa misma noche le dije: no te quiero ver nunca más en la vida. Al principio no me hacía falta, pero cuando me bajó la cólera y vino el arrepentimiento, contemplé aquella actitud como un error grosero por mi parte, y tras dos días de cavilar conmigo mismo me decidí a perdonarla; sabía que estaba posando en la casa de Conny, su íntima amiga, y fui a traerla de vuelta. Mi hija, que con lágrimas en los ojos así me lo había estado pidiendo en silencio, me acompañó.

En todas las horas que desde el anuncio del trágico suceso pasé frente al televisor, si bien reflexioné sobre el dolor que provocaba en millones de seres semejante muerte, —una mujer arrancada de la vida en la flor de su edad, dueña de todos los lujos del mundo, capaz de anochecer hoy en su palacio de Kensington y mañana estar ya navegando en un yate hacia una mansión de cien criados en la isla griega de Corfú, o cenando en el mejor hotel de París, como ocurrió la noche de su muerte—, también fui más allá: me asustó el poder de los grandes medios de comunicación masiva.

«Papá, ¿qué cosa es *charming*?», me preguntó mi hija desde la mesa del comedor donde hacía sus deberes, uno de aquellos días en que mi esposa ya no estaba en la casa debido a mi drástica decisión. «No sé», le respondí. «¿Estás haciendo acaso tu tarea de inglés?» «No», me respondió ella. «La Conny me dijo hoy que habías corrido a mi mamá por-

que ella tiene *charming* y vos sos una bestia».

La Conny había vuelto de Miami a instalar su salón de belleza. Yo la consideraba peligrosa por libertina, una mala consejera. Traficaba además con ropa de marca, y vivía supliéndole vestidos carísimos a mi esposa. Como activado por un resorte me levanté de la mecedora y fui a buscar el diccionario Cuyás a la vitrina de los libros. *Charming*: agradable, hechicero, fascinante, precioso, lindo. Más rabia me dio, y me dije: «Si te fuiste, bien ida estás, no quiero liviandades en esta casa».



Begoña Montalbán: *Sería necesario pedirte la piel*, 1996.

Tacones altos, traje sastre, blusa de seda, cartera colgada al hombro, así salía de la casa en la madrugada, andando muy garbosa por el callejón todavía oscuro para coger el bus en la parada de la esquina, como si se hubiera extraviado de barrio, dejando una estela de perfume de *duty free* de aeropuerto. Consejos de la Conny, o del demonio.

Yo, que nunca seguí los pasos de Diana de Gales ni me importaron sus desdichas amorosas, ni su romance trágico con aquel capitán de la guardia real que después fue a vender sus

confesiones a los periódicos como un rufián cualquiera; que he considerado ridículo el espacio que dan los periódicos y las cadenas de televisión a las historias de alcoba de la corona inglesa, cuando hay cosas más importantes sucediendo en el mundo, no podía desprenderme del televisor. «Papá, se te van a cocinar los ojos», me decía mi hija al entrar de la escuela; y yo, con un gesto elocuente de la mano, le indicaba que se callara.

Las grandes cadenas hispanas destacaron a sus estrellas titulares para transmitir los funerales desde la propia ciudad de Londres, y a ese efecto viajaron hacia aquella urbe Jacobo Zabudovski, que llevó adelante las transmisiones de Televisa; y también Jorge Ramos de Univisión. Lo mismo hicieron la CNN y la CBS en español. Espectáculo de tal magnitud generó, por supuesto, una ardua polémica sobre las ganancias que lleva consigo. Adelantándose a las críticas, las cadenas norteamericanas anunciaron que no emitirían anuncios publicitarios. Yo permanecí en vela, porque las transmisiones se iniciaron a las dos de la madrugada, hora de Nicaragua, y no valía la pena irse a la cama por tan poco rato. Mi hija, contagiada del entusiasmo general, se quedó a acompañarme.

He olvidado mencionar que por un azar del destino, mi esposa también había sido bautizada Diana. Su madre, que llevaba cuenta mental de todas las películas vistas, se acordaba de una con Ana Luisa Pelufo en el papel de la mujer atormentada que posa de modelo para la estatua de Diana la Cazadora del paseo de la Reforma de la capital mexicana. La Pelufo salía desnuda en esa película, en aquel tiempo catalogada de inmoral.

Nos reconciamos. Me hizo prometerle que jamás volvería a acosarla

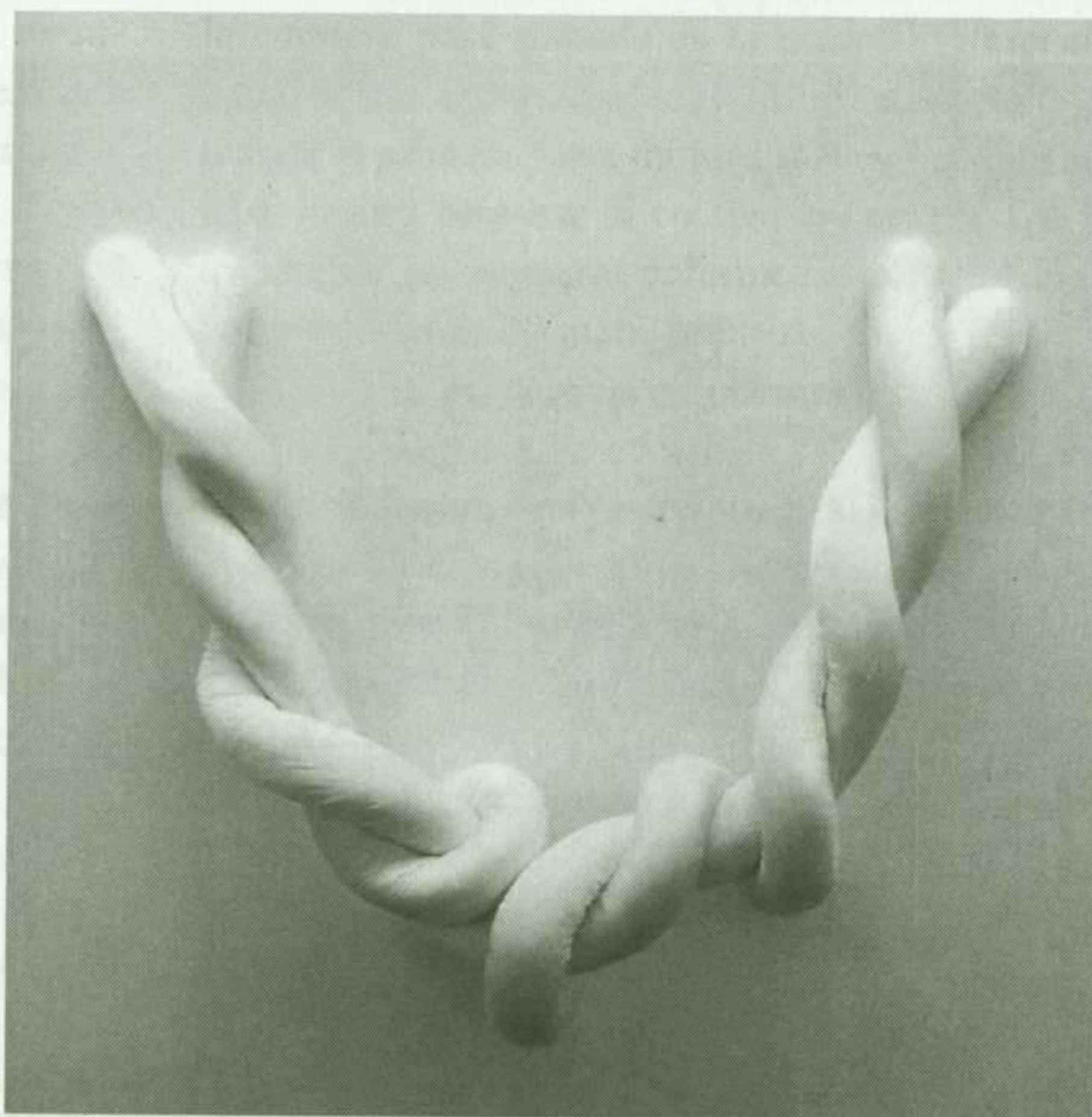
con mis celos absurdos. Yo le hice prometerme, a su vez, que cuando fuera a concurrir a almuerzos de trabajo con sus superiores, en restaurantes y lugares similares, me lo dejara saber de antemano para perder así cualquier preocupación. Creo que vivimos felices por una temporada, aunque si hubiera logrado persuadirla de no vestirse de aquella manera, como modelo de revista, mi felicidad hubiera sido completa.

El poder de los medios de comunicación me asusta por irresistible. Aunque no queramos, sentimos más cercana la muerte de un personaje del gran mundo que el fallecimiento por hambre o por enfermedades de no sé cuantos niños en el asentamiento miserable que colinda con este barrio donde vivo, o las penurias de los campesinos de las zonas secas y áridas del norte de Nicaragua, sobre todo en estos tiempos de intensa sequía provocada por el fenómeno natural de la corriente marina llamada *El niño*.

Es así que el deceso de Diana de Gales nos ha conmovido más que el de no sé cuantos miles (lo más probable millones) de africanos que sucumben en ese lejano continente al hambre, las guerras, la ignorancia, la tristeza y el olvido. Y no sabemos los nombres de esos muertos, pero sí hemos llegado a aprendernos el del amante de la princesa, el egipcio Dodi Al Fayed, hijo del magnate Mohamed Fayed, no un turco cualquiera de esos ambulantes, o de baratillo, sino propietario de la tienda Harrod's de Londres que en las transmisiones de televisión aparece iluminada con miles de bujías; su madre, Samira, hermana del multimillonario Adnan Kashoggi que en España, donde vive dedicado al lujo y al placer en el balneario de Marbella, pone

a su servicio a los grandes de la nobleza como es el caso de Don Jaime de Aragón que, hasta no impedírsele la muerte, le tendió la cama. Samira se separó de su esposo Mohamed Fayed apenas Dodi nació, y murió joven y de manera trágica como había muerto su propia madre, y así murió su segundo esposo, lo mismo que una de sus tías, todos en graves accidentes automovilísticos, igual que Dodi.

Una noche, recién reconciliados, me dieron las doce saliendo a asomarme al callejón y ella no volvía. «Papá, vení acostate que mi mamá es



Begoña Montalbán: *Sería necesario pedirte la piel*, 1996.

una adulta» me decía mi hija, hablando en ese lenguaje que, en una niña, si no hay en uno pena o preocupación de por medio, causa risa. Adulta. Y llegó la madrugada, y yo despierto, revolviéndome en la cama porque seguir en la puerta me daba miedo por los vagos y ladrones armados que entran a veces en el callejón, muy mal iluminado, ahora sí consciente de que cualquier ilusión de su fidelidad quedaba hecha trizas. Y su perfume *duty free* en mis narices, como una congoja.

De verdad que es injusto el mundo. En la mesa redonda que organizó

Univisión criticaron la insensibilidad de los fotógrafos llamados comúnmente *paparazzi*, que tras el accidente se dedicaron a conseguir la mejor instantánea en lugar de ayudar a la princesa. «Por dinero hacen cualquier cosa» opinó uno de los panelistas. Pero, ¿tienen realmente la culpa esos *paparazzi*? Madonna, cantante estadounidense atacó fuertemente al gran público que se alimenta de la vida privada de los famosos. «Todos tenemos sangre en las manos», declaró. Y la cuñada de Diana, Sarah Ferguson, muy infortunada también en su vida,

promueve la venta de un producto para adelgazar, que dice: «Adelgazar es más difícil que escapar de los *paparazzi*».

¿Quién tiene la culpa? ¿El que peca por la paga, o el que paga por pecar? Primero, los grandes periódicos se negaron a comprar las fotografías tomadas inmediatamente después del accidente, donde la princesa aparece agonizante; pero a los pocos días, la revista sensacionalista *Focus*, de Tokio, Japón, procedió a publicarlas después de pagar por ellas una gruesa suma de dinero que no fue revelada, todo lo cual, aun ahora que ya todo

está en calma, aumenta mi estupor.

Porque además, mientras los panelistas condenaban a los fotógrafos abusivos que siempre buscan cómo fotografiar a las princesas y millonarias de este mundo desnudas en sus yates tomando sol, o en sus piscinas, recordé aquella fotografía aparecida hace ya varios años, en la que agoniza un niño africano mientras a su lado, atento y con hambre, un buitro espera a que expire. Tras disparar su cámara el fotógrafo siguió su camino, pues, según expresó, andaba trabajando, y no en labores humanitarias. La foto mereció un reconocido galardón pe-

riodístico, y un premio en metálico; pero en esos entonces no hubo aspavientos, y si alguien expresó algún desacuerdo, no se escuchó.

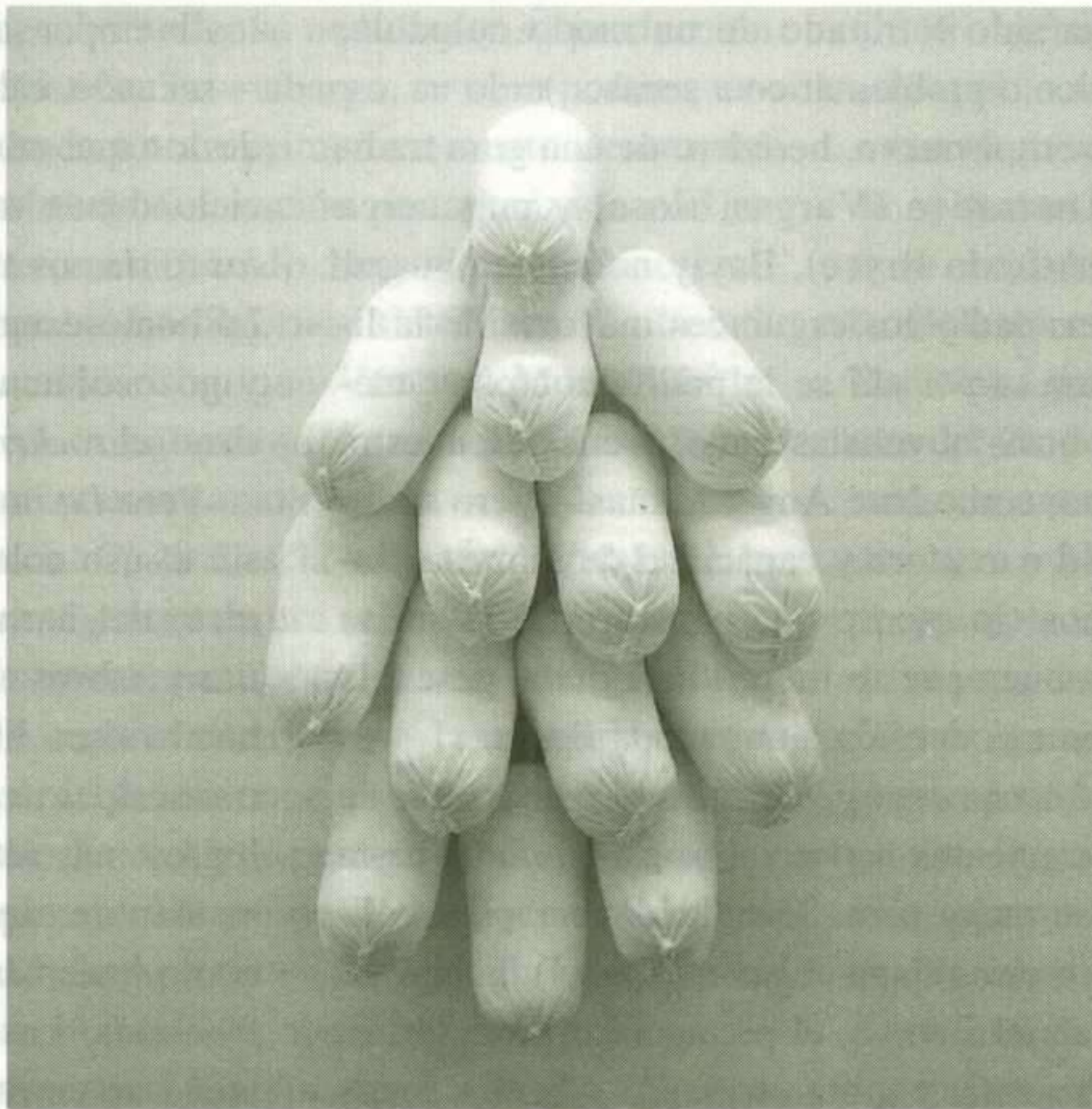
Diana no volvía. A las cuatro de la mañana, todavía en vela, oí en la esquina el pitazo breve de la sirena del vehículo de la policía que se apagaba, y un rumor hablando por radio, y después ví el deslumbramiento del foco de mano, y oí que golpeaban otras puertas, voces preguntando, y voces que contestaban, la voz de la Conny, hasta que golpearon en las persianas de la ventana, y oí el portazo que daba mi hija al salir corriendo de su cuarto como un venadito para abrir, asustada como asustado iba detrás yo, envuelto de la cintura para abajo en la cobija.

Agarré en la penumbra pantalón y camisa y me metí los zapatos sin calcetines, mi hija se puso su blusa del colegio y unos blujines, y nos llevaron en el carro de la policía que empezó a sonar su alarma, pero yo le pedí al oficial que por favor, nos fuéramos en silencio. En silencio nos bajamos en el patio trasero del hospital donde los fotógrafos que nos esperaban con cara de desvelados empezaron a disparar su *flashes* sobre nosotros, y mi hija se abrazó fuertemente a mi cintura; esa foto salió en la página de sucesos, «Marido acongojado se presenta en compañía de hijita a reconocer cadáver de esposa infiel en morgue de hospital»; y hay otra, que registra el momento en que un oficial de policía procede a entregarme una bolsa de plástico negro que contiene sus pertenencias, los zapatos de tacón alto, uno de los tacones despegado y perdido, la ropa de marca ensangrentada, y la cartera de la que personas inescrupulosas que se presentaron al lugar del accidente se habían robado todo el

contenido, pero que conservaba en sus forros el olor embriagante de perfume *duty free*.

«Los dos iban bebidos», me informó el oficial de la policía; y como un reportero que me custodiaba se dió cuenta que su grabadora no estaba grabando, le pidió que repitiera, y él, complaciente, repitió: «Los dos ocupantes del vehículo iban bebidos, tal como lo demuestran las pruebas de nivel de alcohol practicadas en la sangre».

La tercera foto que salió fue la de Diana muerta, tomada de cerca, en la camilla puesta sobre el piso, como yo



Begoña Montalbán: *Sería necesario pedirte la piel*, 1996.

la encontré. El cadáver de su superior, que no fue fotografiado por oposición de la esposa y demás familiares allí presentes, ya no estaba en la morgue; lo sacaron en un carro fúnebre por el portón de servicio, y en la noticia tampoco mencionaron su nombre. El de Diana sí, con sus apellidos de casada y de soltera.

Llegó por fin la hora del funeral, madrugada en Managua y mediodía en la ciudad de Londres. Unos 2.500 millones de personas, algo así como la mitad del mundo entero, estaba viendo en ese mismo momento cómo la princesa muerta demostraba a sus

detractores que había conseguido, y sobrepasado, lo que pretendió en su vida: ser la reina de los corazones.

Jorge Ramos informaba que la isla británica Montserrat cambiará el nombre de su capital, Plymouth, por el de Port Diana, si prospera una iniciativa de sus autoridades que quieren así homenajear a la difunta princesa, y si la isla caribeña no termina de ser abandonada como efecto de las erupciones del volcán La Soufrière. En mi callejón las puertas estaban abiertas e iluminadas, se oían los televisores encendidos en todas las casas. La gente ofrecía café, y algunos grupos jugaban naipes en el andén.

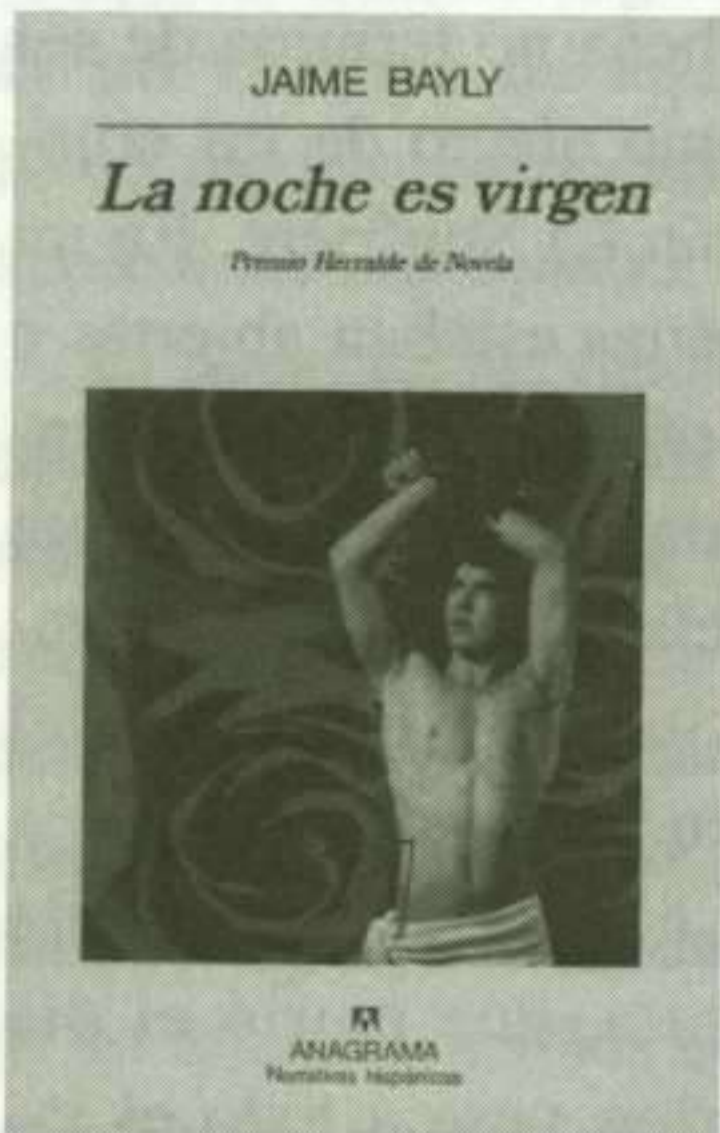
La madre Teresa de Calcuta, que murió el día anterior, pese a todo el inmenso bien que hizo a la humanidad, no tuvo un entierro de semejante magnitud; aunque nadie la imagina yéndose a estrellar en un túnel de París, a la medianoche, a ciento cincuenta kilómetros por hora, después de una exquisita cena con un amante multimillonario en el Hotel Ritz.

El microbús pitó en la esquina y ya sabía que no era por mí, sino por otros empleados de la compañía que viven en el siguiente callejón. Pero vinieron a tocar con urgencia la persiana; fue mi hija, a regañadientes, a abrir, y volvió con una carta que me traía el chófer del microbús.

Yo no quería apartar los ojos del televisor porque estábamos en el momento culminante, y le pedí a mi hija que por favor abriera la carta; y cuando iba a informarme que la oficina de recursos humanos de la compañía me notificaba el despido por ausencias repetidas e injustificadas, yo con un gesto elocuente de la mano le dije que se callara; ya lo sabía. El féretro iba saliendo de la abadía. □

El frenesí recordado

Luis Antonio de Villena



LA NOCHE ES VIRGEN

Jaime Bayly

Anagrama

Barcelona, 1997

El peruano Jaime Bayly (Lima, 1965) apareció hace unos años, con una novela ligera y ágil, *No se lo digas a nadie*, en la que juventud, coloquialismo y homosexualidad feliz eran los ingredientes esenciales. (Es importante recalcar el adjetivo *feliz*, hablando de un mundo homosexual, ya que con frecuencia ha sido retratado de un modo culpable, patético o problemático a secas...)

Escritor nuevo, heredero de una gran tradición narrativa (Vargas Llosa, y más cerca aún, Alfredo Bryce), Bayly no parece buscar la densidad y los esguinces mayores de la literatura —por ahí se le podría comparar mejor a otros novelistas muy jóvenes de nuestra lengua, como José Ángel Mañas— pero su facilidad narradora y capacidad de mimesis lingüística (lo escrito que parece oral) le sitúan en un buen puesto literario sin duda, pese a la aparente concesión a una moda *ligera*.

La noche es virgen —aunque apenas varíe de planteamientos narrativos— es sin duda, hasta hoy, su mejor obra. Sencilla, directa, plana, eficaz y *exótica* (para el lector español), la historia de Gabriel Barrios, el protagonista-narrador, es una pequeña y grata elegía. Y sabemos todos que un punto de melancolía, no es sino vida o invitación a la vida. Instalado en Miami, nuestro antiguo y exitoso presentador de la televisión peruana (hablo de Barrios) recuerda con dulce añoranza un amor y unas noches de farra y cocaína en la Lima de unos años atrás: noches locas de sexo, juventud y calentura... La nostalgia hermosa de la mala vida feliz.

Gabriel conoce en un local del barrio de Miraflores a un chico *rockero*, Mariano, con el que tendrá una aventura —efímera pero intensa— de sexo a todo trapo, y rayas y más rayas de coca... En medio, las familias: un tanto de medio pelo la de Mariano, incluida una hermana resultona; y la severa, rancia y anticuada familia de Gabrielito Barrios (vieja aristocracia limeña, asustada) con la madre, ultracatólica,

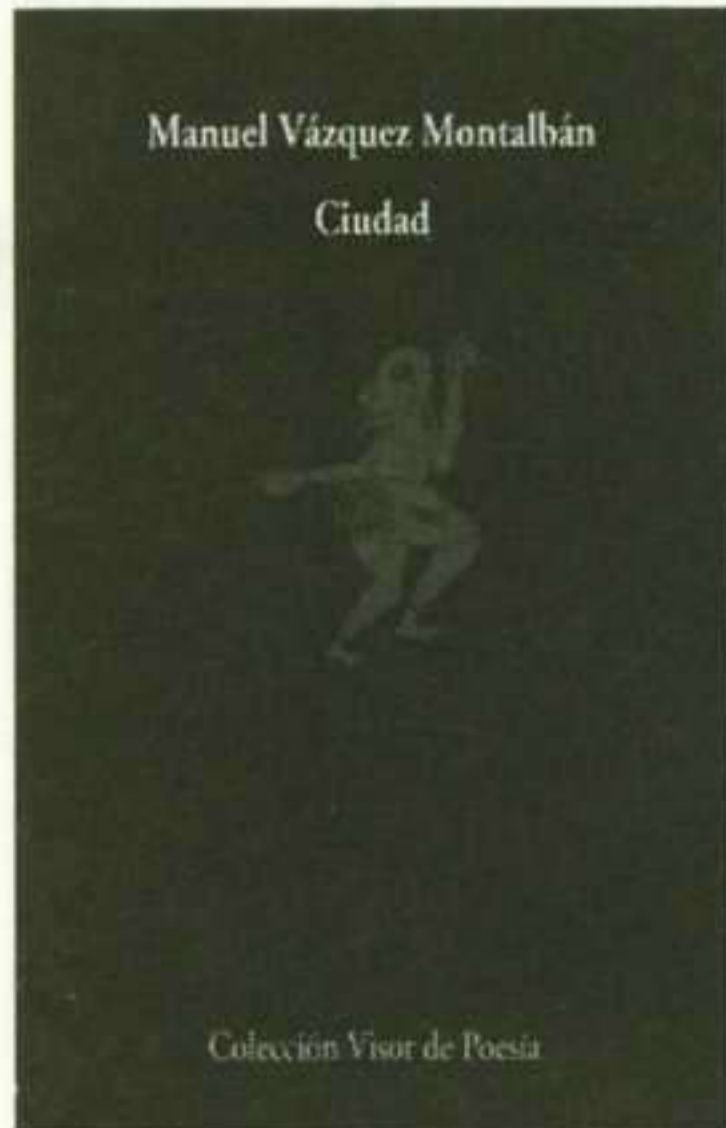
como emblema, que no cesa de amonestar a ese hijo crápula que presenta un programa *duro* en la televisión, y que se hizo famoso por llamar *huevón* al presidente, entonces, Alan García.

La historia —breve— de *La noche es virgen* es el relato de la felicidad (caediza, pero inaccesible) que produce siempre una dosis de eso que los biempensantes llaman *vicio*. El recuerdo —sexuado, cálido, vivo— de ese mundo turbio de los que acuden a un bar discotequero, El cielo, donde van los jóvenes limeños, algo *pijitos* (diríamos aquí) pero marchosos y ambiguos. La homosexualidad se vive como sexo caliente y gozoso, aunque Gabriel (y sobre todo Mariano, el *rockero*) sean bisexuales.

Pero *La noche es virgen* no sería lo que es sin el uso coloquial —desde el monólogo directo del narrador— de un habla limeña, *pijita* y sabrosa. La coloquialidad (que es un hábil falseo literario, pues no se trata de una transcripción magnetofónica) es uno de los logros más altos de la moderna narrativa en su afán de captar o recrear la vida —salvarla, como hacen las novelas— cada vez más sin fronteras. Lasciva, fresca, ágil, ese habla limeña se convierte, *de facto*, en la auténtica protagonista de la novela, escrita siempre en minúsculas, para reforzar —visualmente— la sensación fluida del habla. Para los lectores de España ese habla (llena de americanismos y palabras que no son las nuestras, que están en otra jerga, pero que se comprenden enseguida: *arrechar*, poner caliente; *estón*, *estonazo*, colocado; *chucha*, coño, etcétera) se puede convertir en un añadido grato —por eso hablé de *exotismo*— para el goce de la novela. ¿Nos gustaría igual una historia parecida, entre chicos no del Miraflores limeño, sino del Majadahonda de Madrid, contada en su estilo? No sé. Mas como fuere, el color distinto es sano y está muy bien. Y el coloquialismo literario —como los chicos *churrazos* y *pingones*— resulta un logro perfecto. □

Carga de profundidad

Manuel Rico



CIUDAD
Manuel Vázquez Montalbán
 Visor
 Madrid, 1997

Con *Pero el viajero que huye* (1990), Vázquez Montalbán dio por cerrado el ciclo poético que, treinta años antes, iniciara con *Una educación sentimental* (1967). Su condición de escritor prolífico y polifacético ha hecho que, tanto entre los lectores de literatura como en el mundo de la crítica, se haya valorado, sobre todo, su narrativa y su producción ensayística. Sin embargo, su obra poética, encuadrada en un primer momento dentro del impulso de renovación protagonizado por los novísimos, ha ido llegando, cada cierto tiempo, a las librerías: siete libros en treinta años evidencian que Vázquez Montalbán ha venido manteniendo una relación intensa —tan intensa como sigilosa— con la creación poética. *Ciudad* es la muestra palpable de la plena vigencia de esa relación. Se trata de un libro-poema en el que el universo generado por sus obras anteriores —la memoria íntima y colectiva, la conciencia crítica frente al mundo, la dialéctica entre realidad y deseo, el imaginario urbano de la adolescencia, la voluntad de explorar en la capacidad polisémica de la palabra— es abordado de un modo más introspectivo y depurado y, a la vez, con una vocación de totalidad. *Ciudad* es un imaginario en movimiento, es un recorrido por los distintos momentos de la conciencia y de la experiencia que han dado sentido a la biografía del sujeto lírico; una biografía que, lejos de descansar en el ensimismamiento, es en buena medida biografía colectiva, recipiente de la historia, expresión metafórica de los deseos, las decepciones y los fracasos de un ser histórico que ha vivido una etapa decisiva del presente siglo: la que se extiende desde la inmediata posguerra hasta la que, escéptica ante los ideales transformadores, apunta bien avanzada la década de los noventa.

El poeta desarrolla ese peculiar «recuerdo» a lo largo de siete capítulos —que se corresponden con los siete días de la semana, pero que también remiten a otros significados— en

los que el verso, muy alejado del lenguaje convencional, evoluciona desde lo capilar, desde el mundo exterior, hacia lo más íntimo y perturbador. Vázquez Montalbán recupera el irracionalismo lúcido, no ajeno a la influencia de Eliot, que ya advirtiéramos en libros anteriores —sobre todo en *Movimientos sin éxito* (1969), pero también en *Praga* (1982)— y ofrece el lector su «montón de imágenes rotas sobre el que cae el sol». Una oferta despojada de apoyaturas culturales explícitas con la que traza un itinerario que parte de la infancia y de la adolescencia, de los paisajes urbanos de una Barcelona de posguerra, y finaliza en la frontera del fin de siglo, en el *lugar* donde las certezas de antaño se han convertido en incertidumbres y el entusiasmo en escepticismo: el poema como precipitado de sueños, de deseos, de decepciones y fracasos, como recipiente no sólo de la existencia, sino de las posibles vidas que amputó la historia.

Ese largo trayecto exigía una formalización compleja, capaz de simbolizar y representar en profundidad la reflexión a la que el poeta nos invita. En versos largos y con un tono vivo y seco, lleno de iluminaciones, que descansa sobre una melodía de Glenn Miller procedente de la película *Música y lágrimas* (1955) de Anthony Mann, que cumple la doble función de estribillo y peculiar *Rosebud* («Canta el petirrojo en diciembre/ como en tiempo primaveral/ florecen las violetas/ aunque esté nevando/ ¿sabes tú por qué, mi amor?»), el poema evoluciona desde el esplendor iniciático, desde el deslumbramiento ante el mundo, propios de la infancia, hasta la amarga confrontación con la realidad y con la muerte, pugna sólo resoluble en el territorio de la memoria, en el retorno, a través de la literatura —de la poesía— al lugar del origen: «Pero sólo serás libre al llegar a Memoria/ la ciudad donde habita tu único destino». A ese lugar, que es algo más que el concepto urbano de ciudad, que es también

trasunto de los sueños íntimos y colectivos en favor de un mundo mejor, que la realidad y el tiempo han destruido («no quedó piedra sobre piedra cuando los bárbaros/ decidieron destruir cualquier paisaje que proclamara/ ¡Subversión!») nos conduce el poeta a través de un peculiar «viaje a los infiernos» en el que, con sabiduría, se combinan imágenes emparentadas con el surrealismo con momentos de una elevada intensidad lírica, fragmentos en los que predomina el lenguaje conversacional con otros en los que se impone el tono mediativo: no de otro modo es posible convocar a la galería de fantasmas que pueblan el imaginario de *Ciudad*: los muertos propios, los condenados al silencio por la historia, el amor, la memoria heredada de los antepasados, los futuros imperfectos e imposibles, los naufragios.

La ciudad en claroscuro que construye Vázquez Montalbán ha dejado de ser Praga, o Barcelona. Tiene algo de síntesis superadora de los dos imaginarios: es, a la vez, ambas ciudades, pero también un trasunto de todas las ciudades, ficticias o reales, que han dado entidad a la geografía sentimental e intelectual del yo lírico. Es una ciudad interior, una obra literaria llena de pasadizos a la realidad en la que la introspección aparece tamizada por el peso de la historia, en la que se pone de relieve una voluntad reflexiva acerca de las contradicciones que gravitan sobre el hombre contemporáneo: la pugna entre la geometría, metáfora de las verdades establecidas y, a la vez, de los esquemas liberadores, y la compasión; entre la memoria, último reducto de la existencia (¿la «ciudad»?) y el deseo; entre la esperanza, pulsión necesaria para sobrevivir con dignidad, y la historia.

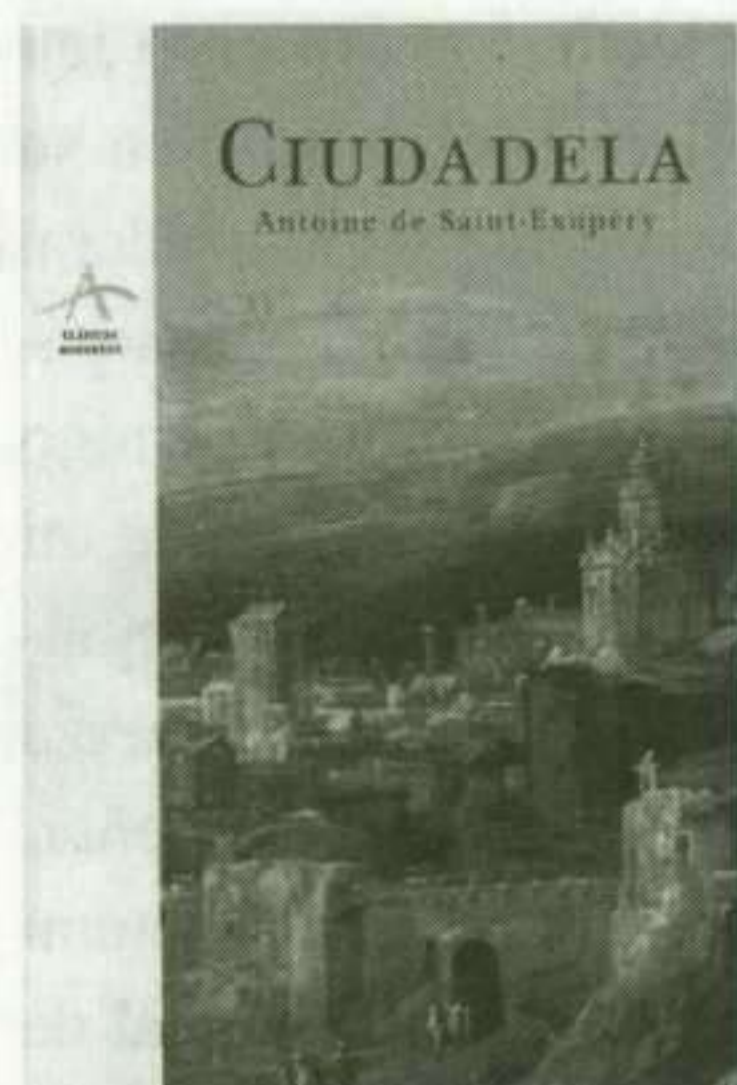
Vázquez Montalbán ha encontrado en *Ciudad* su poesía más madura, ha explorado el lenguaje hasta desentrañar sus capacidades

polisémicas sin necesidad de recurrir a apoyaturas culturales *externas*. De algún modo, este largo poema es la representación de un empeño que ha recorrido, desde sus orígenes, su obra poética: amalgamar una singular poética de la experiencia (entendiendo ésta como *totalidad* en la que cabe no sólo lo visible y cotidiano, sino los sueños, los azogues visionarios, la meditación, la memoria) con la deconstrucción del idioma, con el aprovechamiento de todas sus posibilidades significativas. Es, a estas alturas de nuestra historia poética, una apuesta difícil, poco conciliadora con las tendencias literarias —y críticas— dominantes: en el fondo desafía a la dialéctica que se ha venido estableciendo entre «poesía realista» e irracionalismo y, sobre todo, a cuantas teorías defienden la existencia de una frontera opaca entre realidad, historia y poesía. Es una carga de profundidad contra el ensimismamiento: Vázquez Montalbán demuestra con este libro que es posible ahondar en el mundo interior, en los fantasmas de la individualidad y, a la vez, desvelar las servidumbres que una realidad desoladora impone al hombre de cualquier época.

Con este largo poema de múltiples lecturas, Vázquez Montalbán abre una etapa formalmente distinta a la que cerrara con *Pero el viajero que huye*. Pero no conviene equivocarse: ésta descansa sobre el «núcleo duro» que, desde el principio, ha caracterizado su obra. Mantiene la proteína, discurre por la médula. Depurada al máximo, su poesía ahonda en el irracionalismo lúcido que aprendiera, en la década de los sesenta, de T.S. Eliot. Con una diferencia de relieve: si el poeta anglosajón indagaba, ante todo, en el pasado cultural, Vázquez Montalbán lo hace en la historia. En la personal y, como no podía ser menos, en la colectiva. Un libro tan poco complaciente como imprescindible. □

Saint-Exupéry, el último desdén

Juan Manuel González



CIUDADELA
Antoine de Saint-Exupéry
 Traducción de Hellen Ferro
 Alba
 Barcelona, 1997

En ocasiones un escritor relevante no logra escapar a la feliz tentación de concentrar en una única obra la práctica totalidad de su ideario literario y de pensamiento. No es ésta, pese a su utilidad, una decisión tan habitual como sería de desear en el devenir de nuestras letras, occidentales y europeas, y por ello, cuando se produce, conviene celebrar su materialización en páginas y párrafos esclarecedores. Tal es el caso de *Ciudadela*, obra póstuma de Saint-Exupéry, que ahora llega a las librerías españolas en una cuidada traducción.

Junto a su naturaleza de póstuma, esta obra se perfila como una especie de testamento general de su autor, alguien tan leído como poco analizado en profundidad en nuestro ámbito cultural, y sobre el que —a pesar del éxito continuado de ventas de *El principito*— pesan más claroscuros que luces cara a la comprensión global de su obra por parte de los lectores en castellano. *Ciudadela* viene a cubrir esta oquedad, y lo hace sin los tapujos habituales y seudoprogresistas que en torno al legado de Saint-Exupéry se han elaborado por estudiosos renuentes a aceptar el carácter conservador de las tareas y reflexiones del autor de *Vuelo nocturno*, *Tierra de hombres* y *Carta a un rehén*. En la *Ciudadela* de Saint-Exupéry se hallan las claves esenciales de este escritor, siempre atormentado por disquisiciones acerca de la médula del cristianismo, siempre a caballo entre la preservación de principios añejos y la intuición de que el progreso conlleva algo más que afianzamientos materiales y supremacías políticas o sociales.

El Saint-Exupéry de *Ciudadela* —el genuino Saint-Exupéry— no se cuida de disimular su verdadera concepción del arte y del hombre, incluso su verdadera ideología, aquella que le llevó a rechazar tanto al nazismo como al gaullismo, sin por ello situarse en una óptica democrática, igualitaria y revolucionaria. Amparado quizás en una muerte buscada a través del suicidio —pues el material primige-

nio de *Ciudadela* fue entregado por el escritor a un compañero de armas muy poco antes de desaparecer aquél en el mar el último día de julio de 1944—, Saint-Exupéry desvela sus sentimientos y pensamientos en los folios-proyecto de esta obra, legada sin elaborar y amasada, conforme a su costumbre, como un magma inicial que luego podría modelarse para llegar a constituir una novela propiamente dicha.

A causa de esta última característica, la estructura de *Ciudadela* es primaria, y se advierte como un largo monólogo «autobiográfico» de un caudillo, hijo de un rey asesinado, que relata sus ideas sobre el hombre y sus variables eternas, desde el amor hasta la muerte, a partir de experiencias propias o ajenas e interiorizadas, con una tendencia tan pedagógica al menos como terapéutica. Desde esa intención de lavar las propias heridas, este texto crece —algo caóticamente— para ser instrumento de meditaciones casi místicas, didactismos para «elegidos», horizontes de misión y defensa de jerarquías no sólo culturales y artísticas. Tratando ser soldado y narrador, conservador e innovador, crítico y guardián de lo que él considera las esencias de nuestra civilización, el Saint-Exupéry que se vislumbra al trasluz de la silueta de su protagonista en *Ciudadela* termina así por perfilarse en lo literario como una voz tímidamente nietzscheana, impregnada de resabios bíblicos, y más cercana a las de Claudel, Gide o Bernanos que a la —por otra parte hermosa— temeridad de un Céline o un Jünger. Su origen, como vástago de la pequeña nobleza de Limoges, no le eleva sin embargo hasta la filosofía y el esteticismo realmente aristocráticos; le impide entroncar con la energía de lo popular y, finalmente, le dota únicamente de cierta prestancia *middle class* y de, eso sí, una sólida capacidad de desdén por lo cotidiano y los trabajos y los días de los hombres.

Con una tensión más retórica que poética, salvo en algunos instantes del texto —«y se

iba muriendo, sin saberlo, con las manos llenas de estrellas...»—, los párrafos de *Ciudadela* se articulan con cierta técnica y sabiduría literarias para aunar y exponer, como en una gran y apresurada panoplia medieval, el mundo de su autor, y lo más importante hoy para nosotros, su voz. Una voz que, prescindiendo de las tinturas filosóficas de esta obra, se distancia de lo futurista y de lo surrealista, se incardina en el desasosiego del individuo moderno ante la fragmentación del mundo, y acaba por dudar de las posibilidades del hombre —en su totalidad— y confiar apenas en la buena voluntad ocasional de un Dios tirando a paternal, estupefacto y distante.

El escritor, devoto de la memoria —escogida—, de los límites de la libertad, de lo aparentemente perenne y de la consideración de que los ritos son en el tiempo lo que la morada en el espacio, nos indica en consecuencia, entre otras muchas cosas, que «ni el sufrimiento ni la muerte en el seno de Dios eran de lamentar», advierte que «si el hombre destruye los muros para asegurarse la libertad... comienza la angustia de no ser», subraya «odio lo que cambia» o «amo las estaciones que retornan», y concluye previniendo tan difusa como seriamente ante los males que acechan al individuo desde el exterior, al identificar su *Ciudadela* como una tarea a construir en el corazón, pero «como un navío» sobre el que «gravitan» indefinibles amenazas.

Junto a estas tomas de posición refractarias a toda quiebra, riesgo y avance, Saint-Exupéry se desliza hacia devaneos con el autocratismo —«Yo gobierno y escojo. Y soy el único que gobierna. Y he aquí que pueden orar en el silencio y la sombra que deben a mis piedras ordenadas según la imagen de mi corazón»—, con el aristocratismo pequeño y vulgarote —si se derriba el palacio, «los hombres se tornarán ganado de la plaza pública»—, e incluso con cierto belicismo organizador —«la guerra es difícil cuando no es inclinación natural ni expresión de un deseo... mis generales no estaban animados por Dios, sino que eran honestos y trabajadores. Por consiguiente, fracasaban»—.

Lanzado ya hacia un espacio que se balancea entre el miedo a los cambios y los escrúpulos hacia la asunción del núcleo oscuro de la tradición, el autor de *Ciudadela* camina entre espirales trazadas por elementos místicos, existencialistas, globalizantes y espiritualistas, hasta arribar —después de desplegar ante el lector su maestría en la reelaboración de métodos de parábolas orientales— a la vera de una abstracción presuntamente dialéctica, en su caso tan necesaria como poco original: el deísmo en su forma más o menos ambivalente y totalizadora. Y en este sentido cierra —y culmina— sus páginas al afirmar: «Señor, así con mi enemigo amado al que no me uniré, sino más allá de mí mismo... él y yo, por caminos opuestos, seguimos con nuestras palmas las líneas de fuerza del mismo fuego. Y ellas se encuentran, Señor, sólo en ti... Porque Tú eres, Señor, la común medida de uno y otro. Eres el nudo esencial de actos diversos». Una conclusión al tiempo radical a inocua, cuya brillantez literaria alberga esquemas estéticos e ideológicos carentes de filo y cercanos ya al vacío. Y a la que no consigue salvar la elegancia del desdén. □



Eduardo Arroyo
En diálogo con Rosa Pereda

Orgullo y pasión

Vitalista, solitario, mundano, paradójicamente pudoroso, el Eduardo Arroyo que se nos revela en esta conversación revisa su historia, desde la actividad política de extrema izquierda, a la España que le impone el exilio; desde la infancia de huérfano temprano, a la hiperactividad juvenil y madura; desde la crítica irónica del presente rabioso, a la mirada utópica al futuro imposible. El rol de la pintura, la historia de los pintores, los cuadros obsesivos, están tan presentes como sus otras obsesiones: el boxeo, los toros, el teatro, la política, la literatura. Y la vida.

Trama Editorial

Apdo. de Correos 10.605. Tfno/Fax: (91) 573 80 48
28080 Madrid

Fábulas de la tierra

Francisco Solano



**DE COMO
ME ENCONTRE
CON EL DEMONIO
EN VIGO**

Anxel Fole

Selección y traducción
de Miguel Hernández Sola

Trama

Madrid, 1997

Haber nacido antes del comienzo de nuestra guerra civil y ser escritor de cuentos en una lengua peninsular distinta al castellano (gallega, en este caso), no parece propiciar el reconocimiento literario fuera de las fronteras lingüísticas de origen. Si a esto añadimos que, actualmente, la figura más neta del escritor, quiero decir, su proyección en el imaginario del lector común, viene mezclada, o mejor, enturbiada por estímulos extraliterarios, donde se destaca más la exhibición mediática que la presumible calidad o valor de la escritura, es evidente que un escritor de la talla de Anxel Fole (1903-1986), nunca preocupado por la fama, aparece hoy casi como una extravagancia. Nuestro tiempo, por desgracia, no es muy propicio para la recepción de una tarea de lenta creación, desarrollada con rigor y bajo la insidiosa sombra de la exigencia.

Valgan estas líneas, tal vez prescindibles, para situar la dignidad de un escritor que nunca desmayó de sus presupuestos vitales y estéticos, y a quien cabe aplicar la misma condición que él destina al escritor cabal: «No le va ni le viene el hecho de que sus lectores sean o no muchedumbre. Al escritor “decoroso” le preocupa mucho más su actitud moral, el respeto a sí mismo, su consecuencia personal». No cabe duda, por tanto, que esta edición de una nutrida selección de sus cuentos es una buena oportunidad para acceder al mundo del escritor «decoroso» que fue Anxel Fole.

A excepción de una anterior edición en castellano (*Cuentos para leer en invierno*), libro actualmente descatalogado, esta edición de Trama Editorial es la única hoy disponible para el lector en castellano. Como todos los excelentes escritores de cuentos, Anxel Fole ha reflexionado sobre este género al que siempre acompañan, en igual medida, la admiración y el desinterés. Me explico. A diferencia del novelista, que no precisa (nadie se lo exige) apoyar su escritura en ninguna teoría del género, el cuentista, tal vez debido al incierto lugar que se le destina en las gradas de la literatura, no cesa de reflexionar sobre su devo-

ción a un género cuyas delicadas leyes de composición son tan imprecisas como sutiles. Para el cuento no sirve, como para la poesía, esa suelta libertad dictada por la emoción. Un mal cuento se delata enseguida, y ahí ya no vale otra justificación que la evidencia de unas destrezas mal consumadas. Los cuentos de Anxel Fole enraizan en, o más bien brotan de, la tierra gallega, están escritos dentro del marco natural de las historias populares, siguiendo la rica tradición oral, y se nos presentan como la expresión más ajustada de la complejidad del espíritu gallego. Ahora bien, no son cuentos sencillos, pese incluso a su propio autor, empeñado en establecer, para sí mismo, una nítida preceptiva que se resume en la explicación de Valéry, que decía que el cuento era para ser contado y la novela para ser leída. Anxel Fole declara en este libro (en las páginas tituladas «Umbral», una verdadera delicia en cuanto presupuesto vital del escritor): «Los cuentos que más se me acomodan para escribir son los que siguen guardando mucho de cuento contado, cuando se van sucediendo los párrafos». Una declaración que, sin dejar de ser cierta, es insuficiente, aunque por otro lado se revela como un claro síntoma del «decoro» de Fole, a quien desagradaba mucho la enfatización retórica.

De los veinticuatro cuentos que componen *De cómo me encontré con el demonio en Vigo* hay algunos, por ejemplo «La macabra broma del Grillo», que se reducen a una estampa costumbrista, casi un cuento sobre nadie, la evocación de un borracho, un cuento de una notable efectividad, puesto que, casi sin materia narrativa, es de una increíble plasticidad. Otros, por el contrario, poseen una enorme complejidad, como si fueran largos relatos cuya narración prescindiera de todo elemento decorativo, para ir directamente a los hechos, tal como se aprecia, por ejemplo, en «La muerte sin rastro», que abarca en pocas páginas la peripecia geográfica y vital de varias vidas. En todos, la voz que narra, siempre inserta en la historia, se reviste de un curioso distanciamiento que parece ingenuidad, lo que dota a los cuentos

de una extraña verosimilitud y permite a Fole, con toda naturalidad, enriquecer la realidad con toda suerte de misterios y fantasías. Pues en su propósito de no hacer notar los recursos literarios, el escritor gallego encadena los hechos a manera de cajas chinas, sucesos que provocan otros sucesos, historias que se superponen, desviaciones del tema central, breves digresiones sobre el espíritu mágico de la tierra gallega, hechas como al descuido, de tal modo que nunca una frase paraliza el relato, y así el tiempo transcurre dentro del cuento como un personaje más, a la vez histórico y atemporal, en un ámbito que es igualmente naturalista y fantástico.

Los cuentos de Anxel Fole son incomprensibles sin Galicia, pero esta circunstancia no debe engañar al lector acerca del carácter universal de su literatura. El cuento que da título al volu-

men, con los cambios pertinentes, bien podría ser considerado alemán. Con esto lo que quiero decir es que, detrás de cada una de las anécdotas, detrás de la particular idiosincrasia de los comportamientos de los personajes, de su peripécia estrictamente gallega, hay una transrealidad onírica que va más allá, aunque nunca deje de ser gallega. Una atenta lectura demuestra que un cuento de apariencia rural, con sus brujas y difuntos, es gallego más por su entonación de relato oral que por el uso ferviente de los tópicos de la tierra. Lo que Fole pone en pie en sus cuentos es la ironía circular, revitalizando su frescura para que no se pierda la inmensa capacidad fabuladora de la imaginación gallega. «Galicia —dice uno de sus personajes— es la tierra de los fabuladores más graciosos y mejores del mundo». Y no le falta razón. □

Modelar lo informe

Juan Angel Juristo



PÁGINAS AMARILLAS VV. AA.

Lengua de Trapo
Madrid, 1997

El título de *Páginas amarillas* remite a una petición de ayuda, a una suerte de encuentro de un farolillo que nos guíe en medio de la oscuridad. Y como guía se nos presenta esta recopilación de 38 relatos escritos por sus correspondientes autores jóvenes o noveles que intenta alejarse, por otro lado, de la idea más dirigida, más formada, de antología. Pero al igual que su homóloga telefónica, esta guía tiene el peligro de dejar perplejo al lector en una demasía de estilos, de tonos, de temas, por la carencia absoluta de normativa literaria. Yo, por ejemplo, he hallado exactamente 38 estilos distintos en este libro. Uno por autor. La supuesta unidad, pues, se hace imposible.

Por eso es encomiable la voluntad que ha dado lugar a este libro, una voluntad de unificar, de modelar algo que se nos presenta informe y, más encomiable aún, por aquello de rizar el rizo, la labor realizada por Sabas Martín en un prólogo que intenta plasmar ciertos criterios unificadores en una avalancha de títulos que se muestra disgregadora.

Esta voluntad, sin embargo, choca con una realidad incontestable y, por lo tanto, corre el peligro de esbozar teorías que no se corresponden con aquello que se hace. El autor tiene que recurrir, por fuerza, a elementos sociológicos que siempre son artificiosos, dejando de lado los literarios, porque éstos, sencillamente, no existen. Así, se supone que esta recopilación reúne a autores nacidos después del año 60 y que se han dado a conocer a finales de la década anterior y principios de esta. No sirve, por otra parte, que los afiliemos a determinadas manías por autores como Kerouac, Miller y demás, porque hay escritores recogidos en la recopilación que abominan de ese supuesto magisterio, ni tampoco que pertenezcan a la moda de acorazarse con chaquetas de cuero, porque conoce uno a autores allí presentes que nunca se han puesto prendas semejantes y, además, dudo mucho que vestirse con determinadas ropas constituya una de las señas de identidad de una generación literaria.

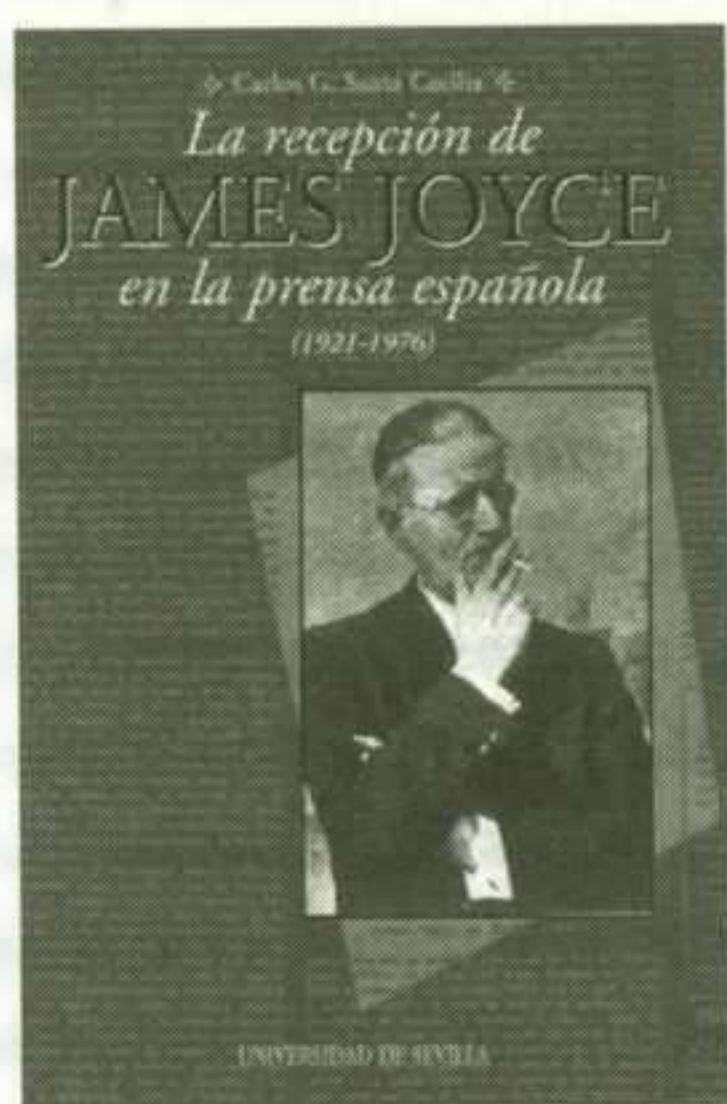
Sabas Martín nos informa de una antología publicada en Italia por Einaudi donde se recogen textos de jóvenes escritores de ese país a los que se denomina «caníbales» y cuya característica literaria es poseer un estilo «feroz, violento, cruel y sanguinario», y afirma que el dominante en los textos que prologa posee otro cariz. Es probable que sea esta la diferencia adecuada entre antología y guía, lo que explicaría así el carácter informe de esta última y la ausencia significativa de relatos de algunos autores que se constituyen como nombres imprescindibles en el prólogo de Sabas Martín, como Francisco J. Satué, Lorenzo Silva, Almudena Grandes, Sergi Pàmies...

Parecería, por tanto, que el prólogo sirve de cebo a un plato suculento que se queda en esmirriado. Salvo algunos cuentos, los menos, esta guía recoge textos donde se nota en de-

masía el encargo y, no me molesta decirlo, las pocas ganas de la mayoría de los autores dejémoslo así por no hablar de incapacidad, en ofrecer relatos de una cierta calidad. Gran parte de ellos no pasan de una trama endeble al servicio de un costumbrismo de nuevo cuño tan rancio como aquel al que nos gusta dirigir nuestros tiros. Como hacer una valoración de cada cuento sería imposible a riesgo de imitar una suerte de listín telefónico, diré que me ha llamado la atención la escasa o nula calidad de los correspondientes a Lucía Echevarría, Juan Manuel de Prada y Daniel Múgica, y que otros, como los de Eloy Tizón, Juana Salabert o Felipe Benítez Reyes, estaban a la altura que esperaba de estos autores. La falta de tino en la selección de los cuentos de esta guía me lleva a considerarla un acto fallido en aquello que pretendía. Mejor sería olvidarla. □

James Joyce en España

Mariano Antolín Rato



LA RECEPCION DE JAMES JOYCE EN LA PRENSA ESPAÑOLA (1921-1975)
Carlos G. Santa Cecilia
Universidad de Sevilla
Sevilla, 1997

El interés por James Joyce en España ha sido intermitente. Hubo momentos en los que fueron frecuentes las referencias escritas a la obra y vida del escritor irlandés, uno de los maestros de la novela de este siglo, ya se sabe. Pero como suele pasar en ese país del sur de Europa, casi siempre respondieron a modas pasajeras que se olvidaron inmediatamente después. Muchas de esas referencias, más bien episódicas, tienen un carácter negativo, y proceden de quienes encuentran incómoda para su propia economía narrativa la escritura de Joyce. Otros la consideraron obscena en años negros de pre y posguerra. Con todo, sumadas las consideraciones favorables, y hasta entusiastas, acerca de la importancia de Joyce, los trabajos serios sobre él publicados en España son muy escasos. Uno de los más importantes hasta el momento es este de Carlos Santa Cecilia.

El título puede dar lugar a engaño. Por supuesto que el libro se ocupa del tratamiento que Joyce ha merecido en la prensa española.

Y de un modo tan exhaustivo, tan apabullante, documentado sin ninguna ausencia bibliográfica perceptible, que lo convierte en una referencia imprescindible. La recopilación de menciones, comentarios y análisis que aparecieron en los diarios y las revistas literarias españolas, así como de las versiones editadas en español, gallego y catalán, resulta abrumadora. Y sin embargo, ese inmenso trabajo de documentación queda frecuentemente eclipsado por los acertados planteamientos de Santa Cecilia con relación a las circunstancias históricas y literarias concretas en que se produjeron esas opiniones. En ocasiones, incluso llega a pasar a un primer plano el entramado político dentro del que se dieron. Y eso sin que en ningún momento se olvide el objetivo del estudio, enfocado muy pertinentemente desde la moderna teoría de la recepción. Y con una amenidad rara de verdad si se tiene en cuenta que el origen del libro está en una tesis doctoral.

En la prensa española las menciones y análisis de la obra de Joyce aparecieron muy pronto. Incluso antes de la publicación en París, en 1922, de su obra capital, *Ulises*, se publicaron algunas importantes y atinadas referencias a su autor. Entre otros, Rafael Marichalar hizo un estudio solvente del estilo, la innovación que éste suponía, y los escándalos que acompañaron a la publicación de *Ulises*. Y en 1924, se editaba la discutida versión que, con seudónimo, realizó Dámaso Alonso de *El retrato del artista adolescente*. También en esa fecha se tradujeron al gallego fragmentos de *Ulises*, puede que reivindicado como texto representativo de otro nacionalismo, el irlandés...

Frente a la ignorancia generalizada sobre la obra de Joyce —una ignorancia que en España se corresponde con la que los grandes santones manifiestan con respecto a todos los asuntos, sean literarios o no—, continuaron publicándose opiniones y análisis, la mayoría apresurados y de segunda mano, referidos a uno de los escritores sobre el que más se ha leído pero que menos se ha leído. Después de aquella guerra que hubo en España entre mediados y finales de los años treinta de este siglo, y que en los actuales tiempos de amnesia por decreto casi ha desaparecido del pasado de quienes la padecieron, o padecieron los 40 años de sus consecuencias, Joyce siguió apareciendo, pero de modo aún más esporádico, en las páginas literarias de los periódicos y en las revistas de carácter literario. Predominaban las descalificaciones y las polémicas más bien pacatas sobre la supuesta obscenidad de *Ulises*, el empleo de palabras de uso común pero que los mandamases de la época censuraban; y sobre lo excesivamente vanguardista de su estilo.

Entre las traducciones que en aquellos años se hacían en Argentina, Venezuela, Chile o México, los españoles se encontraron, al fin, con una versión inexacta pero viva de *Ulises*. Obra del intrépido Salas Subirats, la traducción consiguió superar la censura franquista y circuló bastante entre los círculos de enterados. Y así algunos de los que leyeron, u hojearon, ese *Ulises*, iniciaron una polémica sobre Joyce que tuvo cierto eco escrito a principios de los años setenta. El paladín de los que consideraban a Joyce un escritor de segunda clase fue el novelista Juan Benet. Con sus opiniones literarias contundentes y provocativas, pero siempre bien razonadas, Benet influirá en algunos escritores más jóvenes

que continuaron denostando al que calificaban de «realista ingenuo» e incluso de costumbrista. Frente a él ofrecían como modelo a William Faulkner. Y eso pasando por alto lo que Faulkner había dicho sobre la importancia de Joyce en su obra. O sin tener en cuenta que novelas como *El ruido y la furia* o *Mientras agonizo* son difícilmente concebibles sin la existencia previa de la obra del irlandés. Aparte de que, quiéranlo o no, los escritores interesantes de esta época están influidos por Joyce. Pues, por ejemplo, lo que en español se llamó monólogo interior, está presente en las novelas de muchos de quienes le menosprecian, y no como desarrollo del realismo, que no lo fue ni en su origen, sino como procedimiento para producir efectos, resonancias, nuevos espacios literarios.

Más de veinte años después de aquella polémica, que oficialmente terminó con la supuesta derrota de Joyce, los portavoces de los asuntos literarios por lo general siguen sin poder quitarse de encima el peso de su obra. No dejan de intentarlo, y de proclamar en cuanto se presenta la ocasión que su obra no resistirá el paso del tiempo. Algo que parece contradecir la difusión, a partir de 1976, de la muy celebrada, sin excesivo fundamento, versión que del *Ulises* hizo Valverde. O de la excelente versión corregida que de la traducción argentina de Salas Subirats, y con importantes notas, publicó Eduardo Chamorro en 1996. Y para 1998 se anuncia otra nueva traducción realizada por García Tortosa, una de las máximas autoridades universitarias sobre Joyce, autor de versiones muy buenas de partes de *Finnegan's Wake*.

Pero de la vigencia de Joyce en este fin de siglo esperamos que vuelva a escribirnos Carlos Santa Cecilia. Seguro que lo hará con la misma solvencia que demuestra en este libro, interrumpido en 1975, y que desde su aparición constituye uno de los hitos de la bibliografía joyceana. Al menos eso deseamos quienes pensamos que la obra del irlandés supone uno de los grandes logros narrativos de la literatura moderna. Y en España, somos minoría, como ha ocurrido desde un primer momento, según se demuestra en el interesante estudio comentado, del que aquí, como muestra, únicamente han quedado recogidas las referencias inaugurales y finales —hasta el momento— de la recepción de Joyce en uno de los países del sur de Europa. □

Correspondencias

Barcelona



Jorge Herralde

Conocí a Mario y Nicole Muchnik a mediados de los setenta en la Feria de Frankfurt, de la mano de Carlos Barral; nos hicimos amigos de inmediato.

Entonces Mario estaba empezando a instalarse en España, después de intentar driblar en vano su destino, que era editar libros. Mario quiso quizá escapar de la imponente sombra de su padre, Jacobo, el gran editor de Fabril, en Buenos Aires, y estudió Física e incluso creó que trabajó como científico. Pero al final los genes pudieron más, y después de trabajar unos años en Francia con el editor Robert Laffont, se vino a España con su proyecto de Muchnik Editores.

Cuando se instaló en Barcelona, había un grupo de editores amigos que nos veíamos con gran frecuencia, por el placer de la amistad, de las conversaciones

enriquecedoras, de las complicidades y las risas. Estaban Carlos e Yvonne Barral, Beatriz de Moura y Toni López, Esther Tusquets, Lali y yo, y enseguida Mario y Nicole se convirtieron en «unos de los nuestros». También estaba Michi Straussfeld, entonces residente en Barcelona y ya una especie de multinacional en sí misma, y desde luego el inolvidable Ricardo Muñoz Suay que, tras sus etapas cinematográficas, en Madrid con Uninci y en Barcelona con la Escuela de Barcelona, había recalado en la edición como activísimo promotor de Bruguera y después de Seix Barral. Los domingos por la mañana, en la terraza de la casa de Ricardo y Nieves en Calafell, se reunía la mayor concentración posible de editores por metro cuadrado, con novelistas de plantilla como Juan Marsé y Ana María Moix, más los escritores invitados que iban aterrizando, algunos casi fijos, como Jorge Edwards. El otro punto de encuentro era el bar La Espineta, gestionado, es un decir, por los hijos de Barral.

Como editor le debemos la publicación en España de autores tan extraordinarios como Elias Canetti (cuyo Premio Nobel tanto festejamos), Bruce Chatwin, Oliver Sacks o Carlo Ginzburg, por citar algunos ejemplos bien significativos.

Y al lado de escritores extraordinarios pero minoritarios deben mencionarse dos autores como Montignac o Kenizé Mourad, de perfil poco muchnikiano

pero que resultaron un balón de oxígeno para una política editorial erizada de dificultades.

(Como es sabido, esto sucede a menudo en el mundo editorial y en las mejores familias. Así, el caso de dos grandes editores que durante años estuvieron en grandes grupos y ahora son independientes: Christian Bourgois, que se sostiene en buena parte con la *backlist* de títulos de Tolkien, o Christopher MacLehose, uno de cuyos pilares en Harvill son los libros ilustrados. O en tantos ejemplos de excelentísimas editoriales anglosajonas que se financian en parte con *thrillers*.)

Hará unos siete años y unos meses tuve el honor de presentar en Barcelona, en el Círculo Condal, la nueva etapa de Mario como Anaya & Mario Muchnik. Terminaba así mi intervención: «Pienso que Mario pertenece, como yo, a la raza de editores vocacionalmente independientes con criterios propios, testarudos y apasionados, características con frecuencia difíciles de encajar en el seno de grandes grupos editoriales.

»A menudo se utilizan lenguajes y baremos de difícil decodificación mutua y las colisiones no son infrecuentes, como el amigo Mario, cuya vida editorial ha sido un tanto accidentada, podría muy bien atestiguar.

»Como es sabido, en el mundo de la edición se viven tiempos difíciles para todos. Para el editor independiente, con la amenaza latente del cierre obligado o la absorción; para el editor literario de

la marca de un gran grupo, con el temor de que súbitamente puede encontrarse con que su posición en dicho grupo sea «redundante», para utilizar el delicado eufemismo que se ha puesto dolorosamente de moda en la edición británica de los últimos meses.

»Por encima de rivalidades y competencias, me duele muchísimo el alejamiento de nuestro ámbito de aquellos editores que han contribuido a vivificar la atmósfera cultural de nuestro país. Me parece una catástrofe para todos en un ecosistema particularmente débil. Por ello, deseo de todo corazón que tanto Mario como yo podamos seguir siendo, durante mucho tiempo, colegas, rivales y en especial culturalmente cómplices.»

En esta etapa con Anaya, Mario ha sido fiel a sí mismo, publicando libros excelentes pero cuyo club de *fans* era a menudo injustamente escaso.

Destacaría como proyectos nuevos su acertada importación de la colección francesa Mille Feuilles, las Mil Hojas, y una iniciativa que le ilusionaba mucho: la biblioteca André Malraux que debía recoger las obras completas de este autor. Recuerdo que hace exactamente un año, en el Salón du Livre de París, estábamos desayunando juntos en el mismo hotel, el Madison, y luego Mario se iba muy ilusionado a la cercana Gallimard para rematar la negociación.

También destacaría los libros sobre nuestro oficio, el oficio de

editor: los diarios de trabajo de Carlos Barral y sobre todo el estupendo libro-entrevista con el gran Giulio Einaudi, un maestro para tantos editores, un ejemplo de lo que él llamaba la *editoria di cultura* y una especie de padre espiritual para Barral, como éste reflejó cumplidamente en sus memorias.

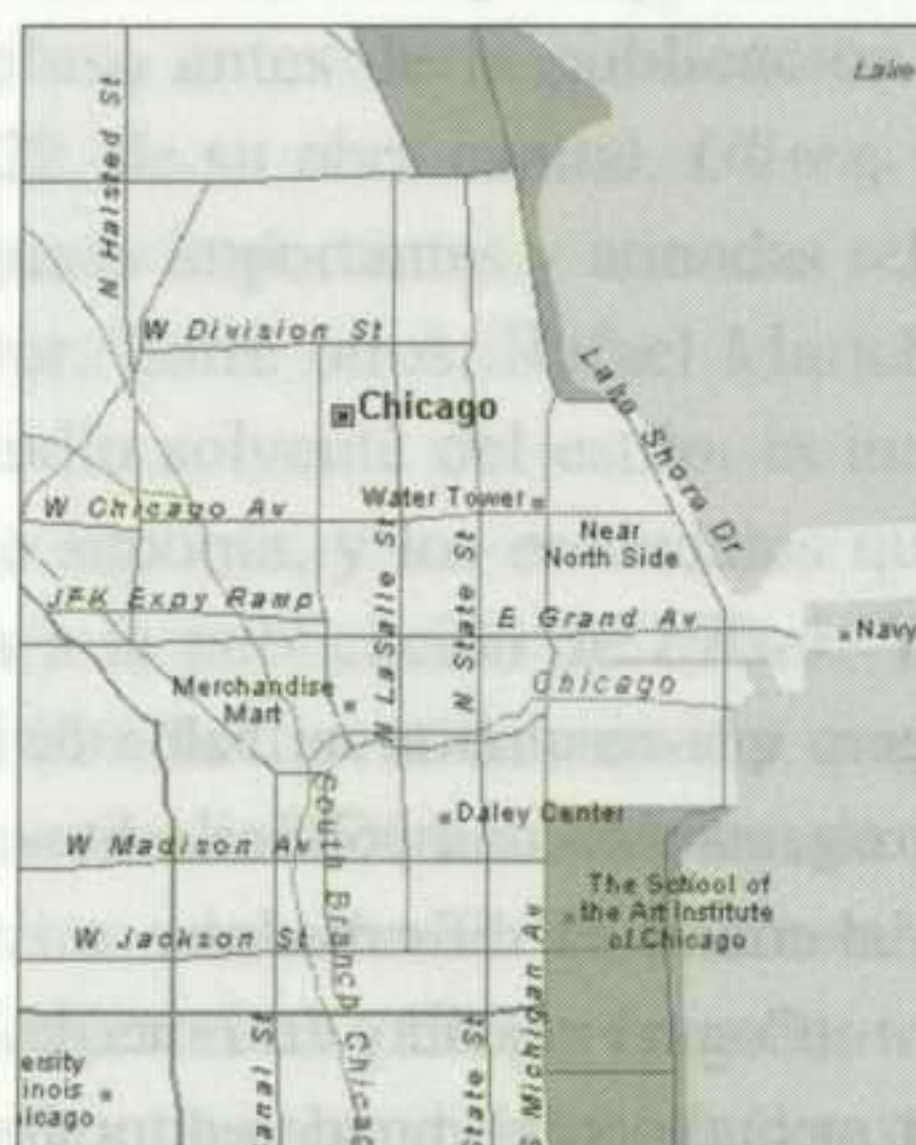
En estos últimos años la situación se ha endurecido todavía más. Aquel viejo concepto de la edición en el que cultura y finanzas podían armonizarse, aun con dificultades, se ha vuelto, si no imposible, sí cada día más difícil. Los hombres del marketing han ido desplazando a los hombres de la cultura según el guión de un mercado bajo el signo de la cultura *light* y de la edición espectáculo.

Sin embargo, la edición cultural aún sigue siendo posible. Como ejemplo de editores independientes, ahí están los casos, entre otros, de Feltrinelli en Italia, Harvill y Bloomsbury en Inglaterra, Farrar, Straus & Giroux y Grove Atlantic en Estados Unidos, y buen número de editores alemanes como Hanser, Suhrkamp y Wagenbach, o el suizo Diogenes. Y también existen numerosos casos de editores con formatos más bien minimalistas, pero tan interesantes como Minuit en Francia o City Lights en San Francisco.

Por ello estoy convencido de que un editor de raza como Mario Muchnik, tan apasionado como obstinado, una voz propia y heterodoxa en un paisaje cada vez más amorfo y pasteurizado, va a seguir en la brecha.

Estoy seguro de que pronto oiremos de nuevo la imprescindible voz editora de Mario Muchnik: si los viejos *rockeros* nunca mueren, los buenos editores son duros de roer. □

Chicago



Wilhelm Schmid

Una palabra ha dominado los debates de los intelectuales durante los años ochenta y noventa: «posmodernidad». Esta etiqueta ha permitido declarar obsoletos todos los grandes modelos de explicación del mundo y conceptos universales, casi todas las cuestiones tradicionales de la filosofía. En las universidades americanas, sobre todo, se convirtió en el auténtico concepto de moda. Ahora, intelectuales de todo el mundo se han reunido en la Universidad de Chicago para reflexionar sobre un posible adiós a la posmodernidad.

¿Cuál sería el lugar adecuado para discutir sobre la época de «después de la posmodernidad» sino Chicago? Esta ciudad, que fue la Meca de la modernidad, testigo visible, al menos en su arquitectura, de la posmodernidad, se convierte ahora en escenario de la búsqueda de un después. «¿Cómo será el futuro? Se buscan ineludiblemente sus huellas, la dirección en la que soplará el viento», escribió Marco d'Eramo en 1996 en su libro sobre Chicago titulado *Das Schwein und der Wolkenkratzer* («El cerdo y el rascacielos»). Ciertamente, no todos descubren de golpe y porrazo el significado

del planteamiento. «¿Después de la posmodernidad?», se asombra el funcionario ante quien ha de rendir cuentas el visitante extranjero al entrar en el país. El no ha oído jamás una palabra de la posmodernidad, ni puede concebir nada relacionado con modernidad alguna. Vive inmerso en ella, es el único mundo que conoce. «Ya sabe», aduce a modo de disculpa, «los tiempos cambian tan deprisa hoy en día...».

Así pues, ya se está gestando la época venidera. Tras las bromas y la diversión de la posmodernidad, el regreso al trabajo serio, sobre todo al de la reflexión, que ya no se compone únicamente de citas irónicas. Los participantes en la conferencia de Chicago sobre el tema «Después de la posmodernidad» tenían muy claro, de todos modos, que es muy difícil hacer la historia de la posmodernidad. Por una parte, debido a que este concepto englobó cosas extremadamente divergentes y sólo a los ojos del público pareció un fenómeno más o menos unitario; hubo muchos que se apuntaron a la posmodernidad, pero pocos que se declarasen pertenecientes a ella. Por otra, porque el nivel de reflexión que, pese a todo, se había alcanzado en los debates posmodernos no necesitaba ser devaluado para regresar de nuevo con demasiada ingenuidad a estadios modernos o incluso premodernos.

A pesar de todo, la necesidad de un «más allá» se percibe con claridad meridiana, y no sólo desde hoy. No es que aquí, en América, se esté gestando una nueva moda intelectual que después haya que trasplantar a otros lugares siguiendo un modelo acreditado. Ya en 1992 se publicó en Alemania un libro titulado *Nach der Postmoderne* («Después de la posmodernidad»), editado por Andreas Steffens, y años antes,

concretamente en 1986, Odo Marquard escribió un artículo con el mismo título. Independientemente de ello, también en América aparecen hoy libros que hablan de un «regreso del autor» o de la «individualidad después de la posmodernidad», de un «lenguaje más allá de la posmodernidad».

Tras la posmodernidad, según se puso de manifiesto en Chicago, se confía en una readmisión y redefinición del vocabulario clásico, que había sido «deconstruido» y desechado, como por ejemplo el concepto de sujeto, que se ha convertido casi en sinónimo de la imagen masculina del mundo centrada en Occidente, fijada en el *logos*. Debates posmodernos, poco amigos de todo lo esencial, esencializaron ese mismo concepto, al identificarlo con dicho contenido, como si nunca pudiera tener otro diferente, mientras que ahora puede pasarse a definir de nuevo el concepto de sujeto, porque en ningún sitio está escrito que haya que preservar su contenido histórico. La historia, incluyendo la de un concepto, puede seguir escribiéndose, y las nuevas definiciones en modo alguno pueden pretender ser las únicas posibles y válidas. Aunque una nueva concepción del sujeto, en ello coincidió todo el mundo, debía tener en cuenta la crítica posmoderna y no soslayarla.

El retorno del sujeto va acompañado de la búsqueda de una nueva ética. Como en la posmodernidad se había renunciado al requisito del sujeto, el planteamiento ético quedó forzosamente fuera de la vista, pues sin sujeto no existe ética, ni disposición a asumir la responsabilidad propia y ajena. Las discusiones de Chicago, sin embargo, revelan que el planteamiento ético vuelve a abrirse paso con fuerza y que su

preocupación se centra sobre todo en la problemática ecológica. No se piensa tanto en establecer nuevas normas, pues no se puede obligar a todos los individuos a acatarlas, como en fundar una nueva ética basada en la persona. Pero su tematización debería ser asumida por la pedagogía —otro ámbito al que en el discurso posmoderno no se le brindó la atención que merecía, de ahí que haya sido debatido de nuevo por los participantes en la conferencia.

Es notable que muchas de las aportaciones al debate recurrieran una y otra vez a Heidegger. Por lo que se refiere a los participantes americanos, esto quizá esté relacionado con la nueva traducción inglesa de *Ser y tiempo* (la segunda), que apareció en 1996 y no tardó en surtir efecto. Se habló sobre todo con llamativa frecuencia del «ser-en-el-mundo» de Heidegger. ¿Se acogerá ahora con tanta intensidad este concepto porque en época posmoderna todo el mundo ha sido interpretado exclusivamente como simulación, como una forma cada vez más refinada de la apariencia? Se torna, por tanto, más vigorosa la experiencia de la existencia de una realidad en la que anida una mismidad que hay que afrontar —retorno éste de una realidad que, aunque alberga en su interior una variada significación y está necesitada de interpretación, es, sin embargo, realidad y en modo alguno simple simulación.

Pero el mero hecho de que todos aquellos que en las últimas décadas se limitaron a autocalificarse de defensores o detractores de las ideas posmodernas o vislumbraron sólo de lejos toda la «posmodernidad» volverán a hablar entre sí, es toda una conquista. Participantes de todo el mundo y de todas las disciplinas se reunieron formando un amiso-

so círculo de colegas, analistas y estetas, científicos de la cultura y de la naturaleza. Los que temían que entre formas de proceder hermenéuticas y científicas se abriera un nuevo abismo (el catedrático de física de Nueva York, Alan Sokal, así lo hizo creer hace algunos meses al parodiar la filosofía francesa) se vio agradablemente desilusionado en esta conferencia: los científicos de la naturaleza insisten en abandonar la mera aplicación de un «método», para concebir la investigación de modo hermenéutico como un proceso de interacción entre sujeto y objeto, y considerar la ciencia misma no como un sistema propio, cerrado en sí mismo, sino como un componente del «mundo vital».

Sin embargo, el futuro del proyecto de «deconstrucción» posterior a la posmodernidad es incierto. Algunos, que la consideraron fundamentalmente una destrucción del sentido y de la significación, y la identificaron con la posmodernidad, intentan librarse de ella; otros, de acuerdo con su doble sentido literal, intentan entenderla más bien como construcción y reconstrucción de significado e interpretación. Aunque un librero de las cercanías del lugar de la conferencia muestra un cierto recelo. «Liquidación» anuncia en su escaparate: «Deconstrucción, 25% más barata». Si las liquidaciones de los libreros son la cotización en la Bolsa del espíritu, los valores (discursos) posmodernos cotizan claramente a la baja. Sin embargo, esa oleada de ventas producto del pánico son conocidas en todas las demás Bolsas del mundo, de modo que nadie debe considerar papel mojado toda su biblioteca posmoderna. Las cotizaciones podrían volver a subir, aunque sólo fuera por pura nostalgia. □

Tokio



Florian Coulmas

«La tarea del historiador es la representación de lo ocurrido». Wilhelm von Humboldt, que escribió esta máxima, era consciente de que seguirla, aunque sólo fuera aproximadamente, es asunto difícil. En su ensayo *Sobre la tarea del historiador*, escribió que nada es más difícil de alcanzar que la verdad histórica, y situó la historiografía en las proximidades de la poesía. Hoy, precisamente hoy, podría estar seguro del aplauso de aquellos que no quieren hacer diferencia entre la representación de la historia y la narración de historias. Al fin y al cabo, hace mucho que los hechos desnudos fueron puestos por escrito. Querer aprehender la realidad... ya nadie puede ser tan simple. Y aún así los grandes de su gremio, Eric Hobsbawm por ejemplo, siguen insistiendo en el hecho histórico. Naturalmente, hacerlo valer no siempre es fácil. Ienaga Saburo puede atestiguarlo.

Ienaga Saburo es un héroe de la historia. Durante más de tres décadas ha luchado por el reconocimiento de los hechos históricos. El prestigioso historiador tokiota se ha empleado a fondo para que en las escuelas japonesas no se omi-

tieran ni los capítulos más oscuros de la reciente historia del Japón. Decididamente, sus adversarios tenían las mejores cartas, porque tenían cubiertas las espaldas por el Estado japonés. Los libros de Historia destinados a la enseñanza tienen que obtener una autorización, y el Ministerio de Educación ha empleado repetidas veces su poder para reprimir las representaciones desagradables de la historia.

A finales de los años ochenta, por ejemplo, el Ministerio ordenó a los autores que trataban la guerra chino-japonesa sustituir la palabra *shinrayaku*, «invasión», por *shinshutsu*, «avance». El que la presencia militar de Japón en China fuera una invasión contradecía el punto de vista del gobierno de entonces, según el cual Japón no era responsable de guerra de agresión alguna. El punto de vista preferido por muchos era y sigue siendo que Japón había sido arrastrado a la guerra, más víctima que verdugo.

Ienaga es uno de los eruditos que no quisieron aceptar aquella normativa lingüística. Ya en 1965 empezó su larga marcha por las instancias judiciales. Su primer libro escolar fue, en 1963, víctima de la censura del Ministerio. No fue admitido. Los funcionarios tacharon los pasajes escabrosos de otras obras. Ienaga reclamó una indemnización, porque, alegaba, «como científico, me hiera no poder escribir la verdad».

El Ministerio de Educación colocaba un bozal a los autores de libros escolares, especialmente en relación con los acontecimientos ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial. Ni podían escribir sobre la masacre de Nanking, ni sobre la malafamada unidad 371 del Ejército, que en China y Singapur llevó a cabo experimentos con armas biológicas, ni sobre la prostitución forzosa en el

frente. La firmeza de Ienaga, héroe a su pesar, que hubiera preferido entregarse a las inclinaciones de un ratón de biblioteca, ha inspirado a muchos y obligado a moverse algunas cosas. Grupos de apoyo con más de 30.000 miembros en todo el país le dieron su respaldo durante sus décadas de protesta. En 1993, por fin, se le dió una satisfacción. La Audiencia de Tokio decidió que el Ministerio había abusado de sus facultades al obligar a Ienaga a reescribir la historia. En agosto de 1997 la sentencia fue ratificada por el Tribunal Supremo Japonés.

Ienaga abrió una brecha para la verdad y mostró al Ministerio de Educación que no es el único que tiene en sus manos la configuración de la imagen de la historia para las sucesivas generaciones. Desde luego, el gobierno no recoge velas sin más. En 1993, censuró un libro de ciencias sociales y eliminó párrafos referidos a la expansión imperialista de Japón en los años treinta y cuarenta y al duro régimen impuesto en otros países asiáticos. La exposición resultaba humillante para Japón. El proceso incoado por el autor, Takashima Nobuyoshi, aún no está cerrado.

El Ministerio sólo da su consentimiento a representaciones de la historia japonesa que no necesariamente llenen de orgullo y respeto a los espíritus jóvenes cuando no le queda más remedio. Esto se ha puesto de manifiesto en los últimos años en relación con la reelaboración histórica de la violación masiva, organizada por el Estado, de las llamadas «consoladoras» durante la guerra.

Estas mujeres debían llevar «consuelo» a los soldados del frente para reforzar la moral de la tropa. Los historiadores tienen dificultades para hacer estimaciones precisas, porque muchas huellas fueron borradas. Después de la

derrota, al saberse que habría un tribunal para crímenes de guerra, el ejército japonés destruyó la mayoría de los documentos incriminadores. Pero hay puntos de apoyo. Según la, hasta ahora, más importante documentación, presentada en 1992 por el historiador Yoshimi Yoshiaki, un plan militar de 1941 estableció la cantidad de 20.000 mujeres como objetivo a adquirir para cada 700.000 soldados. En total, durante la guerra hubo 3,5 millones de soldados japoneses en China y el Sureste asiático. Si el plan responde a la verdadera cifra, se trata pues de unas magnitudes de 100.000 mujeres esclavizadas por el Estado japonés o por el ejército imperial japonés y sus secuaces y entregadas al abuso sexual por parte de las tropas. Pero también pueden haber sido el doble, dice Yoshimi.

La historia de estas mujeres podría, en palabras del historiador Tanaka Yuki, «ser un caso sin precedentes en la historia de acciones criminales llevadas a cabo por un Estado, que tenían por objeto la explotación sexual de mujeres». En contra de lo que los representantes del Estado japonés afirmaban incontestablemente hasta principios de los años noventa, los burdeles anexos a las guarniciones de ultramar durante la guerra sólo en parte eran explotaciones privadas. El conocimiento y la coparticipación de máximos representantes del Estado están fuera de toda duda. Las mujeres eran tratadas como «abastecimientos militares», y tenían pases militares.

Hubo burdeles militares en todo el frente y en todas las áreas ocupadas por tropas japonesas. No se trataba de ningún secreto, aunque durante mucho tiempo se negara la participación directa del Estado. La existencia de estas instalaciones fue oficialmente justifi-

cada alegando que ayudaban a impedir violaciones entre la población, como las que acompañaron al ataque japonés sobre Nanking (1937). Era mejor que los soldados guardaban cola ordenadamente en las estaciones de consuelo y que los despacharan antes que propasarse con civiles inocentes. Esta argumentación omite tan sólo que la inmensa mayoría de las «consoladoras» ya eran por su parte víctimas de una violación organizada.

La gran mayoría de ellas —se estima que el 80%— procedía de Corea, entonces colonia japonesa. Las muchachas, en su mayor parte carentes por completo de formación, fueron sacadas del país con la falsa promesa de ir a trabajar en restaurantes. Muchas fueron también raptadas por la fuerza y enviadas al frente, donde se enteraron de para qué clase de servicio habían sido escogidas. Algunas fueron vendidas para la prostitución por sus empobrecidos padres. También en China, Taiwán, Filipinas e Indonesia se reclutaron mujeres, incluyendo prisioneras de guerra neerlandesas y australianas. La prostitución forzosa era parte de la dirección de la guerra. La violencia que se hacía a las mujeres era parte de la violencia con que Japón quería apropiarse de sus países. Sin duda también hubo «consoladoras» japonesas, pero fueron una pequeña minoría. Todas las «consoladoras» tenían que usar nombre japonés, también eso un signo de su sometimiento colonial.

Gracias al riguroso trabajo de historiadores como Ienaga, Yoshimi y Tanaka, estos hechos están ahora irrefutiblemente encima de la mesa y, por fin, este año han encontrado el camino hacia los manuales escolares, en contra de la encarnizada resistencia del Ministerio de Educación. □

Praga



Antonio Cascales

La Universidad Carolina de Praga celebra esta primavera su 650 aniversario. Nació en abril de 1384, entre la Guerra de los Cien Años y la Peste Negra, con una bula papal sellada con el plomo de Avignón por Clemente VI. El rey de Bohemia, Carlos IV, a quien el mismo papa ayudó a ser rey de romanos, además de levantar una catedral gótica y un puente de piedra, señaló a la Universidad recursos, privilegios y tareas. Pero al comienzo no tuvo sede fija y siempre ha sido algo fantasmal, es decir, invulnerable. La historia de la Universidad Carolina de Praga es quizá, más que otra alguna, un delicado sismógrafo que va registrando las tensiones latentes bajo la piel de Europa; germanos y eslavos, burguesías y nobleza, reforma y papado. Una de las puertas de la Carolina abre a la calle Celetná, grandes casas con las varices de piedra romántica, los pulmones enfermos de finas ojivas y la gravedad pintada de las fachadas barrocas; la torcida calle Celetná, donde la historia urbana se pone en marcha, se vuelve texto dramático; disparos, carreras y sustos, palabra puesta en escena.

La otra fachada de la Universidad Carolina, con su balcón gótico florido, desafiante y frágil, como una postdata de piedra, limita con la entrada de artistas del Teatro Tyl, donde el habla checa se subió a las tablas, donde Mozart estrenó *Don Giovanni*, un teatro del XVIII tardío, cuando los moldes clásicos del verso ya se estremecen en el prelude de la caída del Antiguo Régimen. Rector de la Carolina fue Jan Hus, que predicaba en lengua checa la pobreza evangélica, en una suerte de im-perdonable blasfemia bífida por la que fue quemada su carne ancha de gordo pacífico, pero quedó el gemir, el cántico, que rebota en los siglos y resuena todavía en la música de Smétana y Jánacek.

La Carolina tuvo siempre algo de ensayo aparte, como que pensaba por libre, cultivando un lenguaje entre el latín y el germánico, el de las matemáticas, perpleja ante la fábrica corporal de Veselius y los cielos elípticos de Képler; cultivaba saberes en un espacio brillante, enrarecido, un claustro al norte de los Alpes, lo que enfriaba un poco el plomo de los interdictos papales; una tesis a la orilla derecha del Rhin, lejos del crujido escolástico de las cuestiones a debate entre Oxford y la Sorbona. Con Rodolfo II, en 1609, la Universidad Carolina de Praga se hizo protestante, y tras la victoria de los ejércitos imperiales de los Habsburgo, en la Montaña Blanca, sus profesores dejaron de prestar el juramento habitual y fueron incorporándose al redil tridentino. Los jesuitas, que habían llegado a Praga en 1562, levantaron el Klementinum, dos hectáreas de piedra azotada por el viento barroco, un bastión formidable de

certidumbre romana, donde se custodiaba, como prenda de salvación, el modelo ortodoxo de las esferas concéntricas, de los compactos cielos tomistas cantados por el Dante. Al otro lado de la calle Kàrlova, en el ático de la casa de la corona de Francia, había seguido trabajando Képler, hasta 1612, construyendo otra certeza fantasmal y matemática, la de las órbitas elípticas, un universo acelerado y vinculante con dos focos rectores, el canónico y el civil, el pontífice y el monarca.

Al final, entre el dogma de piedra y la evidencia de números, se impuso una síntesis, la Universidad cambió de nombre, se tituló Carolo-Ferdinanda, carolina y jesuítica, arte y ensayo, y en ella fue germinando la conciencia nacional checa, esa gente mustia y precoz, burlona, musical, con el ancho corazón urbano atravesado por un hilo de oro, un meridiano, «*meridianus quo olim tempus praguense dirigebatur*», escrito en el suelo, sobre la nieve vieja, junto al monumento a Hus. A finales del siglo XVIII, tras expulsar a los jesuitas y admitir a estudiantes no católicos, la Universidad es ya un cultivo bacteriano de la modernidad, un fermento, un entusiasmo noctámbulo, una resaca que acaba rompiendo en las barricadas. Una borrachera dorada, en los sótanos de la Carolina; por la parte que da a la Celetná, había una cervecería ilustre, «El buitre de oro», U zlatého supa, donde fermentaba un tiempo nuevo, libertad de cátedra, de asociación y prensa, sueños de grandeza para la joven nación checa.

En determinado momento, a finales del XIX, la Universidad se desdobló en dos cuerpos docentes, el checo y el alemán. De

su profesorado salieron presidentes de la joven república, Masaryk y Bènes. Pero en 1939 los nazis cerraron la Universidad checa, y en 1945 los partisanos cerraron la Universidad alemana. Tres años más tarde, los comunistas eliminaron a los partisanos poco entusiastas, y veinte años más tarde, en la primavera de 1968, muchos profesores y estudiantes resistieron ante los tanques que invadían la ciudad en nombre de la solidaridad comunista, pagando la correspondiente factura. Medio siglo después de la actuación nazi que clausuró la Universidad checa, en noviembre de 1989, una manifestación estudiantil sellaba la liquidación de la etapa comunista. Ahora viven mejor, conocen la alegría de elegir en una tienda repleta de buenos productos y también la amargura de volver a salir a la calle si no se entró en la tienda con cien coronas de más en el bolsillo.

La revista alemana *Der Spiegel*, que está como en sus buenos tiempos, dedica un número especial al 150 Aniversario de la revolución —«la media revolución» la llamaba Marx— de 1848. El número se vende bien en el quiosco de prensa de Namestí Republiky, a dos pasos de la calle Celetná, historia en carne viva, que empieza en el desafío de la reforma y termina oliendo a pólvora y a toque de queda. En un extremo de la Celetná está la casa parroquial de Tyn, donde vivió Jan Rokycana, un obispo husita, es decir, elegido por sus fieles, justo frente a la tierna provocación de la tienda de modas de Gianni Versace. En el otro extremo de la calle, en la Casa de la Moneda, los soldados del gobernador militar Windischgrätz ametrallaron a los paisanos y a

los estudiantes que pedían libertades en lengua checa. En medio hay de todo, anticuarios, librerías con fachadas cubistas, brujas tremendas hechas de harapos y colgadas de nueve hilos, y bajo a la hornacina que ampara a san Juan Nepomuceno, en el Teatrillo de la Celetná, abierto en el primer piso, una caja de tela negra, cuarenta sillas, seis actores de cuerpo entero, anuncian *Amor de Don Perlimplín con Belisa en su jardín*, en checo, algo prodigiosamente bien hecho, un callado homenaje, una certera flor remota en el aniversario de Federico. □

emblemático
conseguido
en el hombre

COLABORADORES

MARIANO ANTOLIN RATO

Escritor español

ANGELA Y. DAVIS

Escritora afroamericana. Antigua activista política

DARIO FO

Dramaturgo italiano. Premio Nobel de Literatura 1997

NADIA FUSINI

Escritora y ensayista italiana

LUIS GONZALEZ DE ALBA

Escritor mexicano. Antiguo dirigente estudiantil

CHRISTOPHER HITCHENS

Escritor y periodista norteamericano

JOAQUIN LEGUINA

Político y escritor

NORMAN MAILER

Novelista norteamericano

ROSA PEREDA

Periodista y escritora

SERGIO RAMIREZ

Escritor nicaragüense

EDGAR REITZ

Cineasta alemán

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

Novelista y poeta

TRADUCTORES

ROSA PILAR BLANCO

Wilhelm Schmid

CARLOS FORTEA

Florian Coulmas

CRISTINA GARCIA OHLRICH

Dario Fo

CATALINA MARTINEZ MUÑOZ

Angela Y. Davis

MIGUEL RUBIO

Edgar Reitz

CARLOS VIDALI REBOLLEDO

Norman Mailer

CESAR PALMA

Nadia Fusini

LETRA INTERNACIONAL 54
La traducción del texto de E. Weinberger
es de Aurelio Major.

LETRA INTERNACIONAL no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre ellos.

© Norman Mailer, *New Left Review*; © Dario Fo, The Nobel Foundation 1997; Angela Y. Davis, de *Afro Images: Politics, Fashion and Nostalgia*, © Angela Y. Davis, reproducido por autorización de The New Press; Luis González de Alba por cortesía de Nexos; portada sobre *Secuencias 44*, 1997, de Juan Genovés; retrato de Norman Mailer por cortesía de Anagrama; ilustraciones Norman Mailer por cortesía de Martín; ilustraciones Dario Fo, dibujos utilizados en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura 1997; ilustraciones «Cuaderno» sobre obras y fragmentos de cuadros de Juan Genovés, por cortesía de la galería Marlborough y del artista; ilustraciones Sergio Ramírez por cortesía de Begoña Montalbán, © de las ilustraciones autorizadas VEGAP, Madrid, 1997.

DISTRIBUCION

ESPAÑA	Librerías: Siglo XXI de España; Quioscos de prensa: COEDIS
PORTUGAL	Asirio & Albim - Rua Passos Manuel, 67 B - 1150 Lisboa Teléf.: 356 27 43 - Fax: 315 29 35
ARGENTINA	Prometeo Libros - Avda. Corrientes, 1916 - 1045 Buenos Aires Teléf. y Fax: 953 11 65 Librería Gandhi - Avda. Corrientes, 1551 - Buenos Aires Teléf.: 383 54 50 - Fax: 383 49 30
CHILE	Editorial Contrapunto - Avda. Eliodoro Yáñez, 2541 - Santiago de Chile Teléf.: 223 30 08 - Fax: 231 06 94
COLOMBIA	Siglo del Hombre Editores Ltda. - Avda. CRA 3, 17-73 - A.A. 24692 Santa Fé de Bogotá D. C. Teléf.: 281 39 05 - Fax: 281 38 76
ECUADOR	Libri Mundi - Juan León Mena, 851 - Quito Teléf.: 544 185 - Fax: 504 209
MEXICO	Librería Gandhi - Miguel A. de Quevedo, 134 - 01050 México D.F. Teléf.: 6611041 - 6620601 - 6620988 - Fax: 6612043
URUGUAY	Beltrame Regina Libros - Soriano, 120 - 11100 Montevideo Teléf.: 984215 - 915253
VENEZUELA	Grupo Editorial Alfa - Los Mangos, Edificio Alfa Las Delicias - 1050 Caracas Teléf.: 715 676 - Fax: 762 02 10

REDACCIONES

BELGRADO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Iovan Hristic, Antonin J. Liehm.

Redacción: Cika Liubina 1/V, 1100 Belgrado.

BERLIN:

LETTRE INTERNATIONAL

Dirección: Frank Berberich, Antonin J. Liehm.

Redacción: Rosenthaler Str. 13, 10119 Berlín.

BUCAREST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: B. Elvin, Antonin J. Liehm.

Redacción: Aleea Alexandru, 38, sectorul 1, Bucaresti.

BUDAPEST:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Eva Karadi, Antonin J. Liehm.

Redacción: Nagyened u. 11/A, 1123 Budapest.

PARIS:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Antonin J. Liehm.

Redacción: 41 rue Bobillot, 75013 París.

ROMA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Federico Coen, Antonin J. Liehm

Redacción: Dogana Vecchia 5, 66086 Roma.

SAN PETERSBURGO:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Alexandre Ninov, Antonin J. Liehm

Redacción: Vsermirmoe Slovo, Spalernaia ul. 18, 191 187 San Petersburgo.

SCOPJE:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Blagoia Risteski, Antonin J. Liehm

Redacción: Ruzveltova 34, Apdo. 378, 91000 Skopje

SOFIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Svetla Ivanova, Antonin J. Liehm.

Redacción: Open Society Fund, Serdika Str. 1, 1000 Sofia.

VARSOVIA:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Jacek Kurczewski, Antonin J. Liehm.

Redacción: ul. Hipoteczna 2, P. O. Box 133, 00950 Varsovia.

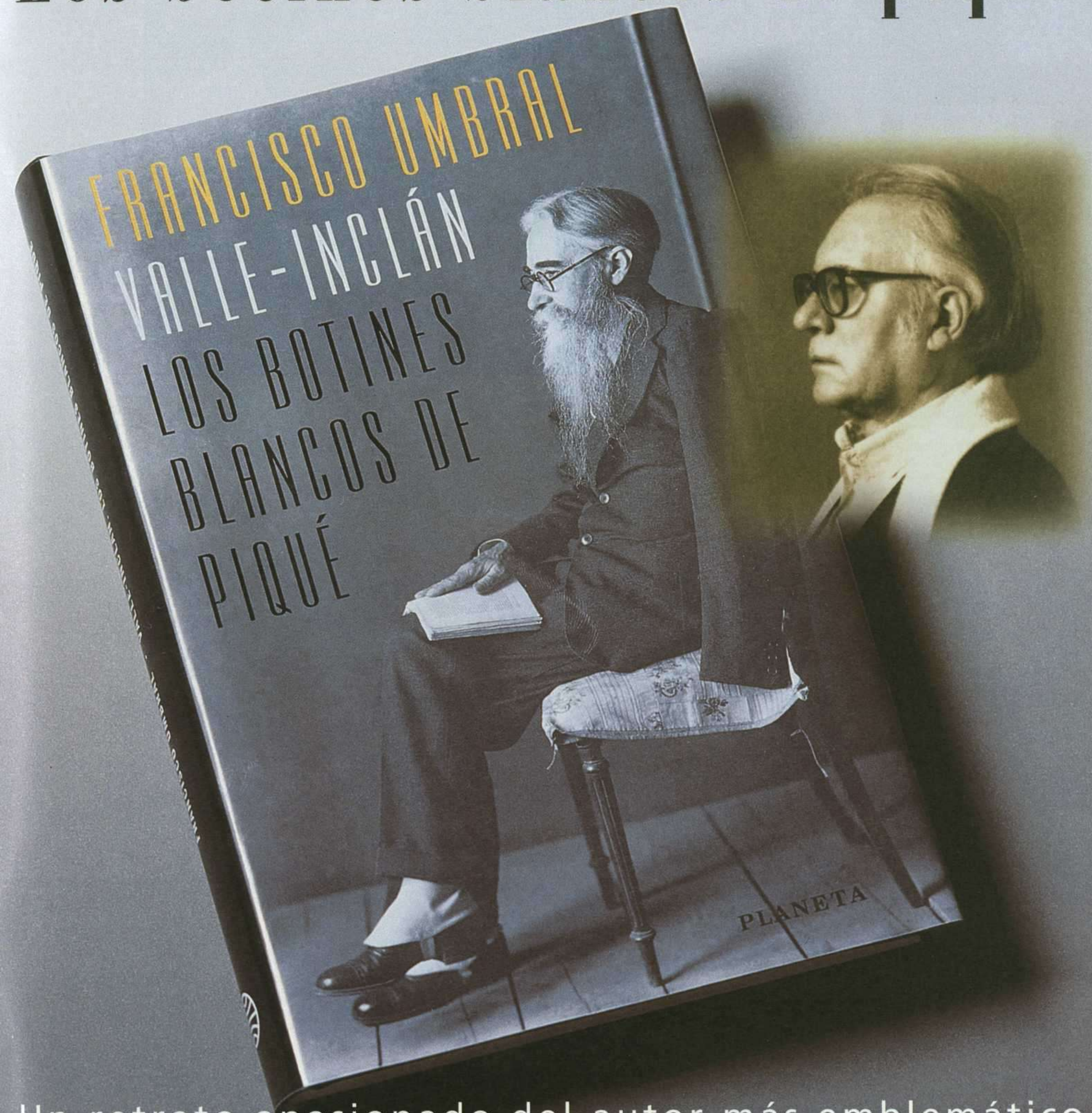
ZAGREB:

LETTRE INTERNATIONALE

Dirección: Slobodan P. Novak, Antonin J. Liehm.

Redacción: Trg Bana J. Jelacica 7, 41000 Zagreb.

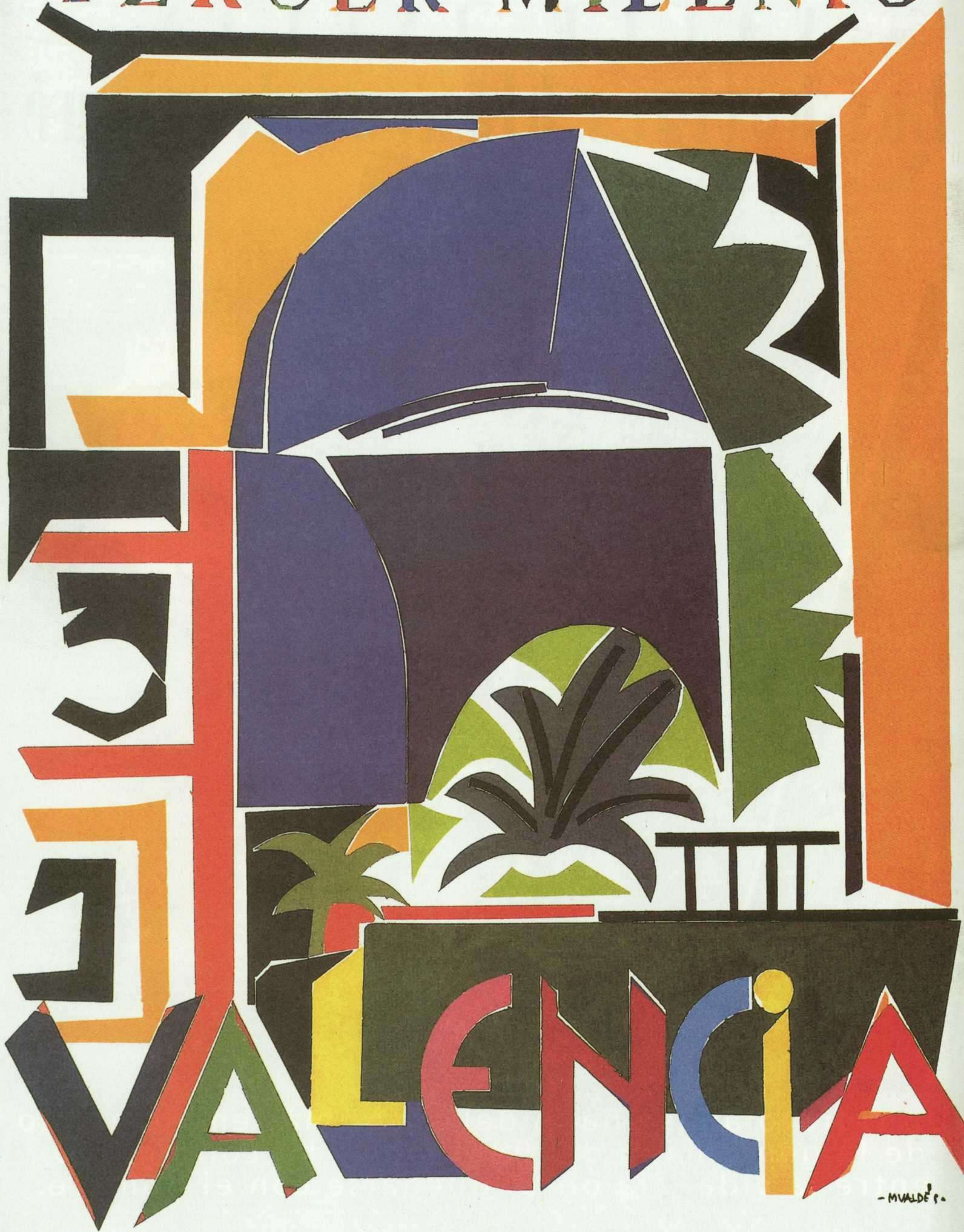
FRANCISCO UMBRAL
VALLE-INCLÁN
Los botines blancos de piqué



Un retrato apasionado del autor más emblemático de la generación del 98. Umbral ha conseguido, entre la vida y la obra, quedarse con el hombre.

EDITORIAL  PLANETA

TERCER MILENIO



-MVALDEP.